



**HISTORIA Y PROCESO DE  
INVESTIGACIÓN DEL YACIMIENTO DE  
VILA-REAL Y DE LOS POBLADOS  
CON HOYOS VALENCIANOS**

# A nueve décadas de Villa Filomena. Luces y sombras del proceso de investigación de los poblados con hoyos del Neolítico y el Calcolítico Valenciano

*Para Germán Delibes de Castro.  
Profesor en una Universidad,  
donde la ilusión compartida,  
fue el mejor garante de la formación impartida*

Jorge A. Soler Díaz  
MARQ

En las siguientes páginas se aborda un proceso de investigación que apunta centenario, y que aquí cobra todo su sentido, al resultar la excavación del yacimiento arqueológico de Villa Filomena (Vila-real, Castellón) la primera que en tierras valencianas se realizó en un poblado con hoyos. En el capítulo anterior se han expuesto los resultados y abordado las vicisitudes que significó aquella excavación de 1922. La páginas que, sobre la misma, publicara Vicente Sos Baynat y la observación de cerámica campaniforme, sin llegar a comprenderlo como yacimiento arqueológico, hicieron de aquel campo de hoyos toda una referencia.

Los 90 años de investigación del tipo de yacimiento del que Villa Filomena es arquetipo coinciden con el desarrollo de la Prehistoria como disciplina científica. La preferencia por la cultura material y el freno que significa la guerra y la posguerra hará que se posponga la preocupación por la caracterización de la vertiente habitacional del *eneolítico* hasta los años sesenta del s. XX. No obstante, el modelo de campo de hoyos como yacimiento que integra una sucesión de estructuras negativas excavadas por sus habitantes con fines de preservación de productos perecederos no podrá proponerse hasta bien entrados los años ochenta, cuando el Neolítico Valenciano dispone de todo un corpus de conocimientos y de una secuencia que permite comprender su evolución. Con su etapa final se relacionarán este tipo de manifestaciones habitacionales que sólo podrán empezar a comprenderse cuando se

realicen excavaciones en extensión. Al dictamen de la construcción contemporánea, el desarrollo de las intervenciones de urgencia en el s. XXI, permitirá que en sólo en una década se avance más que en todo el siglo XX. El incremento de conocimientos, ahora mejor interpretados desde pautas de la llamada arqueología social, va parejo al de los problemas que supone tal avalancha de excavaciones arqueológicas, con pérdidas de información, problemas de gestión de datos y preferencia por una práctica arqueológica más administrativa que científica.

Conocer bien este proceso, con ocasión de recuperar la información que resta de Villa Filomena, puede ser de interés para toda esa generación de prehistoriadores que en las próximas décadas deberán acometer la revisión del sinfín de excavaciones generadas en los últimos años en el entorno de nuestras ciudades.

Para la exposición de los contenidos de este extenso artículo se consideran cuatro partes. En la primera se abordará el proceso de investigación que en el panorama investigación valenciana afecta al s. XX. Una segunda parte se destina a exponer información sobre la investigación y estado de la cuestión de los poblados con hoyos en Andalucía y la Comunidad de Madrid, donde se producen procesos de investigación paralelos al valenciano, cuya exposición creo necesaria no solamente a efectos de avance de conocimientos de una expresión habitacional que por no ser propia sobrepasa los límites del Levante peninsular, sino también al

de la comprensión global de la dinámica y problemática que atiende el acopio y gestión de datos en espacios urbanos en ciudades que, como Jaén o Madrid, en diferente escala son similares con respecto a las que a título de ejemplo muestran Alicante, Elche o Gandia. Tras ese paréntesis en un extensa tercera parte se expone el intenso desarrollo que durante el s. XXI ha caracterizado la investigación del tipo de hábitat en la Comunidad Valenciana, cuando el poblado de hoyos se ha convertido en una realidad diversa a la vez que milenaria. Finalmente se retoma a Villa Filomena, interpretándola a la luz de los conocimientos del s. XXI, recalando su significación en todo este proceso de conocimientos, no sólo como primera luz de esa realidad que constituyeron las aldeas agrícolas, sino también como sombra, una vez que la mala gestión del yacimiento de Vila-real también fue la primera en una larga relación de desaciertos.

## LA INVESTIGACIÓN DE LOS POBLADOS CON HOYOS VALENCIANOS EN EL S. XX

### SOBRE EL PROCESO DE INVESTIGACIÓN DE LA VERTIENTE HABITACIONAL DEL ENEOLÍTICO DE LOS AÑOS 60 A LOS 80 DEL S. XX

En el primer epígrafe de *Releyendo a Villa Filomena* se ha advertido del carácter desdibujado que durante años caracterizó la estación prehistórica, al valorarse sólo como necrópolis. Veremos como antes de constituirse en paradigma, el yacimiento de la Plana fue en ocasiones injustamente relegado, llegando a ponerse en entredicho su entidad como poblado.

En el VI Congreso Nacional de Arqueología (Oviedo, 1959) Miquel Tarradell Mateu presentaba una sucinta nota sobre la identificación de los poblados eneolíticos valencianos. Ante la falta de

cavidades habitacionales con registros de esa adscripción cultural y la no identificación de materiales característicos de ese periodo en los altos y laderas con restos de poblados de la Edad del Bronce, proponía la disposición de los hábitats eneolíticos en los llanos, considerando los datos reconocidos en las primeras noticias sobre La Ereta del Pedregal de Navarrés (Chocomeli, 1945; Ballester, 1945, 132)<sup>111</sup>, el conjunto de *fondos de cabañas circulares* localizado en los alrededores de Bèlgida (Jornet, 1928), los hallazgos de la Casa de Lara de Villena (Soler [1961], 1976)<sup>112</sup>, los indicios de *cabañas circulares* de la Figuera Reona de Elche (Ramos Folqués, 1953)<sup>113</sup>, y con reservas, por los avatares que había supuesto su investigación, los *supuestos sepulcros de Villa Filomena*.

Tarradell (1961) se pronunciaba por la consideración de los silos del yacimiento de Vila-real como integrantes de un poblado cuyas viviendas no habían sido identificadas, pudiendo equipararse a aquel murciano del Campico de Lébor de Totana (Murcia), donde se reconocían cabañas circulares, *con el suelo más bajo que el nivel del terreno* y silos<sup>114</sup>. A la relación de hábitats al aire libre propuesta en el Congreso de Oviedo, la referencia de La Comba de Benicasim<sup>115</sup> se añadía en el capítulo que, sobre el Eneolítico, Tarradell trazara en la síntesis *El País Valenciano del Neolítico a la Iberización*, donde en lo que respecta a Villa Filomena, subrayaba la identificación de *restos de 6 individuos en 35 (silos) que se vaciaron*, resaltaba la documentación de fauna, puntas de flecha y cerámica campaniforme, y ponía en reserva la existencia de cualquier elevación artificial (Tarradell, 1963, 104-105). De este modo el asentamiento del Millars debía considerarse uno de los ejemplos de los poblados eneolíticos situados en tierras llanas que, sin buscar un carácter defensivo, guardaban la intención de aprovechar terrenos aptos para el cultivo (Tarradell, 1963, 112).

Pese a la razonable "pérdida" del túmulo o la identificación de más hábitats en llano localizados a partir de la dispersión de materiales, o con más suerte, por la identificación de estructuras, Villa

111. Aunque la Ereta del Pedregal pronto se convertirá en una de las principales referencias del Eneolítico valenciano, cuando Miquel Tarradell publica su propuesta, sólo trascienden contados datos de las excavaciones desarrolladas por el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia y de los materiales obtenidos en las mismas. Su primera presentación como yacimiento palafítico por parte de José Chocomeli no resultará verosímil a Isidro Ballester, quien el mismo año subrayará, no identifica restos semejantes a los propios de los poblados de los lagos suizos.

112. En lo que atiende a los restos de estructuras, el yacimiento de Villena proporcionaba *vestigios de barros con improntas de troncos*, esperando encontrar cuando se excavara *chozas hundidas en tierra* (Soler García [1955] 1976, 24). Las improntas de *troncos y cañas*, se concentraban sobre todo en un área próxima a la casa de la finca que da nombre al paraje. El yacimiento se vincula a un antiguo marjal. Adscrito en primera valoración Eneolítico (Ibid., 26), del mismo, pronto se destacará el hallazgo de cerámica impresa cardial, para considerar una cronología más extensa (Soler García [1961] 1976, 32).

113. Extendido en la vertiente derecha del Vinalopó, en el yacimiento de la Figuera Reona se habían identificado "cabañas" con un diámetro entre 1,20 y 2 m con el fondo rehundido en el suelo (Ramos Fernández, 1985, 452). En la primeras referencias de Alejandro Ramos (1953, 349) se expone la existencia de *tres fondos de cabaña o vertederos*. Entre 1900 y 1925 fue visitado por Pedro Ibarra, quien recogió material de adscripción eneolítica en el paraje.

114. Eduardo del Val Caturla (1948) enumera en el Campico, hábitat inmediato al curso de la Rambla de Lébor, distintos tipos de estructuras negativas: un fondo de cabaña oblongo dotado de un compartimento oval, 4 hoyos cilíndricos próximos, dos de ellos comunicados y 2 pozos, uno dotado de nicho lateral. La excavación de todas las estructuras proporciona un rico material arqueológico.

115. A partir de una fotografía con el lote de materiales del emplazamiento, enviada por Francisco Esteve para figurar en la Exposición de Barcelona del año 1929 (Tarradell, 1963, 107).

Filomena va a mantener durante años su carácter singular por diferentes razones: el alto número de hoyos, cuestión que en el campo no se va a percibir hasta que la llamada *arqueología de gestión* resuelva por imperativos urbanísticos la excavación de grandes superficies; la determinación de restos humanos, sueltos o quizá en posición anatómica en un número suficientemente importante de hoyos; y por supuesto la presencia de cerámica campaniforme, destacándose siempre esa coincidencia de especies en la que por su rareza sobrepasa la decoración cordada.

Como ya indicara Francisco Esteve (1966, 46), de toda la información que refiere Miquel Tarradell, Villa Filomena guarda mayores similitudes con lo que, desde el final de los años veinte, se reconoce en la meseta de la loma de l'Atarcó, donde en un conjunto de estructuras negativas con campaniforme inciso (Ballester, 1928) que se presentan como poblado<sup>116</sup> (Fig. 3.1), se apunta en la mayor localización de un cráneo y cañas de huesos largos humanos (Jornet, 1928, 94). En ningún caso el poblado de Vila-real parece encontrar su equiparación en lo que se va conociendo de la Ereta del Pedregal de Navarrés, una realidad más rica y compleja que la propia de los llamados *poblados con hoyos*, que integra fondos de cabañas acaso dotadas de

un zócalo de barro y piedras, hogares, estructuras pétreas y pisos de habitación en diferentes niveles de ocupación, desde el Eneolítico al Bronce (Tarradell, 1963, 99-100), localizándose entre un enorme registro material, que incluye elementos tan sugestivos como ídolos oculados, solamente un cráneo aislado (Fletcher, 1961, 90).

Con ocasión de volver a aproximarse a la *Cultura del Bronce Valenciano*, el mismo Tarradell ampliará la relación de hábitats en llano característicos de la etapa previa, considerando los nuevos hallazgos de José M<sup>a</sup> Soler García en el Arenal de la Virgen de Villena<sup>117</sup>, dando por buenas las referencias que al final de los años veinte había señalado José Belda en Torre de les Maçanes<sup>118</sup>, recordando las que aluden al Sifó de les Fanegades de Albaida<sup>119</sup>, y teniendo en cuenta nuevas localizaciones como el Bancal de la Pastora de Alcoy, del que subraya su posible vinculación con el enterramiento en la inmediata cueva homónima<sup>120</sup>, o el de la Llometa del Fondo de Artana<sup>121</sup>. En su opinión los nuevos datos confirman el modelo de habitación que, planteado años atrás, integra poblados con una *situación en llano o por lo menos huyendo de lugares abruptos; escasas preocupaciones defensivas; falta de restos sólidos de habitaciones, lo que confirma que se trata de cabañas levantadas con materiales frágiles*

116. En el *croquis del poblado del Atarcó* (Jornet, 1928, Fig. 1). En la figura se recogen 12 estructuras distribuidas en un área de unos 3.000 m<sup>2</sup> guardando en planta una distribución que viene a delimitar un área poligonal que conforma una suerte de triángulo. Los trabajos de Bèlgida pueden considerarse los primeros realizados con la intención planificada de localizar restos habitacionales de poblados al aire libre en tierras valencianas. Tras el descubrimiento casual de la primera estructura de l'Atarcó, el resto se pudo identificar por un mayor desarrollo del tomillo y el romero en el lugar donde se asentaban. Once de los hoyos eran cilíndricos, de 1 m de diámetro por 0,60 m de profundidad, diferenciándose la estructura que contenía los restos humanos por su mayor tamaño (1,20 m de anchura) y forma acampanada o *aventrada*. Además del campaniforme de su excavación resulta el hallazgo de cantos rodados, piedras de molino o morteros, fragmentos cerámicos, elementos en sílex *en forma de cuchillo o raspador* y en piedra pulimentada (Jornet, 1928, 91-94). En el mismo trabajo se dan a conocer vestigios de otros asentamientos sin localizar en ellos huesos humanos. Destaca el de Camí de l'Alfogás donde se descubren 6 hoyos similares a l'Atarcó con diferentes elementos –útiles tallados y pulimentados, conchas marinas, un fragmento de brazaletes en mármol, y campaniforme inciso: fragmentos y media cazuela plana– (*Ibid.*, 95-96). De los diferentes conjuntos de Bèlgida referidos por Mariano Jornet, ahora puede interpretarse que los vestigios más antiguos son los que se describen en la Caseta del General, donde en un hoyo se observan fragmentos de cerámica peinada (Jornet, 1928, Lam. III A y B). Otro elemento singular es el vaso asimilable al campaniforme inciso de Beniprì, donde no se reconoce estructura alguna, salvo un lecho de piedras (*Ibid.*, Fig. 8 y Lam. II A 2).

117. Localizado en 1965, del Arenal de la Virgen, trascienden sus semejanzas en lo material con la Casa de Lara, a partir también de una intensa recogida superficial de materiales que incluyen cerámicas impresas (Soler García [1955] 1976, 34-35).

118. Queda como temprana referencia de los poblados con silos las estructuras que cita el Padre Belda en Torre de les Maçanes, donde considera hallazgos, que pudieran corresponder a los que inhuman a sus muertos en la Cova de la Barcella, en los alrededores del azagadero de El Portell y en el denominado Llano de Santa Ana. Sin disponer de datos que lo refrenden el Portell parece un *poblado de hoyos* de buenas dimensiones al integrar *setenta silos excavados en las margas arcillosas, generalmente en forma de cúpula o campanón, que miden por lo general 2 x 2 m*. Se indica que su descubrimiento ha sido fortuito y se intuye que deben existir muchos más. Entre los hallazgos señala la presencia de *materiales de sencillas construcciones, enterramientos, vetustos artefactos en piedras, hueso, cobre etc.* Del Llano de Santa Ana indica la existencia de un buen número de estos silos, haciendo constar que algunos están comunicados. La excavación de las estructuras de Santa Ana le permite hallar cerámica parecida a la de la cavidad de enterramiento, *molinillos a brazo, valvas de pectúnculo y piedras de construcción*, que considera propias de las cabañas que cobijarían el silo, además de *cantos semicalcinados, carbones, etc.* Señala la observación de silos vacíos y cubiertos por una piedra que contienen algo *así como el detritus vegetal (¿trigo?) de viveres ahí almacenados* (Belda, 1929, 27). En un trabajo posterior indica que los silos de El Portell se habían descubierto por la intensificación de labores agrícolas (Belda, 1931, 60).

119. Conforme a la referencia de Isidro Ballester sobre el hallazgo en una rinconada de huertas de unos *fondos de cabaña*, similares a los descritos por Mariano Jornet (1928), circulares, sobre 1,5 m de diámetro y unos 70 cm de profundidad. Los hoyos estaban excavados en la marga blanca y rellenos de cenizas, carbones y piedras rodadas. Un vecino de Palomar disponía de dos hachas halladas en ellos (Ballester, 1945, 327).

120. De aquí se indica la posible existencia de un poblado frente a la cavidad de enterramiento, considerando que los restos hallados en el bancal, aunque pobres son suficientes para fijar un hábitat contemporáneo a la necrópolis (Tarradell, 1969, 14).

121. De ese paraje ligeramente elevado se detalla una recogida superficial de materiales que incluye una punta de flecha. Sin llegar a confirmarlo no se descartan vestigios *de un muro de defensa* (Tarradell, 1969, 15), a partir de la observación de amontonamientos de piedras inmediatos al pequeño cerro (Pla, 1972, 300).

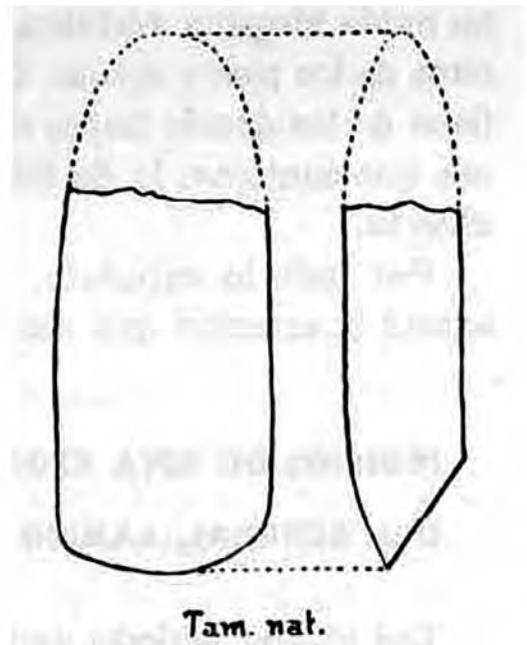
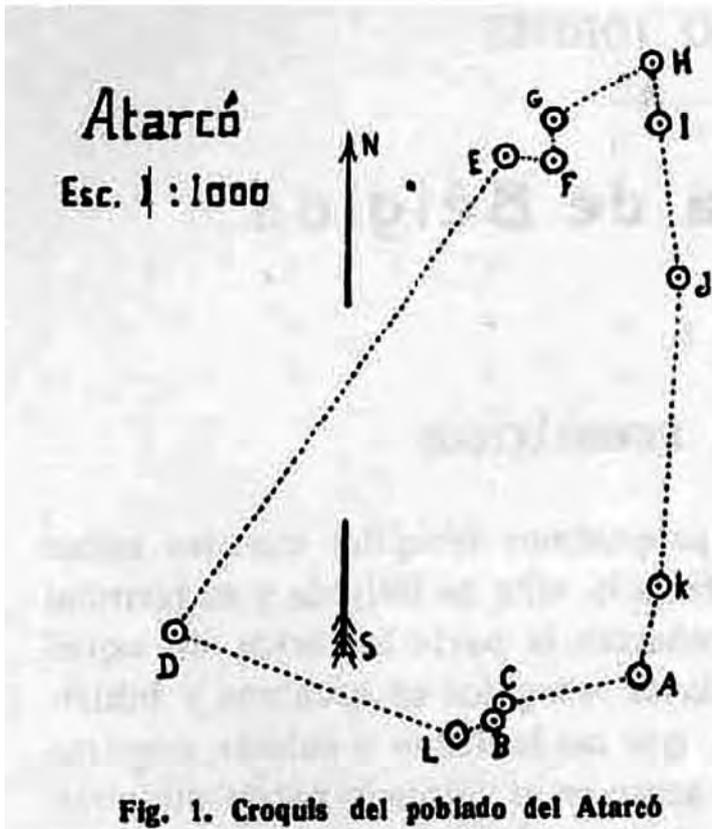


Figura. 3.1 Croquis del poblado de l'Atarcó (Jornet, 1928, Fig. 1).

(Tarradell, 1969), resultando en cualquier caso la ampliación de la relación de yacimientos el mejor indicio para suponer un número muy superior de emplazamientos, de por sí muy difíciles de localizar con la metodología de la época, pero lógico si se atiende al buen registro que entonces ya se dispone de las cavidades de enterramiento eneolíticas, evidenciado en la síntesis de Enrique Pla Ballester

(1958) y en el trabajo inédito de Enrique Llobregat Conesa (1964).

Salvo el incremento en la relación de hallazgos, no se produce un avance significativo en el conocimiento de estos hábitats en llano en los años inmediatos a la síntesis de Miquel Tarradell, subyaciendo la confusión de considerar *fondos de cabañas* estructuras que por su forma y tamaño no encajan en ese concepto (Gil-Mascarell, 1965,

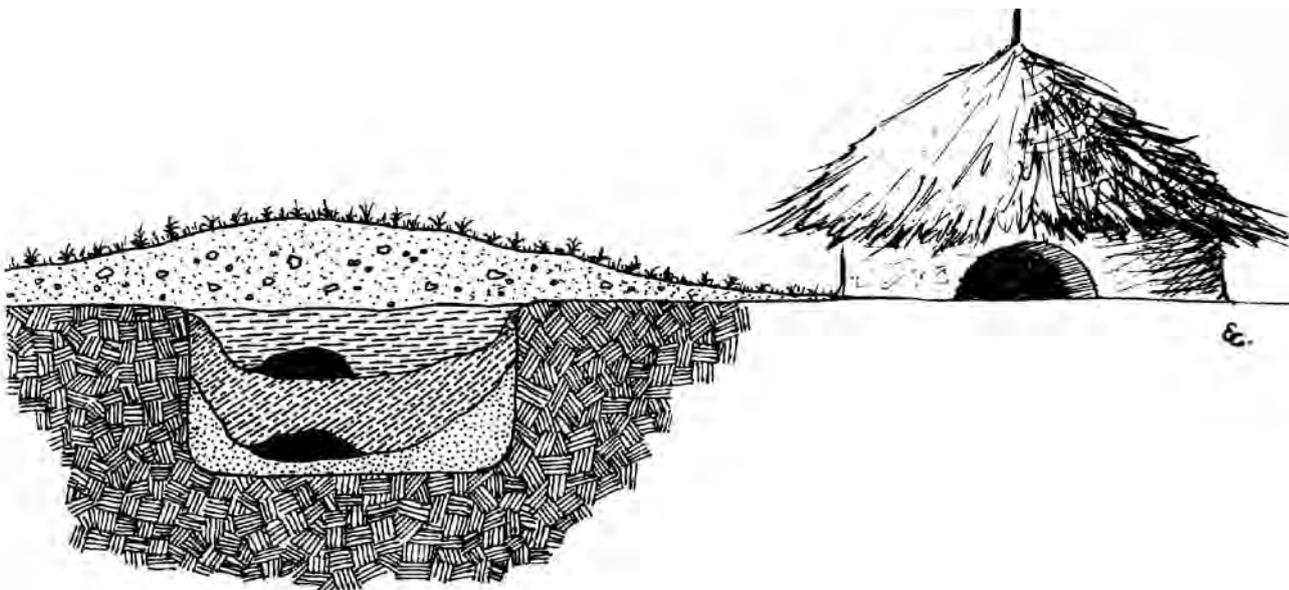


Figura 3.2. Corte estratigráfico y reconstrucción hipotética del aspecto de un “fondo de cabaña” en “época calcolítica” (Llobregat, 1976, Fig. 13).

101). Sin descartar su acepción como *vertederos*, como *fondos de cabaña* se habían considerado los hoyos excavados en el casco urbano de Elche (Ramos, 1953), de los que no trasciende información fotográfica hasta la edición póstuma del trabajo de Alejandro Ramos Folqués (1989), donde también se darán detalles de dimensiones y medidas<sup>122</sup>.

La Figuera Reona es uno de los yacimientos de los que se sirve Enrique Llobregat en su *Introducción a la Arqueología Alicantina* para en clave divulgativa trazar un panorama de los poblados en llano calcolíticos en las tierras de Alicante y expresar bien el concepto que se tiene de “fondo de cabaña”<sup>123</sup>, aportando un sugestivo croquis (Llobregat, 1976, Fig. 13).

Para el autor que había abordado la vertiente funeraria del Calcolítico valenciano constituía todo un interés ahondar en el conocimiento de este tipo de poblados, preparando a esos efectos la excavación de Les Jovades de Cocentaina, donde el Museo Arqueológico de Alicante sólo llegaría a intervenir de manera parcial en un silo (Pascual Benito, 2003, 347). En la síntesis donde anuncia esa intención, Enrique Llobregat (1975) amplía el número de noticias que sustentan la habitación en el *Eneolítico*, o como gusta el autor, *en el Pleno Calcolítico*, añadiendo a la relación de Miquel Tarradell nuevas referencias como los hallazgos de la Macolla<sup>124</sup> en Villena; y otras noticias más antiguas y vagas como la que sustentan la Rata

122. Ahí Alejandro Ramos detalla la excavación de 8 fondos de cabaña con el diámetro expresado en nota previa y unos 0,20-0,75 m de profundidad. Al parecer las cabañas estaban dotadas de un murete de piedras, un dato que no puede comprobarse en el reportaje fotográfico, donde se observan estructuras de tipo de cubeta o silo (Ramos Folqués, 1989, 10-16 y Lams. XXI-XXIII). Años después se referirá un fondo de cabaña en el estrato considerado precampaniforme del yacimiento también inmediato al cauce de Vinalopó del Promontori de Aigua Dolça i Sala, emplazado en una meseta que guarda una elevación de 10 m con respecto al cauce. Relleno de cenizas y con un duro pavimento de arcilla quemada, el fondo de cabaña guardaba unas dimensiones - 210 cm de extensión máxima por 30 cm de profundidad (Ramos Fernández, 1981, 202)– mayores que las manchas identificadas en la Figuera Reona.

123. “Se llama fondo de cabaña a una excavación circular u oval, de hasta 1 m. o algo más de profundidad, de sección en forma de bolsa, esto es más cerrada por la boca que por la base, y colmada por los restos de la vida que se llevaba a adelante en su interior: detritus orgánico, utensilios de cocina, molinos barquiformes, etc. Seguramente, en la época en que eran habitados, estos agujeros debían ir cercados en superficie por un murete de adobe o de tierra apisonada, en el que se apoyaría la parte baja de la techumbre de cañas y ramaje, levantada en el centro con la ayuda de un poste de madera. El hundimiento de tales techumbres y del murete superficial debió ayudar a rellenar estas excavaciones, que hoy sólo se manifiestan, como una mancha de tierras más oscuras” (Llobregat, 1976, 41).

124. Hallado en 1967, al lado del cauce del Vinalopó. Sin haber determinado estructuras en el mismo, se recogió material en superficie como puntas de flecha, láminas con retoque y otros objetos en sílex, un fragmento de brazaletes de caliza, cerámicas lisas y con decoración incisa, plástica e impresa (Soler García, 1973).

125. Conforme a la noticia dada a conocer por J. Bañón, quien solo menciona material (1948). Años después A. Ramos (1989, 16) indica la existencia aquí de dos “fondos de cabaña”.

126. La referencia de E. Llobregat se sustenta en la noticia que recoge M. Vidal (1945) sobre hallazgos en las proximidades de la carretera de Real de Gandía por parte del escolapio L. Calvo e I. Ballester, y luego del jesuita Padre Juan del hallazgo de un “silo” o “cromlech” cubierto en sus paredes de piedras redondeadas y de considerables dimensiones que le recuerdan al “silo” que en el mismo volumen comenta I. Ballester (1945) del Bancal de la Corona de Penáguila. En el trabajo original de M. Juan (1907) existe una fotografía de una estructura que no debe considerarse prehistórica. No obstante en su interior se hallaron elementos en sílex, hueso y piedra pulimentada que podrían testimoniar una ocupación del llano previa a la excavación de esa estructura.

127. La referencia de los hallazgos de la Montaña de los Peñascos es muy imprecisa. Llobregat la referencia con un “?”. S. Peiró (1949) informa del encuentro en la cima de una colina próxima a una *presunta necrópolis* de “cuencos de barro sin cocer y fabricados a mano, restos de cerámica diversos, unas mazas de piedra pulimentada (...) junto a un apenas reconocible muro de tierra y piedra.” La necrópolis que anuncia

en Elche<sup>125</sup>; els Bancalets de Real de Gandía<sup>126</sup>; la Montaña de los Peñascos de Potries<sup>127</sup>; el Tabaque de Castelló del Rugat<sup>128</sup>; y la Mola de Torre Amador de Culla<sup>129</sup>. La mayoría de los yacimientos que definen el *Pleno Calcolítico responden al concepto de poblado de llanura sin defensas aparentes, constituido por una serie de pozos circulares a los que se da nombre de fondos de cabaña*, resultando una excepción en ese panorama de ocupación de las tierras bajas lo que va trascendiendo del Puntal de la Rambla Castellarda<sup>130</sup>, hábitat de Llíria con campaniforme localizado en un cerro quizá prefigurando la instalación en altura de la naciente *Edad del Bronce* (Llobregat, 1975, 125).

En la relación de Enrique Llobregat no llegan a advertirse dos yacimientos de Villena que se han dado a conocer con ocasión de la presentación del Tesoro y que, como el Puntal de Rambla Castellarda, también quedan en alto, presentan estructuras pétreas y en su registro material campaniforme inciso: el Peñón de la Zorra<sup>131</sup> y el Puntal de los Carniceros<sup>132</sup>.

A ambos sí se les considera en una tercera relación que, de los de hábitats eneolíticos y de la mano de José Aparicio Pérez, José Vicente

Martínez Perona y Julián San Valero Aparisi (1977), se establece avanzados los setenta, con ocasión de presentar el yacimiento de Llíria<sup>133</sup>, y con la intención expresa de ampliar los datos que al respecto han aportado Miquel Tarradell y Enrique Llobregat. En la misma se incrementa el número de yacimientos, recopilando la información en un formato que a modo de ficha incluye la situación y características de los emplazamientos y una útil por sucinta descripción de las estructuras y materiales, aportando para el caso de los publicados buena referencia de una bibliografía por entonces ya muy dispersa. Ahí las novedades afectan a la provincia de Valencia haciéndose constar dos nuevas noticias del término de Anna –el Rincón y la Muela<sup>134</sup>– y el hallazgo de un hoyo circular o “silo” en el Camp de Sant Antoni de Oliva con semillas y cerámica, destacando la presencia de campaniforme<sup>135</sup>, como yacimiento que permite comprender mejor los silos que se determinarían en Villa Filomena (*Ibid.*, 49-50); y a la de Alicante donde además de los emplazamientos en alto de Villena se repasa la bibliografía, trayendo a colación las noticias que desde años atrás se disponía de El Freginal de la Font Major de Torre de les Maçanes<sup>136</sup>, Els Dubots

---

la sitúa en la partida de la Horteta o Casa Fosca, en las inmediaciones del río Serpis, considerándola neolítica. Indica que la aparición de tres hachas neolíticas y restos de dos esqueletos muy fragmentados en los que aprecia una diferente edad. En una referencia posterior informa que lo hallado en la Montaña de los Peñascos es un fondo de cabaña donde encuentra una vasija semiesférica; por su parte de la Horteta o Casa Fosca trascienden tres fragmentos incisos con decoración campaniforme (Bernabeu, 1984, 21). En este paraje refiere el encuentro de otra sepultura tapiada con cantos rodados, de forma rectangular y, como las otras, de orientación de E/W (Peiró, 1951).

128. Ahí se consideran *fondos de cabaña eneolíticos*, similares a los (...) *del término de Bèlgida*. Los materiales se recogieron en las tierras de cultivo donde se determinaron las estructuras identificadas de antiguo por manchas de cenizas y carbones que contenían algunos sílex. Producto de la roturación de tierras es el material que presenta E. Pastor (1972).

129. Según noticia que entonces le proporciona Alfredo González Prats (Llobregat, 1975, 125).

130. Enrique Llobregat toma la información de Enrique Pla (1972, 300), quien en las actividades del S.I.P. da constancia de materiales y estructuras en la cima y solana del cerro, tras la visita de J. Aparicio.

131. Se describe como poblado con fuertes murallas, viviendas escalonadas y una maciza construcción en su extremo N, ubicado en un contrafuerte de la sierra del Morrón. Con él se relaciona dos cuevas de enterramiento, la Occidental donde se consideran los restos de un individuo y un ajuar donde se determina entre otros una punta de flecha en sílex y un arete de plata y la Oriental, ésta señalada como enterramiento doble donde se destaca un puñal de lengüeta y dos puntas metálicas, así como un arete de plata (Soler García, 1965, 28).

132. De este emplazamiento se hace constar *los cimientos de una espesa muralla de más de 100 m*. También a este enclave en alto se vincula una cavidad de enterramiento –la Cueva del Puntal de los Carniceros– con restos de varios individuos (Soler García, 1965, 30).

133. En la primera aproximación al Puntal sobre Rambla Castellarda se indican una suerte de estructuras pétreas -murallas, torres y muros (Aparicio, Martínez y San Valero, 1977, 40)- de las que todavía a día de hoy no ha trascendido una información suficiente.

134. Como yacimientos en llanos elevados evidenciados por la recogida superficial de materiales entre los que destaca un conjunto lítico que integra puntas de flecha y un botón de perforación en “V” en el primero, y geométricos y un fragmento de brazaletes de calcita en el segundo, aquí sobre manchas ovalares de tierras negras de buenas dimensiones denominadas “cabañas” (Aparicio, Martínez y San Valero, 1977, 51-52).

135. El silo del Camp de Sant Antoni mide 0,75 m en su diámetro y profundidad. En su interior se hallaron varios vasos llenos de semillas carbonizadas, entre las que se identifican bellotas. Las cerámicas se disponían en las paredes del hoyo, mientras que en el centro se documentaron fragmentos de molinos y piedras, que se vinculan con una posible cubierta. En el apartado del material se indica la presencia de vasos grandes de tipo tinaja u olla y de otros más pequeños de tipo cuenco, además de varios fragmentos de campaniforme, lascas y conchas (Aparicio, Martínez y San Valero, 1977, 55).

136. Asentamiento en llano descubierto hacia 1917 en el mismo núcleo poblacional de Torre de les Maçanes. Ahí el material se halló disperso destacando un brazaletes de mármol (Belda, 1944) y otros materiales líticos que Javier Fortea (1973) adscribe a la facies microlaminar del Epipaleolítico.

137. Se trata de hallazgos inmediatos al yacimiento neolítico del Mas d'Is. Antes de lo acontecido en 1944, el Padre Belda recorrió el paraje de la Font dels Dubots donde el recogió el material que hoy se deposita en el MARQ, consistente en un conjunto de útiles en sílex y piedra pulimentada. Uno de los discípulos del P. Belda descubrió en 1944 un silo o depósito revestido de cantos rodados en un margen del Bancal de la Corona. Dentro del mismo se localizaron materiales resultado de una falsificación (Taracena, Pericot y Cabré, 1951). Obviando ese material Isidro Ballester encomendó a Vicente Pascual el cribado de las tierras extraídas del pozo. Ballester (1945b, 322) destaca la semejanza del silo con el dels Bancalets de Real de Gandía y la presencia en su interior de material entonces considerado propio del eneolítico o del argárico, consistente en hachas de piedra, objetos de adorno, elementos en sílex y cerámica lisa y cardial. Esta referencia debiera considerarse la primera en cuanto al encuentro de esa especie cerámica en un yacimiento al aire libre que, como el caso dels Bancalets, formaría parte del material desplazado por la construcción y relleno de un pozo de cronología histórica.

de Penáguila-Benifallim<sup>137</sup>, la Fonteta del Sarso de Crevillente<sup>138</sup> y La Alcudia de Elche<sup>139</sup>.

Con perspectiva, la variedad observada en la habitación eneolítica de la que participan de una parte los poblados en llano como entidades reducidas a *fondos de cabaña y silos, aprovechando los segundos, en determinadas ocasiones como enterramientos*; y de otra los poblados en alto con *obras defensivas y recintos murados en forma de chozas o cabañas* (Aparicio, Martínez y San Valero, 1977, 61) hubiera podido resultar más clarificadora de haber aplicado un criterio más crítico o estricto a la hora de considerar los yacimientos en la relación, no incluyendo yacimientos característicos de la Edad del Bronce<sup>140</sup>, o de haber considerado de un modo más preciso el campaniforme, como un indicador cronológico principal. La admisión en otros textos (Aparicio, 1978, 89) de las propuestas de Bosch Gimpera en cuanto a la prevalencia temporal del campaniforme inciso con respecto al marítimo o internacional y su inserción en una cronología de mediados del III milenio a.C., dentro de los parámetros temporales convencionales que por entonces regían para la Prehistoria reciente, es lo que en cierta manera no permite reconocer de modo nítido aquella interpretación de Enrique Llobregat en cuanto a que Rambla Castellarda, con su campaniforme, al final del Eneolítico viene a anunciar el modo de habitación característico de la Edad del Bronce, resolviendo con cierta ambigüedad que los poblados en alto son más recientes que los del llano por cuanto que aquellos se irían ocupando, conforme se agudizaran las tensiones sociales que abocarían en la crisis económica que, a su juicio, caracteriza la Edad del Bronce (Aparicio, Martínez y San Valero, 1977, 61).

Una veintena de años después de la síntesis de Tarradell persiste la singularidad de Villa Filomena

cuando se aborda la vertiente habitacional del Eneolítico valenciano, y ello a pesar de que por entonces ya se conocen medio centenar de hábitats con esa adscripción cultural, si bien en su práctica totalidad no refrendados por excavaciones sistemáticas. A Bernat Martí Oliver (1980, 132-138) se debe la sistematización de los datos<sup>141</sup>, señalando entre los yacimientos de llanura los que sólo se reconocen por el hallazgo de materiales sin contexto aparente<sup>142</sup>, algunos como el de la Casa de Lara o el Arenal de la Virgen con un registro material que incluye etapas previas; los que, como la Ereta del Pedregal presentan alguna estructura o piso de ocupación, como los que se abordan más adelante del Tiraó de Burriana o el de Santes de Cabanes; o los que se identifican a partir de las estructuras negativas excavadas en suelo virgen, que por su tamaño, no pueden considerarse fondos de cabaña, categoría ésta en la que incluye el *importante yacimiento de Villa Filomena* (Martí, 1980, 136).

En los asentamientos donde se reconocen, los hoyos excavados en el suelo vienen a caracterizarse por una forma acampanada o troncocónica, con diámetro que alcanza los 1,40 m y una profundidad que ronda 1,50 m. De manera lógica, se hace constar como hipótesis su carácter complementario a cabañas de las que no se identifican restos, proponiéndose su uso como *silos, depósitos en general, o fosas de basura*, siendo probable, desde su acepción como depósitos, que pudieran haberse excavado en el interior de cabañas. Además de Villa Filomena, los yacimientos ya mentados de los alrededores de Bélgica y el de la Figuera Reona se consideran poblados con silos el Sifó de les Fanegades de Albaida; el de la partida del Tabaque de Castelló del Rugat, el del Camp de Sant Antoni de Oliva, el de la Font de Mahiques de Quatretonda (Martí, 1983, 62)<sup>143</sup> y el propio de les Jovades (Martí, 1981, 136).

138. V. Gozávez (1975) enumera una serie de objetos localizados hacia 1920 con ocasión de nivelar un terreno, destacándose 3 útiles pulimentados, escasos sílex y hachas planas en metal.

139. La referencia la toman del mismo Enrique Llobregat (1975, 129) quien anuncia el encuentro de cerámica campaniforme en un contexto del Bronce Inicial de la Alcudia de Elche, no considerándolo por tanto en la relación que éste establece de poblados eneolíticos. Más adelante se dará a conocer un cuenco con decoración incisa campaniforme y un colgante acanalado (Bernabeu, 1984), como manifestaciones posteriores a la determinación de la ocupación neolítica del paraje (Ramos Molina, 1989).

140. Se trata de la Ereta del Castellar de Villafranca del Cid y del Castillarejo de los Moros de Andilla (Aparicio, Martínez y San Valero, 1977, 48 y 50). En el primero se menciona la recogida en superficie de tres puntas de flecha (Arnal, Prades y Fletcher, 1968, 14); del segundo se destaca para su posible asimilación eneolítica una cerámica decorada con dos soles incisos (Fletcher y Alcácer, 1958, 106). Años después cuando se publiquen resultados del poblado de la Edad del Bronce la Muntanya Assolada de Alzira, no se considerará la presencia de puntas de flecha o de cerámicas con motivos simbólicos como un rasgo suficiente para retrotraer el origen de su habitación más allá de la propia Edad del Bronce (Martí, 1983b, 64). En la relación considerada en el texto también se incluyen los hábitats en alto de la Edad del Bronce del Castillo del Río de Aspe y El Castellar de Elche.

141. También en los mediados de los ochenta se hace buena recopilación de la problemática de los poblados con silos andaluces, con ocasión de la publicación de referencias inéditas de los trabajos de G. Bonsor en el yacimiento de Campo Real. El proceso de investigación que en tierras valencianas se inicia con Villa Filomena tiene su precedente en Andalucía con el debate que se establece a partir del descubrimiento de los silos en ese yacimiento sevillano en 1899. El yacimiento de Carmona alcanzará repercusión internacional por la referencias que del mismo realizarán en los años diez J. Dechelette y P. Paris. En la interpretación de las estructuras del yacimiento también subyacerá la confusión entre silo y fondo de cabaña. En los años subsiguientes existirá cierta polémica a la hora de tratar el carácter funcional de las estructuras, pues como las de Villa Filomena, también se usaron para enterramiento (Cruz y Jiménez, 1985, 418-419).

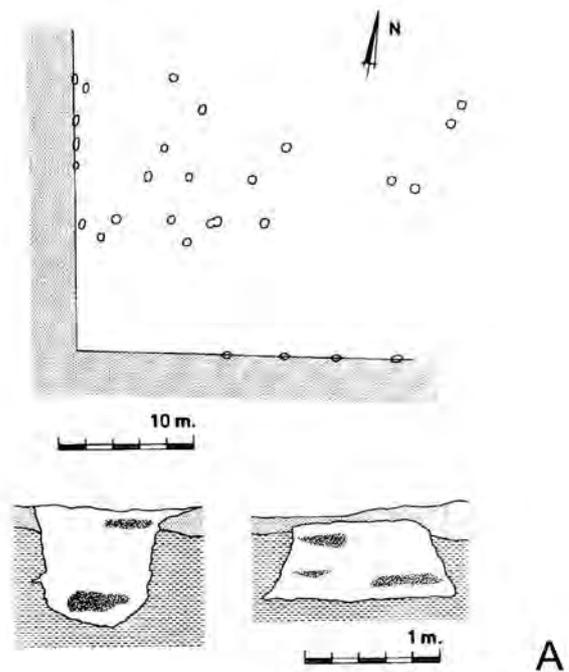
142. En la síntesis sobre el Eneolítico a este respecto se menciona en Castellón los hallazgos del casco urbano de la Poble Tornessa; en Alicante los reconocidos en la partida de Els Dubots (Penáguila-Benifallim), en el Planet de la Torre de les Maçanes y en el Bancal de la Pastora de Alcoy (Martí, 1980, 136).

143. En primer término (Martí 1980, 136) se refiere que las estructuras de esta estación son fondos de cabaña, resolviéndose en la publicación citada en el texto su acepción como silos. Las estructuras observadas en el corte como consecuencia de la ampliación de un camino tenían distinto tamaño: 1 x 0,50 m o 2 x 1 m. Dentro de las mismas se observaron manchas de tierra grisácea con abundantes cenizas, carbones y fragmentos cerámicos (Fletcher, 1980, 82), además de fragmentos de barro con improntas de cañas y ramajes (Martí, 1983, 62).

En cualquier caso, los *poblados con silos* quedan bien diferenciados de los datos que viene proporcionando el sistemático proceso de excavación la Ereta donde *no existen silos excavados en el suelo y sus primeras casas o cabañas poseyeron ya un piso o zócalo de piedra* (Martí, 1983, 64)<sup>144</sup>, así como de otros emplazamientos con materiales propios del ámbito de lo campaniforme: Puntal de Rambla Castellarda y los villenenses del Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros (Soler García, 1981, 67-74; 83-85), por su emplazamiento en alto, así como por contener estructuras pétreas (Martí, 1980, 136). Queda buena constancia en las síntesis que en los inicios de los ochenta plantea Bernat Martí de la importancia que para la vertiente habitacional del Eneolítico valenciano representan estos poblados con silos. Ahí se anuncia el enorme interés del asentamiento de Les Jovades, donde a partir de los datos que sostiene el Centre d'Estudis Contestans se identifica un centenar de estructuras negativas (Martí, 1983, 65), y como elemento comparativo a la información que proporciona la fauna hallada en la Ereta, a la vez que se presentan datos obtenidos en la intervención en silos de la Font de Maïques, se recuperan las notas que al respecto trazara sesenta años antes Vicente Sos en su informe sobre Villa Filomena (Martí, 1983, 85: Tabla II).

La publicación de esta tabla de fauna es la mejor expresión de la *importancia* y validez científica que, tras un periodo de dudas, vuelve a cobrar la recopilación de datos desarrollada por Vicente Sos en el paraje de Vila-real, validándose en el contexto del asentamiento con silos la práctica de enterramientos, de una manera diferente al extendido y característico uso funerario de las cavidades para la realización de inhumaciones múltiples. Consignado el yacimiento como fuente fundamental, por ser el primero, a partir del trabajo de Bernat Martí, Villa Filomena alcanza la categoría de arquetipo de los poblados con hoyos valencianos.

Recordando el caso de dos yacimientos particulares, el enterramiento en pozo de Benissit (Pla, 1955), la Vall d'Ebo, y aquel con más afinidad a lo eneolítico de Càlig (Porcar, 1935), cuya forma acampanada se asemeja a la de un silo de buenas proporciones, Bernat Martí se sirve de l'Atarcó y sobre todo de Villa Filomena para enunciar la existencia en tierras valencianas de enterramientos individuales o dobles en poblados en llano. Como se hará constar más adelante cuando al final de este texto se aborde La Vital de Gandia, el devenir de la investigación ha confirmado lo que, a partir del yacimiento de Vila-real, Martí hacía ver como una buena hipótesis que no evitaba problemas a la hora



	ERETA DEL PEDRIBUAL NAVARRRES (M. Pétreo)		FONT DE MAÏQUES Silo nº 2 QUATRETONDA (I. Serrón)		VILLA FILOMENA VILA-REAL (V. Sos)
	N.R.	%	N.R.	E.I.	E.I.
Especies domésticas	Cabra/oveja	504	24'29	11	*
	Oveja	101	4'14	3	*
	Cabra	61	2'40	—	*
	Buey	181	8'59	5	*
	Cerdo	769	15'99	5	*
	Perro	4	0'16	—	*
		52'76			
Especies silvestres	Caballo	33	1'39	—	—
	Uro	1	0'04	—	—
	Cabra montés	93	3'80	—	—
	Ciervo	724	29'61	2	—
	Corzo	7	0'29	—	—
	Jabalí	3	0'12	—	—
	Lobo	1	0'04	—	—
	Ezuzo	1	0'04	—	—
	Gato montés	11	0'45	—	—
	Lince	1	0'04	—	—
Conojo	272	11'13	—	—	
Lisbre	8	0'33	—	—	
<b>TOTAL</b>	<b>3.445</b>	<b>100'00</b>	<b>24</b>		
Tortuga	8				
Ave	7				

N.R. = Número de restos  
E.I. = Especies identificadas

TABLA II Restos de la fauna de vertebrados en los yacimientos eneolíticos del País Valenciano

Figura 3.3. A) Plano parcial del poblado eneolítico de les Jovades y sección de dos silos según el Centre d'Estudis Contestans (Martí, 1983); B) Tabla de fauna que recoge datos de Villa Filomena (Martí, 1983).

de considerar el alcance y temporalidad del uso funerario del poblado de Vila-real, considerando la posibilidad de que éste fuera ocasional o que pudiera definirse en una etapa concreta de su desarrollo, vinculada al campaniforme (Martí, 1980, 137 y 139-140).

La reivindicación de la importancia del yacimiento de Vila-real también se reflejará en la síntesis del *Vaso Campaniforme en el País Valenciano*, donde se valora como poblado y necrópolis de llanura con silos, asimilable a una primera fase campaniforme, teniendo en cuenta la importancia en su registro de cordados y marítimos, con una perduración en el

144. Un asentamiento de interés en el desarrollo de la investigación del hábitat neoneolítico será el que luego se de a conocer de Fuente Flores de Requena, reconocido a partir de la recogida intensiva de materiales arqueológicos, incluyendo un buen número de restos de fauna. La falta de estructuras negativas y el reconocimiento de algunas lajas hará que sus investigadores descarten su asimilación a los poblados con hoyos proponiendo su vinculación al modelo de hábitat con estructuras pétreas que significa la Ereta (Juan Cabanilles y Martínez Valle, 1988, 227).

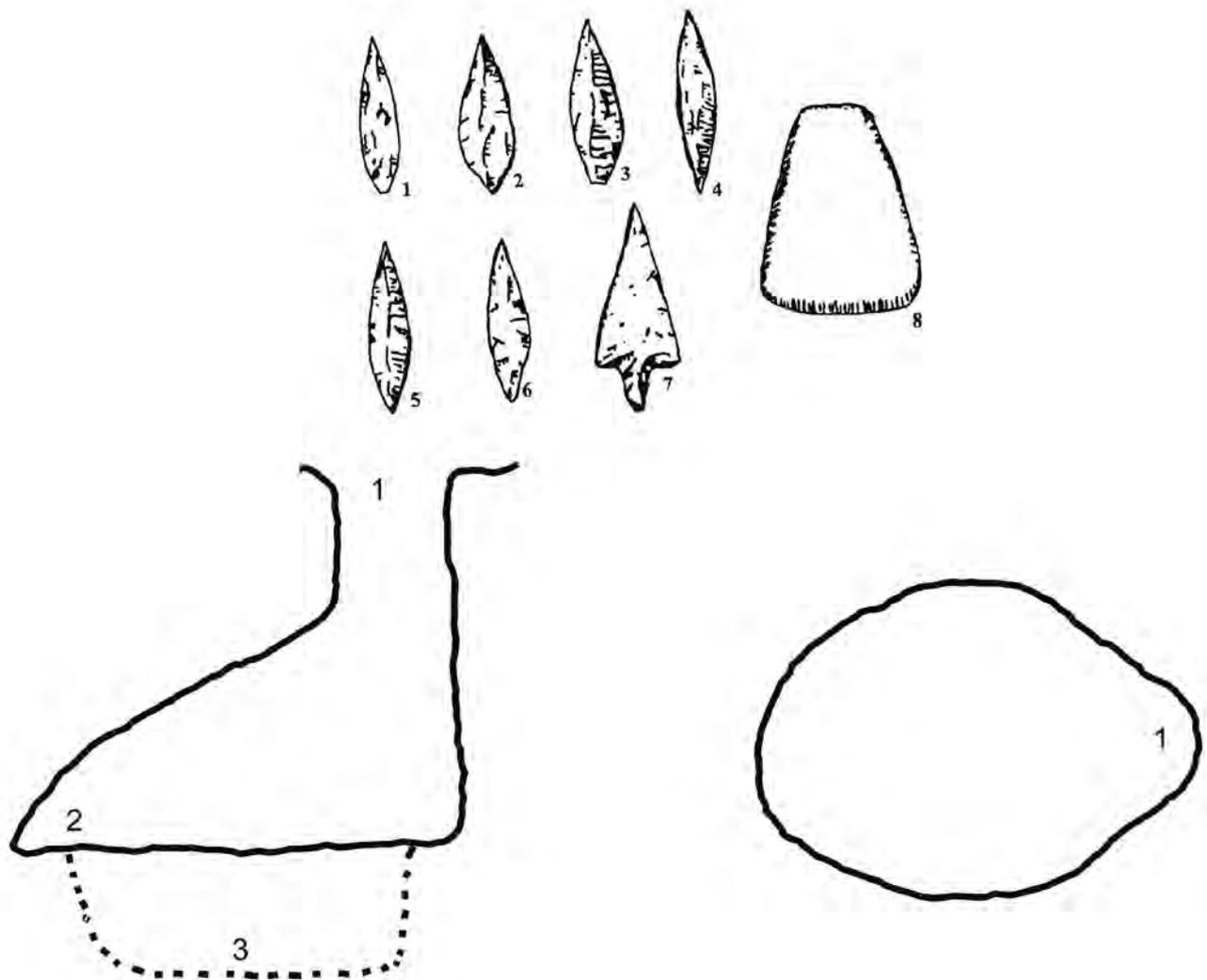


Figura 3.4. Sepulcro de Càlig. Materiales, calco de planta y sección transversal de la Cova de Càlig. Tomada de Porcar (1935).

tiempo menos evidenciada por la escasez de campaniforme inciso (Bernabeu, 1984, 14). Será en todo caso ejemplo con l'Atarcó de la continuidad de un tipo de poblado que, desde la perspectiva que provoca la secuencia que ofrece la investigación de los Castillejos de Montefrío (Granada), con la consiguiente asimilación al Neolítico de los silos de Campo Real de Carmona (Arribas y Molina, 1978, 14-18), podría encontrar su origen en el Neolítico Final (Bernabeu, 1984, 14). La variedad habitacional será una de las características que definen la etapa campaniforme por cuanto que estos poblados de *Ilanura con "silos"* se considerarán un conjunto diferenciado de aquellos de más larga tradición en su ocupación que, ejemplificados por La Ereta del Pedregal o la Casa de Lara, aprovecharán ámbitos lacustres, o de aquellos otros en alto de nueva

aparición, como hábitat ejemplificado por el Puntal de Rambla Castellarda y otras nuevas referencias circunscritas a comarcas valencianas más meridionales<sup>145</sup>: las Peñetas de Orihuela, el Bancalico de los Moros - El Rincón de Redován y les Moreres<sup>146</sup> de Crevillente (Bernabeu, 1984, 104-105).

#### VILLA FILOMENA COMO YACIMIENTO PRINCIPAL. PANORAMA DEL HÁBITAT "NEO-ENEOLÍTICO" EN LAS COMARCAS CASTELLONENSES DE LAS PLANAS EN LOS FINALES S. XX

Sin desarrollarse excavaciones sistemáticas, al final del s. XX, en el marco comarcal de las Planas

145. En esa síntesis Joan Bernabeu mostrara reservas a la hora de consignar en el grupo de asentamientos en alto campaniforme a los emplazamientos villenenses del Peñón de la Zorra y el Puntal de los Carniceros, considerando más verosímil su asimilación a la Edad del Bronce (Bernabeu, 1984, 23 y 104).

146. De los primeros, los datos se sustentan en las aportaciones de Emilio Diz (1982) y Armando Ros (1980), donde se señala la determinación de cerámica campaniforme. La asignación de Les Moreres al Horizonte Campaniforme de Transición se realiza considerando materiales contemporáneos al campaniforme, una vez que en esas fechas todavía no se ha reconocido la presencia de esa cerámica en el asentamiento (Bernabeu, 1984, 27).



empresa “Cerámica Levantina”. Viendo el corte y las fotos que se publican en 1969 en el volumen nº 12 del *Archivo de Prehistoria Levantina*, asombra tanto la entidad del registro, como la potente estratigrafía al resolverse una ocupación del llano que integra un nivel medieval sobre otro potente ibérico, caracterizado por estructuras negativas, como una fosa interpretada como funeraria o *ustrinum*, localizada en junio de 1965 (Mesado, 1969, 190) y una importantísima cultura material; ambos superpuestos a una más que interesante ocupación neolítica basal (*Ibid.*, Fig. 3) que Mesado relaciona con el aprovechamiento de un entorno de tierras bajas y de almarjal (*Ibid.*, 202), distante no más de una decena de kilómetros del yacimiento de Villa Filomena.

Esa sucesión cultural, bien corroborada en la primera década del s. XXI en el yacimiento de Torre de la Sal de Ribera de Cabanes (Flors –Coor.–, 2010), nos advierte no sólo de la riqueza del registro en el entorno fluvial de las Planas sino también de la profundidad a la que se pueden hallar vestigios de la ocupación prehistórica. En ese aspecto, y a diferencia del yacimiento de Vila-real, El Tirao no nos ofrece silos de almacenamiento, sino vestigios del día a día neolítico, si se recuerda la interpretación que vincula con la cocción o transformación de alimentos (Jover y Torregrosa, 2011, 29), los lechos circulares de piedras y cantos termoalterados sobre cubeta bien determinados en el s. XXI en contextos habitacionales cardiales como el de Benàmer de Muro (Torregrosa, Jover y López –Dir.–, 2011) o postcardiales como el del Tossal de les Basses de Alicante (Rosser y Fuentes, 2007, 24), C/Colón de Novelda (García Atienzar et alii, 2006, 20-21 ) o el mismo Torre la Sal de Cabanes (Flors, 2010, 153) y se antepone a ellos su descubrimiento en el Tirao, donde se indican 5 muy próximos, uno más pequeño que el resto (A: 70 cm de diámetro), de los que Mesado, a la carrera que marca la empresa de cerámica, sólo alcanza a excavar uno, en su tamaño (2-2,38 m) considerado similar al resto, quedando caracterizado por un auténtico “rudus” de cantos ennegrecidos y carbones entre los mismos, para él “fondo de hogar”, que avala el carácter habitacional del asentamiento, antes sólo atestiguado por una recogida superficial de elementos que, en su vocacional paciencia, iría localizando y que remiten a conchas, un sólo fragmento cerámico, un percutor calizo y un lote de piezas en sílex consistente en segmentos de círculo, laminitas fragmentadas y otros útiles denticulados descritos como raederas (Mesado, 1969, 191-193), anotando la ausencia de puntas de flecha como un rasgo para prever el carácter neolítico, ahora con los años reforzado con los paralelos de las estructuras aquí expuestos (Mesado, 1969, 161).

Por Francisco Esteve se tiene noticia de los vestigios de la habitación del Roqueral de Santes de Cabanes, contexto montañoso inmediato a un curso fluvial encajado en el barranc de les Santes, donde en 1920 se descubrieron *lechos de cenizas, que indudablemente debieron ser fondos de cabaña*, que contenían, restos de fauna, fragmentos cerámicos y objetos líticos revueltos. Al material referido por Esteve<sup>150</sup> se añade otro lote de elementos en sílex recogido posteriormente que, incluyendo una punta de flecha y algunas piezas sobre lasca y lámina, hace considerar la posibilidad de que el asentamiento resultara propio del Eneolítico (Olaria, 1980, 54-55).

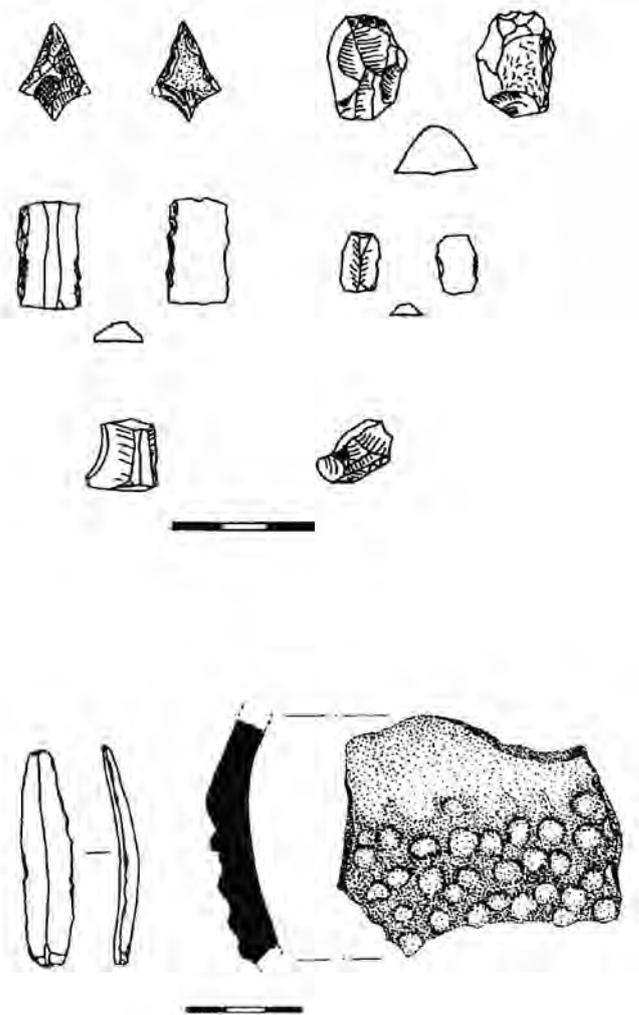


Figura 3.6. Elementos materiales del Roqueral de Santes según Francisco Esteve (1944, Fig. 1 y Fig. 2; Olaria, 1980, Fig. 5).

En las mismas síntesis antedichas no se descarta que los yacimientos de El Tirao y el Roqueral, y los parajes próximos a una antigua área lacustre con materiales líticos de Pla de la Pitja de Cabanes, Corral Blanc de Pobla Tornesa y Salandó de

150. El material recogido en 1924 en los bancales cultivados consiste en una gran pieza de sílex, tallada toscamente a grandes golpes, al parecer un pico (...); dos raspadores nucleiformes de buen tamaño; fragmentos de hojas sencillas, una lámina de sección triangular poco típica que reproduce y dos fragmentos de cerámica de vasos distintos con una decoración plástica consistente en apliques o bolitas de barro ligeramente aplastadas y pegadas a la superficie externa que sitúa en plena Cultura de las Cuevas (Esteve, 1944).

Benicasim pudieran alcanzar una imprecisa etapa *neo-eneolítica*, a la que se asignan otros vestigios habitacionales en las pequeñas elevaciones –*pu-jolts*–, hoy desaparecidas que se ubicaban en las proximidades de Castellón, en los que, se indica, existirían pequeños asentamientos humanos integrados por unas *pocas cabañas fabricadas con cañas, ramaje y barro* que se beneficiarían de un medio natural próximo a la costa que incluiría humedales y bosquetes abiertos (Gusi, 2001, 184 y 195). De la mano de Francisco Esteve (1966b, 144), de estos últimos resulta la somera mención de un *fondo de cabaña mal conservado* y por él atribuido a un *Neolítico muy arcaico con vestigios materiales –escasos sílex atípicos, cantos de caliza desbastados, huesos de animales y conchas de moluscos marinos–*.

En los inicios de los ochenta, además de Villa Filomena con el Eneolítico sólo relacionan aquellos yacimientos al aire libre citados por Bosch que descubrieran Esteve y el pintor Porcar a los que se ha hecho alusión en el capítulo previo: los próximos a Castellón de El Castellet, Les Serretes y La Magdalena; el Tossal de les Forques de Borriol; Les Agulles de Santa Agueda de Cabanes; El Cigaleiro y la Comba<sup>151</sup> de Benicasim, que tratara Esteve en su Tesis, y el de la Llometa del Fondo de Artana (Gusi, 1981, 118 y 124); pobre panorama en lo que atiende a la calidad de los datos (Gusi, 2001, 195 y 198) que, en la última década del siglo, sólo se ve enriquecido –si se acepta por indicio habitacional– por el registro de una escultura pétreo antropomorfa que, hallada en los años veinte en el paraje de les Mallades de Artana, se da a conocer en los noventa, para resolver luego su asimilación a las deidades del Eneolítico (Mesado, 2001, 121-131)<sup>152</sup>. Como referencia aparte resulta la posibilidad de vincular a este momento algunos de los hallazgos de Sitjar Baix (Onda), paraje próximo a Villa Filomena, sito en el margen izquierdo del río Millars donde se determinan elementos líticos y cerámicos

*susceptibles de integrarse entre el IV y II milenio a.C.*, sin que con los mismos puedan relacionarse de un modo claro una serie de cubetas que no se asemejan a las propias de los poblados de silos eneolíticos (Pascual y García, 1998, 76).

En lo que afecta a la cronología propia del campaniforme al contexto de Vila-real hasta el día de hoy sólo se han unido contados yacimientos al aire libre, en ladera o en llano, remitiendo el parco registro campaniforme de la provincia de Castellón a distintas cavidades<sup>153</sup>. En ese marco se consideran los tres cuencos con decoración incisa y estampillada hallados en la vertiente meridional del Castillo de Vilafamés, en las proximidades de un “taller de sílex” (Gusi, 1981, 124); recipientes éstos, que publicados al inicio de los setenta (Gusi, 1972), se vinculan luego al Campaniforme de tipo Ciempozuelos (Harrison, 1977, 203) o al Horizonte Campaniforme de Transición (Bernabeu, 1984, 14). Además se concreta la localización, si bien de manera muy fragmentaria de cerámica campaniforme en las laderas del Castell de la Vilavella de Nules<sup>154</sup> y en el campo contiguo del Racó de Focs<sup>155</sup>.

Ante el panorama expuesto no es de extrañar la validación que, en los últimos 20 años del siglo XX y en clave regional, se hace de Villa Filomena, pasando de ser un yacimiento sobre el que existen dudas a la hora de considerarlo como poblado o necrópolis (Gusi, 1981, 118) a considerarse, sin obviar los problemas que sustentan toda su información y en lo que afecta al *horizonte campaniforme de transición, el único yacimiento importante de Castellón y de todo el País Valenciano de este periodo* (Gusi, 2001, 204). No en vano, en toda la documentación del s. XX destaca sobradamente el olvidado trabajo de Vicente Sos Baynat, siendo imposible en los inicios del s. XXI hacerse una idea del panorama habitacional de las comarcas de las Planas, con datos en gran medida sólo reducidos a la repetición de las mismas referencias que se tienen desde los años veinte, disponiéndose de un corpus mínimo

151. Francesc Gusi (1974, 82) referencia a este yacimiento como cueva y luego como poblado (Gusi, 1981, 124). En una guía del Museo de Burriana se hace constar la afección del yacimiento por la construcción de la autopista, mentándose otros del término de Benicassim sitios en el Camí de Queralt y el Tossalet Cullero (Mesado, Gil y Rufino, 1991, 44).

152. Descubierta hacia 1922 en la partida de ese nombre y estudiada, aunque inédita, por Francisco Esteve (Mesado, 2001, 121).

153. En lo que atiende a la provincia de Castellón a las citas del texto se unen contados fragmentos, casi todos vinculados con el campaniforme reciente, relacionados por Gusi (2001) y luego muy recientemente por Gusi y Luján (2012) en cuyo trabajo de recopilación se refiere la bibliografía específica de los hallazgos. De norte a sur del Alto Palancia trascienden los hallazgos del fragmento de la Cueva del Pueblo de Sacañet (Alto Palancia), referido como puntillado-inciso; en la comarca de Els Ports se indica el hallazgo en el Abrigo de Torre Miró I-10 de tres fragmentos campaniformes, dos con decoración incisa y un tercero inciso-impresa. De la Plana Alta, son los cuencos de la grieta de Vilafamés citados en el texto y los de la Cova del Petrolí de Cabanes, donde se referencian fragmentos conforme a estratigrafía, señalándose en el nivel 1 dos fragmentos “incisos geométricos de estilo toscó” y en el nivel 2 otro “inciso – impreso a peine con incrustaciones de pasta blanca”, niveles datados (1: 3.750± 40 bp y 2: 2.180 ± 130 bp) que se asimilan respectivamente al “Bronce Inicial” y a una “fase de transición de un eneolítico final a un momento antiguo del bronce inicial”. De la Plana Baixa, donde se ubica Villa Filomena, trasciende un fragmento del Covacho 2 de Can Ballester (la Vall d’Uixó) con decoración puntillada a bandas que quizá no sea campaniforme; la referencia imprecisa de la Cova del Sou (la Vilavella), donde se apunta la posible presencia de cerámica campaniforme de estilo inciso-puntillado. Finalmente del Alto Mijares queda la vaga referencia del hallazgo de cerámica campaniforme en la Cueva Cueva Cirat de Montán. A esta relación se añaden los fragmentos de estilo mixto impreso-cordado e impreso-lineal de la Cova de l’Absis del Castell de Morella, comentados aquí en el capítulo previo.

154. Dos fragmentos con decoración incisa y pseudoexcisa (Gusi, 2001, 206). El yacimiento reúne para Norberto Mesado características topográficas similares a La Comba de Benicassim. Ahí Esteve determina la presencia de puntas de flecha y hachas de piedra pulimentada (Mesado, 1969, 202-203)

155. De ahí resulta la mención del acopio de un par de fragmentos de campaniforme y puntas de flecha con aletas (Mesado, 2001, 119).

de materiales y, con la sola excepción de lo que trasciende de El Tirao, de una carencia total de croquis, planos o fotos de los parajes o yacimientos excavados o prospectados.

Visto lo expuesto, a las causas geomorfológicas y antrópicas que intervienen en el *panorama desolador* que, en los inicios del s. XXI se traza para el conocimiento del hábitat en llanura en Castellón (Gusi, 2001, 195), habría que añadir el vacío documental de la investigación a ese respecto desarrollada desde el descubrimiento del paraje de Vila-real, pudiendo haber intervenido en ello distintos factores, entre los que cabe considerar la dificultad para la excavación de este tipo de hábitats con escasos medios, o el mayor interés que, para los proyectos de investigación de la Universidad y el SIAP de Castellón, despiertan otro tipo de yacimientos, no existiendo una continuidad del intenso esfuerzo que antes realizara Francisco Esteve Gálvez, hasta que en el siglo XXI se produzcan las excavaciones en el Prat de Cabanes, Costamar, o Mas de Sanç.

## VILLA FILOMENA AL ESPEJO DE LAS EXCAVACIONES EN EXTENSIÓN DE FINALES DE S.XX. UN POBLADO DE SILOS CON CAMPANIFORME EN EL EPÍLOGO DEL DESARROLLO NEOLÍTICO

En la década siguiente a la del advenimiento de la Democracia en España ya se dispone de la cobertura legislativa para el desarrollo de medidas más eficaces para la protección del Patrimonio, preparándose la práctica arqueológica para alcanzar una perspectiva hasta ese momento inimaginable. Luego, al final los noventa el crecimiento económico revierte en miles hectáreas para la construcción de viviendas, urbanización de solares, fábricas o vías de comunicación en las que, por precepto legal, previamente deben realizarse actuaciones arqueológicas que en muchos casos deparan la excavación de enormes extensiones. La maquinaria de esta *arqueología de gestión o comercial* afecta de lleno al conocimiento de los hábitats de llanura, pasando de una perspectiva muy somera e intuitiva de los restos de lo que fueran poblados de frágiles viviendas, evidenciados por *fondos de cabañas* o *silos*, a la exhumación de enormes yacimientos integrados por decenas o centenas de estructuras

negativas descubiertas en plazos de tiempo marcados por la ejecución de la correspondiente obra.

Se trata de una realidad bien diferenciada de aquella en la que el arqueólogo vocacional realiza el seguimiento de las obras para salvaguardar el correspondiente silo, negociando ganar algo de tiempo para efectuar algún hallazgo<sup>156</sup>, o aprovecha el corte del trazado de un camino para provocar una excavación en los alrededores. Las palas mecánicas pueden limpiar eficazmente ese potente estrato de sedimentos en las comarcas litorales que, resultado del régimen torrencial estacional, conforma depósitos detríticos de gran potencia, de forma que, lo que se valoraba como un factor en el *panorama desolador* para el conocimiento del poblamiento neolítico de llanura (Gusi, 2001, 195), se convierte en un elemento que ha preservado grandes conjuntos como el que, mientras escribimos estas líneas, recién se termina conocer en el yacimiento de Torre la Sal<sup>157</sup>, resultado de las intervenciones arqueológicas previas y sincrónicas a las de la realización de la enorme urbanización de un complejo de vacaciones en la Ribera de Cabanes.

Ampliando de nuevo la lente del objetivo, en nuestras tierras el cambio del formato de información se produce con la excavación del hábitat de Les Jovades (Cocentaina), yacimiento paradigmático en la definición de los poblados con hoyos sobre el que es obligado detenerse. Ahí, el Centre d'Estudis Contestans en 1971 descubre materiales aislados en bancales, y por ello inmediatamente prospecta el área hallando tres *fondos de cabaña* en el corte producido al abrirse una carretera, primeros de una serie de estructuras negativas que se van identificando al realizar cimientos de fábricas o zanjas. En su primera noticia (C.E.C., 1978) se indica que después, al aplanar un terreno, se descubren 17 más, *deixant part d'elles i excampan material per tota l'explanada*, consignándose en esa breve nota 36 estructuras negativas en una parcela 300 m de longitud y unos 100 m de anchura, inmediata a un barranco afluente del río Serpis. La cifra se eleva a un centenar para cuando Bernat Martí Oliver (1983, 65) destaca el buen tamaño del asentamiento, y alcanza los 124, cuando con otros contados silos, testimonio de otros emplazamientos no sin dificultades también prospectados por el Centre d'Estudis<sup>158</sup>, se presenta como comunicación en la reunión de Alcoy sobre el *Eneolítico en el País Valenciano* (Pascual Benito, 1986, 77).

156. Al respecto resulta muy ilustrativa la lectura de la excavación de El Tirao, cuando se comenta la estructura denominada Hogar C: *único fondo, que por gentileza de "Cerámica Levantina" nos fue dado estudiar con detenimiento* (Mesado, 1969, 25).

157. Quiero agradecer a Enric Flors Ureña haber puesto a mi disposición toda la información del yacimiento, antes de su publicación en el nº 8 de la serie de *Monografies de Prehistòria i Arqueologia Castellonenques*.

158. En Cocentaina: Pequis, donde se determina 1 silo y Benataire, donde se observan 4 dispersos; en Muro: en el Carrer Mestre J. Esteve, donde se identifica 1, próximo a otros al parecer descubiertos al realizar los cimientos del Ayuntamiento; en Alcoy: en la C/Alameda, nº 43, donde se identifican entre 3 y 5 estructuras que rápidamente fueron ocultadas por una pared de hormigón y que se relacionan con otro silo localizado por V. Pascual en la C/Perú; en Benilloba: donde se identifica 1 a la entrada del casco urbano; en Benasau: en la partida de les Solanetes o la Creueta, donde se observa 1; en Balones: donde se identifican 2 estructuras; y en Planes: en el Tros de la Bassa donde se identifican 3, uno de ellos colmado de piedras (Pascual Benito, 1986, 77).

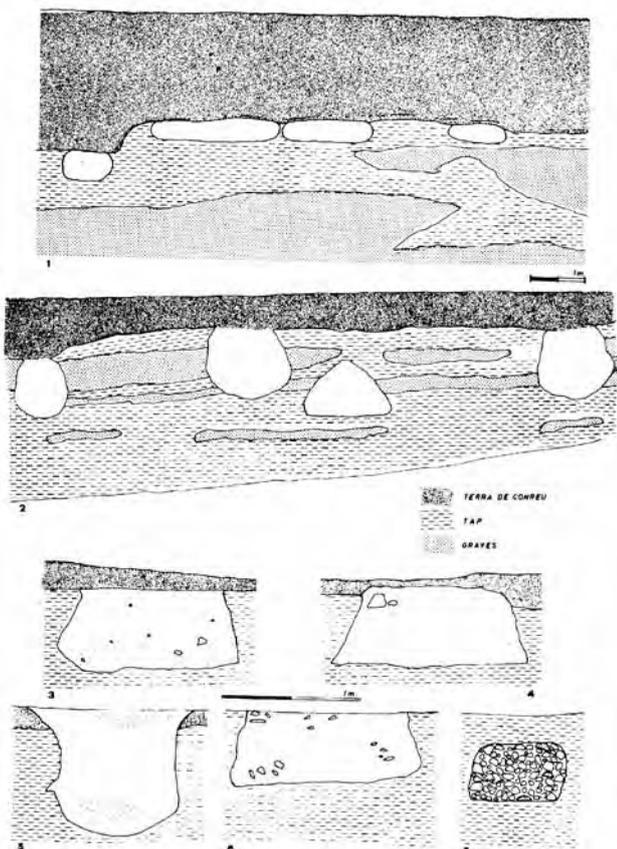


Figura 3.7. Hoyos situados por el Centre d'Estudis Contestans en el corte de las obras de les Jovades de Cocentaina (Pascual, 1986, Fig. 10).

El mismo autor que suscribe la comunicación, Josep Lluís Pascual, realiza poco después el estudio de las estructuras consignadas por el C.E.C, enunciando distintas claves del modelo de poblamiento que considera caracteriza a las comarcas centro meridionales valencianas y que se ejemplifican con Les Jovades: la cierta diversidad de es-

tructuras, diferenciándose entre *silos* y *fosas circulares*<sup>159</sup>; su agrupación en el yacimiento; el buen registro material que contienen; o su funcionalidad, haciendo constar la rareza del uso funerario y su mejor adecuación como contenedores de semillas de cereales. El buen tamaño de Les Jovades y de otros yacimientos próximos (10-15 Ha)<sup>160</sup>, como rasgo intuido a partir de la dispersión de los materiales en L'Alcudia, Benataire - Pequí, Marges Alts y Tros de la Bassa, es un buen indicativo para inferir la intensificación de la agricultura en el Eneolítico o *Neolítico II*, a la vez que la mejor evidencia en cuanto a que los habitantes de los poblados integrados por cabañas dispersas gestionarían de manera colectiva el contenido de los silos (Pascual Benito, 1989, 44-50)<sup>161</sup>. La vinculación de los poblados de silos con cavidades funerarias próximas, antes reivindicada en distintas localizaciones<sup>162</sup>, se evidencia también en el *Horizonte Campaniforme de Transición*, de manera que el modelo de poblamiento propio de estos hábitats alcanzaría una dimensión que afectaría todo el III milenio a.C. en expresión radiocarbónica convencional, si bien en la fase que caracterizan esas cerámicas ya comentábamos se dispone una mayor variedad en la localización de los hábitats, teniendo en cuenta los emplazamientos en alto (Bernabeu, 1984, 104).

Al tiempo de la investigación de los hallazgos de Les Jovades y sobre nuevas perspectivas se inicia a partir de 1986 un programa más amplio centrado en el tema *del origen del hábitat estable en poblados* (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1989, 100), considerándose los primeros datos de los que devendrá un intenso proyecto de prospección que, encabezado por Joan Bernabeu Aubán, permitirá afianzar los conocimientos del hábitat a partir del Neolítico<sup>163</sup>, y sobre todo del propio del entonces (en expresión convencional) "III milenio a.C". Tras

159. Los *silos* quedan definidos por una planta circular y sección troncocónica, esto es, con la boca más estrecha que la base, una profundidad no superior a 1,50 m y una anchura en las bases, por lo general planas, entre 1,10 y 1,50 m; las *fosas circulares* son estructuras negativas con la boca más ancha que la base, algo más pequeñas que los silos y distintas secciones: troncocónicas, en campana invertida, rectangulares o lenticulares (Pascual Benito, 1989, 11).

160. El número de yacimientos próximos a les Jovades que se referencian en el trabajo publicado en la revista *Alberri* es superior al recogido en el de *El Eneolítico en el País Valenciano*. Ahora además se menciona L'Alcudia de Cocentaina, donde se identifican 2 silos; Marges Alts de Muro, donde se indica la presencia de un foso y Les Trilles de Cocentaina, donde en un silo se hace constar su asignación campaniforme. También se informa que el C.E.C. ha hallado otros yacimientos similares en La Vall d'Albaida: Alfarrasi, Benigànim, Montaverner y Albaida (Pascual Benito, 1989, 44).

161. Espejo de esa *gestión colectiva* resultan a su modo de ver las cavidades con enterramientos *secundarios* y *colectivos* de la vertiente meridional de la Sierra de Mariola que, en su mayor parte excavadas por el C.E.C, se dan a conocer en un artículo aparte (Pascual Benito 1987-88) y con las que es acorde el buen registro material de Les Jovades.

162. Lo recuerda el mismo Josep Lluís Pascual (1987-88, 165). En la relación que puede establecerse entre hábitats en llano y cuevas de enterramiento resulta primera la del Padre Belda a la hora de relacionar los enterramientos de la Cova de la Barcella con los posibles lugares de habitación determinados en los alrededores del azagadero de El Portell y el denominado Llano de Santa Ana (Belda, 1929). Luego se relacionarán la Cueva de las Lechuzas y la Casa de Lara de Villena (Tarradell, 1963, 104); la Cova de les Llometes y el poblado de silos de la Horta Major de Alcoy (Pascual, 1963, 20), o la Cova de la Pastora con los hallazgos localizados en bancales próximos (Martí, 1980, 137; Vicens, 1984, 176).

163. De Benifallim, cuando todavía se desconoce la importancia del asentamiento del Mas d'Is (Penáguila-Benifallim) se anuncian y se da testimonio gráfico de hallazgos en el Mas del Pla y el Barranc de Satorre. Ambos yacimientos se integran en una fase temprana del Neolítico, complementando los datos previos de la Casa de Lara y el Arenal de la Virgen, si bien no reconociéndose en los nuevos yacimientos, testimonios de ocupaciones epipaleolíticas previas que sí caracterizan a los yacimientos de Villena (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1989, 101-109). Otros yacimientos en llano neolíticos reconocidos en las mismas fechas son el que se deriva de la publicación de cerámicas decoradas en La Alcudia de Elche (Ramos Molina, 1989), el que atiende al hallazgo de unas vasija con decoración impresa en el paraje de Ledua de Novelda, donde se considera una habitación testimoniada por ese hallazgo y acumulaciones de piedras y tierras grises muy alteradas por el arado (Hernández y Alberola, 1988) y el asentamiento de Mas Nou en Ares de Maestrat (Bernabeu, 1995).

dirimir que el *Eneolítico* debe considerarse un horizonte cronológico dentro de parámetros culturales neolíticos<sup>164</sup>, matizado si acaso por algunos materiales vinculados con Los Millares *que no afectan sustancialmente la estructura cultural sobre la que actúan* (Bernabeu, 1986, 13), en los inicios de esa investigación del *Neolítico II*—fase que para el autor recoge las acepciones previas de *Neolítico Final* y todo el desarrollo del *Eneolítico* (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1988, 161)— en lo que atiende a poblados sólo se reconocen cerámicas con decoración esgrafiada en la Casa de Lara (Bernabeu y Martí, 1992, 229)<sup>165</sup>, de modo que los asentamientos con las estructuras negativas que se consideran se determinan bien a partir de la etapa IIB (*Ibid.*, 229 y Bernabeu, 1995, 42), con la que se vincula el mayor desarrollo del tipo de poblamiento caracterizado por la ocupación de los fondos de valles, sirviéndose del aprovechamiento de los suelos más aptos para el cultivo para la instalación de “poblados abiertos” identificados por las estructuras negativas, a cuyo repertorio se añaden entonces los fosos de sección en V o U y planta circular (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1989, 110), como el que se publica de Marges Alts de Muro, o los que se mencionan en Turballos (Muro) y Banyeres (Pascual Benito 1989, 233), indicios luego enriquecidos por otras localizaciones como aquel de Tross de la Bassa de Planes o el de la C/ la Pau de Muro (Bernabeu *et alii*, 2012).

En todo ese nuevo cuadro que provoca la investigación en el entorno del Riu d’Alcoi persiste la referencia a la lejana Villa Filomena en dos planteamientos de aplicación genérica para el territorio valenciano:

- la perduración de los poblados con estructuras negativas en tiempos campaniformes como se ejemplifica en Vila-real o Bèlgida y se obser-

va ahora en otros enclaves de l’Alcoià-Comtat, caso de aquel con dos silos de Les Trilles de Cocentaina (Pascual Benito, 1986-87, 166), cuando esas aldeas de llanura coexisten con un nuevo patrón de asentamiento definido por la determinación de hábitats en alto de Rambla Castellarda, Peñón de la Zorra, Serrella de Banyeres o Cabeço de Sant Antoni de Bocairrent, que se caracterizan por una mayor concentración poblacional y un mayor esfuerzo en su construcción (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1989, 117-118)<sup>166</sup>.

- la práctica de inhumaciones en alguna de las estructuras, como explicación de la presencia de huesos humanos en el yacimiento del Millars, en el de l’Atarcó y en el foso de Marges Alts, donde ahora se descubre un fragmento de parietal humano. Un fenómeno que encontraba su símil en contextos propios del Neolítico - Calcolítico andaluz (Pascual Benito 1989, 229- 230)<sup>167</sup>.

Para la investigación científica ambas consideraciones cobrarán toda su verosimilitud en el País Valenciano cuando se dispongan datos resultantes de las excavaciones de urgencia y ordinarias contempladas en el desarrollo del proyecto *El origen del hábitat estable en poblados* en los yacimientos de Les Jovades, Arenal de la Costa (Ontinyent) y Niuet (Alquería d’Asnar). En el hábitat de Cocentaina las intervenciones de urgencia se plantean a partir de 1987, cuando ante la construcción de 5 naves industriales se logra excavar un área de 22 x 30 m<sup>168</sup>, sumando 24 a las 124 estructuras antes determinadas por el C.E.C. Con su documentación se podía indicar que, sin guardar un orden aparente, se localizaban, dispersas o agrupadas, resultando en su mayor parte de planta circular y sección

164. En atención a la determinación de poblados en llano desde Neolítico, la ausencia de patrones de poblamiento similares a los Millares, la existencia de enterramientos en silo como los de l’Artacó y Villa Filomena en contextos habitacionales tan similares a los valencianos como los neolíticos silos de Campo Real de Carmona, o la dificultad de diferenciar la cultura material de las dos primeras fases de ocupación de la Ereta del Pedregal (Bernabeu, 1986).

165. Ello también se hace constar en los primeros resultados de la prospección que afecta La Vall de Barxell-Polop, en la cabecera del Serpis, no consignándose entonces ningún yacimiento claramente atribuible a la fase IIA de la propuesta que entonces se establece para el Neolítico II (Barton *et alii*, 1992, 84).

166. A esa relación pronto podrá unirse sin reservas hábitat de Les Moreres de Crevillente que entonces todavía se considera precampaniforme (González Prats, 1986, 9), valorándose tras la publicación de González, por su condición de “poblado amurallado” como una excepción en el panorama de la habitación característica del Eneolítico que solo afectaría a las tierras meridionales valencianas (Bernabeu, 1986, 11). Las excavaciones practicadas con posterioridad en el yacimiento revelaron su carácter plenamente campaniforme (González y Ruiz, 1991-92, 19).

167. Ahí Josep Lluís Pascual destaca los casos de los yacimientos granadinos de La Molaina (Pinos Puente) y Peña de los Gitanos (Montefrío). Del primero trascendió el hallazgo de huesos humanos guardando un orden anatómico —posición encogida— en una fosa identificada en estratos de habitación. Los restos se acompañaban de un conjunto de colgantes en concha pintados en rojo (Sáez y Martínez, 1981, 17 y 31). Del segundo se anunciaba el hallazgo en la fase II, vinculada a un Neolítico Final, de tumbas individuales en fosa en los estratos de habitación de la campaña de 1974, rasgo que hacía que el yacimiento se vinculara más a Campo Real que a lo que se definía en la *Cultura de Almería* con las tumbas circulares pétreas características (Arribas y Molina, 1979, 128 y 132). De las mismas ha trascendido que se trata de fosas anchas poco profundas con una base de barro amarillento sobre la que se superpone el cadáver cubierto de piedras (Jiménez Brobeil, 2008, 126). De Sevilla, además de los hallazgos de G. Bonsor en cuanto a la determinación de 2 enterramientos en 2 silos guardando una posición flexionada y restos humanos sueltos en otros del conjunto de Campo Real (Cruz y Jiménez, 1985), el autor toma en consideración los enterramientos en Valenciana de la Concepción, donde en la excavación de una zanja o foso de perfil en V se indica un “enterramiento tumular” con un esqueleto en posición encogida y otros huesos humanos interpretados como cuerpos humanos arrojados, faltándole a uno el cráneo y guardando una posición que sugiere un hecho violento (Fernández y Oliva, 1986, 20).

168. Algo más del 50% de los 1.200 m<sup>2</sup> afectados por la construcción de las naves. La dinámica de la moderna construcción afectó también el área donde se iba excavar. De este modo entre la excavación de 1987 y 1991 se perdieron 4 estructuras identificadas en el corte del área de 1987 (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1990, 26).

truncocónica con unas dimensiones medias a la que sólo escapaba una considerablemente mayor (estructura 129)<sup>169</sup>; todas ellas con un sedimento compactado que incluye restos materiales y faunísticos en un alto grado de fragmentación, trozos de molinos, molederas y percutores, carbones y partes de barro cocido con improntas de ramaje; en un caso (nº 134) con buenas posibilidades de formar parte de la cubierta del hoyo (Bernabeu, Pascual y Bernabeu, 1993, 26-30).

Luego en 1991, ante la construcción de otras dos naves, pudo actuarse en un solar anexo de unos 2.600 m<sup>2</sup> donde, localizándose 45 más, se excavaron 38 hoyos, estableciéndose en atención a su tamaño dos agrupaciones de silos<sup>170</sup> y una de fosas o cubetas menos profundas –28/40 cm– y no especialmente amplias –70/140 cm de diámetro en la boca–, destacándose el enorme tamaño de una estructura negativa (nº152), la comunicación de dos hoyos y la presencia, en el relleno de algunas, de materiales afectados por el fuego: cenizas, carbones a modo de capas o laminaciones, y en un caso (nº 151) la rubefacción de las mismas paredes de la boca del silo (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 29-34).

El buen tamaño de alguna de las estructuras de Les Jovades o la indicación de que al menos dos están comunicadas (Fig. 3.8) nos retrotraen de nuevo a aquellas páginas de Vicente Sos (1924, 50), comentadas en el capítulo previo, dando credibilidad a la profundidad que apuntaba para algunas –cerca de 3 m–, consignándose la comunicación que presentan algunas de ellas y anotándose una cierta diversidad no tanto en la forma, porque en Villa Filomena todas se describen como de boca circular y con un diámetro que se agranda conforme se gana en profundidad, sino más bien en el módulo que guardan, una vez que *difieren algún tanto en capacidad, en profundidad y en el tamaño de sus aberturas* (Sos, 1924, 50).

En el mismo trabajo donde se publican las excavaciones de Les Jovades se da cuenta de los resultados de las practicadas en El Arenal de la Costa, donde de una parte en 1988 se excava una parcela muy afectada por la extracción industrial de arenas (sector A) y, de otra, en 1991 un campo de cultivo próximo (sector B); excavación ésta realizada en condiciones difíciles, por cuanto que no llegó a paralizarse la explotación de áridos mientras se practicaba la actuación de urgencia, con unos

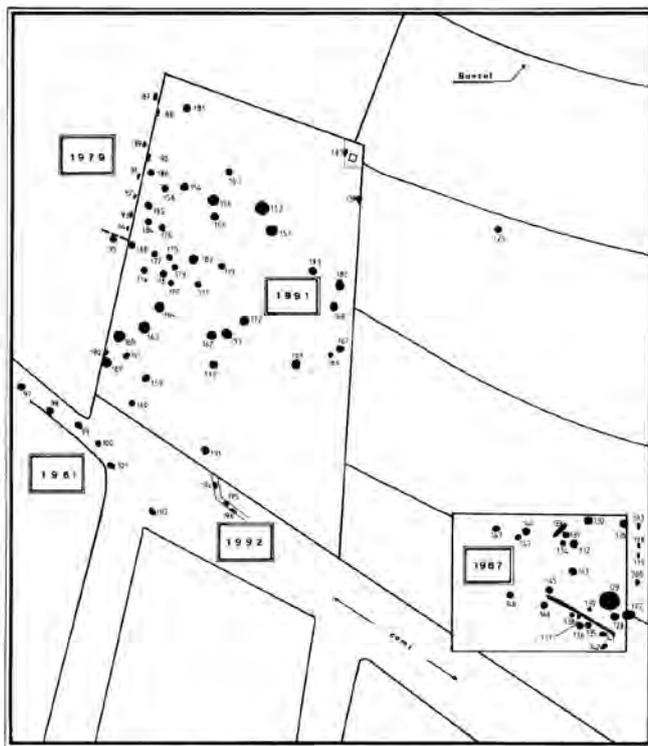
resultados enormemente sugestivos a la hora de valorar la habitación en llano campaniforme. En el sector A se excavaron 6 estructuras, lográndose identificar de un modo nítido el primer fondo de cabaña del ámbito de los *poblados con silos* (Fig. 3.9:A)<sup>171</sup> con el que se asocia una excelente serie de puntas de flecha de aletas agudas, acompañadas de modo inhabitual en su cronología afín al campaniforme por un buen conjunto de segmentos de círculo (Pascual Benito, 1993, Fig. 5.11; Pascual y Ribera, 1997, 29); mientras que en el sector B, tras la destrucción de 7, pudieron excavar un total de 22 estructuras descubiertas bajo la tierra superficial de cultivo, en su mayor parte cubetas poco profundas, sobresaliendo un foso segmentado y poco ahondado, que viene a delimitar un área de 50 m, en cuyo interior se localizan fragmentos de campaniforme inciso de entidad –segmento BVI (Bernabeu y Guitart, 1993, Fig. 4.17)–, y un enterramiento en silo (Fig. 3.9:B) en posición fetal y sin ajuar (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 39), hecho que en sí mismo viene a validar en clave regional los hallazgos que antes se determinarían en Villa Filomena (Bernabeu, 1995, 54).

La interpretación de las estructuras localizadas en los dos yacimientos sientan las bases de la investigación ulterior, consiguiéndose con todo un panorama muy distinto a ese previo, resultado muchas veces de *intervenciones vocacionales*, y construido a partir de noticias dispersas. Han tenido que pasar casi 70 años desde el informe de Vicente Sos Baynat para disponer de una completa memoria con los resultados de las excavaciones de dos poblados con hoyos (Bernabeu, 1993), donde se presentan con detalle distintos aspectos en capítulos que recuerdan las intenciones de aquel eminente geólogo que fuera Vicente Sos; documentados apartados suscritos por distintos especialistas coordinados por Joan Bernabeu Aubán que abordan las características geomorfológicas y sedimentológicas de los emplazamientos, información detallada de las excavaciones, estudios monográficos de los distintos elementos de la cultura material y de los que son objeto de otras disciplinas como la Antracología, Paleocarpología, Arqueozoología y Antropología Física, considerándose aquí además del enterramiento en silo del Arenal de la Costa, huesos humanos aislados documentados en 2 estructuras del mismo yacimiento y en otras 2 de Les Jovades (Calvo, 1993). También se avanzan las primeras dataciones absolutas coherentes con el tipo

169. La mayor parte de las estructuras de Jovades 87 tienen 0,90/1,40 m de diámetro en la boca y 0,80 m de profundidad. A ese formato escapa la mayor (nº 129): un enorme silo de 3 m de diámetro en la boca y 2,40 m de profundidad con un buen registro material y bloques en su relleno superior, interpretados como los restos de una suerte de construcción, por encima de un nivel donde abundan las cenizas y fragmentos de barro cocido, y de otro más profundo también con concentraciones barro cocido, siempre en posición secundaria (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 25-27).

170. 8 estructuras mayores (1,40-2,80 m de profundidad / 1,80-3,20 m de diámetro en la base) y 12 menores (0,50-1,10 m de profundidad / 0,80-1,90 m de diámetro en la base). En esta campaña se excava la estructura mayor –nº 152: 1,80 de diámetro en la boca, 3,20 de diámetro en la base y 2,80 m de altura– (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 32: Cuadro 3.2).

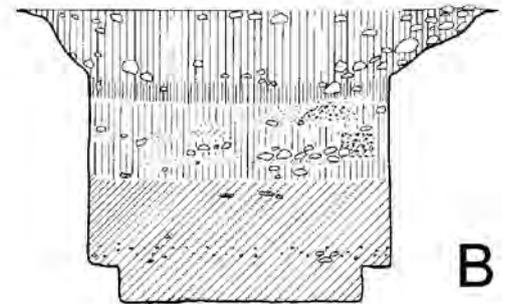
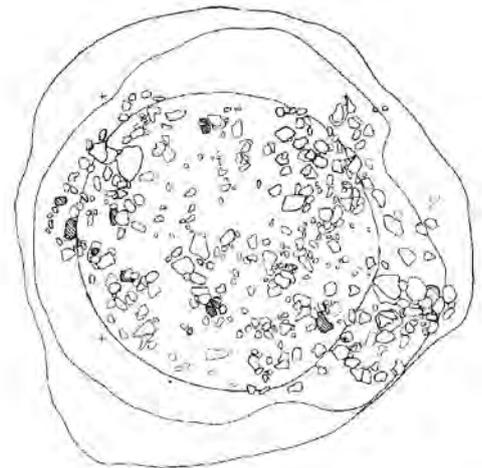
171. Guardando una forma absidal (A-II), con una profundidad inferior a los 50 cm y casi 6 m de diámetro, con elementos internos como un posible banco para un molino y agujeros perimetrales de lo que podrían ser postes (Bernabeu, 1995, 53)



SILOS y FOSAS

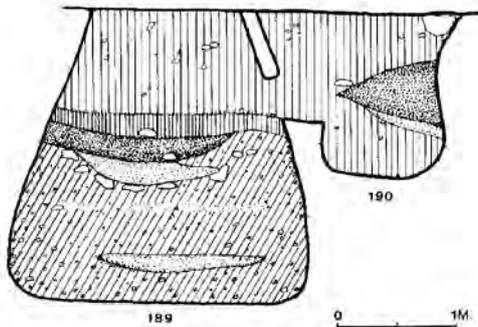
0 1 2 3 4 5 6 7 m

A



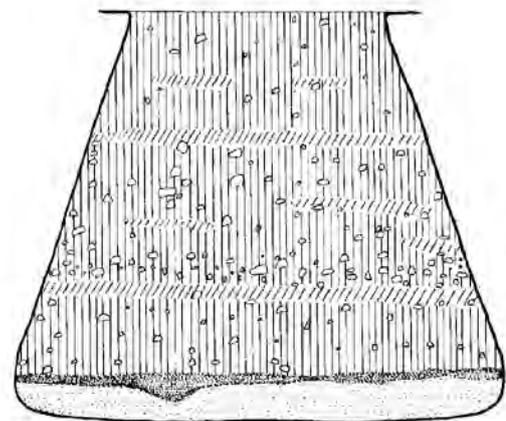
B

0 1 m



189

0 1 m



152

C

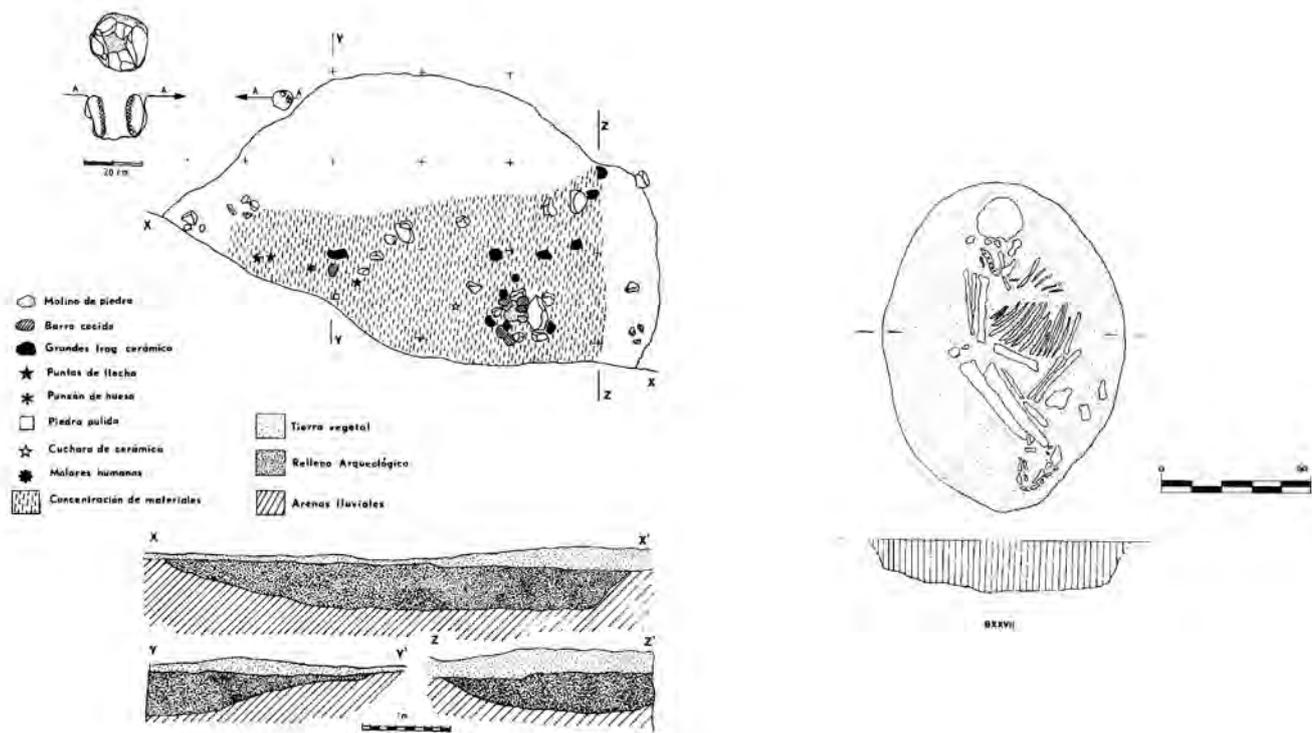
Figura 3.8. Les Jovades A: Plano de los sectores intervenidos en 1987 y 1991; B: Planta al nivel de la capa 3 y sección de la estructura 129 -Jovades 1987-; C: Sección de los silos 152 y 189 -Jovades 1991- (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1991, Figs. 3.2, 3.6 y 3.8).

de hábitat<sup>172</sup>, de modo que, a partir de los carbones contenidos en los sedimentos y de modo acorde a la cultura material, se estima la prevalencia temporal de Jovades con respecto al Arenal de la Costa (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 41).

En lo que afecta a las estructuras del poblado de la Vall d'Albaida todavía trascenderán más datos si

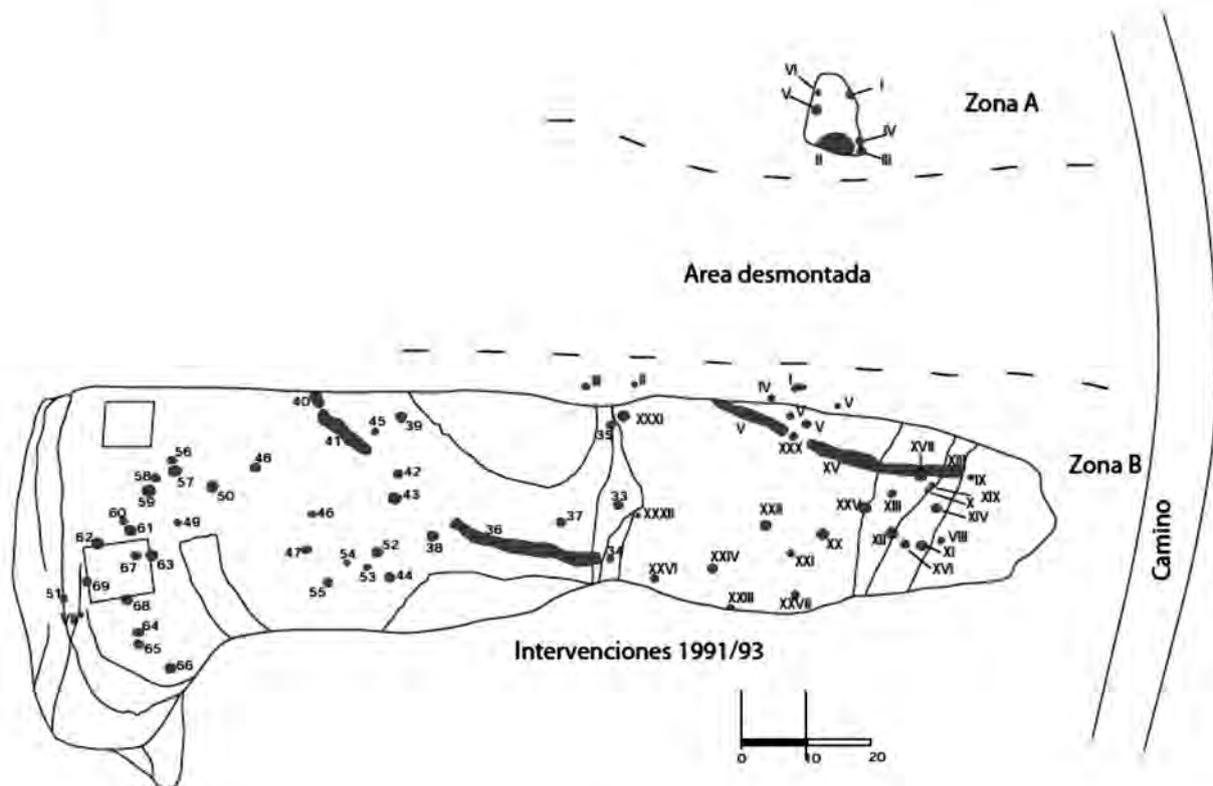
bien dados a conocer en un formato más divulgativo –*Revista de Arqueologia* (Pascual y Ribera, 1997),– y, con más detalle, en la revista de estudios comarcal –*Alba* (Pascual y Ribera, 1993, 42)–, lo que de algún modo ha condicionado la menor difusión de los contenidos de lo que resulta ser el poblado de hoyos y recintos de fosos más completo, una vez

172. Antes se ha datado la Ereta del Pedregal que no es un poblado con hoyos. Su fecha (“Estrato IV”)  $3.930 \pm 250$  bp (Fletcher, Pla y Llobregat, 1964, 10) no se admitía por reciente.



A

B



C

Figura 3.9. Arenal de la Costa. A: planta y sección del fondo de cabaña A-II (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, Figs. 3.14); B: planta y sección del enterramiento de la fosa B-XXVII (Ibid., 3.17); C: Planta del poblado yacimiento con indicación de los recintos de fosos (Ibid., 42 y Bernabeu, Orozco y Díez, 2012, Fig. 4).

que, tras todas las actuaciones<sup>173</sup>, dispone de dos anillos de fosos segmentados que parecen envolver el área de cabañas –si bien sólo testimoniada por la antes comentada– y unos setenta hoyos entre “silos” y “fosas”<sup>174</sup>, dispuestos en el área que circundan las zanjas, entre las mismas y más allá de su delimitación (Figura 3.9), estimándose con todo tres enterramientos en fosa de individuos que guardan conexión anatómica y tres o cuatro fosas con restos humanos dispersos (Pascual y Ribera, 1997, 31), no dejando de llamar la atención en la cronología campaniforme que, por fecha y materiales, se asigna al yacimiento la presencia contenida de cerámicas peinadas<sup>175</sup> (Bernabeu y Guitart, 1993, Cuadro 4.7; Pascual y Ribera, 1997, 31), la relativa presencia de puntas cruciformes (Pascual y Ribera, 1993) y esos segmentos antedichos, materiales que acaso, desde una perspectiva actualizada y a la vista de lo que en el s. XXI trascenderá del Camí de Missena de Ontinyent (Pascual, Barberá y Ribera, 2005), pudieran testimoniar una ocupación previa.

Años después, de Jovades de la mano de Josep Lluís Pascual Benito trascenderá una lectura más completa, donde se recogen excavaciones de urgencia posteriores a las contempladas en el proyecto del *origen del hábitat estable en poblados*, así como se hace referencia al cúmulo de desaciertos que entre 1992 y 1996 supuso el desarrollo del polígono industrial con respecto a la documentación de hoyos, continuamente dañados por los acondicionamientos e instalaciones; a pesar de que entonces Les Jovades era una toda una referencia científica conocida y legalmente protegida (Pascual, 2003, 351). También la segunda parte de la historia de la investigación de Les Jovades debería invitar a reflexionar sobre el alcance de los logros

de la *arqueología comercial* cuando las excavaciones resultan de urgencias que no se ven respaldadas o unificadas por el desarrollo de un proyecto científico como el que ahí tan acertadamente se establecía, y cuyos resultados, todavía remitidos a memorias que conserva la Administración, acusan más tardanza en su recorrido por circuitos de investigación<sup>176</sup>.

También la investigación de Les Jovades proporciona una buena interpretación en cuanto a la funcionalidad de las estructuras negativas, pronunciándose, entre las distintas alternativas que aporta la bibliografía (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1989, 42-43) por un carácter utilitario, vinculado al almacenamiento del forraje o del grano para su consumo posterior<sup>177</sup>. Esa propuesta hace más comprensible el alto número de estructuras que presenta el yacimiento, indicador que entonces no debía relacionarse con una amplia demografía, sino más bien con la necesidad de excavar nuevos hoyos, una vez desechados los usados por el deterioro que en sus bordes suponen las aperturas de acopio o mantenimiento (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 45). Inconvenientes en el área ocupada, los silos amortizados se rellenarían en un breve periodo de tiempo, resultando contenedores perennes de piedras, escombros domésticos y acaso del sedimento procedente de la excavación de otros nuevos, explicándose la presencia de cenizas en el relleno por la quema de espigas o de grano deteriorado, resultado de actividades de desinfección que con carácter anual se producirían cerca de los depósitos amortizados (Pascual Benito, 2003, 382).

Esos hábitos y el desplazamiento de una población reducida dentro del área que atiende el yacimiento<sup>178</sup> cada cierto tiempo y dentro del marco

173. Aquí merece la pena destacar el compromiso que con el yacimiento guardó el Servei Arqueològic d'Ontinyent quien salvaguardó lo que restaba del mismo hasta poderlo excavar con fondos municipales durante 7 meses (Pascual y Ribera, 1993, 39). Al frente de la intervención estuvo en todo momento Josep Pascual Beneyto como arqueólogo profesional en régimen de autónomo, cuyos honorarios cubrió por un mes la Conselleria de Cultura.

174. Mas bien fosas, si se siguen los parámetros que indicara Josep Lluís Pascual Benito (1989, 11) o cubetas, aunque no debe obviarse que se hace constar la pérdida de la parte superior en distintos casos (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 39). En la representación gráfica de las publicadas en 1993 en *Saguntum* definidas como “silos”, “fosas” y “cubetas” no se determina ninguna que llame la atención por horadada, definiéndose como “simples cubetas poco profundas con un diámetro de boca mayor que su base”. Hay formas troncocónicas que hacen pensar en silos arrasados (*Ibid.*, Fig. 3.16). En la relación contenida en la publicación del mismo año en *Alba*, la mayor parte de las estructuras no superan los 50 cm de profundidad, resolviéndose secciones troncocónicas, troncocónicas, invertidas, rectangulares (las menos) y semicirculares o irregulares (cuando son estructuras en forma de cubeta). De las que rebasan los 100 cm de profundidad, una está afectada por un árbol (B39) y otra (B67) está entera siendo de forma troncocónica –134 cm de anchura y 104 cm de profundidad–.

175. Valorada ahí como decoración, la cerámica peinada es la técnica más representada en el conjunto de 1988 y 1991, localizándose bien en la cabaña A-II (Bernabeu y Guitart, 1993, Cuadro 4:7). En la campaña de 1992-1993, la muestra de peinadas se incrementa con respecto al campaniforme identificándose en 5 estructuras B 33 (1 fragmento), B 36 (9), B 40 (7), B52 (1) y B 56 (1). Coincide en los segmentos de foso B 36 y B 40 (anillo exterior) con cerámica campaniforme incisa -2 y 7 fragmentos respectivamente- (Pascual y Ribera, 1993, 40-51).

176. Desde 1998 a 2001 en Jovades se practicaron distintas urgencias que han permitido la documentación de medio centenar de estructuras prehistóricas: 2 ante las obras de urbanización de una calle del polígono, 14 ante el trazado de la carretera CN 340 y 38 más localizadas en una zona inmediata.

177. Estudios experimentales (Reynolds, 1979, 1988, 1990), etnográficos y de las fuentes históricas permiten comprender bien la funcionalidad de este tipo de estructuras que a los efectos de conservación del contenido, siempre amenazado por un exceso de humedad del suelo, necesitan de un mantenimiento que lleva implícita la apertura anual del depósito, consignándose con todo un tiempo plurianual para la conservación del grano que en el contexto histórico mediterráneo se ha estimado en una media de 2 o 3 años (Miret, 2005).

178. Considerando una cronología de medio millar de años para el poblado y suponiendo una vida media de 10 años por silo, teniendo en cuenta las alteraciones que sufriría la estructura con cada apertura, al afectarse con ello el carácter estrecho de la boca, se propuso que en Les Jovades pudieran llegar a funcionar a la vez 4 silos, lo que hace considerar que la población que los disfrutara no superara la veintena de habitantes (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 44).

cronológico que proporcionan las dataciones absolutas (*Ibid.*, 377) serían las causas que explicarían las dos centenas de estructuras documentadas, respondiendo su diversidad de tamaño al volumen de las cosechas, al carácter familiar o colectivo de su explotación, o a las necesidades de consumo, resolviendo las menores como idóneas para almacenamiento a corto o medio plazo y las mayores, a la vista de las pérdidas que en su efectividad supondría la apertura, para la preservación de una producción excedente como reserva de alimento o como bien de intercambio, razón ésta que por entonces se estimaba improbable aún teniendo en cuenta el tamaño de los 2 silos mayores (Fig. 3.8), entendiendo que su capacidad, en torno a los 14.000 l, respondería a alguna cosecha excepcional coincidente con un máximo en la ocupación de la aldea (*Ibid.*, 382-385).

El mejor conocimiento de las viviendas y actividades que se desarrollan en los *poblados con hoyos* lo aportaría el yacimiento de El Niuét de l'Alquería d'Asnar, cuya ubicación inmediata a un interfluvio del Serpis recuerda la que, con respecto al Millars, guardara Villa Filomena. Descubierta en las prospecciones planteadas en 1987, la conservación de este yacimiento se había visto muy afectada por la erosión fluvial y sobre todo por su explotación como gravera en la década de los sesenta. Aquí los trabajos de excavación practicados entre 1988 y 1993 se realizan bajo la fórmula propia de las intervenciones ordinarias, disponiendo de la correspondiente subvención de la Administración Autonómica, resultando del todo meritoria la pronta publicación de los resultados guardando un formato multidisciplinar (Bernabeu, *et alii*, 1994). La investigación permitió consignar en Niuét restos del zócalo pétreo de una cabaña de planta circular o absidal, inmediatos a un hogar dispuesto en una cubeta donde se encontraron 2 fuentes cerámicas de base plana (Fig. 10. B). Previa a esa cabaña resultaría la realización de un foso de tamaño considerable -5,50 m de ancho y 2,40 m de profundidad-, el relleno del mismo y un hogar simple sobre cubeta en la parte más superficial de ese paquete sedimentario de cuya documentación trascienden 4 estratos que sirven para consignar las fases que atiende el yacimiento. La excavación del sitio proporcionó los restos de un segundo foso de menor tamaño y 11 silos, tres de los cuales quedan muy próximos a la estructura de habitación descrita (Bernabeu, *et alii*, 1994, 14-25), que por vincularse a también al hogar, vienen a consignar un conjunto de habitación que asocia estructuras de almacén y hornos característico de una comunidad doméstica, o célula productiva mínima característica del Neolítico, cuya multiplicación conforma un poblado (Bernabeu, 1995, 52).

Con perspectiva, Jovades, Arenal y Niuét descubren distintos matices del hábitat de llanura característico del Neolítico Final - Eneolítico valenciano. Aunque los pocos datos que trascienden del yacimiento de Villa Filomena lo aproximan al campo

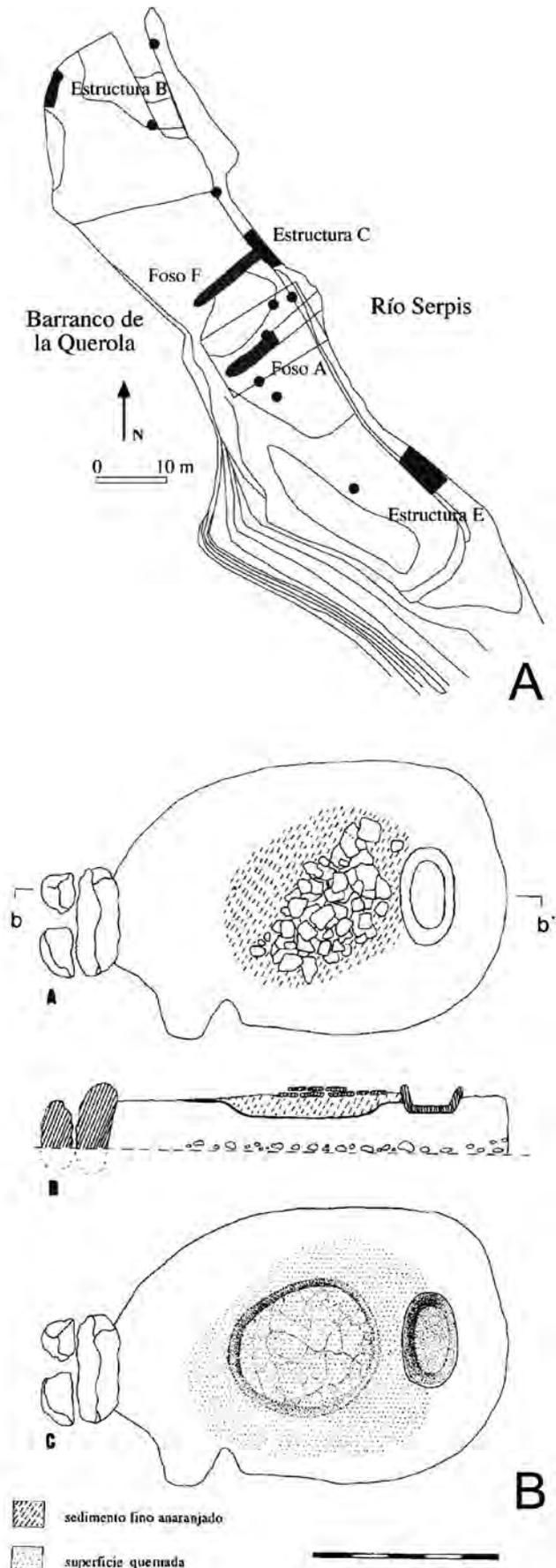


Figura 3. 10. El Niuét. A: Plano general del yacimiento con indicación de los fosos los silos y las estructuras localizadas por los cortes de la extracción de áridos; B: Hogar construido sobre plataforma de arcilla. Plantas y sección (Bernabeu *et alii*, 1994 Fig. 2.2 y 2.3).

de hoyos que se advierte en Jovades, no puede obviarse todo lo que del yacimiento de Vila-real se pierde en 1917 a la hora de considerar que en el mismo se ubicaran esas otras estructuras que la investigación metódica atiende en Arenal y en Niuet. Es, claro, ahora toda una cábala, pero la riqueza de materiales o la determinación de evidentes enterramientos, hace estimar que lo que se dispuso junto al Millars pudo no ser un simple campo de hoyos, alguno de ellos al parecer del mismo tamaño que esos más grandes de Jovades que se interpretaron como contenedores de buenas cosechas.

También aquella investigación del entorno del Serpis permitió afianzar la cronología, entonces sobre muestras de vida larga en un formato todavía no calibrado. Las fechas sobre carbones obtenidas en Niuet no alcanzan las más antiguas del yacimiento de Cocentaina (Bernabeu, *et alii*, 1994, 25), ofreciéndose entonces un cuadro con las que aportan Jovades y Arenal de la Costa (tabla 3.2), útil para reconocer el *III milenio a.C. en el País Valenciano*, que hará de los poblados en llano que para el Eneolítico considerara Miquel Tarradell, una realidad milenaria<sup>179</sup>, en los 90 interpretada como producto de la ocupación del territorio por parte de grupos que, con un bagaje cultural neolítico, se afianzan y lo explotan (Bernabeu, 1995). En ese discurso que atiende las tierras valencianas queda la septentrional Villa Filomena en el final del desarrollo, como un poblado con silos vigente en el campaniforme que, como El Arenal de la Costa de Ontiyent o l'Atarcó de Bélgida, integra inhumaciones (Bernabeu, 1993, 165), si bien las de la Plana persisten en una singularidad, ahí todavía difícil de resolver porque a diferencia de aquella tumba sin ajuar reconocida en el hábitat de Ontinyent, alguna de Villa Filomena integraría vasos asimilados al campaniforme más antiguo, algunos del todo exóticos.

En los noventa se asienta, como concepción en lo social, que las gentes que aprovechan poblados con silos guardan un carácter igualitario, en lo económico autosuficiente y en su valoración antropológica adscrito a las denominadas *sociedades segmentarias* (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1989, 115)<sup>180</sup>. No obstante, desde la reflexión de la selección que sugiere el número de inhumados en cuevas de enterramiento previas al campaniforme, se

propondrá la determinación de algún tipo de prevalencia social asentada en el seno de una tradición (Soler Díaz, 1993), que podría comenzar a quebrarse en época campaniforme, cuando se produce la ocupación de los altos y se determinan ajuares hasta entonces desconocidos como el que se revela en la Cueva Occidental del Peñón de la Zorra de Villena (Soler García, 1981)<sup>181</sup>.

Aunque con el Horizonte Campaniforme se vinculan síntomas de jerarquización (Bernabeu, 1993, 165), queda lejos en lo geográfico el yacimiento de Vila-real de los cambios que para ese tiempo se especifican en la mitad meridional de la provincia de Alicante (Ruiz Segura, 1990; Soler Díaz, 1995), no consignándose en Castellón ningún yacimiento significativo que difiera del panorama habitacional de la ocupación en llano. Y es que en la última década del siglo XX, la posición en alto que guarda alguno de esos hábitats con campaniforme se considera evidencia del principio del cambio del patrón de asentamiento y buen síntoma de jerarquización del sistema en un *Horizonte Campaniforme* que, con una metalurgia incipiente y por ello muy contenida o localizada (Ereta del Pedregal de Navarrés, Les Moreres de Crevillente...), y a la vista de la perduración, entre otros rasgos, de las cuevas de inhumación colectiva —como aquellas de Gats y Aranyes de Alzira o de la Sima de la Pedrera de Ribera de Polinya del Xúquer (Bernabeu, 1984, 16-17; Aparicio, 1978)—, o de los mismos poblados con silos que se ejemplifican con Villa Filomena, también se consigna como epílogo del desarrollo neolítico (*Neolítico IIC*) (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1988, 172-173; 1989, 110 y 117-118).

En voz de Joan Bernabeu, el proceso de jerarquización del sistema igualitario encontrará su mejor expresión en la reunión que en 1994 acoge l'Alfàs del Pi, abordando el *Horizonte campaniforme* dentro del panorama social y económico de las sociedades agrícolas que pueblan las tierras valencianas entre el Neolítico y la Edad del Bronce (Bernabeu, 1995, 45- 51), como resultado de una evolución a lo largo del III milenio a.C (siempre en parámetros de datación convencionales), con claros avances como la extensión e intensificación de la producción basada en una especialización de los cultivos de trigo y cebada, la probable introduc-

179. Ahora, siempre en su expresión convencional, en la primera mitad del III milenio (4.900 - 4.600 bp ó 2.950 - 2.650 bc) caben con Ereta I, las dos primeras fases del hábitat de l'Alqueria d'Asnar (Niuet IV y III) y las estructuras localizadas en la campaña que en 1987 se practica en les Jovades; quedando en los mediados y buena parte de la segunda mitad (4.600-4.200 bp ó 2.650-2.250 bc) la propia de las dos fases más recientes de Niuet (II y I) y las estructuras de la excavación de 1991 en Les Jovades. La tercera fase establecida a partir de las intervenciones en los *poblados con silos* de las comarcas centro meridionales valencianas (4.200 - 3.800 bp ó 2.250- 1.850 bc) es la propia del *Horizonte Campaniforme de Transición*, ahí bien ejemplificada por los hallazgos del Arenal de la Costa (Bernabeu *et alii*, 1994, 72).

180. Como concepto adquirido de las aportaciones de Marshall Sahlins (1972), tomado en consideración en la arqueología española a partir de las interpretaciones funcionalistas que se desarrollan en el Sureste y que aquí se tratan de manera sucinta en la parte segunda de este texto.

181. En una revisión reciente se ha determinado el carácter múltiple del enterramiento exhumado en esa cueva por José M<sup>a</sup> Soler. En la misma se ha estimado como probabilidad que las dos puntas palmela y el puñal de lengüeta se adscribieran a uno solo de los 6 individuos detectados (Jover y De Miguel, 2002, 65). A nuestro modo de ver, ese hecho no invalidaría el carácter singular de la inhumación que acompañara el ajuar.

ción del arado<sup>182</sup> en las tareas de preparación del campo, o en la orientación del ganado (ovicápridos y bóvidos) para el mejor aprovechamiento de los denominados productos secundarios (leche y derivados, lana...), sin desestimar su aprovechamiento en lo cárnico donde juegan importante papel las piaras (suidos)<sup>183</sup>; y también con mayores riesgos, al pasarse del sistema agropecuario de alto rendimiento característico del Neolítico (agricultura de azada intensiva) —que, con un bajo nivel de inversión de trabajo, cultiva tierras húmedas próximas a asentamientos estables e inmediatos a los cursos fluviales, combina cereales y legumbres, abona mediante el pastoreo de rastrojos, todo lo más se sirve del barbecho corto y prioriza la carne en la explotación de un ganado contenido (*Ibid.*, 55-56)— al extensivo que anuncia ese “III milenio” cuando se comienza a roturar nuevas tierras con cosechas de cereales condicionadas por el año de lluvia y se toma más en cuenta la obtención de productos secundarios en la gestión del ganado, para ofrecer en el Horizonte Campaniforme y la Edad del Bronce un sistema de subsistencia que exige una mayor fuerza de trabajo y que en el territorio valenciano conquista las tierras de secano (*Ibid.*, 57-58).

Al principio del proceso (*Neolítico IIB*) no se señalarían cambios importantes en lo que afecta a la elección de los lugares de hábitats ni al parecer en la inversión de trabajo en su construcción y mantenimiento, de modo que los habitantes de los poblados con silos se servirían de las tierras más irrigadas o de huerto y también de las de secano circundante, observándose un crecimiento de la territorialidad —evidenciada por la generalización de las necrópolis colectivas en cueva— y competencia entre comunidades igualitarias, como factores previos a la ocupación de las laderas y los altos, un hecho éste vinculado con una mayor inestabilidad provocada por el incremento del riesgo y la inseguridad en la obtención de una producción a largo y medio plazo que, traducida en tensiones intra y extragrupalas, culminarán con el desarrollo de élites regionales, muestra de un militarismo creciente cara al exterior, y de un acceso desigual a la riqueza (*Ibid.*, 58).

Al espejo de la investigación desarrollada en el Serpis se observa entonces a Villa Filomena como testimonio de una tradición neolítica en una época de cambios que significaría la *ruptura de las sociedades segmentarias* (Bernabeu *et alii*, 1998, 28), integradora de una población más igualitaria que

estratificada y beneficiaria de un desarrollo agrícola que en tierras meridionales ya ha producido las contradicciones que harán de la jerarquía social y de la población en altos y otros lugares estratégicos buen concepto de la Edad del Bronce (Hernández, 1985, 105).

## **SOBRE OTROS PROCESOS DE REFERENCIA EN LA INVESTIGACIÓN DE LOS POBLADOS CON HOYOS**

Para cuando en 1994 la investigación valenciana se encuentra en el foro de l'Alfàs del Pi<sup>184</sup> y se edita el tercer número del *Recerques del Museu d'Alcoi* que recoge el estudio de El Niuét de l'Alqueria d'Asnar, el panorama de los poblados con silos -con hoyos, expresión funcionalmente menos comprometida (Rojo *et alii*, 2008, 365)- es una realidad bien conocida en distintas zonas de la Península Ibérica. Si bien sobresaliente, lo conseguido en el País Valenciano no constituye en sí mismo un hecho singular, porque en un marco geográfico más amplio en esas fechas y en los años siguientes también se recogen frutos de una investigación previa, inmediatamente acrecentada por la realización de excavaciones en extensión. Su contemplación permite hacerse una idea de los enormes avances y de las no pocas limitaciones que sustentan su conocimiento, así como también de la ingente problemática que plantea la gestión de los datos en excavaciones de dimensiones inconcebibles hace un par de décadas; actuaciones planteadas en esas condiciones de libre mercado que atiende la recuperación sistemática del Patrimonio, que sólo se revelarán eficaces si se dispone de alguna fórmula coordinación que comprometa a las instituciones públicas (Díaz del Río, 2001, 323).

A la luz de lo que se dispone en los primeros años del s. XXI, Villa Filomena, acaso como antes Campo Real o después Cantarranas, no sólo ejemplariza esa elucubración que durante décadas atiende su conocimiento, sino también pudiera ser buen referente que advierta de la pérdida para siempre no sólo de datos, sino de extensos yacimientos, en nuestra más inmediata contemporaneidad no siempre enteramente excavados de los que —en algunos casos ya no será sólo un riesgo— acaso sólo resten escuetos y asépticos informes que atiendan esas zonas reservadas a actuaciones arqueológicas en inmensos solares que, tras negociaciones o acuer-

182. Desde la observación de patologías en bóvidos asimiladas a la tracción identificadas en los restos de fauna de Les Jovades y El Niuét (Martínez Valle, 1993, 129-130; Pérez Ripoll, 1999, 98). Sin testimonios directos en el Sureste la introducción del arado se consideraba factible en los mediados del III milenio a.C (Chapman, 1991, 193). Sin dejar de estimar la posibilidad de servirse de vacas, con el arado se vinculan los bueyes, animales castrados de los que hay testimonio en Jovades (Martínez Valle, 1999, 127).

183. Cuadro que luego, guardando una perspectiva más amplia, matizará Manuel Pérez Ripoll, quien en su aproximación a la fauna del “III milenio” señala la vinculación de los cápridos con la producción láctea, mientras que las ovejas compatibles con la actividad agraria tendrían una orientación cárnica, no incompatible con una explotación láctea moderada (Pérez Ripoll, 1999, 98-99).

184. Por segunda vez tras la reunión de Elche en diciembre de 1983. La investigación valenciana no ha vuelto a reunirse guardando ese formato amplio desde esas *Jornadas de Arqueología de la Comunidad Valenciana* que, bajo el auspicio de la Administración Autonómica, se celebraron en enero de 1994 en l'Alfàs del Pi (Alicante).

dos con la propiedad, se han visto sometidos a la construcción, sin existir la posibilidad de recuperar todo lo que contuvieran, al realizarse en los tiempos que afectan a las excavaciones de urgencia y centrarse únicamente en el área que delimita un primer peritaje<sup>185</sup>.

Sin dejar de pensar en lo que aconteció en Vila-real, no sólo habrá que reclamar la eficacia de los mecanismos de control que con carácter autonómico recoge nuestra organización de Estado, sino también reflexionar sobre la necesidad de lanzar programas científicos que pongan su interés en el conocimiento y estudio pormenorizado del ingente patrimonio que, devenido del trazado de vías o la construcción de fábricas o inmuebles, se ha generado en las últimas décadas en nuestro país<sup>186</sup> y que ahora debe encontrarse en un cúmulo considerable de cajas, las más nuevas, en los depósitos de aquellos museos designados a esos efectos; siendo como poco llamativo que esas instituciones no sean siempre a su vez custodias de las memorias e informes arqueológicos que dan solvencia a miles de bolsas signadas con esas iniciales –UE (unidad estratigráfica)– que solas, tan sólo dan constancia del éxito del método de registro que, para la arqueología de campo, ideara Edward C. Harris.

Aunque muchos de los planteamientos realizados antes del *boom* de la arqueología comercial pueden parecer tan limitados como inocentes, tenerlos en cuenta es el mejor compromiso con una investigación que en el caso de los poblados con hoyos, desde fechas bien tempranas se hace a demanda de las construcciones de nuestra época (Martínez Navarrete, 1987, 60). El proceso de descubrimiento de las estructuras negativas, su interpretación funcional, la percepción del espacio habitado a partir de la suma de distintos retazos de aldeas, la caracterización de los pobladores..., constituyen aspectos sumamente sugestivos para la formación de esos prehistoriadores que durante décadas deberán volcar su tiempo de gabinete en procesar mucha más información que la que dispone la fotografía que Vicente Sos Baynat hiciera de la excavación de La Plana.

En el proceso de investigación del siglo XX y de la docena de años que llevamos del XXI me ha parecido interesante tomar apuntes de lo que se logra en la Comunidad Autónoma de Andalucía y

la Comunidad de Madrid, que también son primigenias en el conocimiento de los poblados con silos en los que la investigación parte de referencias en su descubrimiento tan tempranas o más antiguas que las propias de Villa Filomena. De manera obvia, ahondar en las interpretaciones del proceso de investigación que se observa en el Sureste desde la denominada *Arqueología social* o tomar nota de las que se vienen a construir tras el impacto de la *Arqueología de gestión* en la Comunidad de Madrid sobrepasa las expectativas de un volumen que asume la intención de poner en valor la colección que sustenta el poblado con campaniforme de La Plana Baixa. Pero, siendo el hábitat del Vila-real el arquetipo valenciano de los *poblados con silos* o de los *poblados con hoyos* y sin menoscabo de los avances producidos en otras comunidades autónomas, merece la pena recordar no solamente aspectos del desarrollo de la investigación de la vertiente habitacional en esas áreas, sino también la problemática que ha supuesto la gestión de lo prospectado, excavado y hallado, así como la plasmación de los resultados en medios científicos. Todo ello, antes de retomar las aportaciones que en la última década se han generado en tierras valencianas, entendiéndolo que el proceso de estudio de este tipo de yacimientos suscita una problemática geográficamente extensa, en absoluto constreñida a esas regiones, y que en su investigación se implican científicos que guardan próximas o diferentes perspectivas, existiendo un intercambio continuado de conceptos e información interregional, si bien éste no siempre se recoge implícitamente en la bibliografía.

## EL CASO DE ANDALUCÍA. DE CAMPO REAL A MARROQUÍES BAJOS

Disponer de las lecturas que aporta la investigación en Andalucía resulta imprescindible teniendo en cuenta que a la acumulación de datos generados por una práctica extensiva de la arqueología sujeta al desarrollo de infraestructuras urbanísticas y viarias (Márquez y Jiménez, 2010, 17), se suma el previo avance que en lo teórico se produce en la Arqueología española, tras el impacto que a partir de la década de los ochenta provocan las interpre-

185. A título de ejemplo de lo que se quiere expresar puede referenciarse la excavación en la Comunidad de Madrid del yacimiento de Las Matillas de Alcalá de Henares, donde el proceso de urbanización habría destruido la mitad de un yacimiento enorme, considerándose documentado solamente la quinta parte de su extensión conforme a equipos y metodologías diferentes (Díaz del Río, 2001, 193-194). Sobre las dificultades a la hora de reunir documentación pueden considerarse las que atienden al yacimiento de El Espinillo de Villaverde Bajo (Ibid., 215), donde el proceso de urbanización también afectó un área enorme no documentada (Baquedano *et alii*, 2000, 8). En lo que afecta a la Comunidad Valenciana resulta buen ejemplo lo ocurrido en La Torre-Monastil de Elda, donde en 1999 y a resultas de la edificación de un polígono industrial sólo logran excavar unos 700 m<sup>2</sup> de un yacimiento que tendría una extensión de 8.000 m<sup>2</sup>, en el que se perdieron unos 4.500/5.000 m<sup>2</sup>, sin poder mediar intervención alguna (Jover *et alii*, 2000-2001, 27; Jover, Esquembre y Torregrosa, 2010, 41).

186. Lo describe perfectamente Pedro Díaz del Río (2001, 275) en su síntesis sobre el primer paisaje agrario de la Comunidad de Madrid: *Creemos haber demostrado el interés que dicho registro tiene en el contexto peninsular y como, paradójicamente, las intervenciones de urgencia pueden aumentar exponencialmente una "materia prima" que costará décadas sistematizar e interpretar. Si hasta hace poco contábamos con un registro extremadamente parcial, en los últimos años nos encontramos con la posibilidad de, en términos coloquiales, "morir de éxito".*

taciones que, desde concepciones “integradas” de la cultura y devenidas de un enfoque antropológico-cultural estimulado en la década previa por prehistoriadores angloamericanos (Martínez Navarrete, 1989, 224), ahondan en el desarrollo de la complejidad social en el Sureste, introduciendo nuevos conceptos y perspectivas a los que no es ajena la ponencia antes comentada de l’Alfàs del Pi (Bernabeu, 1995), si se recuerda el proceso de jerarquización ahí expresado y se hace constar la previa noción del desarrollo que media desde la *Cultura de Almería* a la *Cultura de El Argar*, como la evolución de una organización social de carácter más o menos igualitario hacia un sistema más estratificado, proceso antes explicado desde el difusionismo, y luego a la vista de la caducidad de esa teoría (Renfrew [1973], 1983, 90-98), desde distintos posicionamientos evolucionistas (Gilman, 1987, 59)<sup>187</sup>.

También en los ochenta la toma de datos de poblados del Suroeste, como aquel onubense Papa Uvas (Martín de la Cruz, 1986 y 1986) o el sevillano de Valencina de la Concepción (Martín de la Cruz, 1988), generarán conocimientos que harán comprender desde una óptica mucho más amplia la rápidamente caduca *cultura de los silos del Guadalquivir*, como construcción histórico cultural de éxito, que fuera enunciada al final de los años sesenta del s.XX por Francisco Collantes y Juan de Mata Carriazo (Márquez, 2001, 208), para hacer concebir los *campos de silos* como un fenómeno en su origen propio de Andalucía Occidental (Lizcano *et alii*, 1991-92, 16), tras un largo periodo de vacío documental con respecto a aquellos primeros datos que, a finales del XIX y en círculos de investigación franceses, da a conocer George E. Bonsor sobre los silos de Campo Real de Carmona<sup>188</sup>, investigador pionero que en sus manuscritos sugería se trataba de un grupo de sepulturas o más bien silos o fondos de cabañas o fosas de detritus, mientras que en la publicación en la *Revue archéologique* de París (1899) y seguramente tras la lectura de lo que para los silos de Aljoroque, Almería, proponía Louis Siret en *L’Espagne préhistorique* (1893), se decantaba por estimarlos subterráneos de cabañas desaparecidas por la fragilidad de los materiales que las caracterizarían (Cruz Auñón y Jiménez, 1985, 418).

Se recordará que en aquel poblado de El Garcel-Aljoroque (Antas, Almería) el ingeniero belga

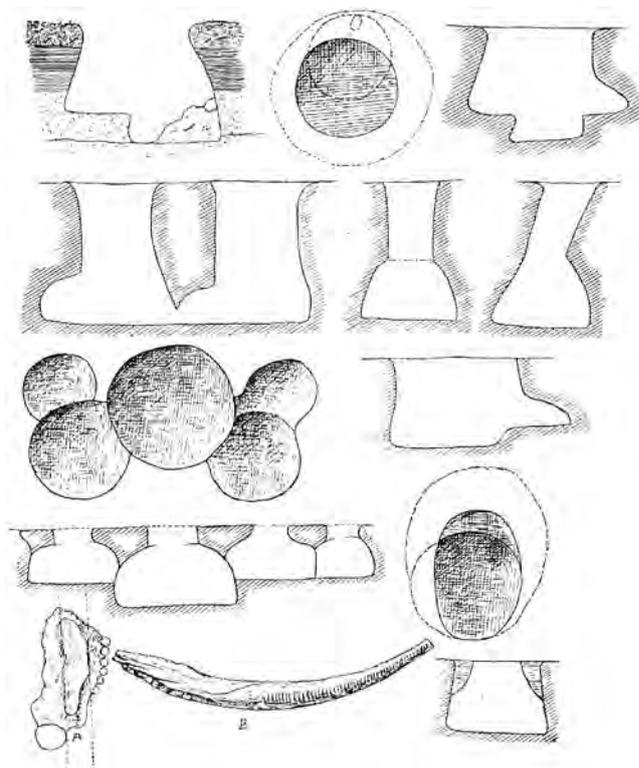


Figura 3.11. Cortes y planos de algunos silos de Aljoroque (Gossé, 1941, Fig. I).

consignaba unas trescientas estructuras estimadas como graneros o almacenes subterráneos<sup>189</sup>, suponiendo que sobre las mismas se erigían cabañas que integraban una aldea (Marques y Jiménez, 2010, 19), concepto habitacional que, ya hemos comentado, en el País Valenciano introdujera Miquel Tarradell (1961) y que se halla contenido en el texto clásico que redactara en francés el ingeniero belga que, de haberse tenido más en cuenta, podría haber contribuido a no estimar con tanta rotundidad y como elemento diferenciador del Bajo Guadalquivir, un rasgo característico de uno de los poblados más notorios de la *Cultura de Almería*.

La vinculación de los poblados con hoyos con comunidades neolíticas regidas por parámetros igualitarios es un hecho que subyace en las propuestas que, enunciadas por prehistoriadores de formación funcionalista (Gilman, 1999), se perfilan para el Sureste, donde tras la *Cultura de Almería* se van alcanzar desarrollos más complejos –Millares y Argar–. Si la Prehistoria tradicional o “normativista”

187. Ese proceso de cambio en el modo de investigar lo indica sugestivamente Oswaldo Arteaga (1992, 181) en un comentario sobre la *Cultura de El Argar*... “Fue a partir de 1975 aproximadamente, cuando auto-criticando la estrategia positivista e historicista para la cual veníamos trabajando, comenzamos a darnos cuenta de que son las *formaciones sociales* y no sus *manifestaciones culturales*, las que traducen en el tiempo y en el espacio los procesos que llamamos históricos”.

188. Una referencia más antigua sobre un poblado con hoyos en el Suroeste es la se determina en el Algarve, donde en 1886 Estacio da Veiga da a conocer los denominados silos de Aljezur en el primer volumen de *Antiguidades Monumentales do Algarve*. En un segundo volumen editado en 1889 los silos de Portimão, próximos a los monumentos megalíticos de Alcalar, se interpretaran como “habitaciones subterráneas” de un asentamiento prehistórico (Márquez y Jiménez, 2010, 19).

189. Un texto poco citado en la bibliografía es el de Guillermo Gossé quien años después recuerda la excavación de los más de 300 silos documentados en Aljoroque rellenos de tierra cenizas y restos varios. *Dichos silos son aislados o reunidos en número de dos, tres, cuatro y aún cinco. Su abertura, hoy en día ancha, debió ser primitivamente estrecha tal y como se puede observar en los que se conservaron mejor*. Indicaba que las paredes estaban enlucidas con arcilla endurecidas por el fuego. El hallazgo de un cráneo humano en uno de ellos se interpreta como el resultado de un accidente fortuito pues nada puede inducirnos a considerar los silos como sepulturas (Gossé, 1941, 64).

extraía de Almería nociones para establecer periodos culturales de aplicación peninsular (Martínez Navarrete, 1989, 225-358), la observación de ese proceso desde el *enfoque integrado de la cultura* (*Ibid.*, 359-441), de modo bien distinto también alcanza esa trascendencia, porque, no debería dudarse, las observaciones del proceso millareno-argárico no sólo *han estructurado la teoría y práctica de la arqueología prehistórica en la península desde el principio*, sino también determinaron un debate que, en el último cuarto del s. XX, vino a cambiar la orientación teórica de la Prehistoria española (Gilman, 1999, 74).

Se acepta que en el Sureste se van a producir desarrollos sociales tendentes a la desigualdad cuyos vestigios materiales denotan una complejidad mayor que la que se identifica en las tierras septentrionales al Segura, donde el tiempo eneolítico precampaniforme no se caracteriza por las construcciones funerarias y habitacionales que subyacen en el área millareno o por el avance tecnológico que se ejemplifica en la metalurgia (López Padilla, 2006 y 2008); y ello, pese a la coincidencia en la estimación de una intensificación de la economía agrícola en ambas áreas (Gilman, 1987, 61; Arteaga, 1992, 192-195; Bernabeu, 1995). No obstante para las tierras centro meridionales valencianas, dentro del universo tribal, no han faltado indicadores sobre la prevalencia social de algunos individuos en atención al escaso número de inhumados en las cavidades con respecto a la población de los colectivos que las consignaban como necrópolis (Soler, 1993, 62; 2002, II, 103; Soler y Roca, 2012, 238) y más recientemente con respecto al desarrollo social que significan fosos y silos de buen tamaño, una vez que se dispone de un cuadro de dataciones suficiente para ordenar dichas estructuras en el tiempo (Bernabeu *et alii*, 2006). Como quiera que el sureste es cuna de las interpretaciones que han ahondado en el proceso de diferenciación social resultará interesante detenerse en primer término en ese aspecto que aporta la investigación sobre Andalucía.

El grado de estratificación o diferenciación social vertical consignado en el Sureste para Los Millares fue objeto de debate en los años setenta-ochenta, proponiéndose modelos<sup>190</sup> en los que se consideraba que las agrupaciones segmentarias no sobre-

pasaba en su complejidad la condición que atiende a los *grandes hombres* (Ramos Millán, 1981) o todo lo más un grado incipiente de las jefaturas (Gilman, 1987), dentro de una sociedad organizada por el parentesco y como mucho sujeta a la ordenación jerárquica en el linaje y entre linajes (Gilman, 1987b, 30); para terminar proponiendo un proceso de jerarquización que empezaría a visualizarse en el Calcolítico<sup>191</sup>, observándose diferencias entre individuos, bien señaladas en algunos contextos funerarios (Chapman, 1986; 1991, 265) y entre asentamientos, no descartando una cierta centralización política (Chapman, 1991, 243 y 282), si bien sin llegar alcanzar el liderazgo hereditario, el estatus por nacimiento o la existencia de grupos dominantes que controlan producciones especializadas como la metalúrgica, condiciones todas éstas consideradas características de la Edad del Bronce (Chapman, 1991, 283).

Del proceso histórico que culmina en esas características que atienden la Edad del Bronce del que fueron primigenios protagonistas en el tiempo los pobladores neolíticos de las aldeas con hoyos y que, como imagen intermedia, dispone de murallas con bastiones y sepulcros de falsa cúpula, en los 90 se propusieron distintos modelos que han marcado la actual comprensión de la Prehistoria reciente en Andalucía, modelos todos que asumen la base agrícola del desarrollo y por ende la función de los hoyos como contenedores de grano.

Un primer modelo es el de Oswaldo Arteaga, quien tras exponer *las bases agropecuarias del proceso del Neolítico al Cobre Antiguo* (Arteaga, 1992, 192-195)<sup>192</sup> se detiene en el de jerarquización de un sistema de economía *agrícola-ganadera-minero-metalúrgica* que caracteriza la “Época de Los Millares” (Arteaga, 1992, 192), observando la mayor complejidad del núcleo de Santa Fe de Mondújar –una *ciudad prehistórica*, dotada con unos rotundos *sistemas defensivos*– para enunciar que ahí se alcanza una *jerarquización estatal*<sup>193</sup> previa a la *explotación clasista* que sustenta la *formación de Estado* que dispone de un poder centralizado que caracteriza El Argar (*Ibid.*, 198).

Alfredo Mederos sí propone la existencia de una formación estatal para el ámbito de Los Millares (Mederos, 1993, 186), suscribiendo un proceso

190. Desde distintas perspectivas vinculadas a la teoría de sistemas (Chapman, 1991, 200), al materialismo dialéctico o marxismo (Gilman y Thornes, 1985), o el materialismo cultural (Ramos Millán, 1981), tomando en consideración datos como las diferencias sociales inferidas de los sepulcros de la necrópolis de Los Millares (Chapman, 1986).

191. *Durante el III milenio a.C. (en expresión no calibrada) la intensificación y las tensiones demográficas fueron variables clave que desembocaron en la jerarquización de la sociedad y el centralismo político, así como en un mínimo desarrollo y especialización de la artesanía* (Chapman, 1991, 297).

192. De manera concreta se alude a un proceso de tribalización dependiente de un *sistema productivo agropecuario* que afectaría en el Sureste al Neolítico Final y el Cobre Antiguo y que continuaría hasta la misma Edad del Bronce. Dicho sistema se alcanzaría primero en las márgenes de los grandes ríos, disponiéndose de una fuerza de trabajo y un nivel tecnológico suficiente para abordar también el cultivo del secano. Como otros, considera a los cereales y leguminosas, los principales cultivos en una economía expansiva que permitiría la colonización de nuevas tierras, disponiendo de una ganadería de bóvidos, suidos, ovejas y cabras (Arteaga, 1992, 192).

193. Esto es, una *organización política superior a la que modulaban las anteriores comunidades parentales en el mismo territorio*, cuya población resultaría de una *aglutinación de “gentes” dependientes de grupos tribales*, con la que se producía una *manifestación nuclear de enormes consecuencias socio-políticas* (Arteaga, 1992, 197-198).

de desigualdad que en el Sureste encuentra sus raíces en el Neolítico Medio, cuando interpreta los poblados en alto provistos de silos –como Zájara en Cuevas de la Almanzora– dentro de un sistema social segmentario que practica la agricultura sedentaria, donde los “linajes fundadores” disfrutarían de tierras mejores que aquellos linajes fisionados de éstos o, en su origen, procedentes de otras comunidades (*Ibid.*, 193-196).

En su propuesta, durante el Calcolítico Inicial-Neolítico Final se observa una concentración de poblamiento con la instalación de poblados sobre espaldones de mayor superficie y la aparición de las primeras estructuras de fortificación. El almacenamiento masivo –silos de El Garcel– caracteriza la fase, considerándose a partir de éste una figura preeminente que, con la función de gestionar y defender el contenido de los silos, surgiría en atención a sus cualidades dentro de los linajes originarios, tratando de hacer hereditarios sus privilegios dentro de un esquema donde las aldeas resultan dependientes de poblados<sup>194</sup> (*Ibid.*, 196-200). De modo simultáneo esa dinámica de jerarquización se observaría en los territorios que atienden distintas cuencas fluviales (*Ibid.*, 200), consignándose en un momento avanzado de la fase la construcción del poblado fortificado de Los Millares como entidad “supracomarcal” que abarcaría otros poblados (*Ibid.*, 203), de modo que a partir del Calcolítico Medio ya puede hablarse de la aparición de un “Estado Incipiente en el Sureste de la Península Ibérica” (*Ibid.*, 207)<sup>195</sup>.

También en las últimas décadas y en términos del todo vehementes (Nocete, 2001), desde una perspectiva marxista que toma conceptos de autores que, como Luis Felipe Bate, se vinculan a la llamada Arqueología Social Latinoamericana, se ha puesto sobre la mesa la existencia de una sociedad jerárquica que afectaría la Edad del Cobre en buena parte de Andalucía, haciendo de la coerción social clave de su formación (Díaz del Río, 2008, 129). Se trata de una intensa y provechosa línea de in-

vestigación donde se hace ver que la estratificación alcanzada en la Edad del Cobre fue ostensiblemente mayor que la que caracterizan otras propuestas, en una visión que supera la tradicional separación entre el Calcolítico del suroeste y la Edad del Cobre oriental (Nocete, 2001, 31).

En esa línea que traza Francisco Nocete las nociones clásicas del materialismo histórico se benefician de la introducción de conceptos vinculados a los llamados sistemas mundiales (*Ibid.*, 15-30) que enunciara W. Wallerstein, vislumbrándose la existencia de una auténtica y primigenia sociedad clasista en el Valle del Guadalquivir, como unidad de análisis en la que se resuelve una ordenación jerarquizada del poblamiento y una continua circulación de productos metálicos conseguidos mediante una minería y metalurgia del cobre especializada (*Ibid.*, 41). Las dataciones radiocarbónicas le permiten consignar un proceso histórico que depara una estructura estatal y tributaria cuyo primer desarrollo desigual –en lo arqueológico bien evidenciado por las construcciones defensivas, esto es, los fosos y fortificaciones en piedra y la buena extensión de los centros poblacionales emergentes (*Ibid.*, 82)– se determinaría en los inicios del tercer milenio en cronología calibrada, no tanto por la tecnología o por el incremento demográfico, sino sobre todo por el control de la fuerza de trabajo resultante de una concentración poblacional necesaria para desarrollo de la producción y la generación de excedentes<sup>196</sup> (*Ibid.*, 81).

El mapa es inmenso y atiende a diferentes colectivos en lo social concebibles por su posición geográfica centrada o periférica con respecto al poder político que se gesta y amplía<sup>197</sup>, de modo que hacia el 2500 ANE. se perciben bien los límites e ingerencias de esa sociedad clasista inicial que en su *territorio primado* alberga el inmenso y no sin problemas excavado yacimiento de Valencina de la Concepción (*Ibid.*, 93-95), un complejo de estructuras negativas del Bajo Guadalquivir que incluye notables silos e importantes tumbas<sup>198</sup>. Es el poder

194. El esquema resulta un tanto ideal, proponiéndose la existencia de un “jefe comarcal” residente en un poblado principal y consignado como “centro político de la comarca”, probablemente asesorado por un “consejo comarcal”, donde participarían los líderes más notables de aldeas de la comarca (Mederos, 1993, 199).

195. Considerándose auténticas “fronteras políticas” (*Ibid.*, 209) y la transformación de la organización social del linaje segmentario en la del clan cónico, observándose la aparición de clases sociales donde una élite minoritaria dispondría del excedente producido por la mayoría de la población en su propio beneficio, y disfrutaría de funciones políticas, religiosas o militares, quedando fuera de la esfera de la producción material (*Ibid.*, 210-212).

196. En ese contexto el cereal atiende la producción principal, beneficiada por la rotación de cultivos (cereales-leguminosas), el incremento de los bóvidos como animales de tracción o la selección de ovejas para el aprovechamiento de productos secundarios.

197. Tomando conceptos de C.H. Gailey y T. Patterson (1988) en la *periferia de resistencia* de la sociedad que dispone de un sistema tributario incipiente se considera la existencia de las denominadas *sociedades de linaje* y *sociedades comunales*. Las primeras se caracterizan por formas de jerarquización inestable que, sin llegar a constituir clases sociales, contribuyen a defender su autonomía frente a la injerencia de sus vecinos, de manera que, si bien manteniendo las relaciones de producción y tenencia previas, éstas se restringen para garantizar el desarrollo de formas de cooperación militar estables. Por su parte, las comunales, ajenas del todo a ese proceso de jerarquización, optan por la autoexclusión o la migración (Nocete, 2001, 128). Las sociedades basadas en sistemas tributarios más desarrollados permiten considerar en su límite inmediato un sistema más jerárquico que el de las sociedades de linaje. Son las denominadas *sociedades germánicas*, concepto que se toma del modo de producción homónimo enunciado por Marx en las *Formen* y que Francisco Nocete considera para la llamada *interperiferia*, poniendo como ejemplo la *granja fortificada* de Castelo de Santa Justa, en el Algarve. En estas sociedades las familias extendidas emularían las manifestaciones de poder de las tributarias, consiguiéndose una sociedad jerarquizada pero no centralizada, cuyos líderes no consiguen alcanzar el Estado (*III* 133-135)

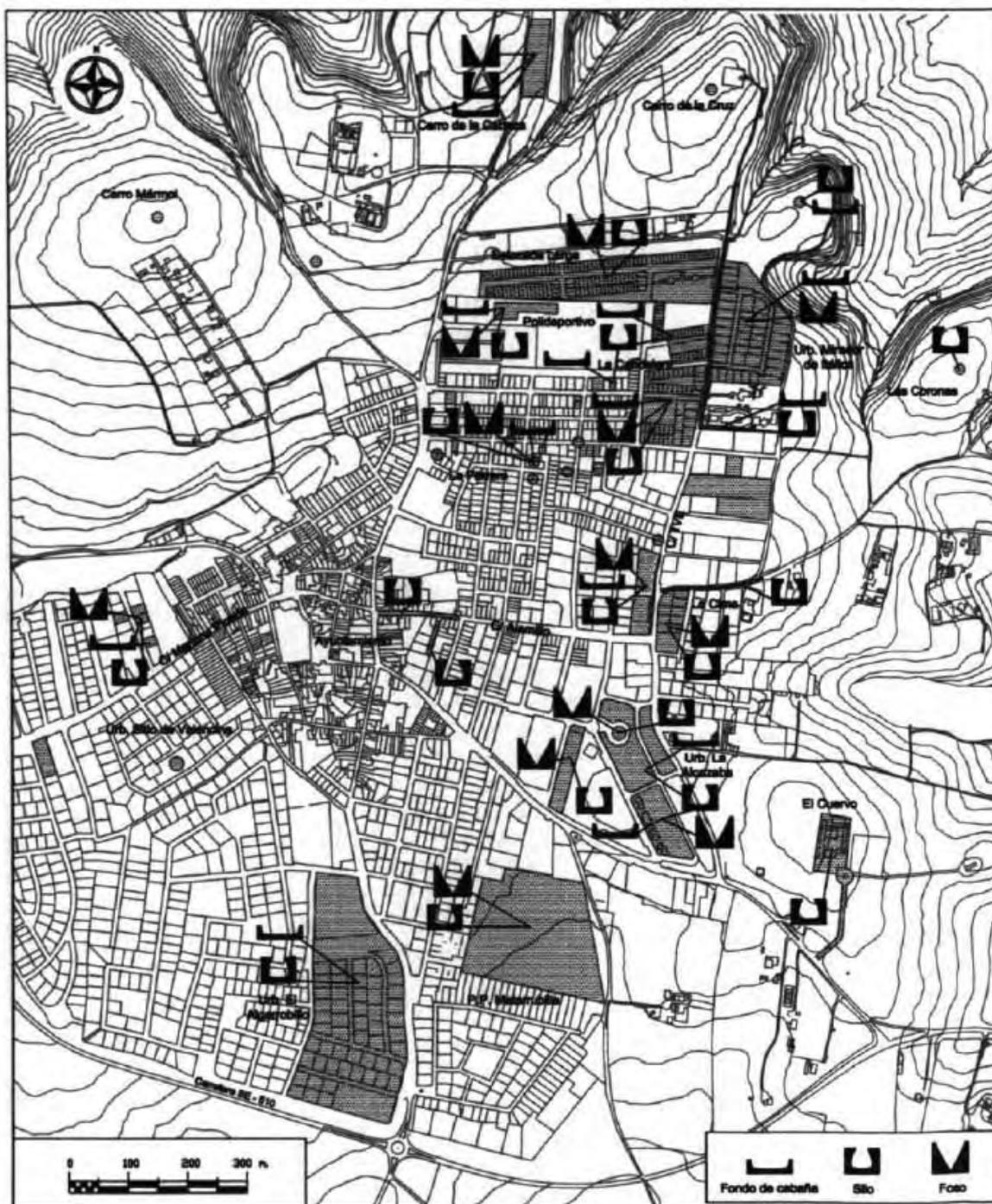


Figura 3.12. Localización de estructuras de hábitat en la trama urbana de Valencina de la Concepción (Vargas, 2003, Fig. 4).

agrícola que atienden los silos de Valencina quien condiciona otros desarrollos geográficamente distantes como el que se determina en el Andévalo onubense –*la periferia minera occidental*– donde surgen asentamientos especializados en esa ingente producción metalúrgica (Cabezo Juré, Alonso) que desde el 2.700 ANE contamina el río Tinto, y que en sí misma es una excepción en un territorio donde perviven y sobrevivirán comunidades

pastoriles en buena medida ajenas a ese sistema mundial de canje, beneficios y explotación social (Nocete, 2001, 109-115).

Desde posicionamientos distintos no han faltado voces críticas al respecto de las propuestas de Nocete, donde se hace alusión si no a la deficiente calidad de los datos que disponen los asentamientos sí a su no correlación con la realidad que se construye (Costa *et alii*, 2010,

198. En trabajos más recientes se hace constar que el yacimiento integra 468 hectáreas y dispone de un área de necrópolis y de otra habitacional (Vargas, 2003), donde no faltan indicios de talleres especializados vinculados a la producción eburnea (Nocete y Ortega, 2010, 3341). En ésta y delimitada por foso se ha descubierto un impresionante conjunto de estructuras negativas con evidencias de una actividad vinculada a la metalurgia del cobre, lo que permite consignar la existencia de todo un “barrio” especializado en esa producción (Nocete *et alii*, 2008, 718-720). Esa realidad permite suponer la presencia a tiempo total de artesanos metalúrgicos especializados, reforzando la concepción del asentamiento como centro neurálgico de circulación de productos y de poder (*Ibid.*, 731).

111)<sup>199</sup>. Pedro Díaz del Río (2008, 130) pone en duda que la coerción fuera el principal factor de la agrupación de población y hace ver, como antes en las propuestas clásicas de Antonio Ramos o Antonio Gilman, que durante la Edad del Cobre no se superaría la estructura social tribal, indicando de manera explícita las dificultades que existen en la documentación disponible a la hora de considerar una jerarquización entre asentamientos; apostando más a la hora de evaluar el factor tamaño por una vinculación con las posibilidades productivas del entorno que caracteriza los yacimientos y no tanto por una relación de poder entre poblados (Díaz del Río, 2008 130-132); y abogando en definitiva por el carácter colectivo, pero acaso secuencial y por tanto segmentario, que podrían guardar las grandes obras que integran –fosos y/o murallas– como realizaciones ejecutadas a lo largo del tiempo por diferentes linajes con sus correspondientes seguidores (facciones) y no tanto por decisiones jerárquicas a beneficio de una clase dominante que dispone de la fuerza de trabajo (*Ibid.*, 130 y 134)<sup>200</sup>.

Esta interpretación, pudiendo ser válida para esa buena parte del territorio peninsular que se caracteriza por los *campos de hoyos*, parece más cuestionable cuando se aplica a manifestaciones que, por su entidad, resultan difíciles de no resolverse sin pensar en alguna fórmula de coerción asentada en un territorio, como es el caso de la construcción de la compleja muralla de los Millares o de los fosos del impresionante complejo jienense de Marroquíes Bajos, conjunto para el que Díaz del Río propone un modelo de jerarquización limitado y que se resuelve en esa dinámica de agregación-fisión (Díaz del Río, 2004, 85) de grupos o facciones prevista por la antropología cultural para el universo tribal (Sahlins, 1972), trazando un planteamiento diferente a aquel de Oswaldo Arteaga (1992, 198), quién veía en la enorme construcción de los Millares la huella de un cambio cualitativo en la estratificación, aquella *jerarquía estamental*, si bien amenazada en su proceso histórico por la base tribal que la sostenía.

Otra discusión tremendamente interesante que nos aporta la investigación desarrollada en Andalucía es la que atiende a la permanencia y a la relación que con ese proceso de sedentarización guardan los yacimientos de hoyos con cuyo inicio

en el Sureste se vinculan (Cámara y Molina, 2006, 21). Para Arteaga (1992, 194) el proceso de tribalización que atiende a la tendencia expansiva del Neolítico Final y el Calcolítico Inicial va unido al de sedentarización, haciendo ver que esas gentes tribales que colonizan amplios y variados territorios serían portadoras de la experiencia acumulada por las poblaciones seminómadas de las fases antigua y media del Neolítico.

La habitación del yacimiento con hoyos se percibe en la documentación de estructuras aéreas, en la mayor parte de los casos desaparecidas por los procesos erosivos que afectan los yacimientos (Nocete *et alii*, 2008, 718), una cuestión bien reseñada para el caso valenciano (Gómez Puche, *et alii*, 2004, 61), un territorio donde ya hemos indicado se reconocen bien estructuras habitacionales en poblados con hoyos como El Niuet o El Arenal de la Costa. A ese respecto puede recordarse que las excavaciones de Pilar Acosta en el referido poblado con silos de El Garcel pudieron permitir inferir la existencia de cabañas a partir de la localización de agujeros de poste (Acosta, 1976, 190); unidades habitacionales que también se observaron en el trascurso de la investigación del poblado de Terra Ventura de Tabernas, donde en distintas fases, del Neolítico Final al Calcolítico, se advierte de una cierta variedad de estructuras negativas –en la imágenes bien vinculadas cabañas de planta circular características de un momento antiguo de la ocupación (Gusi y Olaria, 1991, Lam XIX)– interpretadas como silos entre otras posibles funciones<sup>201</sup>; variedad propuesta para las aldeas neolíticas y, luego en la habitación del Calcolítico Pleno, mas circunscrita a la función de contenedor de grano, en ocasiones bien documentada por el hallazgo de semillas (Camilich y Socas, 1998, 339-340).

Desde la Universidad de Almería se ha hecho ver que el almacenamiento que consignan los silos, si no señala una permanencia continuada sí resuelve un modo de *pensar el espacio* (por entorno) que deja de ser natural para, en su apropiación, convertirse en *social o histórico*, determinándose en la funcionalidad de los hoyos una conducta previsiva (Román y Martínez, 1998, 42)<sup>202</sup>. Bien determinados a partir del IV milenio ANE, los yacimientos con hoyos apuntan índices de mayor intensidad en su

199. La caracterización de Valencina como centro político del Valle del Guadalquivir se ha puesto en entredicho al estimar que en el yacimiento no existen indicadores claros de estratificación social, no considerando evidente se determine una organización interna, susceptible de evidenciarse a partir de la distribución de los hallazgos metalúrgicos o de tumbas que permita sostener la existencia de una élite militar o de una estructura que pueda entenderse más allá del nivel comunal que, en opinión de Leonardo García San Juan, viene a caracterizar las sociedades de la Edad del Cobre del Suroeste peninsular (Costa *et alii*, 2010, 111).

200. Se presume que todos los grupos del III milenio a.C. en la Península pudieran hacer uso de mecanismos de convocatoria eminentemente persuasivos y propios de la competencia entre linajes (por ejemplo, festines, reuniones o trabajos de distintos tipos), factores como la disposición de la fuerza de trabajo, o la producción necesaria para su mantenimiento y la capacidad reiterada de convocatoria serían los que en su escala explicarían la diferente gradación de la complejidad o del contexto político económico que se observa en la Prehistoria Reciente de la Península (*Ibid.*, 135).

201. Como depósitos circulares asociados a algún tipo de manipulación artesana, cuando los hoyos se encuentran comunicados (Gusi y Olaria, 1991, 281); o como depósitos de agua, considerando en ello la idoneidad de la forma, su cubierta a base de piedras de pizarra o esquisto y la no determinación de grano en su interior (Chapman, 1991, 181-182).

202. Tenencia que en algunos casos puede rastrearse desde el Neolítico Medio, si se atiende a poblados con una larga secuencia ocupacional y bien significados como aquel de Cerro Virtud (Cuevas de la Almanzora) con un enterramiento datado en la primera mitad

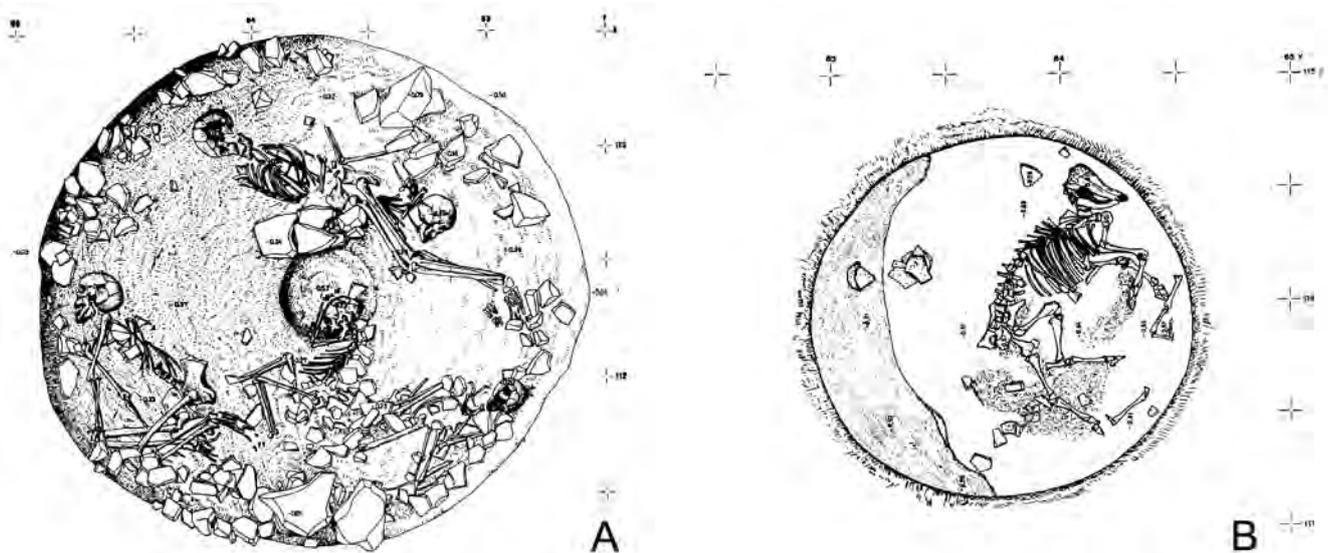


Figura 3.13. Polideportivo de Martos: a) Cabaña XIII. Enterramiento familiar; b) Estructura XVb. Inhumación ritual de bóvido (Lizcano et alii, 1991-92, Figs 2 y 6).

ocupación con respecto a otras realidades habitacionales previas, en atención a su mejor registro material y extensión, y también a las características de su emplazamiento, observándose en parajes que guardan una disposición específica con respecto a buenos suelos agrícolas, afloramientos de sílex y vías de paso o comunicación. Esa permanencia todavía es más evidente en los mayores –Zájara, Terrera Ventura o Almizaraque (Herrerías)– en los que se instalan cabañas, dotadas de un zócalo de piedra y áreas de distribución de elementos que posibilitan una organización del espacio, rasgos todos que de manera obvia invitan a considerar una voluntad mayor de permanencia (Román y Martínez, 1998, 42).

No obstante, no se asume que los hábitats con hoyos signifiquen una ocupación permanente en el mismo sentido que ofrecen los yacimientos de construcciones sólidas “tipo Millares” (*Ibid.*, 1998, 44), donde se propone existiera un modo de vida campesino en el sentido que lo expresa J.M. Vicent (1991), reservando para ellos los términos de “vivienda” y “poblado” (*Ibid.*, 51).

De este modo se apunta que los habitantes de las “chozas” o “cabañas” de “aldeas”<sup>203</sup> podrían abandonar estacionalmente su ocupación siempre y cuando aseguraran la conservación de lo que contuvieran los silos, no descartando una continua vigilancia (*Ibid.*, 1998, 42-43).

El recurso de los silos se estima primordial, como ingenios que permiten el excedente y con él el intercambio, anotándose en el almacenamiento los inicios de un proceso de diferenciación social (Arteaga, 1992, 192; Mederos, 1993, 198; Román y Martínez, 1998, 49) y una conducta que posibilita reconocer la circulación estable y predecible del excedente (Nocete, 2001, 84). La asignación de los silos a poblados agrícolas permite estimar la ocupación de éstos en función de la producción de los campos, algo que estaría condicionado por la pluviosidad anual y el ciclo de barbecho<sup>204</sup>. Al respecto, y ahora como buen inciso proporcionado desde la investigación desarrollada en Castilla – León, se indica que en una buena temporada la aldea quedaría instalada junto a los campos de cultivo casi todo el año, teniendo en cuenta el tiempo que media entre la preparación de éstos para la siembra hasta la conservación en silos del cereal recolectado y secado al sol (Bellido, 1996, 50-53).

Sin discutir el grado de permanencia o de diferenciación social, hay discrepancias a la hora de admitir una relación *sine qua non* entre agricultura y poblados de hoyos, o lo que es lo mismo, hacer equivaler la función de la mayor parte de las unidades negativas de éstos con la propia de los silos. Esta asimilación, asumida tempranamente y sin ambages en Les Jovades de Cocentaina, se ha discutido en el estudio del poblado del Polideportivo

del V milenio cal ANE de 11 individuos en fosa, al parecer en torno a un fuego (Montero, Rihuete y Ruiz, 1999), al que siguen fases de ocupación, por ahora sólo atestiguadas por materiales constructivos perecederos que alcanzan el Calcolítico (Montero y Ruiz, 1996); o aquel de Zájara, en la misma localidad, que ofrece en fosa un recipiente anforóide característico del Neolítico Medio, infrayacente a una ocupación calcolítica que ahí sí se evidencia con construcciones pétreas (Camalich *et alii*, 1992).

203. Se reserva el término choza para aquella estructura frágil, cuya cimentación consiste en una mera fosa excavada en el suelo, con un diámetro entre 2 y 5 m y con un hogar interior también excavado en el suelo e incluso silos. Con denominación “cabaña” se alude a viviendas circulares similares reforzadas por un zócalo de piedra. Las “aldeas” integrarían ese tipo de construcciones (Román, 1999, 201).

204. De modo que una buena temporada de lluvias permitiría no ejecutar un barbecho, mientras que una mala produciría su prolongación. Sólo cuando se determinara un ritmo regular de pluviosidad podría pensarse en una alternancia de cultivos, priorizándose los cereales de invierno, a fin de que dispusieran de tiempo suficiente para su crecimiento antes del estío; y si la cosecha fuera fallida, se sembraría en primavera, priorizando entonces la cebada sobre el trigo. También se hace constar que si las precipitaciones de primavera fueran abundantes podría suspenderse el barbecho y plantar cebada o algún tipo de leguminosa (Mederos, 1996, 64).

de Martos (Jaén), yacimiento cuya investigación se decanta por una mayor importancia del componente ganadero, sobre el que se construye la diferenciación social (Lizcano, 1999, 272), y aporta nuevas claves con respecto al hábitat tipo, del que restan vestigios subterráneos, sobre todo en lo que afecta a su función ritual y funeraria. Ahí la expresión de permanencia o tenencia de la tierra se deduce del descubrimiento de un enterramiento previsiblemente familiar en una fosa atribuida a una fase avanzada del Neolítico Final con restos de 5 individuos –2 mujeres adultas y 3 varones jóvenes (Lizcano, 1999, 87; Afonso y Cámara, 2006, 139)– como grupo socialmente destacado<sup>205</sup> de un colectivo que más que ocupar estacionalmente el paraje se mueve dentro del espacio que caracteriza al yacimiento (Lizcano, 1991-92, 26). Ambos rasgos, tenencia o reafirmación de la comunidad y una emergente diferenciación social, vinieron a reforzarse ahí con la interpretación de los fosos segmentados, para entonces ya reconocidos en distintos contextos del occidente europeo (Champion *et alii*, 1988, 186)<sup>206</sup>. Temprano en publicarse Martos ha sido primigenio en el descubrimiento e interpretación de las inhumaciones de animales domésticos, una ternera y varios perros, apuntándose razones profilácticas en el caso del vacuno previsiblemente enfermo, o de “agradecimiento” en el de los cánidos, pero en cualquier caso siempre rituales (Lizcano *et alii*, 1991-92, 81-82)<sup>207</sup>.

En las estructuras habitacionales o de almacenamiento de Martos se observan diferencias con respecto al panorama que al final del s. XX se dispone para las tierras valencianas, no solamente referido a hechos como la determinación de una inhumación múltiple o el entierro de animales –rasgos que entrado el s. XXI se descubrirán en el Tossal de les Basses de la Albufereta de Alicante (Rosser y Fuentes, 2007)– sino también a la entidad y complejidad de las propias estructuras negativas, y por ende de la interpretación que se realiza de las mismas. Con forma de silo muchos de los depósitos que se excavan resultan mayores que los de Les Jovades, conteniendo muchos de ellos una cubeta en la base que se interpreta como agujero para un

poste de sujeción de la techumbre de chozas de paredes subterráneas (Lizcano, 1999, 83-85), previas a cabañas sobre cubeta ligeramente rehundida y provistas de zócalos de piedra (Lizcano, 1999, 86-87 y 262), coexistiendo ambos tipos con hoyos de tamaño medio que se suponen espacios productivos (*Ibid.*, 83-90) y con un cuarto grupo integrado por otros más pequeños para los que se discute su sola consideración como silos, luego colmatados a resultas de su uso como basureros (*Ibid.*, 261).

Al respecto de esa mayor complejidad, también debe ser objeto de comentario el yacimiento de Marroquíes Bajos un proyecto que, si bien se inicia con excelentes expectativas de investigación que preveían la colaboración entre académicos y gestores (Ruiz *et alii*, 1999) con unos primeros resultados dados a conocer en uno de los medios científicos más prestigiosos del panorama arqueológico español (Zafra, Hornos y Castro, 1999; Zafra, Castro y Hornos, 2003), la intensidad de unas excavaciones contadas por cientos y desarrolladas a partir de 1995 en lo que resulta un inmenso terreno urbanizable en el área de expansión de la ciudad de Jaén por parte de diferentes equipos y empresas, así como el más que cuantioso volumen de materiales obtenido y ahora depositado en el Museo Provincial de Jaén, puede constituir a corto plazo un serio inconveniente a la hora de disponer de una de visión de conjunto, de seguro susceptible de publicarse en varios volúmenes de esa, para los arqueólogos que ejercen en otras autonomías, envidiable serie de memorias que a modo de monografías durante los últimos años edita la Junta de Andalucía, cuya Consejería de Cultura ha dispuesto de una política editorial que incluye voluminosos anuarios de intervenciones arqueológicas que someten a dura prueba de peso buenas baldas de estantería.

Algunas voces han hecho ver que la información de Marroquíes por ahora atiende más a las propuestas metodológicas intrínsecas a la obtención de datos que a los resultados de las intervenciones arqueológicas (Márquez y Jiménez, 2010, 152), suscitándose también críticas entre distintos investigadores tanto en lo que atiende la coordinación (Lizcano *et alii*, 2004, 161) del

205. En una aportación más reciente –donde se asume que el ritual persigue en lo social el mantenimiento del *status quo* y que en sí mismo es la mejor expresión de una ideología que guarda un carácter coercitivo– se indica que la inhumación múltiple del Polideportivo de Martos avala la importancia de la familia en la estructura social comunal, resolviéndose como un claro testimonio de diferenciación. Observándose en uno sólo de los 18 complejos estructurales excavados, se indica que los inhumados no deberían interpretarse tanto como miembros representantes de la comunidad que tuvieran peso en negociaciones de agregación o del entorno de aquellos que jugaran un papel importante en épocas de conflicto social, sino como individuos destacados, que gozaran del monopolio en la dirección de la comunidad (Cámara *et alii*, 2008, 70 y 74-76).

206. Para los que no se asumía una funcionalidad vinculada al drenaje, como la que antes se había propuesto desde Valencina (Fernández y Oliva, 1986), y sí se remarcaba su significación social como *límite simbólico de la comunidad* (Cámara y Lizcano, 1996, 397) ó como elemento delimitador de toda su actividad, estimándose incluso su posible carácter defensivo (Lizcano *et alii*, 1991-92, 20-23), en consonancia con lo que trascendía de los símiles neolíticos europeos (Vaquer y Claustre, 1989, 18; Whittle, 1988), si bien considerando un carácter más disuasorio que efectivo (Lizcano, 1999, 102).

207. En una valoración más reciente de estas inhumaciones vinculadas a la fase fundacional del asentamiento –Neolítico Reciente– también se ha considerado la intención de hacer patente la diferenciación social y la apropiación de la gestión de los recursos de un territorio. En el caso de los canes se ha indicado su vinculación pecuaria y su inserción en un ritual de “fundación/consolidación” proponiéndose en el del vacuno la posibilidad de que su sacrificio formara parte de alguna *fiesta* que, lejos de ser testimonio de la *generosidad de los llamados Big Men*, guardara la intención de asegurar contrapartidas mediante esa exhibición de riqueza, como por ejemplo una sobreexplotación de pastos comunales (Cámara *et alii*, 2008, 63 y 70).

modelo de gestión propuesto (Hornos, Castro y Zafra, 1998) para tan ingente proyecto, como a la lectura de los datos que desde las urgencias urbanas se aportan (Nocete, 2001, 154)<sup>208</sup>. En el *Memorial Luis Siret* se hace buena síntesis de los problemas que ha suscitado la excavación de la *Zona Arqueológica de Marroquíes Bajos (ZAMB)*, donde –pudo ser inevitable– el desarrollo de la construcción y no el interés inherente a la investigación ha sido el factor que ha marcado ritmos y prioridades de unas excavaciones donde ha primado la práctica e intereses de la Arqueología privada, correspondiendo al organismo competente de la Administración pública –*Delegación Provincial de Cultura*– el establecimiento de los objetivos mínimos de cada una de esas actuaciones a la vez que la evaluación de la calidad de la documentación obtenida, en un marco en absoluto ajeno al conflicto de intereses entre dos normas: la del planeamiento urbano y la de catalogación de la zona arqueológica.

También, es cierto que ese desarrollo es el que ha permitido reconocer un poblado con una enorme extensión caracterizado por espectaculares fosos circulares y concéntricos, realidad que por sí sola nunca hubiera podido reconocer la *arqueología universitaria* (Castro, 2011, 382-383), un esfuerzo que ahí cobrará toda su razón, sólo si se ha aplicado con eficacia el control de calidad en los informes que sustentan cada una de los cientos de excavaciones. Perdido el sentido de la redacción de un proyecto de investigación general de la *ZAMB* o el propio de la homologación del sistema de registro utilizado en las múltiples intervenciones, desde la *Delegación de Cultura* se hace constar ahora como objetivo prioritario la investigación de la ingente documentación y materiales obtenidos durante esos años de excavaciones que ha provocado una construcción sumida ahora en crisis (Castro, 2011, 385; Zafra, 2011, 246), insistiendo en la necesidad de colaboración entre las arqueologías pública, universitaria y privada (Castro, 2011, 387).

En lo que afecta a la información arqueológica, responsables de la coordinación de las excavaciones han trazado una visión global del yacimiento y su secuencia (Zafra, 2011, 242), indicando en lo que afecta a la ocupación prehistórica que, tras una etapa propia del Neolítico Medio (–ZAMB 0–, Zafra, Castro y Hornos, 2003, 81), consignada como de ocupación puntual y esporádica (Sánchez, Bellón y Rueda, 2005, 152) que en fechas calibradas se remonta al primer cuarto del IV milenio a.C (Zafra, 2011, 242) se determina una primera habitación

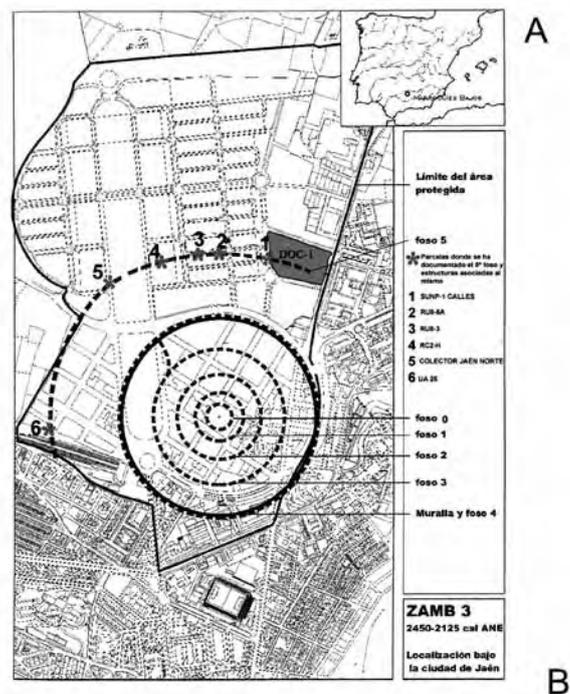


Figura 3.14. Marroquíes Bajos. A: Localización de estructuras de hábitat en la trama urbana de la expansión norte de Jaén (Sánchez, Bellón y Rueda, 2005, Fig. 1, sobre plano de Zafra et alii, 2003, Fig. 1) y B: Imagen idealizada del poblado (Hornos et alii, 1998, Lam. 2).

estable en la Edad del Cobre (ZAMB 1) asimilada a los inicios del III milenio (Zafra, 2011, 242) de la que han trascendido dos pequeños núcleos de población integrados por estructuras subterráneas y dos inhumaciones colectivas en “fondo de cabaña” que, no teniendo ajuar ni ofrendas perceptibles, se consideran similares a la vez que posteriores a la de Martos (Zafra, Hornos y Castro, 2003, 88).

La siguiente fase (ZAMB 2) caracteriza una *aldeja subterránea* que ocupa una gran extensión,

208. Otro yacimiento emblemático en la investigación andaluza acuciado por problemas de gestión de investigación es el de Valencina de la Concepción. Al respecto se ha indicado que el proceso de excavación que en las últimas décadas se ha realizado en el yacimiento sevillano limita las posibilidades de interpretación. F. Nocete (2001, 144) subraya que la labor de investigación no se ha visto beneficiada al haberse consignado el sitio arqueológico como *laboratorio y negocio* de la llamada *Arqueología profesional* (*Ibid.*, 144). En otro trabajo también se hacen constar esas limitaciones, señalándose que no se ha guardado una coordinación en diferentes intervenciones arqueológicas, de las que por otra parte trasciende un conocimiento superficial y sucinto, disponiéndose distintos estudios que no llegan a cubrir la cantidad, calidad y complejidad del registro empírico obtenido desde mediados de los ochenta (Costa et alii, 2010, 87-88). De manera muy afortunada excavaciones recientes se coordinan desde el Ayuntamiento de Valencina –donde se localiza un museo monográfico sobre el mismo– y cuentan con la colaboración científica universitaria (Vargas, Nocete y Ortega, 2010, 3340).

acaso por integrar unidades de amortización rápida o bien por acoger una buena población. A la misma se le suponen fosos sin muralla (*Ibid.*, 89) y un buen conjunto de estructuras de *residencia, silos, vertederos, tumbas y "talleres"* (...) *excavados en el suelo, creando en ocasiones auténticas colmenas con cubículos enlazados entre sí y accesos múltiples* (*Ibid.*, 85). En sí misma esa descripción, que refiere una realidad propia de un Cobre Precampaniforme –2.800/2.450 cal ANE (Zafra, 2011, 242)–, resulta mucho más compleja que la monótona sucesión de fosas y silos de un hábitat como el que se determina en Les Jovades o en Villa Filomena, estimándose como el precedente de una macroaldea por el momento única por el tamaño –340.000 m<sup>2</sup>– y las estructuras que acoge en los desarrollos que atienden al Campaniforme (ZAMB 3) –2450/2125 a.C (Zafra, 2011, 242)– y al Bronce Antiguo (ZAMB 4) –2.125-1975 a.C (*Ibid.*)–. Coincidiendo con el campaniforme en Marroquíes se determina un gran poblado al aire libre a base de cabañas circulares, una edificación de paredes rectas (Zafra, Hornos y Castro, 2003, 85), tumbas o “panteones familiares” sin ajuar evidente, dispuestas entre las mismas (*Ibid.*, 87), en un espacio delimitado por fosos concéntricos de enorme entidad ideados, se suscribe, para compartimentar y defender un espacio de uso comunal en el que, así se indica, se integran los campos de cultivos adyacentes; fosos para los que se presupone, además de un carácter defensivo evidente, al localizarse tramos de murallas, torres y accesos fortificados (Sánchez, Bellón y Rueda, 2005), un significado simbólico que remite a la circunferencia o el círculo y una funcionalidad hidráulica que es, no sin disconformidades (Lizcano *et alii*, 2004), la razón última que justifica el emplazamiento al resolver con ella el regadío y drenaje (Zafra, Hornos y Castro, 1999, 90-92). Avanzado el tiempo y ya en la Edad del Bronce (ZAMB 4), se ha escrito, se produciría un cambio en la gestión comunal de la tierra propia de las sociedades de carácter segmentario, de modo que, ante la colmatación de los fosos y la existencia de cercados que delimitan complejos domésticos o *casas*, se considera el establecimiento de una parcelación familiar o *campesinización* (*Ibid.*, 95), proponiéndose la configuración de una propiedad familiar susceptible de transmitirse mediante herencia (Zafra, 2011, 244)<sup>209</sup>.

Esta lectura de Marroquíes no está exenta de discrepancias, lo que es lógico teniendo en cuenta

no solamente diferentes posicionamientos teóricos de equipos intervinientes en el proceso de excavación, sino también la paulatina difusión de datos fundamentales que, no sin cierta acritud, arrojan diferentes programas de investigación, hecho que en sí mismo es buen hándicap a la hora de trazar una síntesis comprensiva. De esta manera desde Universidad de Granada y a partir de una valoración de una nueva y amplia batería de dataciones absolutas, si bien se suscribe la entidad del poblado en la segunda mitad del III milenio (Cámara *et alii*, 2012, 85) no se considera probado que antes fuera un lugar de frecuentación ocasional por parte de gentes que, en fechas similares a las de Martos, hicieran del paraje un lugar ritual (Marques y Jiménez, 2010, 177 y 519), y tampoco que el desmantelamiento de los fosos se produjera de un modo sincrónico antes del 2.100 cal. ANE (Cámara *et alii*, 2012, 85), llegando a proponer la pervivencia de las áreas rituales a lo largo de II milenio a.C. (*Ibid.*, 92).

La identificación de los distintos contenedores, su funcionalidad o relación con respecto a las chozas en un medio agrícola bien provisto de recursos hídricos, deberían hacer de las fases 1 y 2 de la zona arqueológica de Marroquíes Bajos uno de los mejores testimonios para la comprensión de los campos de hoyos o los “*poblados con silos*”, un concepto que, no sólo en lo que atiende a su vinculación agrícola, sino también en lo que afecta a la permanencia poblacional se ha puesto en entredicho en una reciente síntesis editada por la Universidad de Málaga que, a propósito de tratar los recintos de fosos del suroeste peninsular, quiere hacer constar la debilidad de muchos argumentos o “*verdades*” que a lo largo de un dilatado proceso de investigación han ido constituyendo diferentes *cajas negras*<sup>210</sup>.

En contraposición a buena parte de lo expuesto, con la llamada hipótesis de la reposición (Márquez y Jiménez, 2010, 466-467) se pone en duda no sólo la funcionalidad generalizada de los hoyos como cabañas (*Ibid.*, 331-346) o contenedores de grano<sup>211</sup> (*Ibid.*, 346-362); o los fosos como elementos defensivos - disuasorios o vinculados al drenaje (*Ibid.*, 362-373); sino también que esos tipos de estructuras negativas signifiquen el carácter habitacional estable del yacimiento que los contiene (*Ibid.*, 325)<sup>212</sup>, como entidad que difícilmente puede concebirse como resto de un poblado agrícola y que, por el contrario, puede interpretarse como el

209. Se interpreta que las grandes obras de la época campaniforme –ZAMB 3– se deberían a un trabajo colectivo puesto en relación con una agrupación de población (Zafra, Hornos y Castro, 1999, 91), mientras que la parcelación característica de ZAMB 4, ya en la Edad del Bronce, sería expresión de un cambio radical en la estructuras domésticas, previo a la dispersión de la población en pequeños y dispersos asentamientos (*Ibid.*, 92).

210. Una expresión que toman de la sociología de la ciencia, que quiere subrayar la debilidad de algunas ideas que, por su éxito, se convierten en premisas (Márquez y Jiménez, 2010, 325).

211. En ningún caso se acepta que los hoyos tuvieran un uso para la conservación del grano a largo plazo, todo lo más se admitiría que éstos se construyeran como almacenes de cosecha, con un uso que sólo los haría rentables una vez (Márquez y Jiménez, 2010, 362). Su presencia implicaría la posibilidad de que los yacimientos tuvieran contados semilleros funcionando al mismo tiempo (*Ibid.*, 371), guardando una conducta no necesariamente sedentaria ya que constituye una práctica que se observa en comunidades nómadas o seminómadas (*Ibid.*, 357).

resultado de una ocupación estacional por parte de poblaciones sujetas a movilidad de lugares *normalmente desocupados* (*Ibid.*, 370-373), que guardan una significación especial en el entorno paisajístico (*Ibid.*, 193-194) y que al final de su ciclo de uso como sitios de encuentro o santuarios, necesarios para el funcionamiento social, tratan de no alterarlo, reponiéndolo mediante la colmatación de hoyos o zanjas (*Ibid.* 442 y 495), como última operación en una conducta ritual considerada en yacimientos con fosos de Europa Occidental (*Ibid.* 439 y ss.) y en su simbolismo de algún modo evidenciada en los registros de rellenos, que pretende la reposición del paisaje (*Ibid.*, 452) a la vez que hacer permanecer la *memoria social del grupo* (*Ibid.*, 462), suscribiéndose un ritual de depósito de restos de diversa índole, humanos inclusive, susceptible todo lo más de variar en su significado según la diferente naturaleza de lo dispuesto en el interior de la tierra (*Ibid.*, 233)<sup>213</sup>.

La hipótesis de la reposición encaja bien con el contexto que nos lega el mero campo de hoyos donde el material arqueológico sólo se descubre en el relleno que contienen las estructuras (*Ibid.*, 196). Con la misma, aparentemente puede solucionarse el mayor problema que atiende el yacimiento tipo, una vez que explica la desaparición de las infraestructuras habitacionales superficiales por la misma gestión de los ocupantes, no dando crédito a otras causas tales como la erosión superficial<sup>214</sup> (*Ibid.*, 195-197).

Aparentemente también resuelve el problema del relleno de las estructuras al indicar que éstas no deben estar reutilizadas y que en sí mismas se idean para enterrar los restos que se producen (*Ibid.*, 442). Se trata en cualquier caso de una hipótesis de éxito que asume lo estimado para el yacimiento calcolítico vallisoletano del Casetón de las Eras, donde sólo se enumeran grandes zanjas y hoyos que no se interpretan como un testimonio de habitación sino más bien como vestigios de conductas rituales en un centro ceremonial ahí bien

delimitado por fosos concéntricos (Delibes *et alii*, 2007, 249); y que ha servido para valorar la decena de estructuras siliformes localizadas en el yacimiento granadino de Illora (Aranda *et alii*, 2012, 12-25), único vestigio de una ocupación que, por las dataciones y por el registro material alcanza una larga cronología (finales del VI a finales del IV milenio cal ANE), que ahí se valora como indicio de una ocupación estacional que hace del cultivo y procesado del cereal actividad principal, por parte de poblaciones que a su vez gozan de una gran movilidad y que finalizada la actividad, depositan obedeciendo pautas rituales, entre otros elementos fragmentos de recipientes de buen tamaño y de útiles líticos de molturación (*Ibid.*, 106-107), con alguna incógnita como la de la coexistencia de materiales de distinta cronología en una misma fosa –E03– que dispone de fechas sobre concha que distan casi 2.000 años, sin que pueda precisarse si esa heterogeneidad es accidental o forma parte de una conducta consciente (*Ibid.*, 102).

Sin embargo la aplicación generalizada de dicha hipótesis, aunque en primer término pueda introducir aspectos que permitan encajar de un modo más coherente y desde una perspectiva “funcional” los contextos arqueológicos negativos, ofrece otros problemas, y algunos de ellos, desde luego, son de buen calado. Abiertamente criticada desde la Universidad de Granada, subrayando que es una propuesta más vinculada a la mentalidad de los investigadores que a los datos empíricos<sup>215</sup>, el mismo Pedro Díaz del Río ha advertido de la problemática de interpretar los recintos de fosos y los campos de hoyos sólo como lugares para la agregación ceremonial de grupos dispersos, adquiriendo sin grandes modificaciones hipótesis aplicadas a los recintos del Neolítico Italiano o al mítico inglés de Stonehenge, para explicar yacimientos tales como Valencina de la Concepción o Marroquíes Bajos, una vez que su aplicación provoca la paradoja no solamente de no disponer de contextos domésticos y habitacionales para el Neolítico o el Calcolítico,

212. Se opta por una explicación que hace de los campos de hoyos lugares de visita recurrente de poblaciones neolíticas no sedentarias (Márquez y Jiménez, 2010, 472), un modelo que se considera para el IV milenio a.C en el Neolítico europeo occidental que resuelve que no hay un poblamiento agrario hasta la Edad del Bronce (*Ibid.*, 2010, 460) y que hace buena prueba del mismo la presencia de campos de hoyos, al interpretarse como elementos ajenos al fenómeno de la sedentarización (*Ibid.*, 2010, 480).

213. El contenido de muchos hoyos aparentemente revueltos puede esconder conductas rituales que no avalan una reutilización como basurero sino un vertido expofeso. En ese sentido se hace una llamada de atención a la especificidad de restos de fauna, como mandíbulas, cráneos o cornamentas que caracterizan registros de las estructuras negativas; el enterramiento de animales enteros o la supuesta dispersión de restos de un animales en distintos hoyos (*Ibid.*, 220-223); la presencia de fragmentos cerámicos de entidad que no pegan entre ellos o la de piezas de significado ritual como los llamados morillos e ídolos (*Ibid.*, 225 y 231). Se indica que para alguno de esos depósitos hubieran podido valerse de sacos (*Ibid.* 210-216).

214. En el volumen se dedica un capítulo entero a poner duda las diferentes hipótesis que se han sugerido para la interpretación de este tipo de yacimientos como poblados, poniendo en entredicho diferentes propuestas de procesos de formación que, tras su abandono, los conforman, esto es: la *hipótesis erosiva*, en la que los restos de cabañas rellenan las estructuras negativas; la *hipótesis de reutilización*, en la que las estructuras negativas concebidas para un uso específico luego sirven como basureros o tumbas; y la *hipótesis del área de actividad*, donde los hoyos son áreas de trabajo que se colmatan por el mismo desarrollo de las tareas (Márquez y Jiménez, 429-431). Esa aseveración ha sido criticada indicando que es precisamente la reducción de las evidencias habitacionales a los hoyos y lo que contienen, lo que (sic) *da alas a interpretaciones que enfatizan lo inusual (ritual) frente a lo cotidiano y que no se preocupan de integrar lo hallado en lo ausente como, por otra parte, siempre se ha planteado que debe hacer la Arqueología* (Cámara *et alii*, 2011, 62).

215. Haciendo valer una postura que menosprecia el factor violencia, un hecho por otra parte bien evidenciado en el Neolítico europeo (Guilaine y Zammit, 2002), que no hace ver a los fosos como recintos, sino como evidencia de permanencia que guarda un marcado carácter defensivo y jerárquico (Cámara *et alii*, 2011, 71-72).

sino también de los rasgos que en lo arqueológico deben caracterizar dichos espacios rituales, por otra parte en su concepto difíciles de separar de la domesticidad (Díaz del Río, 2008, 135; 2011, 388). Hay más riesgos, porque en cierta medida reconocer un *aire de familia* para la formación de yacimientos similares en un territorio tan extenso, aunque pueda justificarse abogando por la existencia de una tradición o *idea fuerza* generada en el Neolítico europeo, recuerda la aplicación de planteamientos como la *difusión* y las *oleadas* (Díaz del Río, 2011, 387) de aquella arqueología tradicional y “normativista”, objeto de superación en todo el debate que en torno al Sureste se generara en el último cuarto del s. XX.

A ese respecto, siendo siempre interesante volver a plantear desde una perspectiva crítica los problemas que lleva implícita la investigación de los yacimientos sólo caracterizados por estructuras negativas y sin negar que explique la formación de contextos concretos, sorprendería que la *hipótesis de la reposición*, como construcción que encaja en

un cuadro que para el IV milenio cal ANE hace suya una densidad poblacional menor, un sedentarismo puesto en entredicho con un desarrollo muy contenido de la llamada revolución de los productos secundarios, una práctica agrícola no intensificada o una producción metalúrgica más testimonial que definitiva (Márquez y Jiménez, 2010, 506-509), viniera a resolver los prolegómenos de lo que acontece a partir del 3.100 cal ANE., cuando se estima vigente Los Millares<sup>216</sup> y se resuelve el inicio del Calcolítico en el Suroeste (*Ibid.*, 12). Y ello porque ese cuadro retardatario y en su devenir tan estático se plantea precisamente desde y para Andalucía, donde a partir del final del IV milenio se reconoce un panorama diferente al resto de Europa de *muy difícil explicación* (*Ibid.*, 513) en el que, así se indica, *las respuestas a muchas preguntas está lejos de alcanzarse*<sup>217</sup> (*Ibid.*, 529). Un panorama en el que, comparativamente con las tierras valencianas, pocos problemas presenta a la hora de usar los términos “Edad del Cobre” o “Calcolítico” en todo su sentido etimológico, que incluye tumbas megalíticas monumentales dotadas de ajuares de prestigio, poblados con construcciones pétreas del todo impactantes y también unos recintos de fosos con un desarrollo monumental que en la Comunidad Valenciana en esa cronología todavía no se han documentado; ítems todos de cuya discusión, ya se ha expuesto, surgen esas hipótesis que no sólo han permitido incidir en la estratificación social, sino renovar la orientación teórica que de la Prehistoria se tenía, haciendo posible plantear procesos, que han permitido llegar a intuir la Historia.

## EL CASO DE LA COMUNIDAD DE MADRID. DE CANTARRANAS AL CAMINO DE LAS YESERAS

Cuando nos asomamos a las primeras reflexiones que a mediados de los setenta se desarrollan en Madrid, sorprende la variedad funcional que caracterizan los fondos u hoyos descubiertos en contadas actuaciones separadas en el tiempo de las que es primera aquella que efectúa José Pérez de Barradas (1933), investigador pionero que acuñara el término *fondo de cabaña* y diera a conocer aquel poblado con campaniforme de Cantarranas, localizado en las obras de la Ciudad Universitaria, con la identificación de una treintena de esas estructuras negativas, advirtiendo entre otros aspectos de la variedad de tamaño, su cierta alineación

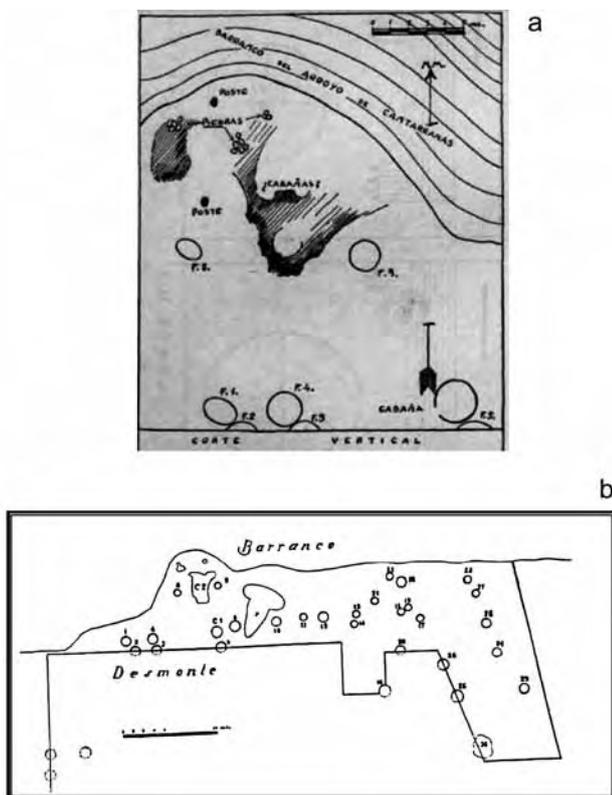


Figura 3.15. Yacimiento de Cantarranas: Planta (b) y detalle (a) según José Pérez de Barradas (1931-32). Tomado del Blog de la Asociación Cultural de Amigos de la Dehesa de la Villa y de Patricia Ríos (2011, Fig. 47).

216. Se ha asumido su fundación en torno al 3200-3100 cal ANE, considerándose su máxima expansión hacia el 3000-2900 cal ANE. Los primeros campaniformes de estilo marítimo se consideran a partir del 2500 cal ANE, resolviéndose el abandono del conjunto hacia el 2200 cal ANE (Molina y Cámara, 2008, 27-28).

217. Se culmina la exposición con la posibilidad de valorar el surgimiento de poblados como los Millares bien como una variante regional de la tradición milenaria que atiende los yacimientos con estructuras negativas a modo de *derivado biológico* de los recintos de fosos; bien como el resultado de un “cambio histórico de índole peculiar”, irresuelto todavía en lo que atiende a su autoctonía o carácter foráneo, haciendo ver que, para ello, se está lejos de disponer de *interpretaciones históricas de gran calado de las que seguimos padeciendo un considerable déficit*. Con todo, llega a valorarse que los Millares no fuera expresión de un modelo plenamente sedentario sino todo lo más expresión “sosegada” de las pautas de movilidad (Márquez y Jiménez, 2010, 529-531 y nota 23).

y de la presencia de fémures humanos en algunas de ellas, lo que, no descartaba, pudiera tratarse de la expresión de algún tipo de culto (Martínez Navarrete, 1987,60).

Como en nuestra área de referencia, el proceso es tan largo como acelerado al final del siglo XX, si bien ahí durante décadas las estructuras siliformes se percibieron de un modo, por multifuncional diferente, al primar la percepción de que quienes las generaban dependían básicamente de una ganadería trashumante y no tanto de la práctica agrícola. Ahora los procesos y resultados de la investigación poco recuerdan a las expectativas que se tenían cuando en los finales de la década de los setenta del pasado siglo se abordaban los “fondos de cabaña” a propósito de presentar los materiales de un yacimiento, La Esgaravita de Alcalá de Henares, donde desde el estudio de un conjunto obtenido en el seguimiento de unas obras de conducción de gas por parte de un grupo de aficionados, se trataba de sintetizar y ordenar los exiguos conocimientos que se guardaban sobre este tipo de yacimientos, a la vez que subrayar las dificultades para abordar los registros obtenidos en estructuras negativas mal conocidas (Martínez Navarrete, 1979, 101-102).

La síntesis que se reclamaba para abordar la vertiente habitacional del Calcolítico (*Ibid.*, 1979, 101) no podía establecerse con los pocos resultados de intervenciones vocacionales carentes de medios económicos y de una protección legal suficiente<sup>218</sup>, de modo que hasta su redacción en el inicio del s. XXI (Díaz del Río, 2001) hay un largo recorrido para comprender aquellos *fondos* susceptibles de vincularse con distintas funciones —cabañas; *depósitos de provisiones, forraje, materias primas, vasijas o instrumentos de piedra; hogares; letrinas; hornos para distintos procesos de tostado; tumbas* (Martínez Navarrete, 1987, 60)— de los que, cumplidos *130 años de Arqueología Madrileña*, todavía se disponía una información harto limitada (*Ibid.*, 60-62).

No obstante, en el entorno de esos años el registro comenzará a sufrir un incremento notable, aportándose datos premonitorios de la investigación más reciente, de modo que del hábitat precampaniforme del Cerro de la Cervera (Mejorada del Campo) trascendían dos grandes *fondos* interpretados como viviendas, uno de ellos con el enterramiento de un esqueleto casi completo de cánido (Asquerino, 1979); del de la Loma de Chi-

clana (Vallecas), donde, tras retomar excavaciones previas (Fernández Miranda, 1971), la evaluación de dimensiones y rellenos harían estimar diferentes funcionalidades para los hoyos<sup>219</sup> y considerar la presencia de una empalizada o elemento de delimitación, tras la exhumación de una zanja (Díaz-Andreu, Liesau y Castaño, 1992, 55 y 57-58); y de las intervenciones urbanas en El Ventorro, en el madrileño barrio de Villaverde Bajo, de las que trascenderá la información más completa, al resultar uno de los pocos yacimientos que culminará su investigación en un formato de monografía (Priego y Quero, 1992) en la que se anuncia la entidad de las evidencias de este tipo de poblamiento en terraza, señalando vestigios de un *hábitat permanente de la cultura campaniforme*, dispuesto junto al río Manzanares que, a juicio de los excavadores, podría haber llegado a integrar unas treinta de cabañas y más de dos centenares de “fondos” vinculados con las mismas, con interpretaciones —la de la función de esas estructuras<sup>220</sup>, la del poblado y la sociedad de los que lo habitan— muy diferenciadas de las que por entonces se están considerando para Les Jovades de Cocentaina, al llegar a intuirse una suerte de planificación —*preurbanismo* (Priego y Quero, 1992, 360)— que integraba cabañas o *centros de actividad tecnológica* (metalúrgica) y *doméstica* idóneas para la habitación de grupos familiares (*Ibid.*, 364), dotados de una cierta diferenciación —*especialización o jerarquización* (*Ibid.*, 379-380)— y con una economía en la que, se defendía, primaba la ganadería sobre la agricultura.

La evidencia metalúrgica y la prevalencia pecuaria también se asumía para el inmediato hábitat de Perales del Río (Getafe), al estimarse que el medio de las terrazas del Manzanares sería rico en pastos que, por el predominio de los cápridos, aprovecharía un ganado trashumante (Blasco *et alii*, 1989, 101 y 106); y también para las gentes que habitaran el referido hábitat de Vallecas, pronunciándose ahí a diferencia de la propuesta de los excavadores de El Ventorro, por una ocupación estacional de gentes calcolíticas que disfrutaban una cabaña ganadera de vacunos y ovicápridos, no cerrando la puerta a una práctica agrícola o recolectora, poco evidenciada en lo arqueológico (Díaz-Andreu, Liesau y Castaño, 1992, 99 y 100).

Esa será la percepción de los poblados con hoyos que se propone para el *Horizonte campaniforme en el centenario de Ciempozuelos* (Blasco ed.,

218. De los inconvenientes para el estudio de este tipo de asentamientos en los inicios de la década de los setenta en Madrid se puede recordar el caso del poblado de la Loma de Chiclana (Fernández Miranda, 1971, 272-275) o el de los “fondos de cabaña” del Cerro de la Cervera de Mejorada del Campo, donde la directora de la excavación, provista del correspondiente permiso oficial, no disponía de subvención, viéndose obligada plantear una excavación de urgencia con estudiantes los fines de semana antes de que la gravera acabara con el yacimiento (Asquerino, 1979, 120).

219. Se consideran *basureros* o *depósitos de objetos* a las estructuras más pequeñas; *hogares* o *ámbitos* para el *trabajo del hueso* o *labores de molienda* a las medias y *vivienda* a la grande, una funcionalidad también prevista para los *fondos* grandes de los poblados con hoyos de Cantarranas, Fábrica Euskalduna o Cerro de la Cervera (Díaz-Andreu, Liesau y Castaño, 1992, 57-58 y 96).

220. Estructuras siliformes que en el yacimiento no se interpretan como silos, especulándose sobre funcionalidad, siempre como unidades subsidiarias de las cabañas mayores, como *minas de arcilla, pozos, despensa, hogares esporádicos, almacenes de detritus para abono y, por fin, basureros* (Priego y Quero, 1992, 361).

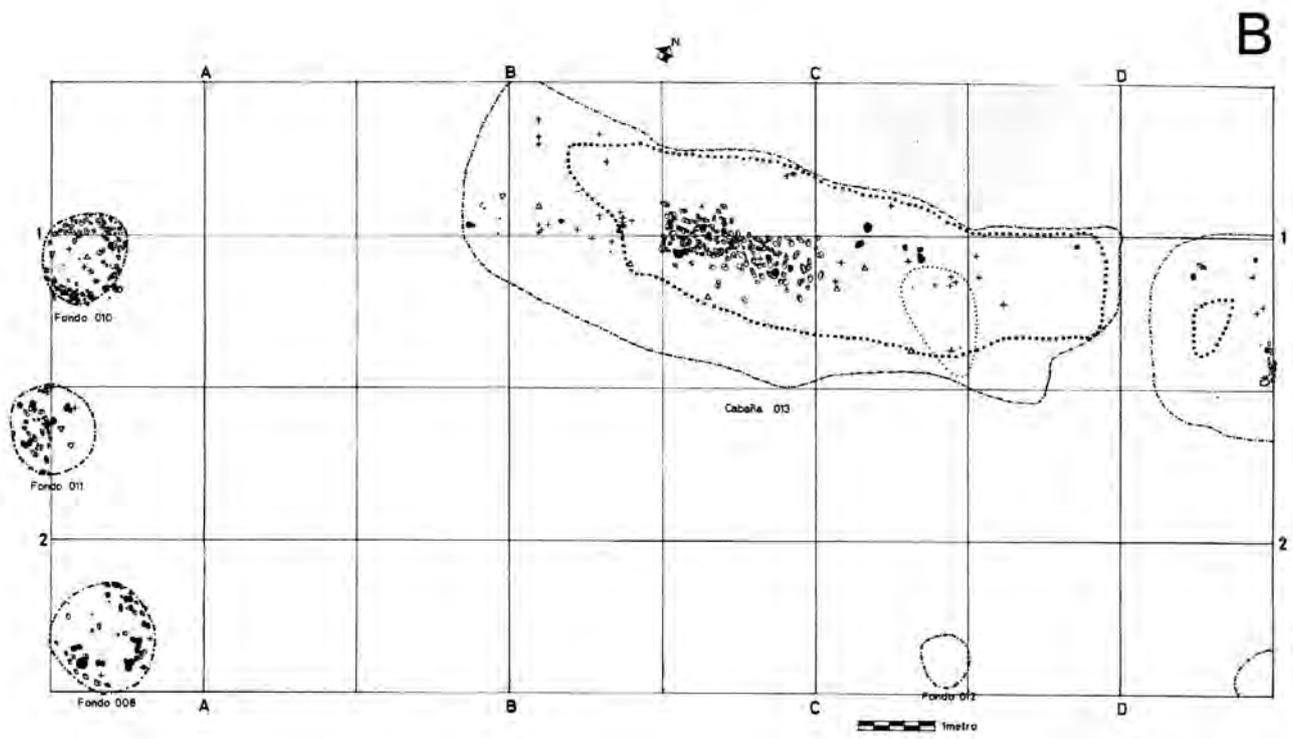
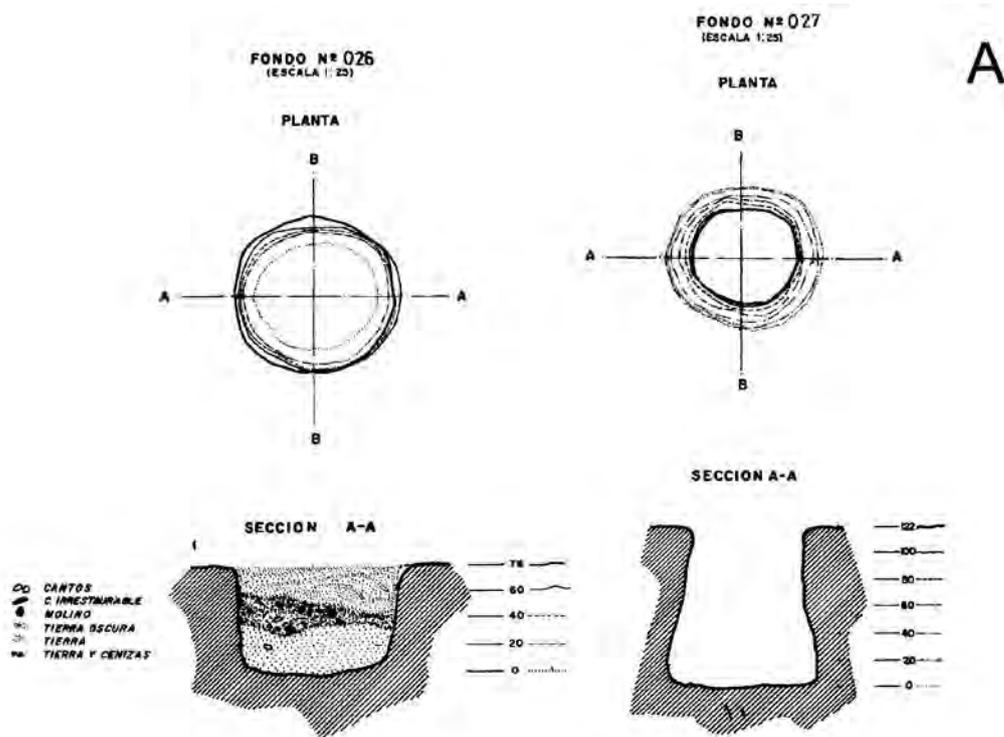


Fig. 3.16. El Ventorro. A: (campana 1963) Fondos 26 y 27 (Priego y Quero, 1992, Figs. 9 y 10) y B: (campana 1983) estructuras del nivel precampaniforme (Priego y Quero, 1992, Fig. 33).

1994) cuando bien entrados los noventa, como consecuencia de la realización de campañas de prospecciones sistemáticas dedicadas a la elaboración de la Carta Arqueológica de la Comunidad Autónoma, se disponga de una información más remitida a la localización de yacimientos, que a la que se infiere de la intensa excavación que en esa década se desarrolla (Díaz del Río, 2001, 129-278). De modo que en 1994, cumpliéndose un siglo del

descubrimiento de los impresionantes hallazgos del yacimiento de Cuesta de la Reina, se ofrece un catálogo que recoge más de medio centenar de yacimientos que integran el ámbito campaniforme (Blasco y Recuero, 1994), donde se consigna al Ventorro como uno de los ejemplos de poblados de un modelo de hábitat cuya tradición se remonta al Neolítico, asentado en las terrazas bajas de los ríos para aprovechar pastos frescos y buenas tierras

de cultivo, sin guardar una posición que revele una especial preocupación por el control del territorio, algo que sí se presume para Cantarranas, al consignarse su ubicación en espolón ligeramente elevado con respecto a las tierras circundantes y que evidencia de un modo más notable la Loma de Chiclana, como asentamiento que controla un tramo importante de los cursos fluviales (Blasco, Baena y Recuero, 1994, 48). La evaluación de los datos que ahí se consideran también permiten avanzar propuestas en cuanto a la extensión, permanencia o complejidad de los hábitats pronunciándose a favor de una ocupación intermitente tanto para los poblados de tamaño reducido como los de la carretera de San Martín de la Vega, la Fabrica de Ladrillos de Preres, Cantarranas, los Vascos, Tejar del Sastre, Fábrica Euskalduna o la Loma de Chiclana, donde las ocupaciones con campaniforme resultan una realidad menor o muy concreta, como para los mayores de El Ventorro, Pista de Motocross de Pinto o Cerro Basura.

De este modo el yacimiento tipo es plasmación de una sucesión ocupaciones y de ningún modo testimonio de una habitación centenaria que, sin solución de continuidad, enlaza distintas fases culturales (Blasco, Baena y Recuero, 1994, 49-54). En esa acepción no cabe ese *preurbanismo* que se anunciara desde El Ventorro, considerándose en lo arquitectónico, desde el Neolítico Final hasta la primera Edad del Hierro, establecimientos caracterizados por la falta de estructuras sólidas, por la *falta de una ordenación establecida* y por la *presencia de estructuras complementarias a las unidades de habitación de tipo "hoyas" o "silos" excavados en el subsuelo* (*Ibid.*, 55). De manera obvia esa lectura contrariará cualquier visión diferenciada de lo campaniforme, subscribiéndose no solamente una vida corta para los asentamientos o un número reducido residentes sino también, a la vista de la larga temporalidad del modelo, una visión de esos habitantes como *gentes locales que han incorporado a su equipo material una moda decorativa de la cerámica de difusión paneuropea* (*Ibid.*, 57).

En lo que respecta a la vertiente funeraria de una parte comenzará a admitirse la posibilidad de que los enterramientos se hubieran practicado en fosas dentro del mismo espacio habitacional, algunas en apariencia señalizadas (Blasco, Sánchez y Calle, 1994, 91-99). De otra, se subrayará el carácter destacado de los inhumados dejando del todo explícita la existencia de una sociedad jerarquizada, en la que caben expresiones como jefe o régulo o incluso clase o grupo dominante en la temporalidad propia del Campaniforme (Blasco, Sánchez y Calle, 1994, 98-99; Blasco, Baena y Liesau, 1998, 72 - 74), cuando se propone la ocupación de la campiña madrileña por familias nucleares con una economía de base fundamentalmente ganadera complementada con una agricultura, recolección y caza de incidencia secundaria que, por agotamiento de los recursos, se desplaza a lo largo de los

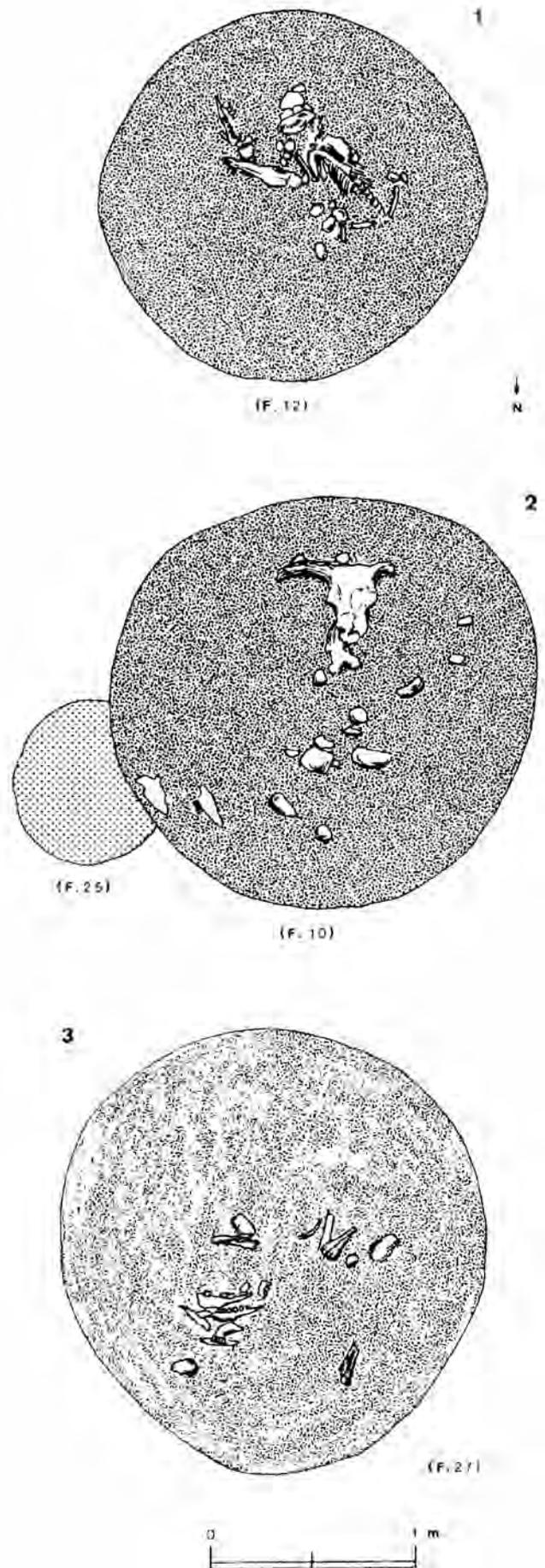


Fig. 3.17. El Espinillo. Fauna localizada en la base de alguno de los fondos (Priego y Quero, 1992, Baquedano et alii, 2000, Fig. 9).

cauces fluviales, instalando hábitats de construcciones frágiles de los que restan los *fondos* o restos subterráneos (Díaz del Río, 2001, 79-80).

De manera inmediata, sobre esa imagen notablemente enriquecida por la publicación monográfica de la excavación en extensión del hábitat de El Espinillo de Villaverde, donde se aboga por considerar una población más estable de la que *tradicionalmente se admite* (Baquedano *et alii*, 2000)<sup>221</sup>, se superponen los resultados de excavaciones que en su extensión multiplican por un factor numérico que se me escapa la superficie de todo lo que desde los años treinta se había descubierto<sup>222</sup>, dándose la afortunada circunstancia de la existencia de una figura, la del investigador con formación y criterio, que por su implicación y buenas relaciones profesionales aprovecha eficazmente datos por inmediatos, inéditos (Díaz del Río, 2001, 141), para ordenarlos y sistematizarlos en un discurso ameno que introduce modelos propios de la antropología cultural para su comprensión como unidad de análisis histórico<sup>223</sup>. Ahora determinadas estructuras negativas por su tamaño y forma, en consonancia con lo que se apunta en la investigación de las tierras que cruza el río Serpis, se relacionan con el rendimiento diferido de la producción agrícola (*Ibid.*, 137-141), resolviendo el Madrid del III y II milenio a.C., como escenario de un primer paisaje agrario que, por no reconocerse todavía bien el Neolítico, se determina a partir del Calcolítico, y en buena parte del desarrollo de la Edad del Bronce, consignándose desde el primero, a partir de análisis paleobotánicos y arqueozoológicos, esa economía agraria que asume cultivos de cereales (trigo y cebada) y hortícolas (leguminosas y fabaceae) y que dispone de una cabaña doméstica que integra ovis, vacas y cerdos (*Ibid.*, 310-311).

En la *Primera Edad de los Metales*, como unidad histórica que recoge las divisiones tradicionales de Neolítico Final, Calcolítico y Edad del Bronce (*Ibid.*,

9), se desarrollarán pactos e intereses inherentes a la sociedad primitiva, dejando abierta la existencia de desarrollos sujetos a la definición de la tribu o, en su caso de jefatura, para dar cabida en un encuadre preliminar y a los efectos de discusión tanto a interpretaciones que asuman modos neolíticos como a aquellas que admitan el desarrollo de una cierta complejidad social (*Ibid.*, 301).

En tan novedosa y pronta lectura se acerca el concepto social que se tenía de aquellos pobladores —el propio de las sociedades tribales o segmentarias que enunciara el antropólogo M. Sahlins— al que antes se propone para las gentes de la *Cultura de Almería* o Neolítico Final-Cobre Antiguo del sureste (Arteaga, 1992, 192-193) o para los pobladores de las aldeas con silos en tierras valencianas (Bernabeu, 1995)<sup>224</sup>, dando un sentido similar a un buen cúmulo de esas estructuras negativas, como depósitos que se conciben para el almacenamiento de grano, cuya excavación resulta de una *extensa y sustancial modificación del paisaje por parte de una sociedad campesina primitiva*, que es la que produce el *primer paisaje agrario*, cuya apropiación genera fenómenos de competencia y restricción a la tierra y los pastos (*Ibid.*, 129), de modo que aún resistiendo dos milenios, con el tiempo, las comunidades campesinas estructuradas bajo la fórmula de las *sociedades segmentarias* o en las más desiguales que se consignan como *germánicas* (*Ibid.*, 10 y 306) acabarán disolviéndose, cuando el poder social se articule de un modo del todo ajeno al ámbito de lo familiar (*Ibid.*, 10)<sup>225</sup>.

Con el campaniforme se inaugura la generalización de las primeras inhumaciones en fosa individuales con ajueres que, aunque extremadamente desiguales, representan una novedad respecto al panorama anterior de inhumaciones secundarias en contextos naturales (*Ibid.*, 149 y 162), resolviendo que por su práctica en hoyos muy similares a los de almacenamiento y por ello vinculadas a los con-

221. El poblado sobrepasa las 10 hectáreas y debió recoger las estructuras que a mediados de los cincuenta excavara Martín Almagro (1960) en la Fábrica Euskalduna. Ofrece materiales desde el Calcolítico al Bronce, considerándose diferentes estructuras interpretadas en lo que atiende al registro calcolítico precampaniforme como cabañas o como unidades de almacén, pudiéndose destacar aquellas que recogen un esqueleto de perro y otros restos seleccionados, cráneos y mandíbulas, de suidos, bóvidos, équidos y ovis. Se establece una lectura de los rellenos que aboga por considerar que algunos hoyos, caso de los que recogen un buen conjunto de piezas en sílex, informan sobre el uso primigenio de la estructura (Baquedano *et alii*, 2000, 126). En una relectura posterior se ha considerado que en el sector II del yacimiento se determina una planificación en la disposición de las estructuras (Díaz del Río, 2001, 227).

222. De hecho la unidad de referencia pasa a ser la hectárea (Díaz del Río, 2003, 62). Sobre el incremento de la información que depara el desarrollo urbanístico y, por ende, de la arqueología de gestión en el gráfico que plantea Patricia Ríos (2011, 9) se observa como a partir de 1990 se dispara el número de hallazgos susceptibles de relacionarse con el Calcolítico en Madrid.

223. Sobre la trascendencia del trabajo de Pedro Díaz del Río resulta muy interesante la valoración que sobre el mismo efectúa Patricia Ríos, quien consigna el trabajo de referencia como la mejor síntesis en un proceso de investigación centenaria. Textualmente, indica que el análisis de los yacimientos *le lleva a plantear las diferentes interpretaciones sociales económicas y políticas, rompiendo con visiones tradicionales y haciendo una lectura del registro que nos resulta más objetiva y cuantificable abriendo un nuevo camino en la interpretación del periodo en Madrid* (Ríos, 2011, 36-39).

224. Ante la ausencia del hecho metalúrgico (Díaz del Río, 2001, 42-43; Bernabeu, Guitart y Pascual, 1988, 159) la diferencia de denominaciones no lleva a equívocos. La entidad que se denomina "Calcolítico precampaniforme" en la Comunidad de Madrid equivale a la que en la periodización regional de J. Bernabeu (1995) se reconoce como "Neolítico IIB", una etapa que recoge el tradicional Eneolítico Pleno valenciano (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1988, 166). Como el Calcolítico, el Neolítico IIB atiende al III milenio en cronología convencional, mientras que en expresión calibrada se inicia en la segunda mitad del IV milenio a.C (Gómez *et alii*, 2004, 122).

225. Será entonces la *Primera Edad de los Metales el periodo sobre el cual se desarrollarán tanto las posibles reivindicaciones de derechos exclusivos familiares sobre los medios de producción como los intentos más o menos exitosos de sectores por consolidar una situación de poder a costa de la resistencia del orden social* (Díaz del Río, 2001, 309).

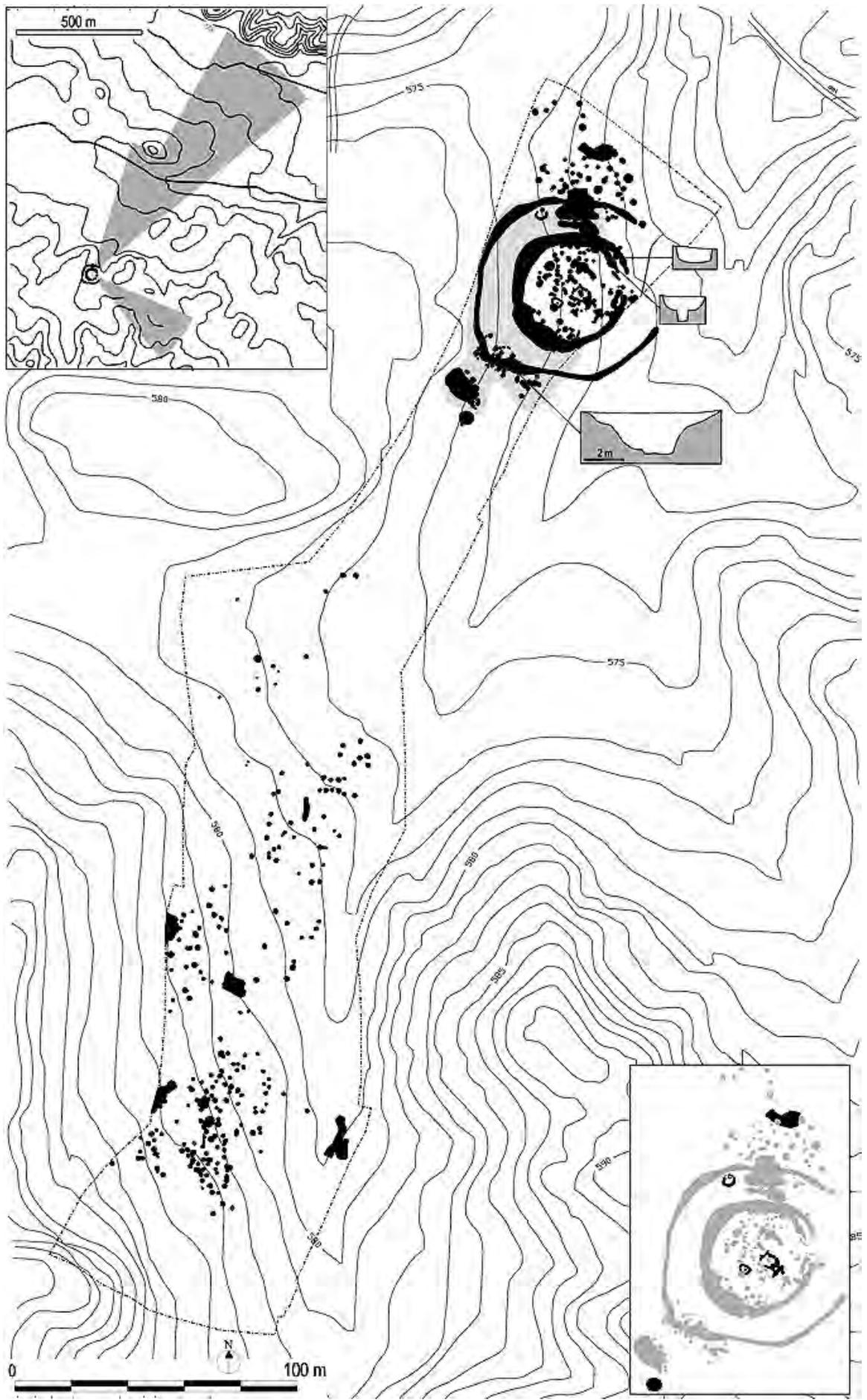


Figura 3.18. Planimetría del yacimiento Calcolítico y de la Edad del Bronce de Gózquez. Detalle de los fosos (Díaz del Río, 2003, Fig. 2).

textos habitacionales, debían consignarse como posteriores a una parcelación del paisaje (*Ibid.*, 148), evidenciada por los recintos de fosos que de manera harto impactante se descubren en Las Matillas (Alcalá de Henares), Gózquez de Arriba (San Martín de la Vega) o Fuente de la Mora (Leganés) que fueron construidos y colmatados en la primera mitad del III milenio cal ANE (Díaz del Río, 2003). Cabe entonces proponer que esas manifestaciones funerarias en fosa que se caracterizan por un registro que incluye cerámicas decoradas y piezas metálicas podrían reflejar el hecho de que ciertas personas y, como consecuencia probable los miembros de su unidad doméstica o linaje, alcanzaran una posición distinguida, resultado de acciones de manipulación o intermediación de una relaciones sociales intergrupales, que debieron requerir de una nueva renegociación de equilibrios tras las creciente territorialización (Díaz Río, 2001, 163).

La Prehistoria reciente en la Comunidad de Madrid ya no guardará el carácter retardatario que se le suponía (*Ibid.*, 288 y 320). Y ello, entre otros factores deviene del enorme cúmulo de información que comienza a procesarse, contabilizándose por cientos las estructuras localizadas en enormes extensiones (Ríos, 2011, 202), cambiando del todo los tenues registros que contribuían a apoyar un panorama de hábitat estacional integrado por frágiles cabañas y *fondos*, para recuperar en cierta medida aquella interpretación de permanencia y planificación que, con pocos mimbres, habían propuesto los investigadores de El Ventorro, yacimiento éste que, por cierto, cobra una nueva dimensión al considerarse, a partir de la revisión de la documentación, la existencia de un tramo de foso (Fig. 3.16B)<sup>226</sup>, cuya colmatación se vincula con una práctica de *festines* que, en un espacio previamente monumentalizado mediante la extracción de un enorme volumen de sedimento, guardarían una clara estrategia de relación social intercomunal (Díaz del Río, 2001, 250).

Así, a título de ejemplo, considerando sólo yacimientos por sus materiales asignados al Calcolítico del término de Alcalá de Henares<sup>227</sup>, de la clásica y escueta información que hacía intuir aquel de La Esgaravita, se pasa a disponer de datos que permiten consignar un conjunto arqueológico que supera las 3 hectáreas que contiene estructuras antes inverosímiles como una zanja que, por su posición topográfica se considera de drenaje, diferentes áreas de silos, cubetas y de una gran estructura de 10 m de longitud que, colmatada con adobes con improntas y ramajes, se interpreta como cabaña (Díaz del Río, 2001, 229-236); en El Juncal se observan dos conjuntos arquitectónicos construidos con bloques de arcilla de grandes dimensiones reforzado con pos-

tes de madera y un grueso suelo de arcilla apisonada, uno de ellos dotado de un silo con enlucido en su interior (*Ibid.*, 229-236); y de lo que pudo excavarse de Las Matillas trascienden distintas estructuras negativas entre las que destaca un foso de un recinto circular de más de 100 m de diámetro que dispone un tramo algo más ancho que, por documentar postes perimetrales y uno central, quizá pudiera haber estado cubierto; un silo que todavía recogía en su fondo una cincuentena de semillas carbonizadas y un conjunto de 6 inhumaciones asimilables a un Calcolítico avanzado o ya a la Edad de Bronce, llamando la atención aquella de varón maduro localizada en una covacha abierta en la pared interior de un silo, cuyo depósito habría desplazado los de una inhumación femenina previa (*Ibid.*, 192-212).

Hay que ser conscientes del enorme trabajo que, en lo que respecta a los poblados con silos, va a significar sacar adelante la información que ha procurado el crecimiento de Madrid en las últimas décadas. Ver el plano del yacimiento de Gózquez (Fig. 3.18), un poblado sólo anunciado en esa síntesis, cuya excavación se inicia en 1999 bajo la dirección de Susana Consuegra afectando un área de 30.000 m<sup>2</sup> en San Martín de la Vega, provoca un enorme respeto, ante la complejidad que debe guardar el proceso de análisis de datos e investigación (*Ibid.*, 211; 2003); un reto que, cubierta la primera década del s. XXI, afecta a un número ingente de yacimientos de los que por ahora sólo nos llega sistematizada a la vez que muy sucinta información que acompaña impactantes fotos y complejos planos recogidos en una última síntesis sobre el territorio y sociedad durante el III milenio AC (Ríos, 2011), como los que atiende aquel de Buzanca de Ciempozuelos que en su documentación mediante medios manuales alcanza los 22.500 m<sup>2</sup>, localizando 350 estructuras (Penedo, 2005, 88; Ríos, 2011, 115-116), o ese enorme de fosos de Humanejos de Parla, cuya excavación afecta 110.000 m<sup>2</sup>, permitiendo identificar 1.526 subestructuras vinculadas al Calcolítico, destacándose algunas funerarias campaniformes en simples fosas y en estructuras más complejas (Flores, 2011, 13), que parecen encontrar su símil en lo que trasciende de la impactante vertiente funeraria del yacimiento de Camino de las Yeseras (Ríos, 2011, 154) y que permiten consignar en lo cronológico a partir de sendas dataciones radiocarbónicas dos fases campaniformes, la más antigua con marítimo -2.460/2.120 cal ANE- y la más reciente adscrita a Ciempozuelos -1.960/1.730 cal ANE- (Ríos, 2011, 464); viniendo a coincidir con el ámbito cronológico de la primera la determinación de cuidadas e individualizadas inhumaciones en una simple fosa, cuya datación

226. Como zanja colmatada se reinterpreta la información de la cabaña 013, de la que en su momento se extrajo un volumen enorme de materiales -se cuentan elementos por millares-, inusual en un espacio doméstico (Díaz del Río, 2001, 245-250).

227. De estos yacimientos que en el discurso del texto se seleccionan se recoge una información más actualizada en el inventario que para el Calcolítico de la Región de Madrid se establece en el reciente trabajo de Patricia Ríos. Para el caso de la Esgaravita, tras la actuación que refiere Pedro Díaz del Río efectuada en 1987/88, se indica otra de 2007 cuyos datos permanecen inéditos, si bien se anuncia el notable descubrimiento de más de dos centenares de fosas (Ríos, 2011, 119).

–2.580/2.480 cal ANE– permite consignarlas como anuncio de las sorprendentes en hipogeo que en este tipo de poblados se acompañan del campaniforme de Ciempozuelos (Ríos, 2011b, 83).

Sin ninguna duda, en el hecho de que Madrid se haya convertido en buena referencia para este tipo de yacimientos debe haber mediado, entre otros factores, pautas de colaboración entre profesionales (Díaz del Río, 2001, 5 ó nota 85; Ríos, 2011, 100 e i), haciéndose notar en distintos foros la buena predisposición de la Dirección General de Patrimonio Histórico a la hora de facilitar la información recogida en expedientes sobre actuaciones, cuyo contenido de manera resumida y con lógicos filtros de consulta, resulta accesible en la red, en el *Anuario de Actuaciones Arqueológicas y Paleontológicas de la Comunidad de Madrid*<sup>228</sup>; su mayor eficacia, tras la dotación de una Jefatura de Protección del Patrimonio en 2002<sup>229</sup>, o el impulso que significa la celebración de manera regular de esas *Jornadas de Patrimonio Arqueológico* que en 2004 abordaron la problemática de las excavaciones en extensión; y que en 2007 se sirvieron del prestigioso foro que, por sus colecciones y por su continuada actividad, constituye el Museo Arqueológico Regional, para recoger la problemática de los recintos de fosos, aunando voces de distintos especialistas, en una perspectiva en absoluto constreñida al círculo de investigación madrileño.

De alto interés resulta la línea de ayudas a la investigación que ha emprendido la Dirección General de Patrimonio Histórico, ideadas para apoyar la

realización de estudios y análisis específicos<sup>230</sup> derivados, en ocasiones, de las intervenciones efectuadas por las empresas, buscando salvaguardar el carácter científico de las actuaciones y paliar algunas carencias de la investigación<sup>231</sup>. A nadie debe escapar el papel jugado por determinados técnicos del Área de Protección a la hora de proponer metodologías específicas para excavar este tipo de poblados<sup>232</sup>, e involucrar a la Universidad cuando los trabajos a realizar sobrepasaban las posibilidades de especialización de las empresas. Como vamos a ver, esa colaboración ha sido especialmente fructífera en el caso del Camino de las Yeseras<sup>233</sup>.

Buen ejemplo del reto que supone la investigación de un *poblado con silos* es el enorme proyecto que un grupo de investigadores de la Universidad Autónoma de Madrid, dirigido por Concepción Blasco Bosqued<sup>234</sup> desarrolla en el Camino de las Yeseras de San Fernando de Henares, un hábitat que, excavado a partir de 1999, resulta de especial interés para el campaniforme. Situado en un paraje privilegiado, en su primera lectura se le adjudica una superficie de 20 hectáreas (Blasco *et alii*, 2005, 457) con una serie de estructuras habitacionales y funerarias en un marco que irá complicándose en sucesivas y rápidas publicaciones<sup>235</sup> hasta convertirse en un impactante ejemplo poblado con fosos (Liesau *et alii*, 2008, 100-102; Ríos, 2011).

De manera inmediata, lo funerario alcanza una enorme trascendencia, al mostrarse con aquellos otros novedosos vasos de estilo Ciempozuelos localizados en 2002 en los sepulcros de la Salme-

228. <http://213.4.104.210/cgi-bin/WebObjects/arqueologiaCAM>.

229. Guardando el objetivo de *normalizar la información generada por las actuaciones arqueológicas, así como la puesta al día de las realizadas en las dos últimas décadas*, proponiéndose nuevos conceptos de protección del patrimonio arqueológico como aquellas estrategias territoriales que a inicios de los noventa se idean para acometer grandes superficies, como la que se aplica al denominado PAU Arroyo Culebro (Penedo, 2005, 73-84).

230. En lo que respecta a los encargos directos por parte de la Dirección General de Patrimonio Histórico puede destacarse el proyecto de *Análisis Arqueométricos de Muestras de Yacimientos Calcolíticos de la Comunidad de Madrid* que, por un importe de 18.000 euros (con cargo a la partida 6019 del programa 825, de la DGPH), sirvió en 2009 para resolver analíticas de esa índole en piezas conservadas en el Museo Arqueológico Regional, procedentes de los yacimientos calcolíticos de *Soto del Henares* (Alcalá de Henares), *Camino de las Yeseras* (San Fernando de Henares), *Gózquez* (San Martín de la Vega), *Fuente de la Mora* (Leganés), *Salmedina* (Madrid) y *Humanejos* (Parla). Este encargo de 2009 cubría análisis antropológicos y paleopatológicos (mínimo de 15 individuos), de paleodieta (mínimo de 9 individuos), de restos cerámicos y líticos (difracción, fluorescencia, lámina delgada, etc) y 12 dataciones radiocarbónicas, con la elaboración del consiguiente informe de resultados.

231. De manera concreta me refiero a la línea de subvenciones a favor de las universidades públicas y privadas de la Comunidad de Madrid, para realizar diversos proyectos y estudios de documentación sobre patrimonio histórico de la Comunidad de Madrid de 2007 y 2009 (Orden 1009/2007, de 29 de Mayo, de la Consejería de Cultura y Deportes de la Comunidad de Madrid, B.O.C.M., 151, de 27 de junio de 2007 y Orden 591/2009/00, de 2 de abril, de la Consejería de Cultura, Turismo y Deportes de la Comunidad de Madrid, B.O.C.M., 101, de 30 de abril de 2009).

232. Como fórmula para evitar demasiada afección al registro arqueológico y evaluar superficies extensas, los desbroces superficiales se recomienda la realización de bandas estrechas alternas mediante máquina retroexcavadora con cazo de limpieza de mediano tamaño cada 5, 10 o 20 metros, según la superficie a evaluar. Información facilitada por Inmaculada Rus.

233. El proyecto de Camino de las Yeseras se benefició de las ayudas expresadas en la nota previa (2007 y 2009) para sufragar los gastos corrientes derivados de la realización de estudios y analíticas.

234. Grupo de Investigación de Prehistoria: *Economía y Sociedad en la Prehistoria de Madrid*. El equipo lo integran J. Baena, C. Liesau, J. F. Blanco y P. Ríos (Ríos, 2011, 1). El yacimiento ha sido excavado por las empresas *Gestión del Patrimonio S.L* y *Argea Construcciones S.L*. (Blasco *et alii*, 2005, 458; Liesau *et alii*, 2008) en coordinación con el equipo reseñado, a propuesta de la Dirección General de Patrimonio (Ríos, 2011, 334).

235. Considerando la excavación de 2009 se indica en Yeseras un total de 895 estructuras documentadas (Ríos, 2011, 189), ofreciéndose un cuadro muy completo en lo que atiene a la descripción de fosos, distinguiéndose 4 recintos diferenciados, 2 talleres u áreas de trabajo especializadas –sílex y metal–, una veintena cabañas, cientos de estructuras vinculadas con el fuego, el acopio del agua, el secado de alimentos o el almacenamiento (*Ibid.*, 372-441) y una gran cubeta de 600 m2 en la zona central del poblado, colmatada en época campaniforme e interpretada como espacio abierto para la realización de diferentes actividades de carácter comunal (Liesau *et alii*, 2008, 100-102).

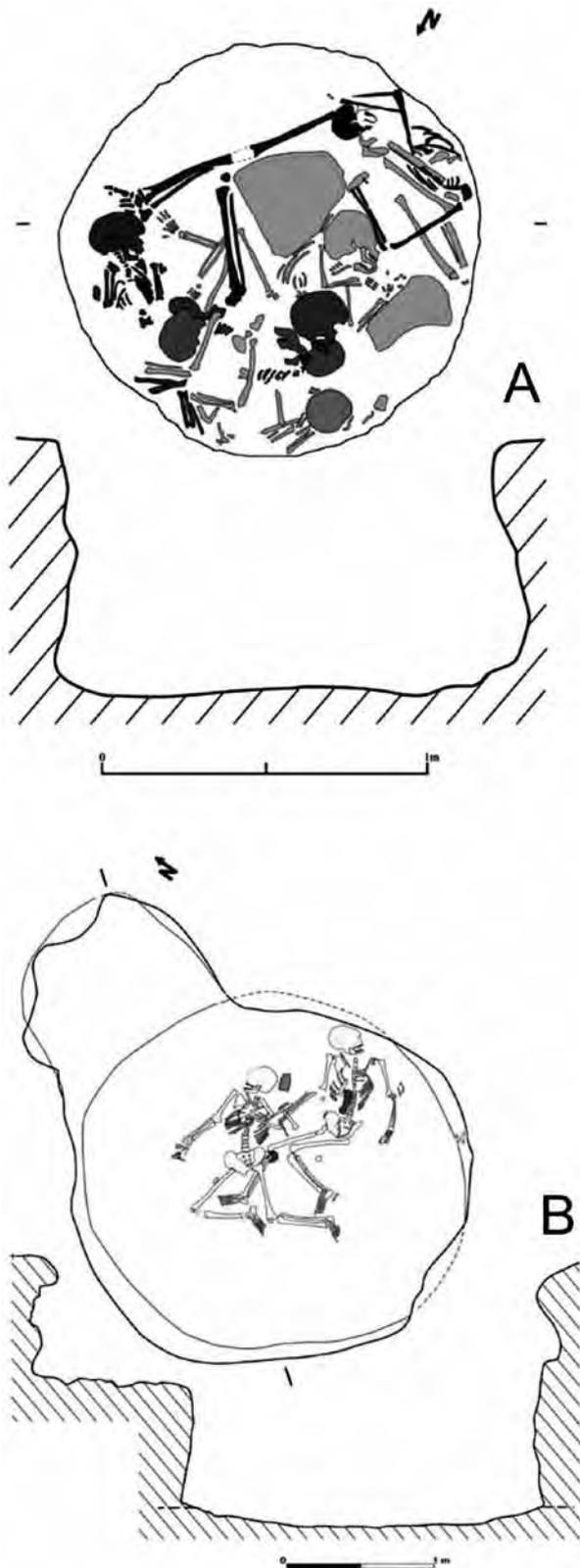


Figura 3.19. Camino de las Yeseras: A) Planta y sección de uno de los enterramientos Colectivos; B) Planta y sección de enterramiento doble (Liesau et alii, 2008, Fig.10 y 11).

236. Las tumbas de la Salmedina –Distrito Villa de Vallecas– también se asocian a un yacimiento de habitación. Responden a estructuras complejas consignadas, a la luz de los trabajos de Yeseras, como hipogeos (Ríos, 2011, 150-151, 254 y 263-269), tipo de tumba monumental excavada en el suelo que también se consigna en el yacimiento de Humanejos y en el de Fuente de Mora (Ríos, 270-273).

237. A partir de los datos que proporciona esa excavación no es exagerado considerar al Camino de las Yeseras como uno de los mejores conjuntos de enterramientos que a nivel peninsular ofrece un *poblado con hoyos*. Entre las inhumaciones sin campaniforme se señalan aquellas en su mayor parte primarias que, guardando una posición forzada, se localizan en fosas de un tamaño modesto cuando recogen restos de varios individuos –algunos de los cuales solamente se identifican a partir de una extremidad– y similar o más grande cuando albergan inhumaciones dobles o individuales, con pocos ajuares entre los que se identifican piedras de molino amortizadas (Liesau et alii, 2008, 108-111).

dina (Berzosa y Flores, 2005)<sup>236</sup> en la exposición que, organizada por Manuel Rojo Guerra, recogía lo más señalado del Campaniforme en la Meseta (Aranda del Duero, 2005), los preciosos recipientes de decoración incisa e impresa que acompañan a tres de cuatro inhumaciones primarias localizadas covachas laterales de lo que aparentaba ser un ambiente doméstico o cabaña (Blasco et alii, 2005, 460-462). El carácter múltiple o individual de los depósitos y la diferente caracterización de los ajuares pronto se muestra en las estructuras siliformes (Blasco et alii, 2007, 154), incrementándose tan notoria referencia funeraria de un modo insospechado en la campaña de 2006-2007, ofreciéndose una interesante sistematización con un buen conjunto de inhumaciones sin campaniforme<sup>237</sup> o acompañadas de esa cerámica, que incluida en *covachas* e *hipogeos*, como entidades espaciales inscritas en *áreas funerarias*, que en su planta principal recuerdan las cabañas, que ahí evidencia –ya no debería ponerse en cuestión– un riguroso orden social que hace sobresalir a ciertos individuos por encima del grupo (Liesau et alii, 2008, 118). De ello es buena muestra aquel espléndido recipiente decorado con un friso de ciervos esquemáticos localizado en el ajuar de un individuo joven dotado de una suerte de diadema en oro hallado en un sorprendente hipogeo (Blasco et alii, 2011, Fig. 8).

Finalmente, cumplido un proceso de exposición acumulativa de datos que incluye los de la excavación de 2009<sup>238</sup>, ya pueden diferenciarse de modo nítido las inhumaciones que incluyen la cerámica campaniforme de tipo Ciempozuelos por su localización en el yacimiento; el cierre de las cámaras con losas de sílex; la señalización de las tumbas con cantos; la colocación cuidada y normalizada del cuerpo en decúbito lateral con las piernas flexionadas; el carácter individual o doble de los enterramientos consignándose una conducta que reduce los restos de inhumaciones previas; su disposición en tumbas destacadas por su arquitectura interior; y, con todo, la jerarquización entre los mismos enterramientos con campaniforme, en atención tanto a la diferencia de ajuares o una complejidad arquitectónica que, sin embargo no afecta a las inhumaciones que se dotarán de campaniforme de estilo internacional, por localizarse en una simple fosa de inhumación múltiple y sucesiva que también incluye producciones de estilo Ciempozuelos (Ríos, 2011, 463-464).

Por guardar una clara vocación pluridisciplinar y a resultas de la colaboración con especialistas vinculados a la universidad o laboratorios especia-

lizados, en el transcurso de la excavación de Camino de las Yeseras se ha ido abordando un número sobresaliente de aspectos y temas inherentes al registro material, fauna y restos humanos, que refuerzan la lectura de un yacimiento inmerso en una sociedad de economía agropecuaria<sup>239</sup>, en el que se realizan manufacturas especializadas como la talla de puntas de flecha en sílex o la práctica metalúrgica, bien reforzada por la localización de diferentes elementos del proceso de manufactura en un pequeño silo amortizado (Liesau *et alii*, 2008, 103-106; Ríos, 2011, 391-414), hecho que reivindica el gesto productivo anunciado en el Ventorro o la cierta especialización advertida en El Espinillo a la hora de arrojar desechos a los fondos (Baquedano *et alii*, 2000, 124), a la vez que advierte del riesgo de prejuzgar la no existencia de esa actividad metalúrgica en poblados con hoyos, donde la suerte puede no acompañar estos hallazgos que el yacimiento de San Fernando de Henares, en su enorme extensión, ofrece ahora muy localizados; y que ahí se remontan, en atención a una datación sobre fauna hallada en dicho hoyo –2460-2190 Cal ANE– al marco cronológico propio del campaniforme impreso de estilo marítimo, por otra parte localizado en sus inmediaciones (Blasco y Ríos, 2010, 293; Rovira *et alii*, 2011, 293; Ríos, 2011b).

Si la arqueobotánica permite entre otros muchos aspectos considerar la existencia de una agricultura plenamente desarrollada en la que predominan los trigos desnudos, la cebada desnuda y las leguminosas (Peña, Ruiz y Sábado, 2011, 273-274), la arqueozoología es una vertiente del todo destacada en la investigación de Yeseras<sup>240</sup>, advirtiéndose el consumo de una cabaña ganadera complementada con aportes cinegéticos en el que se anota una importante predilección por vacunos y ovicápridos que no desestima el ganado porcino (Blasco *et alii*, 2007, 159-161). En esta disciplina el yacimiento se convierte en buen aval de los hallazgos que años atrás realizara M<sup>a</sup> Dolores Asquerino en el Cerro de la Cervera y que después trascendieran de El Espinillo, de modo que el estudio de perros y otras especies permite distintas interpretaciones entre las que se distinguen aquellas que hacen de su depósito un sentido ritual (Daza, 2011, 220-221), que encuentra una de sus mejores expresiones en la localización de un impactante cráneo de uro, cuyo análisis señala que antes estuvo expuesto a la intemperie, si no como trofeo, como expresión de un rito (Liesau *et alii*, 2008, 106-108), que a tenor de su análisis radiocarbónico (Ríos, 2011b, Tabla 5),

se practicó en la primeras centurias de la segunda mitad del III milenio a.C .

Todo, en un marco temporal preciso avalado por 46 dataciones de C14 en su mayor parte sobre muestras de vida corta (huesos) y 8 de termoluminiscencia sobre material cerámico que hacen ver la ocupación del poblado desde el primer tercio del III milenio a la primeras centurias del II antes de nuestra era (Blasco *et alii*, 2004, 154-162; Liesau *et alii*, 2008, 99; Ríos, 2011b, 73-77), ofreciéndose una imagen de poblado que en su registro ya incluye materiales característicos del Neolítico (Ríos, 2011b, 84), que en la primera mitad del III milenio cal ANE crece desde un núcleo central colmatando fosos internos (1-3), a la vez que trazando otros externos (4-5), en una dinámica que resuelve la completa amortización del más reciente –aquel excéntrico localizado al sur del poblado– hacia el final de ese milenio (Ríos, 2011b, 78-80); intervalo cronológico en el que pudieron permanecer ritos como el que atiende a la inhumación de perros (*Ibid.*, Tabla 5), y que en lo que afecta a los enterramientos humanos admite la varianza expuesta, consignándose las inhumaciones múltiples en fosa de carácter simultáneo y cuerpos en posición forzada, como una realidad propia de la primera mitad del III milenio que no debe sobrepasar el 2.200 cal ANE; la práctica de las individuales en fosa como una realidad que pudo materializarse hacia los mediados de ese milenio (Ríos, 2011b, 83-84), para perdurar después sin el beneficio que reporta la presencia de cerámica campaniforme; y la realización de esos hipogeos que, de modo hartamente impactante, caracterizan en lo funerario la presencia del campaniforme de tipo Ciempozuelos entre el 2.200 y el 1.730 cal ANE.

Con todo y tras destinar aquí buen espacio a su exposición podrá parecer que Yeseras ha puesto muy alto el nivel exigible al reto del conocimiento que compensa la destrucción que sobre el terreno provoca la ejecución de cualquier excavación arqueológica, en consideración a los diferentes informes o memorias que custodie el organismo competente, en atención a los dos volúmenes, uno miscelánea de colaboraciones especializadas (Blasco, Liesau y Ríos –Ed–, 2010) y otro de publicación de una tesis doctoral (Ríos, 2011), y los varios artículos que en distintas lenguas y en reconocidos medios científicos sustentan a la vez que hacen de todos una información generada en menos de una decena de años, que los mismos investigadores declaran inconclusa (Ríos, 2011, 336). Pero en atención al

238. Tras la campaña de 2009 se indica para todo el yacimiento un total 59 individuos en 21 tumbas, un número que se aproxima al que ofrece el yacimiento inédito de Humanejos (Ríos, 2011 443).

239. Ejemplo de ello resulta en la producción lítica la prevalencia de los elementos vinculados a la siega (Blasco *et alii*, 2007, 158) o lo que ese estima a partir de estudios tan novedosos como los de paleodieta, observando el predominio de un patrón alimenticio vegetariano que incorpora aportes cárnicos de animales domésticos –bovinos, suidos y ovicápridos–, del que son excepción aquellos inhumados en hipogeos, señalados por una mayor ingesta de carne, leche y frutos secos (Trancho y Robledo, 2011, 149-151).

240. Yacimiento donde se han recogido más de 100.000 huesos, aplicándose, un completo procedimiento de procesado de muestras que incluye una selección no lavada y el desengasado de conjuntos que de manera muy afortunada se extrajeron enteros, en un esfuerzo que no ha escatimado el estudio especializado de aves, quelonios, peces e incluso ácaros (Liesau, 2011).

inmenso volumen del yacimiento y datos quizá estemos ante el mínimo exigible a este tipo de contextos en los que en la última década no sólo se juega la suerte de la Prehistoria de la Comunidad de Madrid.

Parece evidente que gracias a la implicación profesional y vocacional de un notable número de cualificados técnicos y solventes científicos la información que provoca el registro de Yeseras está en condiciones de ser objeto de una revisión y discusión, que, salvando las distancias por el volumen de datos y el avance de conocimientos, resulte tan provechosa como la que antes y durante una veintena de años permitió la monografía y los artículos que sustentaron la excavación de El Ventorro, en contraposición a la propia de aquellos otros yacimientos, émulos en su carencia a Cantarranas o a Villa Filomena que, descubiertos antes y a la vez que aquel de Villaverde Bajo, hacían muy difícil trazar una síntesis de conocimiento del panorama del hábitat calcolítico (Martínez Navarrete, 1987). De este modo cobra la investigación de Yeseras su auténtico significado como *referente* –parafraseando el título de la síntesis de Patricia Ríos Mendoza–, porque emularla será un logro que, si pudiera alcanzarse, costará mucho más en esos también por contraposición otros y ahora sin embargo inmensos yacimientos, como aquel de Humanejos que, si bien salvados parcialmente de la cimentación de edificios y viales, por tiempos y medios no hayan dispuesto de esa también inmensa suerte de colaboración humana en el momento de procesar los datos que recogen los centenares de hoyos que los caracterizan.

## **LA INVESTIGACIÓN EN EL S. XXI. LOS CAMPOS DE HOYOS VALENCIANOS COMO FENÓMENO DE SIGNIFICACIÓN DIVERSO Y MILENARIO**

En lo que afecta a las tierras valencianas, en los últimos años la noción que a mediados de los noventa se tenía de los campos de hoyos se ha ido matizando y enriqueciendo, tanto por el desarrollo de la propia investigación, como por el aprovechamiento de la información que se genera en otras áreas. Nunca antes se había excavado y publicado tanto al respecto, de modo que ahora se disponen distintas monografías y artículos, algunos de ellos extensos y multidisciplinarios que amplían el saber de ese proceso de estudio que se inicia en Villa Filomena. En las líneas que siguen culminaremos la exposición de ese incremento de conocimientos derivado de una investigación nonagenaria, cuya historia y lectura aquí nos hemos propuesto; desarrollo que en muchos aspectos es vanguardista y adelanta conceptos y en otros resulta prestatario del avance en otras zonas peninsulares; intercambio de conocimientos que hemos querido ejemplificar con la exposición

de los procesos de investigación que en paralelo se desarrollan en Andalucía y la Comunidad de Madrid. Será obligatorio en nuestro repaso extendernos a áreas estrechamente vinculadas con lo que se gesta en la Comunidad Valenciana, poniendo nuestra atención en comarcas concretas de Albacete y Murcia. Como en los epígrafes previos el discurso no atenderá solamente al comentario de los avances y perspectivas que la investigación reciente aporta para el conocimiento de los poblados de hoyos, sino también a la problemática que asiste a la gestión de este tipo de excavaciones arqueológicas, no dejando de perder de vista que Villa Filomena no es sólo arquetipo del tipo de yacimiento que define –poblado con hoyos–, sino también paradigma de hechos complementarios y de valoración opuesta: aquel negativo de la pérdida de datos y materiales a resultas de una mala gestión de la actuación arqueológica, y aquellos positivos que se sustentan en la preocupación por parte del científico (Vicente Sos Baynat), a los efectos de paliar el daño producido, y el del interés por evitar que vuelva a producirse tan mala intervención en el campo, que hace propio la estructura administrativa que en la segunda década del s. XX regía las actuaciones arqueológicas (Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades y Comisiones Provinciales de Monumentos).

En la exposición en una primera parte abordaré los datos que desde 2007 a 2012 han permitido diferenciar la vertiente habitacional de ese Horizonte Postcardial que en lo cerámico hace suyas las producciones peinadas y esgrafiadas. Se trata de un ejercicio necesario no sólo a la vista de la observación de cerámicas peinadas y decoradas u otros elementos cronológicamente afines en poblados clásicos de lo que a continuación propondremos denominar *Horizonte Jovades-Arenal de la Costa*, que creo deben señalar ocupaciones previas, sino también por la necesidad de considerar toda la serie de estructuras habitacionales que, como precedentes nos ayudan a entender mejor las que, no conservadas, deben suponerse para los poblados con hoyos que ejemplifica Villa Filomena, teniendo en cuenta que, contra todo pronóstico, la vertiente habitacional del V milenio CAL ANE ofrece ahora, tras las excavaciones principales practicadas en el Mas d'Is de Penàguila, y sobre todo de Benàmer de Muro, Tossal de les Basses de la Albufereta de Alicante y Costamar de la Ribera de Cabanes una riqueza de elementos como fosos, canales, graneros, cabañas y tumbas de enorme interés para, sin dejar de determinar discrepancias, entender el aprovechamiento del llano de aquellos que ahondan la tierra y se valen de estructuras aéreas perecederas, desde de los mediados del IV hasta los finales del III milenio cal ANE.

Expuesta las nuevas realidades habitacionales del Horizonte Postcardial, nos centraremos en los avances sobre el conocimiento de los poblados de los que es primera referencia Villa Filomena, tratando en una segunda parte el modelo de hábitat que

al respecto de esas manifestaciones se ha establecido a partir de la investigación desarrollada en las comarcas centrales e interiores de nuestra geografía. Para ello, en primer término retomaré el estado de la cuestión que a finales del s. XX se resolvía desde ese ámbito territorial para los poblados con hoyos valencianos, sirviéndome de los contenidos del catálogo de una exposición que a final de siglo impulsara el Museo de Prehistoria de Valencia.

De esa segunda parte, dedicaré un apartado especial a los logros conseguidos en la investigación del s. XXI en esas comarcas centrales e interiores, centrándome primero en La Vall d'Albaida, como área sometida a un intenso programa de prospección que es continuidad de los antes desarrollados en el entorno del Serpis, de la que trascienden dos poblados de sumo interés: Colata de Montaverner y El Camí de Missena de la Pobla del Duc, como yacimientos que de manera nítida responden al patrón que antes de fin de siglo se ha definido en Les Jovades de Cocentaina, El Niuet de la Alquería d'Asnar y El Arenal de la Costa de Ontinyent.

Situado el fenómeno habitacional que resuelve el poblado con hoyos en una horquilla cronológica que en años reales atiende desde los mediados del IV milenio cal ANE a los finales del III milenio cal ANE, ante la confusión que suscita el uso de las denominaciones tradicionales (Neolítico, Eneolítico, Horizonte Campaniforme) y las propias de la secuencia regional que rehuía de la caracterización eneolítica (Neolítico IIB y IIC) –ahora en curso de reelaboración, tras la determinación de una fase claramente calcolítica y precampaniforme a partir del 2.800 cal ANE en la comarca de la Safor (Bernabeu y Molina, 2011, 276)–; en atención a razones historiográficas, y por resultar extremas sus dataciones en la horquilla temporal que atiende su desarrollo (Tabla 3.2), somos partidarios de considerar un *Horizonte Jovades-Arenal de la Costa*, sin más pretensión que hacer cómoda aquí su identificación, para diferenciar la realidad habitacional que envuelve de aquella otra de poblados con hoyos que a finales de la primera década del s. XXI caracterizan las cerámicas peinadas y las esgrafiadas.

Termina el segundo bloque de logros del s. XXI con el comentario de una interesante propuesta que, a mediados de la primera década del siglo y desde la evaluación de los poblados clásicos del *Horizonte Jovades-Arenal de la Costa*, ha permitido consignar diferencias sociales dentro del universo por tribal, segmentario e igualitario, en el que quedaban los poblados con hoyos en la década de los noventa del siglo XX.

A pesar del consenso que los investigadores valencianos han alcanzado a la hora de vincular con la agricultura los “poblados con hoyos”, considero más adecuada esa denominación que aquella otra de “poblados con silos” (Gómez et alii, 2004) en atención a las seguras distintas funcionalidades que, sin menoscabo de esa mayoritaria que preserva el grano, pudieran afectar estructuras negativas

de distinta entidad y forma. Salvando ese matiz es evidente que el buen desarrollo que en lo interpretativo aquí se alcanza en la primera década del s. XXI es prestatario de toda esa tradición científica que en el s. XX ha apostado por hacer de estos yacimientos vertiente habitacional de una sociedad de larga tradición agropecuaria.

Con esos mimbres, si bien con distintos matices, el modelo de poblamiento resuelto para las comarcas que irrigan el Serpis o el Albaida, se ha aplicado a la cuenca del Vinalopó, a cuyo proceso de investigación y logros se dedica el primer apartado de una tercera parte centrada en los avances sobre el conocimiento de los poblados con hoyos de las comarcas meridionales, apartado que también incluye el propio de la estructura habitacional que trasciende de la Illeta dels Banyets de El Campello. Desde la realidad del Vinalopó resulta muy provechoso acercarse a los territorios limítrofes de aquellas comarcas de la Comunidad de Castilla La Mancha y Región de Murcia que disponiendo de poblados afines a los del *Horizonte Jovades-Arenal de la Costa*, presentan en el caso de Murcia notables diferencias que, bien evaluadas en lo temporal, y en atención al desarrollo propio de la Cultura de los Millares, permiten consignar los efectos que en la estructura habitacional de la comunidad tribal producen las dinámicas de centro-periferia que afectan un área donde parece coherente sostener la transformación de las sociedades igualitarias, en otras más jerarquizadas, que todavía habitan el llano y hacen del silo piedra angular de su “progreso”, en función de su cercanía a aquel centro más complejo y metalúrgico.

La cuarta parte de los avances del s. XXI se dedica al comentario de lo que acaba de trascender de la Safor, donde se consigue una imagen nítida de poblado con hoyos de mediados del III milenio cal ANE, al quedar acompañadas las estructuras de almacenamiento de unidades habitacionales y de otras funerarias. Por la presencia de campaniforme, La Vital constituye ahora el mejor documento para comprender los hallazgos que hace 90 años se produjeran en Villa Filomena. Su presentación se convierte en piedra angular para, desde sólidas evidencias, reconsiderar la noción de un Calcolítico Valenciano.

## EL DESCUBRIMIENTO E IDENTIFICACIÓN DE LOS PRECEDENTES. LAS ALDEAS DEL POSTCARDIAL VALENCIANO COMO REALIDAD HABITACIONAL PREVIA Y DIFERENCIADA DE LOS POBLADOS CON HOYOS DEL “HORIZONTE JOVAVES-ARENAL DE LA COSTA”

En la síntesis que, al final de la primera década del s. XXI, traza Gabriel García Atiénzar sobre

el *Territorio neolítico* (ca. 5.800-2.800 cal ANE), se apuntan distintas diferencias que, en cuanto al poblamiento de las tierras centro meridionales valencianas y con respecto a los momentos iniciales de la neolitización (García Atiénzar, 2009, 195-199), se advierten en ese horizonte postcardial o postimpreso, que viene a vincularse con el desarrollo del V y primeros siglos del IV milenio cal ANE (García Atiénzar, 2011, 312), asumiendo el denominado *Horizonte de las cerámicas peinadas* y aquel siguiente que integra las producciones cerámicas con decoración esgrafiada (Bernabeu, 1989), como etapas propias de un desarrollo medio del Neolítico, en su vertiente habitacional del todo desconocido cuando se intuye (Martí y Juan, 1987, 88-90), que en el inicio del s. XXI se estima como *uno de los períodos de la Prehistoria Reciente peor conocidos y documentados* (Bernabeu et alii, 2003, 50-51).

En el panorama trazado por García Atiénzar a partir de lo que se infiere de la investigación de la aldea de Más d'Is en cuanto al final paisaje cardial (Bernabeu *et alii*, 2003, 48-50) y del modelo de agregación que se propone a propósito de los "fosos monumentales"<sup>241</sup>, glosando la importancia en lo pecuario de las cuevas redil (García Atiénzar, 2009, 199), todavía no se intuye la entidad que en el V milenio cal ANE alcanza una producción agrícola capaz de gestionar "graneros" (Flors, 2010, 109) o "áreas de almacenamiento", como la que por entonces se daban a conocer del Tossal de les Basses de Alicante (Rosser y Fuentes, 2007), o la que, guardando una entidad del todo inesperada, acaba de trascender del yacimiento de Benàmer de Muro (Torregrosa y Jover, 2011, 91-93), en pleno corazón del *Territorio Neolítico* centro meridional valenciano.

Antes de ello, de la acumulación de grano en silos dispuestos en cavidades de habitación propias de un primer neolítico –como se estima a la hora de explicar la presencia significativa de semillas de la Cova de l'Or de Beniarriés (Schubart y Pascual, 1966, 50), atendiendo a casos más explícitos como aquel del silo de la Cueva de Nerja de Málaga (Hopf y Pellicer, 1970), o los distintos hoyos con grano de la Cova 120 de Girona (Agustí *et alii*, 1987)–, se pasaba a su buena identificación en el Eneolítico (García Atiénzar, 2009, 43), en atención a los yacimientos propios de lo que aquí refiero como horizonte *Jovades-Arenal de la Costa*.

Estando todavía impolutas las tapas de la publicación de esa monografía sobre el *Territorio Neolítico* recogida en volumen 2021 de la serie del *British Archeological Report*, el panorama que proporciona la arqueología de urgencia ha variado de tal manera que ahora habría que matizar distintos aspectos

de aquel periodo de inflexión con el que se vinculaba el desarrollo del Arte Levantino (Molina, García y García, 2006, 61), de tal modo que en el apunte más reciente del mismo Gabriel García sobre la ocupación y explotación del territorio en el valle medio del Serpis, manteniendo al período como aquel en el que se produciría la expansión de una población neolítica previamente agregada y ahora en continuo proceso de segmentación (García Atiénzar, 2009, 196-199; 2011, 312), se introducen los silos de Benàmer como un elemento que invita a la consideración de una mayor fijación del territorio (García Atiénzar, 2011, 312)<sup>242</sup>; todo lo que no hace extraño que pueda considerarse la existencia de aldeas estables a la hora de valorar estos "graneros" (Flors, 2010, 490) o ámbitos idóneos para la preservación del forraje (García Atiénzar, 2011, 312) u otras manifestaciones como los fosos (Rosser, 2010, 183), observándose como vamos a exponer una ordenación del poblado que invita a sostener en términos más verosímiles la perdurabilidad de las estructuras domésticas de habitación y de los elementos de almacenaje que se le asocian.

Además de los indicadores que, del ámbito propio de las cerámicas peinadas, antes se determinan en los poblados de la Vall d'Albaida con materiales de la segunda mitad del IV y el III milenio cal ANE de Camí de Missena y Arenal de la Costa, en el panorama que en el último quinquenio se ha revelado sobre la vertiente habitacional postcardial destacan los hallazgos que han proporcionado las excavaciones de urgencia planteadas en El Comtat, El Vinaopó Medio, El Camp d'Alacant y la Plana Alta. En paralelo, y a un ritmo diferente, se han dispuesto de los primeros resultados de excavaciones ordinarias realizadas a resultados de los programas de prospección previos. En la comarca de l'Alcoià este ha sido el caso del Regadiuet de Alcoy, un yacimiento localizado por Francisco Javier Molina y luego prospectado y excavado por el equipo dirigido por Joan Bernabeu y Oreto García, donde la campaña de 2006 señala la localización de fosos poco profundas e inmediatas, una de ellas cortando otra previa, en las que la forma del alguna no descarta su asimilación al concepto de silo, con cerámicas esgrafiadas y peinadas, ahí vinculadas a la segunda mitad del V milenio cal ANE (*Neolítico IIA*) en un nivel con indicios de ocupaciones previas (un fragmento de cerámica cardial), superpuesto a otro mesolítico (García Puchol *et alii*, 2006, 140-141; 2008, 74). De esos silos todavía no hay testimonios en el Mas d'Is de Penàguila, donde se consigna una fase vinculada a las cerámicas esgrafiadas que, como única estructura acoge una zanja, muy diferente en su concepto a los "fosos monumentales" del Neolí-

241. Donde cabe la consideración de un poblamiento estable alrededor del monumento, muy lejos de la práctica de una agricultura itinerante, y sometido a una jerarquización más evaluable en términos de "autoridad" que en el ejercicio de un poder coercitivo (Bernabeu *et alii*, 2003, 55-56).

242. Fijación coherente con indicadores de mayor incidencia antrópica sobre el paisaje, en coincidencia con el episodio de aridez y bajada de temperaturas que en el óptimo climático holoceno biostásico y húmedo, significa el llamado evento 4 de Bond (Ferrer, 2011, 83).

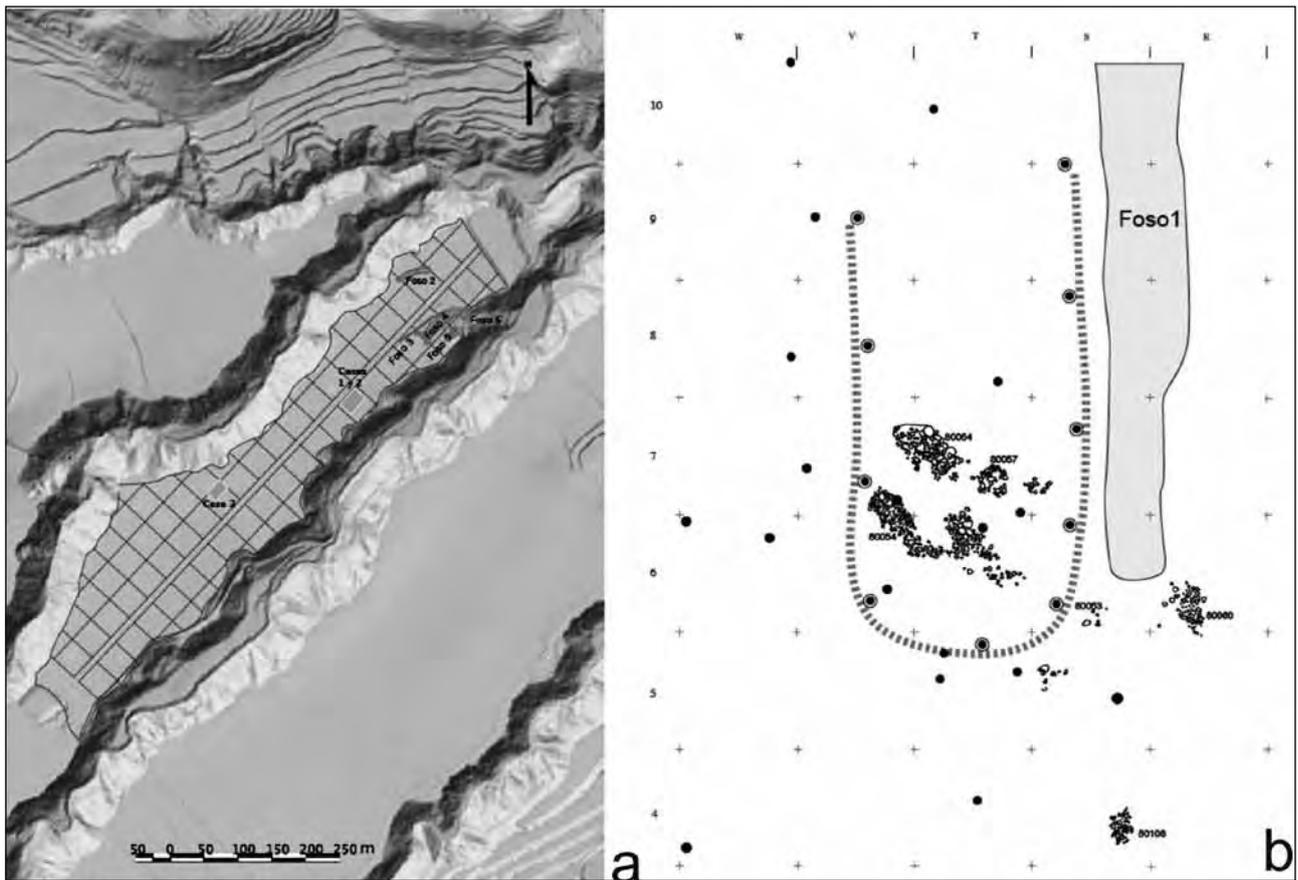


Figura 3.20. Mas d'Is. A) localización de las zonas de hábitat neolítico y los fosos. B) Planta de la Casa 1 con la situación del Foso 1 (Bernabeu, Orozco y Díez, 2012, Figs. 14 y 15).

tico Antiguo. Con todos los datos de los poblados que a continuación se tratan, de no estimarse el carácter antrópico de esas enormes delimitaciones monumentales, hasta podría hablarse de un post-cardial más complejo que el horizonte previo, por vislumbrarse en su habitación, más estructurado, y por incluir ahora en su definición una clara gestión del excedente agrícola.

a). Sobre el Mas d'Is de Penàguila. Vestigios de una aldea de la segunda mitad del V milenio cal ANE superpuesta a otra mil años previa y caracterizada por “fosos monumentales”

En lo atiene al Neolítico, en el siglo XXI hemos sabido que las primeras estructuras negativas se remontan al horizonte más antiguo, si se toma en consideración los agujeros de las cabañas de postes que en los primeros años de la primera década se señalan en el poblado de Mas d'Is de Penàguila, como viviendas que, a partir de los datos que se

infieren de la Cabaña 1, resultan de planta rectangular con al menos un extremo absidal y el espacio interno posiblemente delimitado en atención a la observación de agujeros de postes y de una serie de estructuras de gravas y cantos. Al exterior de esas casas se observa una zanja (Foso 1) considerada de acopio de materiales constructivos y estructuras relacionadas con la cocción de alimentos: un horno doméstico de cúpula o semicúpula, evidenciado por un fragmento de barro desplazado, y una cubeta de planta rectangular con las paredes endurecidas por el calor, que recoge en su interior cantos también termoalterados, carbones y restos de barro cocido (Bernabeu, Orozco y Díez, 2002, 178-179; Bernabeu *et alii*, 2003, 41-44).

En la valoración más reciente de este yacimiento que desde 1998 se descubre al pausado pero metódico compás de las intervenciones ordinarias, la excavación prehistórica de tres de los fosos en un área diferenciada de las cabañas (Fig. 3.20) se estima tras los mediados del VI milenio cal ANE<sup>243</sup>, en atención al registro material recuperado en su fondo y a dataciones absolutas acordes a esa cro-

243. Son los fosos 4, 5 y 6 con dataciones de vida larga en la parte basal de su relleno que se asimilan al Neolítico IA (foso 5, *Beta 171906*: 6400±40 bp) y IB (foso 4 *Beta 162093*: 6160±40 bp) y de vida corta –semillas– en tramos superiores que remiten al Neolítico IIA (foso 5, *Beta 171907*: 5550±40 bp y foso 4, *Beta 171908*: 5590±40 bp) y que avalan la construcción de los más antiguos (5 y 6) tras los mediados del VI milenio, circa 5.400 cal ANE. El foso 2 integra en su relleno materiales del 800 a.C, mientras que el Foso 3, con materiales de distinta cronología (Neolítico- Edad del Bronce o posterior), se interpreta como posible empalizada o canalización construida a mediados del V milenio cal ANE (Bernabeu y Orozco, 2003, 487; Bernabeu *et alii*, 2012, 63).

nología, consignando una intención, por su monumentalidad, diferente de aquella que tiempo después realiza una trinchera (Foso 3) para sustentar una empalizada o servir de canalización, cuya excavación prehistórica se vincula a la temporalidad propia de las cerámicas esgrafiadas (Bernabeu, Orozco y Díez, 2012, 63).

De esa fase (*Neolítico IIA*) asimilada a la segunda mitad del V milenio cal ANE (Bernabeu *et alii*, 2006, 98), también se observan modificaciones en la confluencia de los antiguos fosos 4 y 6, además de vestigios materiales localizados en sectores del yacimiento no relacionados con estructuras de habitación (Bernabeu, Orozco y Díez, 2002, 182), por otra parte del todo evidentes por la presencia de materiales constructivos en el relleno superior de los grandes fosos. Se consigna entonces que tras un período de parálisis constructiva que, afectando a la primera mitad del V milenio se ha vinculado al denominado “colapso del mundo antiguo”, se produce en la segunda mitad de ese milenio la reactivación de la vida del poblado en el *Horizonte de las cerámicas esgrafiadas*, como dinámica que culmina hacia el 3.900 cal ANE, cuando se observa una gran intrusión en el llamado Foso 5 (Bernabeu, Orozco y Díez, 2012, 66).

Muy recientemente se ha hecho ver que en su concepto los fosos más antiguos de la aldea de Penàguila conforman una unidad en su diseño y construcción, alcanzándose unas dimensiones enormes –en el caso de los fosos 4-5: 12-14 m de anchura y 3,8-4,5 m de profundidad–, con un trazado que resulta único (Bernabeu, Orozco y Díez, 2012, 64) y un relleno que a diferencia del foso de El Niuet no sugiere su colmatación rápida y antrópica, sino que parece resultar de actividades humanas discontinuas, cuyo testimonio queda inserto en potentes estratos naturales (Bernabeu, Orozco y Díez, 2003, 45). Consideradas de costosa realización (*Ibid.*, 50), y atribuidas a una conjunción de esfuerzos de los grupos humanos que poblaron el Valle del Serpis (Bernabeu *et alii*, 2006, 109; Bernabeu, Orozco y Díez, 2012, 67) éstas construcciones del Neolítico Antiguo se nos revelan del todo diferentes de las propias de los recintos de fosos posteriores que ejemplifica ese de El Niuet, conseguidos mediante la excavación de segmentos más modestos. Del todo impactante resulta la entrada que, en forma de “pinza de cangrejo”, se hace ver en la planta del llamado Foso 4 (Bernabeu, Orozco y Díez, 2012, 77 y Fig. 16), conformándose una estructura que, en esa cronología, no tiene parangón

en el marco peninsular, si se contrapone a la que conforma aquellos fosos del yacimiento soriano de La Revilla del Campo (Rojo *et alii*, 2008, 60-68), por dataciones absolutas, también del VI milenio cal ANE, tan discretos que sus dimensiones se expresan en centímetros.

La falta de unidades de almacenamiento que puedan relacionarse con las viviendas cuya cronología se remonta a los mediados del VI milenio cal ANE<sup>244</sup>, hace del Mas d'Is una aldea del todo diferenciada de aquella que dos milenios después se construye en El Niuet de l'Alqueria d'Asnar con silos y recintos de fosos que, por sus menores dimensiones y por asimilarse al espacio habitado, tampoco recuerdan los monumentales del emplazamiento de Penàguila. De cómo fuera esa habitación propia de la segunda mitad del V milenio cal ANE, vinculada a las cerámicas esgrafiadas que, por el registro material y la construcción de una zanja se vislumbra en el Mas d'Is, no hay muchos datos no debiéndose desestimar hubieran podido localizarse estructuras negativas vinculadas al almacenamiento, acaso con las chozas perdidas por los procesos erosivos que afectan el barranco, que guardaran una posición concentrada y por eso ahí no descubierta, como la que se intuye en el contemporáneo Regadiuet y de modo nítido, y como vamos a ver se descubre en Benàmer o en el Tossal de les Basses.

Sí han podido determinarse vestigios de estructuras negativas en el yacimiento de l'Alt del Punxó de Muro, asentamiento que dispone de uno de esos enormes fosos de segura importancia simbólica, cuya delimitación pudiera verse facilitada por el aprovechamiento del modelado del relieve<sup>245</sup>, luego colmatados de manera antrópica y sobre todo natural. De manera concreta en el yacimiento de Muro se indica la localización de un par de silos externos al trazado del foso: uno con campaniforme y material del Bronce –época por otra parte afín a una datación sobre carbón extraído del lateral de la gran estructura– y otro con material en principio propio del IV milenio cal ANE. A los inicios de ese milenio, tomando en cuenta los datos que se derivan de la realización de un sondeo central, puede corresponder la excavación del “foso monumental”, en atención a una de las dataciones que sobre huesos de Bos Taurus (Tabla 3.2) se realizan. Habrá que disponer de más datos a la hora de valorar en justa medida el interesante yacimiento de Muro que pone sobre la mesa lo que por ahora es un hallazgo único, intuido tras la realización de un novedoso sistema de microsondeos y prospección

244. A tenor de las dataciones sobre semilla de *Hordeum* extraídas de las proximidades del molino que in situ conserva la Casa 2 –Beta 166727: 6.600 ± 50 bp– del nivel de suelo superpuesto a las estructuras de la Casa 1 –Beta 162092: 6.600 ± 50 bp– y sobre carbón de *Quercus perennifolia* extraído de la Casa 3 –Beta 166728: 6.400 ± 40 bp– (Bernabeu, Orozco y Díez, 2003, 42), cuyas expresiones calibradas remontan respectivamente a 5.620– 5.481, 5.620– 5.481 y 5.471– 5.318 cal ANE 2 sigma. De esta zona de habitación recientemente ha trascendido una datación realizada sobre monocotiledónea –Beta 239378: 6.600 ± 40 bp– (Bernabeu, Orozco y Díez, 2012, 68-69): 5.617-5.484 cal ANE 2 sigma. Como todas las demás dataciones expresadas en este texto su calibración se realiza conforme a la curva Intcal 09 mediante el programa *Calib Radiocarbon Calibration* de M. Stuiver, P.J. Reimer y R. Reimer disponible en la red.

245. En una última valoración al respecto del Mas d'Is se ha hecho ver la existencia de sedimentos aluviales, acaso propios de fondo de barranco en la base del Foso 5 (Díez *et alii*, 2010, 105-106).

	Referencia / material	Vida	Datación bp	CAL BC 2σ +	CAL BC 2σ-	Prob.	CAL BC 2σ (m)	Referencia bibliográfica
1	Colón 3 <i>Beta</i> 227572. UE 101 <i>Quercus sp.</i>	Larga	6.410 ± 40	<b>5.471</b>	<b>5.322</b>	1.000	5.396	García <i>et alii</i> , 2006, 24.
2	Costamar <i>UCI-AM 60738</i> Semilla <i>Hordeum</i> .	Corta	5.965 ± 25	<b>4.933</b>	<b>4.786</b>	1.000	4.859	Flors, 2010, 163.
3	Cerro de las Balsas <i>Beta</i> 232484. UE 34 Semilla/fruto.	Corta	5.950 ± 50	<b>4.952</b>	<b>4.715</b>	1.000	4.833	Rosser y Fuentes, 2007, 30; Bernabeu <i>et alii</i> , 2012, 82-83.
4	Camí de Missena <i>Beta</i> 244535. Hueso humano.	Corta	5.840 ± 40	<b>4.796</b> 4.562	<b>4.584</b> 4.559	0.997 0.003	4.677	Inédita.
5	Cerro de las Balsas <i>Beta</i> 232483. UE 149 (relleno)/4121 foso Semilla/fruto.	Corta	5.770 ± 40	<b>4.717</b>	<b>4.524</b>	1.000	4.620	Rosser y Fuentes, 2007, 30; Bernabeu <i>et alii</i> , 2012, 82-83.
6	Benàmer III Sector 2 (UE 2006) <i>CNA-681</i> Agregado de polen.	Larga	5.670 ± 60	4.680 <b>4.619</b>	4.636 <b>4.365</b>	0.058 0.942	4.522	Torregrosa y Jover, 2011, 86.
7	Cerro de las Balsas <i>Beta</i> 225216. UE 1819 Tumba 2. Humano.	Corta	5.670 ± 40	<b>4.610</b> 4.423	<b>4.443</b> 4.372	0.937 0.063	4.491	Rosser y Fuentes, 2007, 30.
8	Cerro de las Balsas <i>Beta</i> 225223. UE 11471 Tumba 9. Humano.	Corta	5.670 ± 40	<b>4.610</b> 4.423	<b>4.443</b> 4.372	0.937 0.063	4.491	Rosser y Fuentes, 2007, 30.
9	Cerro de las Balsas <i>Beta</i> 225227. UE 11409 Tumba 13. Humano.	Corta	5.560 ± 40	<b>4.461</b>	<b>4.338</b>	1.000	4.362	Rosser y Fuentes, 2007, 30.
10	Cerro de las Balsas <i>Beta</i> 225222. UE 11467 Tumba 8. Humano.	Corta	5.520 ± 40	<b>4.453</b> 4.282	<b>4.327</b> 4.272	0.977 0.023	4.390	Rosser y Fuentes, 2007, 30.
11	Mas d'Is <i>Beta</i> 171908 Semilla <i>T. aestivum</i> Foso 4. Relleno medio.	Corta	5.590 ± 40	<b>4.494</b>	<b>4.350</b>	1.000	4.422	Bernabeu, Orozco y Díez, 2003, 42.
12	Mas d'Is <i>Beta</i> 171907 Semilla <i>Hordeum</i> Foso 5. Estr. sup.	Corta	5.550 ± 40	<b>4.457</b>	<b>4.338</b>	1.000	4.397	Bernabeu, Orozco y Díez, 2003, 42.
13	Cerro de las Balsas <i>Beta</i> 228895. UE 18 Hueso acebuché.	Corta	5.400 ± 40	<b>4.343</b> 4.205 4.130 4.102	<b>4.225</b> 4.162 4.112 4.071	0.829 0.104 0.022 0.044	4.207	Rosser y Fuentes, 2007, 30; Bernabeu <i>et alii</i> , 2012, 82.
14	Cerro de las Balsas <i>Beta</i> 225218. UE 11018. Tumba 4. Humano.	Corta	5.180 ± 40	4.218 4.149 <b>4.054</b> 3.859	4.214 4.135 <b>3.938</b> 3.813	0.003 0.010 0.943 0.044	4.015	Rosser y Fuentes, 2007, 30; Soler y Roca, 2012, 242.
15	Cerro de las Balsas. UE 11525 <i>Beta</i> 225224. Tumba 10. Humano.	Corta	5.110 ± 40	3.980 <b>3.885</b>	3.889 <b>3.797</b>	0.453 0.547	3.888	Rosser y Fuentes, 2007, 30; Soler y Roca, 2012, 242.
16	Alt del Punxó UE 3014, nivel 11 foso AA-60629. <i>Bos Taurus</i> .	Corta	4.996 ± 60	<b>3.944</b> 3.687	<b>3.691</b> 3.661	0.943 0.057	3.802	García, Barton y Bernabeu, 2008, 148.
17	Cerro de las Balsas <i>Beta</i> 225217. UE 11004. Tumba 3. Humano.	Corta	4.800 ± 40	3.657 3.408 3.398	<b>3.516</b> 3.406 3.384	0.982 0.002 0.016	3.520	Rosser y Fuentes, 2007, 30; Soler y Roca, 2012, 242.

Tabla 3.1. Dataciones sobre muestras en yacimientos valencianos neolíticos con estructuras negativas de cronología posterior al horizonte cardial y previa al horizonte Jovades-Arenal de la Costa. Cal=calibración con rango a 1 ó 2 σ; (m) media de los valores máximo y mínimo de la horquilla a 2σ-. Calibración conforme a la curva IntCal09.14c (Reimer et alii, 2009).



Fig. 3.21 Mapa de dispersión de los yacimientos con estructuras negativas asimilables al postcardial valenciano.

geofísica, ahí mediante magnetometría de Cesio (García, Bernabeu y Barton, 2003), métodos que, por su antelación a la excavación, son de altísimo interés, realizados en el marco de un proyecto que comienza andar en 2003, cuyo transcurso podrá tener el inconveniente de la pausa presupuestaria que afecta las intervenciones ordinarias, pero la enorme ventaja de su reserva para el futuro y por ende de su planificación.

## b) El gran “área de almacenamiento” de Benàmer de Muro

Sobre el yacimiento de Regadiuet de Alcoy también señalaré que, de igual modo que l'Alt del Punxó, todavía es un proyecto abierto, y por tanto, dada su potencialidad, susceptible de continuación (García *et alii*, 2006, 141), que anticipa los enormes logros que acaban de trascender de la aldea de Benàmer de Muro (El Comtat), contenidos en la más reciente de las 5 monografías en formato multidisciplinar que, editadas en el último quinquenio (2006-2011), por los servicios museísticos y/o arqueológicos que disponen las tres Diputaciones Provinciales de la Comunidad Valenciana<sup>246</sup>, aportan información sobre el hábitat neolítico y calcolítico, ofreciéndose un panorama tan fructífero como en multitud de aspectos inesperado.

A diferencia de El Regadiuet, Benàmer es un yacimiento cerrado, por desaparecido bajo el trazado de la Autopista Central, cuyas obras de ingeniería motivaron la excavación de urgencia por parte de la empresa *Alebus Patrimonio Histórico* a lo largo de 14 meses, de 2007 a 2009. De esta manera el yacimiento de Muro se integra en esa serie de extensas intervenciones de las que para el futuro lo único que resta es la memoria realizada por la empresa, con el registro de datos de campo y el inventario de materiales, como elementos básicos, que bien ordenados y depositados en el museo que corresponda pueden asegurar su revisión y la continuidad de los trabajos de laboratorio, en función de la calidad de los datos que se hayan obtenido o las muestras de diversa índole que, junto a los materiales, se preserven.

Evidentemente, la responsabilidad es enorme y el inevitable juicio está por llegar para todas esas actuaciones que, pese a tener que realizarse con premura, han contado con unos medios a los que

ni por asomo pueden llegar los programas de intervenciones ordinarias. Y en ese sentido nadie puede dudar que lo conseguido en Benàmer es muy notorio, si se pone sobre la mesa, que de ese dramático proceso que ha hecho de un yacimiento increíble un *visto y no visto*, se ha dispuesto con la misma prontitud de una memoria científica con la que no se cierra la investigación sobre el registro, teniendo en cuenta la continuidad de la producción investigadora que sobre el mismo a día de hoy se sigue procesando (Jover, Rodríguez y Molina, 2012).

La monografía de formato multidisciplinar es el mejor partido que puede sacarse a una excavación arqueológica. Beneficiados por las previas experiencias de coordinación de dos volúmenes editados en la serie Memorias Arqueológicas del MARQ, *La Cova San Martí de Agost* (Torregrosa y López –coor– 2004), y *La Torreta– El Monastil de Elda* (Jover –coor– 2010), los responsables de la dirección de la publicación de Benàmer cumplen sobradamente con las expectativas de una Memoria de Arqueología, sólo convertida en documento científico cuando se trabaja y supera el formato de memoria administrativa, independientemente de su extensión, meramente descriptiva que, tras el proceso de excavación, exige la Dirección General de Patrimonio Cultural Valenciano (López, 2011, 1). Éxito<sup>247</sup> que, en definitiva y como comentaba a propósito de Camino de las Yeseras, sólo se consigue cuando hay una perfecta sintonía entre técnicos y científicos, no siendo baladí en este caso que dos de los directores de la edición sean Doctores y que la empresa de arqueología guarde como objetivo la colaboración con científicos, aquí estrechamente vinculados al Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Alicante, sin dejar de contar con otros expertos (*Ibid.*, 2-3).

Como en Regadiuet, en el yacimiento de Muro el Mesolítico (Benàmer I) es basal, resultando infrayacente a ese Neolítico cardial que en el Regadiuet sólo se intuye y que en Benàmer II alcanza toda una entidad, como fase para la que, en atención al registro material, se propone una cronología en torno al 5.400-5.300 cal ANE, que en el terreno se evidencia por esas estructuras a modo de cubetas poco profundas de planta circular rellenas de cantos calizos termoalterados a las que aquí se aludieron en el segundo epígrafe de la parte primera de este largo artículo, cuando comenté las posteriores

246. *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets* (Soler –coor.–, 2006), editada por el MARQ; *Torre la Sal (Ribera de Cabanes, Castellón). Evolución del paisaje antrópico de la prehistoria hasta el medioevo* (Flors –coor.–, 2009), editada por el SIAP; *La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante). Del IV al III milenio AC en la cuenca del río Vinalopó* (Jover –coor.–, 2010), editada por el MARQ; y *La Vital (Gandía, Valencia). Vida y muerte en la desembocadura del Serpis durante el III y el I milenio a.C.* (Pérez Jordá *et alii*, –eds.–, 2011) y *Benàmer (Muro d'Alcoi, Alicante). Mesolíticos y neolíticos en las tierras meridionales valencianas* (Torregrosa, Jover y López –Dirs.–, 2011), ambas editadas por el S.I.P.

247. El marco de esta actuación es enormemente complejo, realizándose con una eficacia que, como en el caso de Torre la Sal de Ribera de Cabanes (Flors –coor.–, 2009) marca toda una referencia de éxito en las intervenciones de urgencia. En Benàmer los trabajos se iniciaron con la realización de 13 sondeos en el polígono acotado por la prospección y continuaron con la excavación de un área extensa, ampliándose luego la intervención a zonas inicialmente no previstas, aunque con todo, no pudo evitarse la afectación de una de éstas por las obras y tampoco controlar los desmontes en áreas donde, si bien la prospección inicial no había dado resultados, luego se pudo comprobar la existencia de restos arqueológicos (López, 2011, 2).

del hábitat del Tirao de Burriana, que ahora, en la temporalidad que afecta la segunda mitad del VI milenio cal ANE encuentran su mejor expresión en el yacimiento catalán de la Caserna de Sant Pau, donde se relacionan con el proceso de cocinado y con aquella rectangular antes comentada, hallada en las inmediaciones contexto habitacional de la cabaña 1 del Mas d'Is (Jover, Torregrosa y López, 2011, 326-329).

Benàmer IV es la fase que en este texto más interesa por la infinidad que hoyos que la caracteriza, de un modo bien distinto al propio del poblado abierto propio de la segunda mitad del IV milenio cal ANE que se observa en La Vall d'Albaida y en los valles del Serpis. Con la previa Benàmer III conforma en el yacimiento el horizonte postcardial o *Neolítico IC - IIA* de la secuencia regional (Bernabeu, 1989, 10 y Bernabeu *et alii*, 2006, 100), resultando la más antigua inferida de una unidad sedimentaria de buena extensión con un conjunto material escaso que, considerado de desechos, integra fragmentos cerámicos quizá peinados, restos de brazaletes de esquisto de fractura antigua y distintos elementos en sílex, además una serie de estructuras mal dibujadas; todo ello cubierto, conforme a los estudios sedimentológicos de Carlos Ferrer García (2011), de un cúmulo de arroyadas

que la separan de la fase suprayacente, Benàmer IV (Torregrosa y Jover, 2011, 90-91).

La planta que en 580 m<sup>2</sup> recoge de modo abigarrado los 201 hoyos que ofrece el yacimiento (Fig. 3.22, Torregrosa, Espí y López, 2011, 60 y 61), nada tiene que ver con la que se descubre en el Arenal de la Costa, Camí de Missena o Colata (Figs 3.9 C, 3.30 y 3.31 A), donde siguiendo el modelo de Villa Filomena o Les Jovades (Figs. 2.3 y 3.8), las estructuras, por quedar espaciadas en el terreno se diferencian netamente. Del *horror vacui* que en plano ofrece la imagen de Benàmer IV lo primero que llama la atención con respecto aquellos poblados abiertos antes descritos es el hecho de que todo ese cúmulo de hoyos se corten entre sí, un aspecto por otra parte antes anunciado en la pequeña área excavada en Regadiuet, de tal modo que en algún caso es difícil su distinción –véase por ejemplo la E 2298 donde se concentran 6 hoyos (Torregrosa, Espí y López, 2011, 39)–, un hecho que, de manera lógica, se vincula con la continuada ocupación que se supone entre el 4.300 y el 3.800 cal ANE (Torregrosa y Jover, 2011, 91), esto es, al tiempo que se habita la aldea que excava el Foso 3 de Más d'Is, en Benàmer acotando una parte de la instalación humana para el almacenamiento<sup>248</sup>.

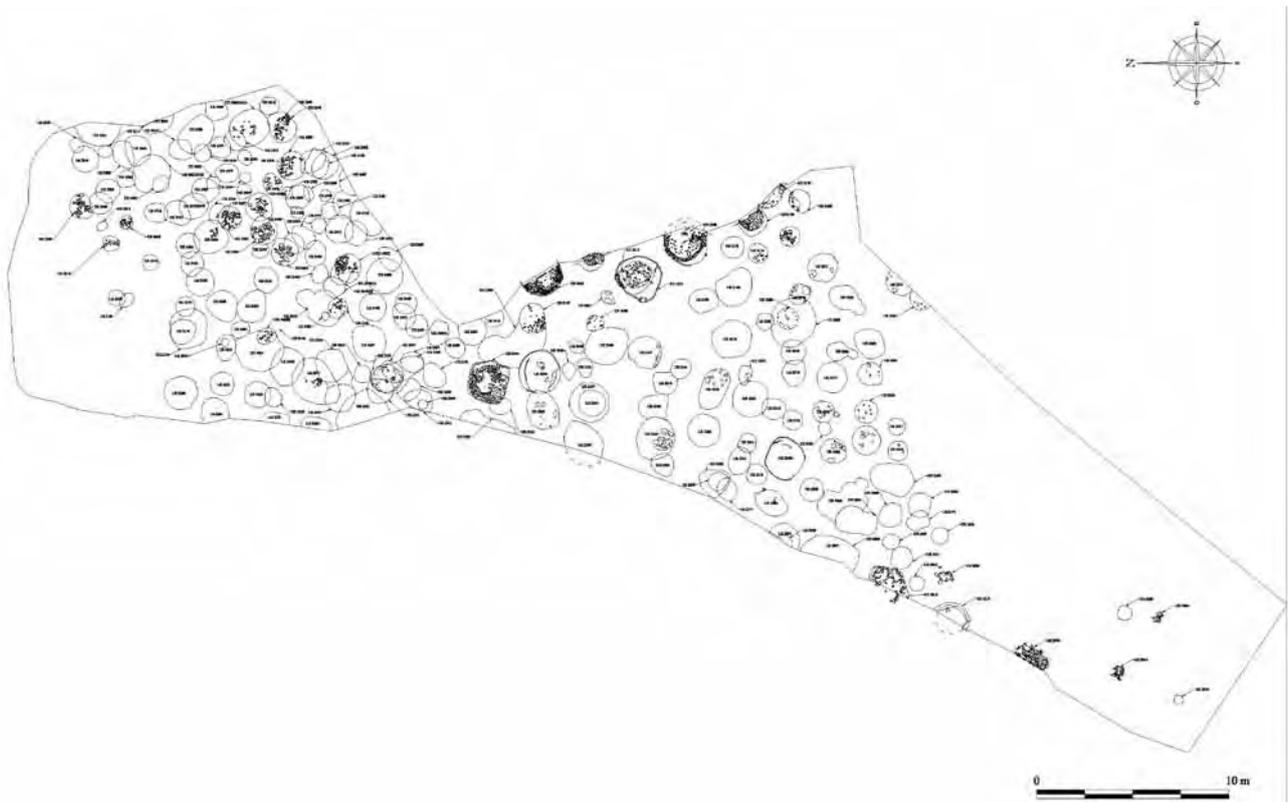


Figura 3.22. Benàmer. Distribución de las estructuras negativas en las áreas 3 y 4 del sector 2 (Torregrosa, Espí y López, 2011, 61).

248. Llega a proponerse que el área de los silos estuviera delimitada por una empalizada sugerida por la alineación de las estructuras en un lateral. Dentro de la misma se anotan indicios de un orden, al visualizarse la distribución equidistante de las más grandes, cuya capacidad por otra parte estimada en 3.000 l hace considerar la posibilidad de la aplicación del arado en esas fechas (Jover, Torregrosa y López, 2011, 335-336); consideración ésta que en el volumen Benàmer no comparten todos, decantándose por el mantenimiento de planteamientos previos que vinculan la posible aplicación de la técnica a momentos avanzados del IV milenio cal ANE (García Atienzar, 2011, 315).

El área de habitación sólo se intuye, proponiéndose se dispusiera en la misma terraza que en la margen izquierda asienta el yacimiento, entre la zona de silos y el cauce (Torregrosa y Jover, 2011, 92-93), donde se estima pudieron residir 2 ó 3 familias cuyo nivel organizativo no iría más allá del propio de un grupo de filiación (Jover, Torregrosa y López, 2011, 336). Esa acotación entre zona de hábitat y área de almacenamiento es un concepto que no se determina de un modo tan nítido en los poblados con hoyos del área centro meridional del IV y III milenio cal ANE, y que cuando se observa, como veremos en el comentario del yacimiento con materiales campaniformes de Molinos de Papel de Caravaca de la Cruz, no alcanza el mismo nivel de intersección entre estructuras que se determina en Benàmer, Regadiuet y el contemporáneo hábitat del Tossal de les Basses de La Albufereta de Alicante.

Con esa separación con respecto al área de habitación se comprenden varios aspectos como la parquedad del registro material que contienen los hoyos (Torregrosa y Jover, 2011, 92), en comparación con el que atienden los de los poblados abiertos, y nimio en cualquier caso si se compara con el registro que de esa misma época ofrece la próxima Cova d'En Pardo, en esas fechas frecuentada como redil de ganado (Soler, 2008), acaso como cavidad "satélite" bien vinculada en una práctica de transterminancia (García Atienzar, 2011, 314-315) a aquel hábitat que, no localizado, almacenaba su cereal en la instalación descubierta, sin menoscabo de procurar ahí la preservación del forraje cuando el ganado pastara cerca (*Ibid.*, 312).

La parca presencia de fauna, por más que pueda ser un hecho favorecido por el proceso químico que afecta el sedimento (Tormo, 2011, 118), la falta de material constructivo, la documentación muy contenida de cerámica o de elementos en sílex, no sólo diferencia los rellenos de los hoyos de Benàmer de los de Colata o Les Jovades, sino que se convierte en uno de los mejores argumentos en la defensa de la excavación primigenia de todos ellos con fines de contenedor<sup>249</sup>, un rasgo intuido en el contexto que se comenta con la identificación de polen de cereal en los rellenos –(Jover, Torregrosa y López, 2011, 336)–, sirviendo los del emplazamiento postcardial a una agricultura de cereales y leguminosas que, desde la palinología y la antracología, se sabe, antropiza bien el entorno (*Ibid.*, 2011, 332), y que, siguiendo los parámetros que propusiera Joan Bernabeu (1995), lejos todavía de abrirse en extenso al seco, aprovecha las mejores tierras de cultivo inmediatas al cauce, fijando su residencia en aquellas áreas más óptimas (García Atienzar, 2011, 312 y 315), de un modo lo suficientemente intensivo, como para provocar, en sus gestos, si no previsi-

vos, de acopio, el hacinamiento que el paso del tiempo hizo de los hoyos en Benàmer.

También la identificación en el relleno de sus hoyos del mismo travertino en el que se excavan, el carácter truncado de los contenedores, y por ello, la falta de estructuras de perfil cerrado, revelan que, salvo algún caso donde así se señala por la presencia de piedras –por ejemplo la E 2072 (Torregrosa, Espí y López, 2011, 54)–, aquellos no estuvieron amortizados sino que se fueron rompiendo, quedando rellenos al caer hacia dentro el desarrollo superior de las paredes, conformándose un derrumbe limpio y uniforme que bien asentado al tiempo, podría volverse a excavar sin menoscabar con ello las funciones de los nuevos silos. El parco registro material revela que el área de depósito debió alcanzar bien el llamado *Horizonte de las cerámicas esgrafiadas*, no pudiéndome resistir a evocar las semejanzas que se observan entre perfiles de algunos de esos depósitos de paredes cóncavas y fondo convexo (*Ibid.*, Fig. IV.33 y 35), por otra parte nada visualizados en el repaso a los posteriores poblados con hoyos, con aquellas formas compuestas que combinan la hipérbola y la semiesfera tan características de los vasos con decoración esgrafiada (Soler *et alii*, 2012, 4.2:16).

### c) Los indicios habitacionales de la ocupación postcardial en el curso del Vinalopó

Estructuras similares a algunas de Benàmer se descubren en el s. XXI en el Vinalopó, reforzando los indicios que al respecto de la ocupación neolítica se alcanzan en las dos últimas décadas del s. XX, como dinámica de investigación que ahí culmina con la percepción de la ocupación epicardial y postcardial, siguiendo la pautas apuntadas para el Serpis (Bernabeu, 1995). De ese modo, el modelo de poblamiento propuesto para las comunidades neolíticas que se asientan en la cuenca media y baja de ese río, asume que los pobladores epicardiales que ocupan distintos emplazamientos *ex novo* se instalarían de modo disperso en las mejores tierras de su ribera (Guilabert, Jover y Fernández, 1999, 286), conformando un cuadro de comunidades aisladas sometido a un cierto grado de movilidad que, dentro del mejor aprovechamiento de los recursos edáficos y bióticos, parece ceñirse a los márgenes del cauce (Hernández, 2005, 50; García *et alii*, 2006, 25).

La difusión poblacional que se propone sigue el curso desde su valle alto (Hernández, 1987), dejando evidencias de estructuras vinculadas a cerámicas peinadas en su curso medio. En la cabecera se muestran los hallazgos más antiguos, disponiéndose los asentamientos cardiales al aire libre de Villena, todavía poco reconocidos en sus estructuras

249. El hecho de no disponer de un registro material cuantioso y la circunstancia de una destrucción y no de un abandono hace de Benàmer un testimonio de primer orden a la hora de caracterizar los hoyos como contenedores de elementos perecederos que ahí no llegan a amortizarse.

(Fernández *et alii*, 2008, 115), pero sí sometidos a todo un proceso de revisión y estudio que incide en su caracterización mesolítica previa (Fernández, 1999, 278-279), como aspecto recientemente reforzado con el hallazgo de enterramientos en fosa en el paraje inmediato a la Casa de Lara de La Corona de Villena (Fernández *et alii*, 2012); mientras que en la costa y en las cuencas endorreicas que se conformaban en el entorno de las bahías de Elche y Alicante se determinan como primeras evidencias de la economía neolítica, materiales asimilados al epicardial y el postcardial (Soler y López, 2010).

Indicios de ello se reconocen bien en la última década del s. XX, a partir de la publicación de los materiales neolíticos en La Alcuña (Ramos Molina, 1989), la localización de cerámicas en llano características del epicardial como la de Ledua de Novelda (Hernández y Alberola, 1988), la revisión de colecciones como las del Chopo de Elda, el Almortxó de Petrer (Jover y Segura, 1999) o la Bernarda de Rojales (Soler y López, 2001), como tenues pero significativos vestigios que se ven acompañados de estructuras en principio sólo intuitas en la suerte de enchanchados que se localizan tratando de contextualizar el vaso de Ledua (Hernández, 2005, 48-50), luego en el s. XXI bien confirmadas con el hallazgo de fosas con materiales postcardiales en pleno casco urbano de las poblaciones de Crevillente<sup>250</sup> y de Novelda<sup>251</sup> y, en esta última población, de dos esas cubetas rellenas de cantos<sup>252</sup> que, vinculadas a la cocción de alimentos (García Atiénzar *et alii*, 2006, 19-21) se observan en Benàmer o en el Tossal de les Basses, unidades que sólo pudimos llegar a intuir en la Playa del Carabassí de Elche, cuando excaváramos los restos de un yacimiento lamentablemente perdido por la erosión y por la extracción y remoción de tierras que conforman el paisaje dunar para el que se dispone de una datación, ahora sobre concha (tabla 3.2) que hace entender su ocupación hacia el 3.400 cal ANE, no debiéndose descartar una temporalidad previa de haber dispuesto de más indicios, a la vista del registro epicardial que ofrece la inmediata Cova de les Aranyes (Hernández *et alii*, 2012).

La datación de vida larga (*Quercus sp*), que se extrae de ese contexto de la C/ Colón de Novelda –Beta 227572: 5.471 (5.396) 5.322 (tabla 3.1)–, por estar sometida al efecto de la *madera vieja* (*Ibid.*, 23), no debiera hacer pensar en una ocupación de

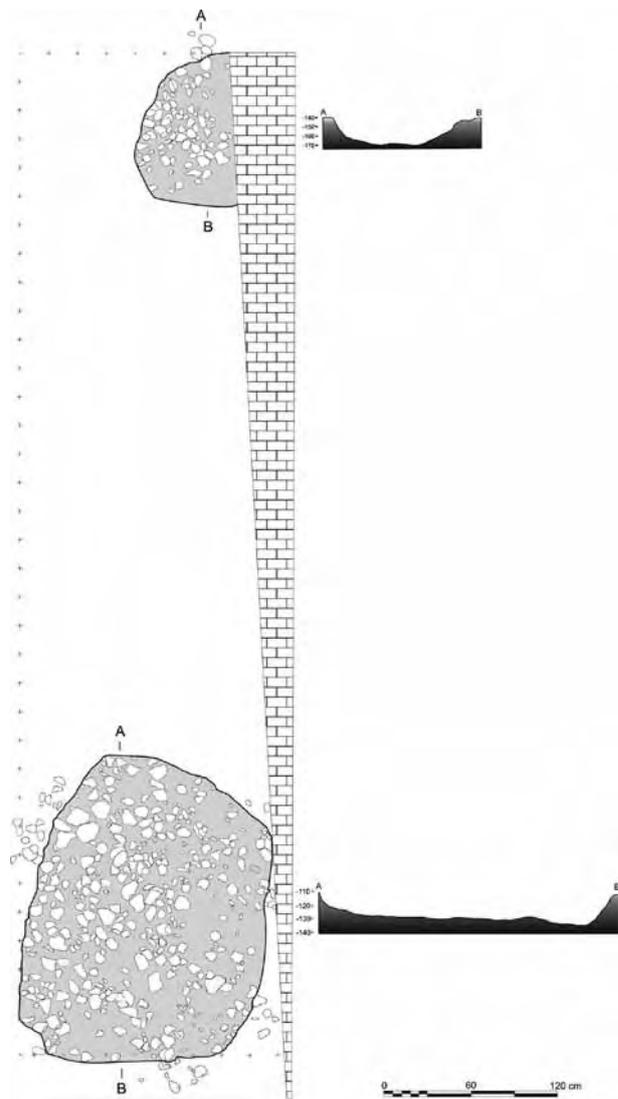


Figura 3.23 Planta y sección de las estructuras E-100 y E-200 de la c/ Colón de Novelda (García atiénzar et alii, 2006, Fig. 2).

la cuenca media antes del final del VI milenio cal ANE, haciéndonos ver en cualquier caso un proceso rápido que asume no sólo los indicios antedichos sino también los que se sostienen a partir si no de la excavación, de la detenida observación del registro de las cavidades que jalonan el camino y los valles transversales a éste como la de Serreta de la Vella de Novelda (Jover y Segura, 1999), San Martí de Agost (Torregrosa y López, 2003) o Aranyes del Carabassí de Santa Pola (Hernández *et alii*, 2012); poblamiento en cualquier caso, que

250. En Crevillente en 2008 en una actuación en un solar de la partida de El Alterón se localizan 11 fosas con cerámicas con apliques plásticos, peinadas y esgrafiadas. Agradezco la información a Arpa Patrimonio y a los directores de la excavación Francisco Andrés Molina Más e Inmaculada Reina Gómez.

251. En el año 2007 se localizan 2 fosas pequeñas en la C/ Sentenero nºs 5-7, donde se recogen cerámicas con apliques plásticos, peinadas y con decoración incisa y esgrafiada. En 2008 se localiza otra fosa en la C/Manuel Alberola, nº 7 con cerámicas menos definidas. Agradezco la información a Arpa Patrimonio, así como a los directores de la intervención Jose Ramón Ortega Pérez y Juan de Dios Boronat Soler.

252. La intervención se realiza en octubre de 2006. Tras la demolición de un inmueble, el seguimiento efectuado por el Museo Arqueológico de Novelda permite paralizar una construcción en un solar que no conllevaba intervención arqueológica previa, procediéndose a excavar con el preceptivo permiso de la Dirección General de Patrimonio. De las dos cubetas con cantos se pudo excavar una oval de 1,5 -2 m en sus ejes máximos y 25 cm de profundidad (E-100). El tamaño de los cantos que la rellena es diverso –desde 3 a 30 cm– estando la mayor parte de ellos afectados por rubefacción. La otra cubeta (E 200) se documenta de manera parcial a 5 m de la previa.

en esta primera década del siglo se percibe en su potencialidad, cuando se descubre el hábitat de El Tossal de les Basses de Alicante.

d) La imagen que de un poblado completo del postcardial proporciona el Tossal de les Basses de La Albufereta de Alicante

La mejor evidencia de ese espacio habitacional postcardial que sólo se intuye en Benàmer es el que va trascendiendo del yacimiento de ocupación sincrónica del Tossal de les Basses de La Albufereta de Alicante, donde a partir de 2003 se realiza una excavación en el entorno del B.I.C que conforma la muralla ibérica del yacimiento, un área antes bien determinada en prospecciones de georadar realizadas en los años 80 y 90, en un marco de excelente relación con la compañía urbanizadora que, según se exponía, no sólo sufragaba la totalidad de la excavaciones realizadas por varias empresas de Arqueología coordinadas primero y, luego, también dirigidas por el responsable del COPHIAM<sup>253</sup>, sino también distintos aspectos de la investigación arqueológica, incluyendo dataciones absolutas y los trabajos multidisciplinares que se estimaran necesarios, así como la restauración de un importante número de piezas.

En ese marco de compromiso, que conseguía incluso ampliar la zona de intervención arqueológica, conforme se iba descubriendo uno de los yacimientos más importantes en llano con contenidos de Prehistoria reciente (Neolítico y Edad del Bronce) y de Época Ibérica, se anunciaba en el Catálogo de la exposición *Tossal de les Basses. Seis mil años de historia en Alicante* la pronta publicación (Rosser y Fuentes, 2007, 6-8)<sup>254</sup>, hecho que lamentablemente a día de hoy, no sólo no es una realidad, sino que, tras el Concurso de Acreedores que afecta la compañía urbanizadora, Nozar S.A.<sup>255</sup>, con la consiguiente parálisis que los impagos provocan en esas acciones de investigación tramitadas mediante empresas de arqueología que de modo muy lamentable los sufren, parece se prolongará en el tiempo, debiéndonos conformar con la información sucinta pero a todas luces impactante que contiene el catálogo aludido y la que se contempla en un artículo recogido en otro que, realizado con motivo de la exposición *Restes de vida restes de mort. La mort en la Prehistòria*, edita el Museo de Prehistoria de Valencia<sup>256</sup>.

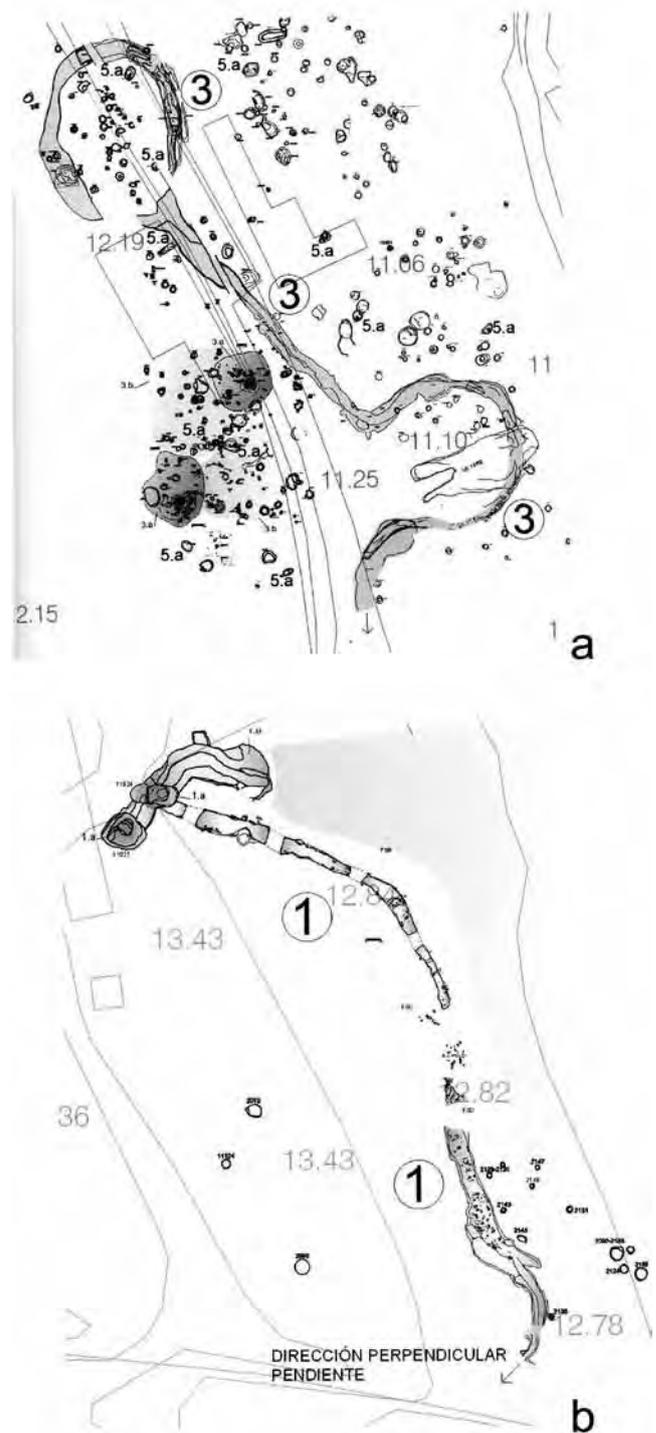


Figura 3.24. Cerro de las Balsas. a) zona de hábitat. Fondos de cabaña con foso con ámbitos semicirculares y b) área de irrigación. Foso que parte de pozos (Rosser y Fuentes, 2007, 15 y 19).

253. Unidad de Conservación del Patrimonio Histórico Artístico Municipal de Alicante.

254. "Creemos que el gran esfuerzo realizado nos permite hoy no sólo inaugurar esta exposición, sino tener las Memorias Arqueológicas finales en marcha, el material exhumado restaurado, los estudios interdisciplinares hechos o realizándose, y una importante publicación que verá la luz en los próximos meses. Cuando normalmente y por desgracia, las excavaciones arqueológicas "duermen" muchos años en los almacenes, el Tossal de les Basses está ya, incluso cuando aún no han concluido las excavaciones arqueológicas, exponiéndose, estudiándose, publicándose y restaurando el material que así lo permitía. Como decíamos el esfuerzo de muchos y nuestra vocación de que así fuera, ha permitido todo ello" (Rosser, 2007, 8).

255. Con fecha 15 de septiembre de 2009 el Juzgado de lo Mercantil nº 2 de los de Madrid dictó auto declarando el concurso voluntario de la mercantil NOZAR S.A., siendo publicado el anuncio del mismo en el Boletín Oficial del Estado de fecha 1 de octubre de 2009, tramitándose con el número 837/09.

En el catálogo de la exposición que realizara el Ayuntamiento de Alicante se hace constar la observación de un nivel de abandono de coloración gris oscuro que cubre distintas estructuras negativas “fondos de cabaña, fosas, vasares, fosos etc.”. Éstas se recogen en un plano general del que se presentan distintas ampliaciones, avanzándose datos de enorme interés en lo que afecta a la vertiente habitacional, ritual y funeraria del emplazamiento inmediato a la costa. En la primera se observan dos fondos de cabaña próximos<sup>257</sup>, resolviéndose como evidencias de la construcción aérea que caracterizaría ambas chozas, la localización de distintas pellas de barro con improntas, de manera llamativa concentradas en los rellenos de dos de los hoyos, por inmediatos considerados dentro del “área espacial de influencia directa” de cada una de estas cabañas (*Ibid.*, 16-18). Próximo a ambos fondos se observa un foso de unos 0,8 / 2,4 m de anchura –siempre según medidas sobre plano (Fig. 3.24: a)– que delimita o “protege” la *Zona de hábitat* (*Ibid.*, 15), cuyo trazado es peculiar al conformar dos espacios circulares casi cerrados de unos 9-10 m de diámetro interno, unidos por un tramo rectilíneo de unos 20 m de recorrido.

A cierta distancia de la *Zona de hábitat*, se indica la que se consigna como Área de irrigación (Fig. 3.24: b), donde se observa un foso segmentado, ahí a pesar de las interrupciones que aparentemente truncan su desarrollo, interpretado como canal que corre en paralelo a la línea de vertiente para drenar las tierras de cultivo. Se hace constar que esta estructura formaría parte de un ingenio hidráulico en cuya cabecera se observa un foso más ancho y en pendiente que captaría las aguas hacia dos pozos alineados, cuya excavación de 3,18 m y 2,86 m de profundidad alcanza en uno de ellos el nivel freático, algo evidente pues se observa agua en su fondo. De otra parte, ahora como drenaje se consigna otro foso de trazado continuo y sinuoso que parte de las lomas inmediatas (Fig. 3.25: b), para, protegiendo la zona habitada de las escorrentías, verter el agua en la albufera (*Ibid.*, 19 - 21).

Tras la información que ahora se dispone de Benàmer, resulta del todo verosímil la observación y disposición de un *Área de almacenamiento* (Fig. 3.25: a), nítidamente separada de la *Zona de hábitat* que integra las cabañas, pero en cualquier caso inmediata al campo de cultivo. Área también ahí conformada por diferentes hoyos de dimensiones medias o grandes que, como en el caso del yacimiento de Benàmer de Muro, se disponen tan juntos que llegan a cortarse. Sin embargo, no podrá hablarse aquí de un espacio exclusivo para la

contención de grano y otros productos perecederos, una vez que en otras partes del yacimiento se observan hoyos de dimensiones medias y pequeñas, también interpretados como silos truncados, distinguiéndose un par de entrecortados que, aunque se valoren como una sola unidad de doble cámara (*Ibid.*, 21), quizá en su intersección constituyan un primer gesto de ese hacinamiento de estructuras que resulta del almacenamiento intensivo en el Postcardial.

El hacinamiento de hoyos en áreas concretas del asentamiento no es la única similitud entre el hábitat interior de Benàmer y el costero de la Albufereta, al detallarse antes en éste esas cubetas de forma circular previamente observadas en El Tirao de Burriana que, rellenas de cantos termoalterados, se vinculan con una acción de guisado, en el Tossal de les Basses puesta en relación con el aprovechamiento de los moluscos marinos (*Ibid.*, 25-26), algo que nosotros también propusiéramos a la hora de juzgar las parcas evidencias que restan del poblado instalado la Playa del Carabassí de Elche (Soler *et alii*, 2008, 178-179), esto es, justo al otro extremo de la misma bahía de Alicante, donde se asienta el hábitat el Tossal de les Basses.

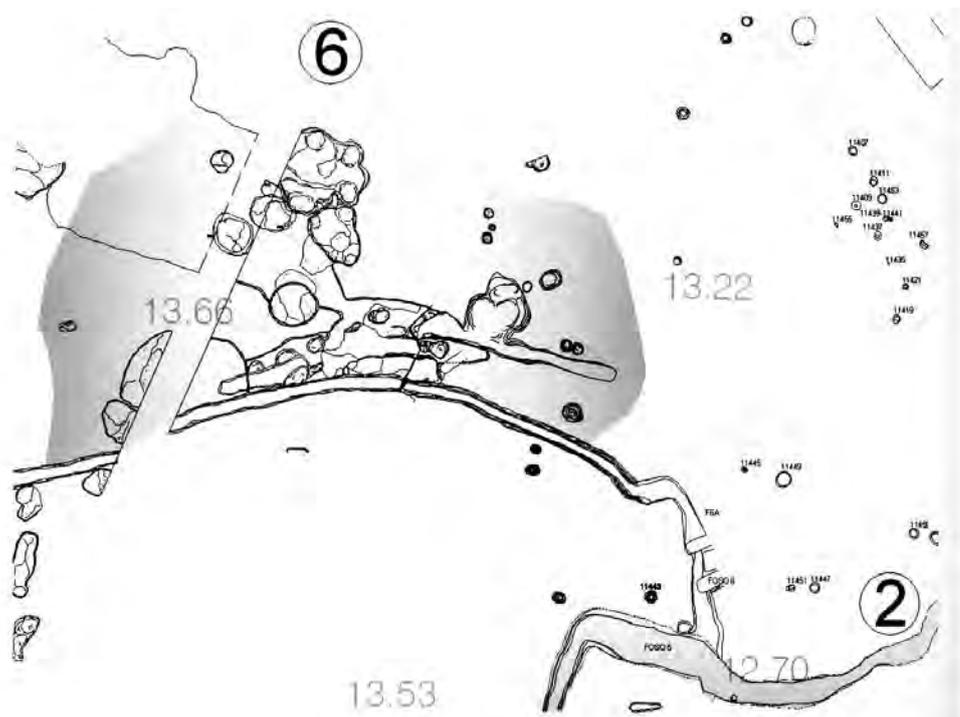
La vertiente agrícola que sostiene el emplazamiento de la Albufera, bien atestiguada en el registro material por un buen conjunto de elementos de hoz y molinos (Rosser y Fuentes, 2007, 20), se acompaña de la propiamente ganadera que, como en el caso antes referido del yacimiento neolítico del Polideportivo de Martos, se hace ver desde un significado ritual en la inhumación de un significativo buey y dos perros cuidadosamente colocados junto a las paredes de una fosa (Fig. 3.25: c) en la que al parecer convergen fosos neolíticos, aparentemente muy estrechos que, por no renunciar a su caracterización como ingenios vinculados al drenaje, hacen proponer la participación de todo ello en un ritual que tuviera que ver con el agua o con la naturaleza en su conjunto (*Ibid.*, 29).

Finalmente del Tossal de les Basses trasciende preciosa información sobre la vertiente funeraria del postcardial, un hecho que antes se reconoce tras la excavación de la inhumación con cántaro del poblado interior de Camí Missena y que, con menos intensidad, en la costa se localiza también en el hábitat de Torre la Sal de la Ribera de Cabanes.

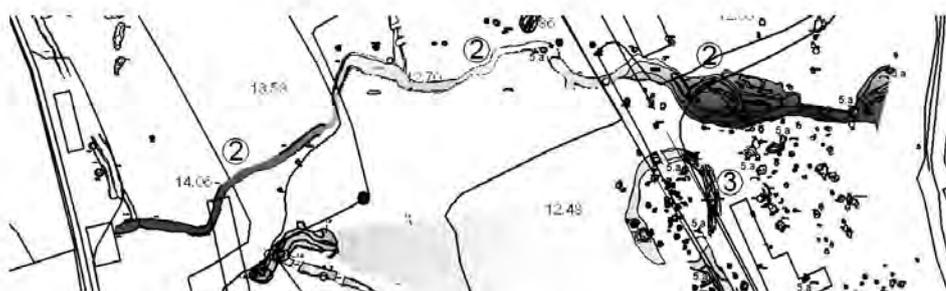
Los 16 inhumados, y la batería de dataciones del yacimiento de la Albufereta constituye un panorama de datos por sí solo merecedor de una monografía, que a lo largo del V y primeras centurias del IV milenio cal ANE ofrece buena continuación del hecho cultural que sostiene la inhumación con cán-

256. Recientemente, en septiembre 2012, se ha procedido dentro del Programa de Doctorado “Antigüedad” la Universidad de Alicante, a la Lectura del Trabajo de Investigación de Sheila Soler Ortiz “El asentamiento neolítico del Tossal de les Basses: aportación a su ocupación a partir del registro cerámico”, trabajo dirigido por el Dr. Francisco Javier Jover Maestre.

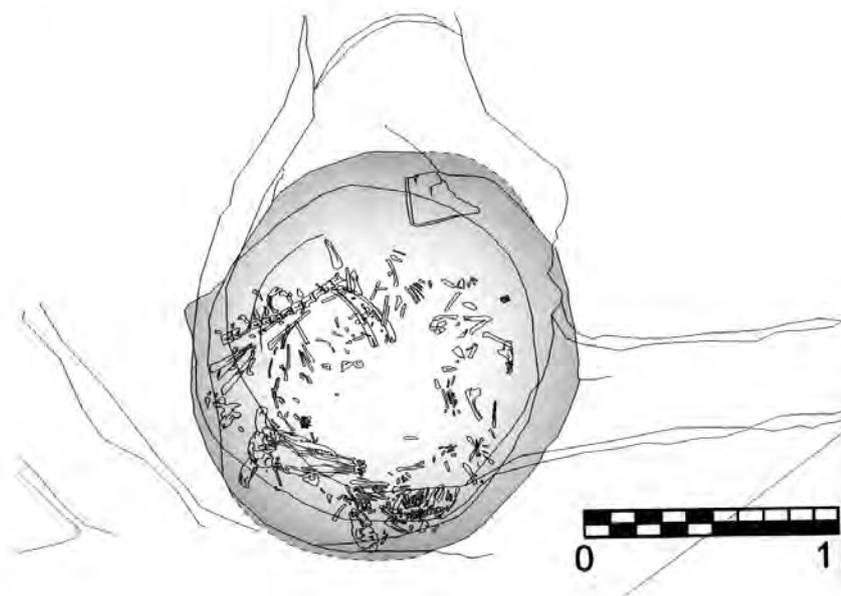
257. A tenor del plano (Fig. 3.24: a; Rosser, 2007, 13 y 15), en su máxima anchura no sobrepasarían los 4,5 - 6 m. Están dotados de hogares, observándose en uno un posible vasar conseguido excavando pequeños hoyos sobre un escalón (*Ibid.*, 15). Alrededor de los fondos se disponen distintos hoyos, algunos de ellos guardando una distribución que sugiere una cierta alineación. En su mayor parte parecen menores a 60 cm en su diámetro, siendo muy pocos los que en el plano sobrepasan o rondan 1 m en esa dimensión.



a



b



c

Figura 3.25. Cerro de las Balsas. a) Área del almacenamiento; b) Área del foso de drenaje; c) enterramiento ritual de bóvido y dos cánidos (Rosser y Fuentes, 2007, 21 y 28).

taro del Camí de Missena, cuyo análisis sustenta la fecha más antigua (tabla 3.1) de estos enterramientos insertos en el área habitacional en fosas poco profundas y por ello tan diferentes de los silos funerarios de La Vital o Villa Filomena, que, con Pablo Rosser (2010, 186), creo excavadas ex profeso para ese fin funerario, sin percibirse una conducta que amortice con el enterramiento un hoyo previo; con inhumaciones que se hacen acompañar de uno a tres recipientes cerámicos dispuestos junto al cráneo de individuos que, por lo general, se disponen en decúbito lateral (Rosser y Fuentes, 2007, 28; 2012, 184)<sup>258</sup>.

La excavación en extensión del yacimiento permite estimar el carácter disperso de las inhumaciones, si bien proponiendo su vinculación a las unidades de habitación. Sólo en el caso de las tres más recientes asimiladas al *Horizonte de las cerámicas esgrafiadas*, se percibe su posible agrupación, considerando existan lazos entre esos inhumados en diferentes fosas abiertas sobre las tierras que previamente acogen las cabañas de habitación (Rosser, 2012, 189), dato estratigráfico de otra parte tremendamente sugestivo porque avala cambios de ubicación de las diferentes estructuras a lo largo de los más de 500 años que se estiman para el desarrollo del hábitat postcardial.

De este modo la primera de las tres fases con las que se relacionan las estructuras exhumadas o Tossal de les Basses II<sup>259</sup>, recoge alguno de los encanchados circulares, unas “92 cubetas” y ese gran foso segmentado considerado de drenaje que para otros resulta ejemplo de un recinto fosos (Bernabeu *et alii*, 2012, 72), en atención al registro en el fondo de su relleno de una semilla de la que trasciende la datación *Beta 232483* (Tabla 3.1), que avala su construcción en la primera mitad del V milenio cal ANE. Tossal de les Basses III encontraría su desarrollo a partir de la segunda mitad del mismo milenio, vinculándose con la fase los fondos de cabaña descritos y las tumbas que quedan próximas al área de habitación que definen (n<sup>os</sup> 2, 9 y 13), todas con fechas acordes (Tabla 3.1), resolviéndose por la disposición de una tumba en su relleno, la colmatación del foso aparentemente segmentado y la perduración de algunos encanchados circulares, en atención a la recogida sobre uno de una semilla de acebuche de la que se dispone una fecha coherente –*Beta 228895* (Tabla 3.1)–. En los primeros siglos del IV milenio cal ANE se resuelve Tossal de les Basses IV, donde se inscriben esas

tumbas agrupadas (n<sup>os</sup> 4, 10 y 3), no encontrándose ningún tipo de elemento que permita proponer su condición de habitabilidad (*Ibid.*, 30-33), en el denominado *Neolítico IIB*, algo que podría observarse en aquel emplazamiento que se ha referido de la Playa del Carabassí, tomando en cuenta los datos que avalan en esa temporalidad el uso de la inmediata Cova de les Aranyes (Hernández *et alii*, 2012), además de la datación sobre concha que, calibrada conforme a la curva Marine 09, resulta de la segunda mitad del IV milenio cal ANE (Tabla 3.2); y en el emplazamiento costero más septentrional de la Illeta dels Banyets de El Campello, para el que se tiene una fecha que posibilita su ocupación en el final del IV milenio cal ANE (Tabla 3.2), ahí remitida a una construcción más sólida (Soler y Belmonte) que esas cabañas del horizonte postcardial de El Tossal de les Basses, que en cualquier caso se valoran como testimonio de una ocupación estable (Rosser, 2010, 183), sobre todo en base a las obras que, como los fosos, se consideran de realización colectiva.

Desde las obras de cierta entidad se visualiza por tanto una permanencia en el hábitat postcardial, aun disponiendo de esas chozas endeble que en la literatura de Almería se vinculaban con la apropiación de un entorno que por ello se hace social o histórico (Román y Martínez, 1998, 42), y desde la sucesión estratigráfica de cabañas y tumbas se evidencia una dinámica de desplazamientos dentro de la misma área de habitación que conforma el yacimiento, como hecho bien definido desde la investigación del Polideportivo de Martos (Lizcano, 1991-92, 26) que en el Tossal de Basses a la vista de la delimitación que guardan las diferentes estructuras no debió producirse en términos de frecuencia.

La cierta complejidad que caracteriza Tossal de les Basses encuentra su homologación en aquel hábitat de Los Cascajos (Los Arcos, Navarra) atribuido a la segunda mitad del V milenio cal ANE donde se detallan estructuras de postes que se vinculan con cercados para el ganado, que de forma perfectamente circular alcanzan 8 m de diámetro; cabañas de planta circular u ovalada, de 7,50 m<sup>2</sup> de superficie excavadas en cubetas de no más de 40 cm de profundidad, dotadas de hogares y algún hoyo asociado; estructuras de combustión a modo de meras manchas o similares a esas circulares repletas de cantos quemados que ahora nos resultan tan familiares; depósitos de almacenaje, haciendo

258. En una sola tumba del Tossal de les Basses no datada por C14 se observa en decúbito supino en una fosa no característica y recordada justo para disponer la inhumación que, si bien estratigráficamente parece estar ubicada en el registro neolítico del asentamiento, no deja de resultar similar, aun guardando diferente orientación, a las que se disponen en la fase que, del mismo yacimiento, se vincula al horizonte histórico tardo antiguo (Rosser y Fuentes, 2007, 28). En una valoración posterior se ha indicado la posibilidad que esta pauta de inhumación correspondiera a un individuo socialmente destacado en la comunidad neolítica asentada en el hábitat (Rosser, 2010, 186).

259. Las dataciones y el registro material que se recoge en este importante asentamiento avalan la caracterización postcardial que permite un registro cerámico en el que identifican bien cerámicas peinadas y esgrafiadas, haciéndose ver una fase previa epicardial –*Tossal de les Basses I*– a partir de un escueto pero característico ítem cerámico impreso de instrumento (Rosser y Fuentes, 2007, 30). Agradezco a Pablo Rosser la información de las dataciones del yacimiento recogidas en la tabla 3.1, de las que solamente había trascendido su expresión calibrada.

ver en éstos la localización útiles no amortizados en fosas; además de un número considerable de hoyos amortizados (174), de los que algunos en su origen pudieron ser silos, como elementos de una habitación que se acompaña por 31 cubetas de sección en casquete esférico y no más de 1,50 m de diámetro que acogen restos de 32 individuos en su interior, anotándose como en el Tossal de les Basses algunas concentraciones de tumbas y un ajuar en el que no son extraños los recipientes cerámicos, llamando poderosamente la atención aquel individuo que se deja cubrir por tierra que integra semillas de cereal carbonizadas; y finalmente, en la esfera de lo simbólico o ritual losas hincadas a modo de hitos y lechos de fauna consumida depositados de manera ordenada, acompañados de una cerámica que acoge un hacha y distintos molinos de mano en el perímetro del depósito. Todo ello, guardando una cierta organización, resolviéndose la agrupación de los fondos de cabaña, algo que en el Tossal de les Basses se intuye en la cercanía de los dos que nos lega, un hecho que en el caso de Navarra llega a configurar alineaciones que dejan entre ellos espacios que, se consideran, debieron servir para la realización de actividades en el poblado (García y Sesma, 1999, 345-347).

No dejará entonces de ser dramático el hecho de que con tanta información y posibilidades de interpretación el yacimiento de La Albufereta no haya podido terminar de gestionarse siguiendo un modelo como el que caracteriza el Camino de las Yeseras, o el que con éxito ahora exponemos se ha procurado en Torre la Sal, y eso que en este caso se contaba con el respaldo de un orgánico de la administración municipal que, en una coyuntura más boyante que la actual, podría haber hecho más presente la Administración Pública en la gestión de la enorme excavación, aunque sólo fuera consiguiendo alguna partida específica que asumiera esos gastos menores que significan las dataciones o determinados estudios especializados, de modo que ahora la información preliminar podría acompañarse de datos de enorme interés.

Desde luego quedan muchas preguntas que hacer a este registro, donde se observan rasgos enormemente sugestivos, no sólo en cuanto a la interpretación funcional de las estructuras, sino de la gestión y significación social, donde el enterramiento de perros y buey, como animal doméstico vinculado al proceso productivo agrícola; el foso de delimitación con dos extremos circulares, acaso cercados para separar por sexos ganado en periodos de lactancia de las crías; o esa zona de almacenamiento tan concentrada en un área bien irrigada y por tanto de óptimo cultivo, de seguro podrían provocar una ingente discusión científica, sin menoscabo de interpretaciones que, acaso por la escasez de datos que trascienden, no acabamos de comprender como las que vinculan fosos aparentemente segmentados con canales de riego, o una tumba con animales

domésticos con un canal de agua, para con ello invocar el carácter ritual del conjunto.

e) Costamar de la Ribera de Cabanes: poblado del “Horizonte Jovades - Arenal de la costa” superpuesto a una aldea postcardial.

Del panorama que en los últimos años se reconoce de la habitación del V milenio cal ANE resta ahora comentar la información de Torre la Sal de Ribera de Cabanes, un inmenso yacimiento que comienza a descubrirse en 2004, para ofrecernos en 2010 una completa monografía coordinada por Enric Flors, como lógica continuidad de ese esfuerzo que, con excelentes resultados, llevara a cabo conjuntando distintos equipos para acometer la documentación del paraje arqueológico que, tras la prospección de unos 23 km<sup>2</sup>, afectara los términos de Cabanes y Oropesa del Mar.

La problemática de la actuación arqueológica prevista, y el interés de responder a las exigencias de la Ley de Patrimonio Cultural Valenciano, es lo que llevaría al grupo empresarial que consigue la construcción de un enorme complejo vacacional a la generación de la *Fundación Marina d'Or de la Comunitat Valenciana*, entidad cuyos objetivos en lo que aquí interesa se centran en “la investigación, conservación, difusión y recuperación del patrimonio arqueológico” que afecta la inmensa obra proyectada en el PAI Torre la Sal, valiéndose de un equipo técnico que, a partir de 2006, realiza las excavaciones arqueológicas, planteándose mediante convenio acciones de recuperación e investigación con la Universidad Politécnica de Valencia y la Universitat de València (Flors –Coor.–, 2010, 12-13), como fórmula que, sumando esfuerzos, asegura la culminación en términos de calidad de los trabajos que complementan la intensa acción de campo.

De manera concreta, en los 57.905 m<sup>2</sup> que se excavan en el área que se distingue como Costamar, se identifican un total de 683 estructuras negativas ahondadas en un sustrato de arcillas carbonatadas de las un 60% son prehistóricas, señalándose cuatro etapas diferenciadas: Neolítico postcardial, Neolítico de cerámicas lisas, Bronce Tardío y Bronce Final (Flors –Coor.– 2010, 99-101).

El horizonte neolítico más reciente de Costamar, asimilable en su cronología a aquel *Neolítico IIB* de la secuencia regional, se identifica previamente en la excavación que a 500 m del área se realizara en la restinga fósil de Prat de Cabanes, donde en un área de 6.800 m<sup>2</sup> el Instituto de Arte Rupestre de la Conselleria de Cultura procediera a la cartografía de 169 estructuras negativas, tan próximas a la línea de costa, que se observan vaciadas por la erosión marina. En su distribución, los hoyos del Prat conforman una planta abigarrada, señalándose entre los mismos agujeros de poste y 124 estructuras de mayor entidad que en su origen presentarían distinta profundidad. En una excavación muy reducida

(sólo pudieron extraerse tres rellenos), se lograron interesantísimos resultados, identificándose en una fosa de 110 cm de diámetro y no más de 20 cm de espesor restos de dos cerdos –uno neonato y otro de pocas semanas de vida–, interpretados como un depósito ritual, a resultados de guardar posición anatómica, acompañados de un conjunto de elementos de desechos –fragmentos cerámicos, elementos en sílex y huesos de cérvidos, lagomorfos y bóvidos afectados por el procesado carnicero y por mordeduras de perros–, y un número significativo de bellotas y semillas de trigo, lo que permitió a los investigadores consignar el yacimiento como propio del III milenio cal ANE, en atención a la datación sobre semilla que, en expresión calibrada se remonta al 2910-2810 CAL ANE 2 s –Tabla 3.2– (Guillem *et alii*, 197-200).

A la vista de los datos que luego ha arrojado la excavación de Costamar la asignación cronológica del Prat de Cabanes parece responder a los momentos finales de la fase más reciente de aquel yacimiento, dejando abierta la posibilidad de que la planta abigarrada que ofrece la conjunción de las estructuras del Prat (Fig. 3. 26), que tanto recuerda la de Benàmer y el área de almacenamiento de Tossal de les Basses, pudiera esconder hoyos de esa realidad arqueológica previa y postcardial de la que Costamar ofrece una de las mejores evidencias.

De este modo en el yacimiento principal del área arqueológica de Torre la Sal se han identificado 203 hoyos con elementos asimilables al Neolítico Inciso

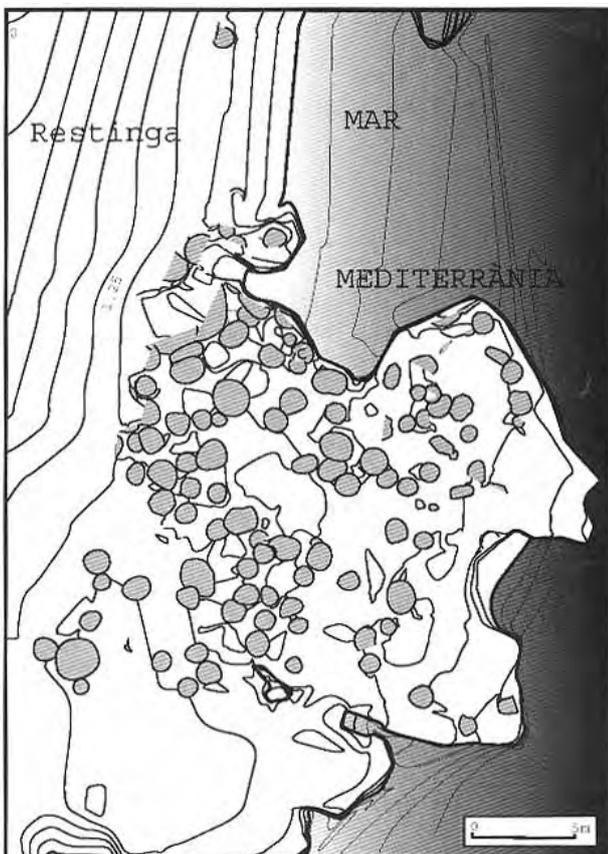


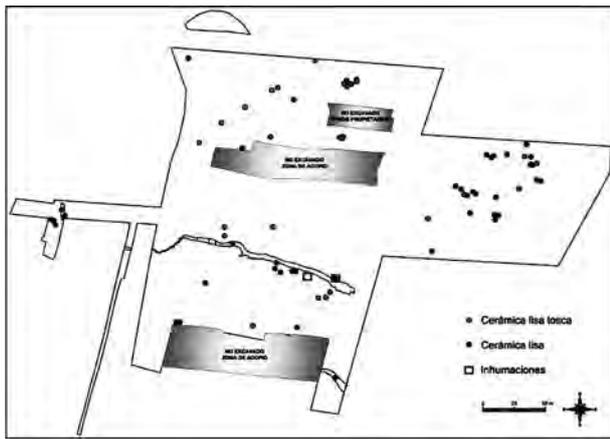
Figura 3.26. Prat de Cabanes. Planta general del sector I (Guillem *et alii*, 2006, Fig. 2).

– Impreso, número que podría ser todavía mayor si se anota que 116, asimilados también al Neolítico, no contienen indicadores que permitan vincularlos con esa fase que dispone una datación absoluta de c. 4.850 cal ANE (tabla 3.1), o con aquella reciente caracterizada por cerámicas no decoradas que, considerando el registro material de 43 hoyos, se entiende a partir de la mitad del IV milenio cal ANE, para alcanzar los primeros siglos del III milenio cal ANE (Flors –coord–, 2010, 116-117 y 488).

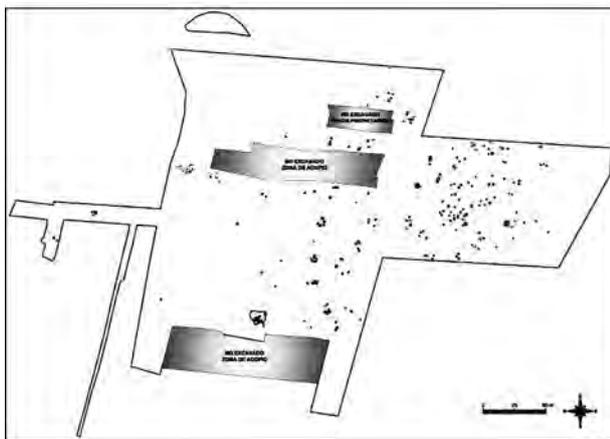
Una atenta observación de la estructuras más antiguas (Fig. 3.27: b) alerta de nuevo de la concentración que disponen (*Ibid.*, 2010, 479), proponiéndose fueran graneros cubiertos por techados o protegidos por chamizos, invocando razones de mayor durabilidad de las estructuras excavadas en la arcilla (*Ibid.*, 109 y 486), consideración por otra parte coherente con la presencia de agujeros de poste entre la conjunción de estructuras halladas en Prat de Cabanes; lo que en Costamar sirve para presumir un hábitat estable y planificado por dotado de un espacio destinado al almacenamiento de reservas de la comunidad, donde las familias dispondrían de la apropiación de esos silos, llegándose a proponer incluso la transmisión de esos dominios por herencia, valorando existieran mecanismos sociales institucionales de tipo chamanes o consejo de ancianos o de notables, que sirvieran para contrarrestar una excesiva concentración de poder por parte de aquellos que se apropiaran de mayores recursos (*Ibid.*, 487-488), de manera que, como se interpreta a propósito de la posible empalizada que delimitara el área de almacenamiento estable de Benàmer IV, no pudieran superarse al respecto de la organización social los límites estructurales de los grupos de filiación (Jover, Torregrosa y López, 336).

Por menos densa, muy distinta parece en principio la imagen que proporciona la distribución de las estructuras asimiladas al Neolítico Liso con el que se relacionan fosos (Fig. 3.27:a) que, como en el caso de los postcardiales del Tossal de les Basses, se vinculan con el drenaje del área (*Ibid.*, 488). Parece que los hoyos asimilados a esta fase en general son más pequeños que los de la previa, no observándose entre los mismos aquellos de perfil acampanado que sí se detallan en la fase de cerámicas decoradas (*Ibid.*, 165).

Sin desestimar otras funciones que parecen del todo compatibles con el concepto de la realización del contenedor, como el previo del acopio de la arcilla para la construcción de viviendas (*Ibid.*, 109), en Costamar tampoco hay dudas con respecto al modelo que ha prevalecido en la arqueología valenciana, entendiendo que buena parte de los hoyos serían en primer uso contenedores de grano (*Ibid.*, 107); luego amortizados, considerándose una conducta de gestión de residuos que se infiere de la identificación de fragmentos de vasos que casan entre sí, localizados en hoyos distintos (*Ibid.*, 111 y 112), y que se resuelve al espejo de conceptos que,



a



b

Figura 3.27 Costamar. Plantas de distribución de las estructuras asimiladas con seguridad a la fase neolítica de cerámicas lisas –a– y a la fase previa de cerámicas decoradas –b– (Flors –coord.–, 2010, Figs 35 y 37).

desde la etnoarqueología caracterizan los poblados de gentes sedentarias, donde existen áreas de desperdicios por lo general separadas del área habitacional (González Ruibal, 2003, 64), que luego se entierran en acciones de traslado (Flors –coord.–, 2010, 490), no descartándose que algunos hoyos se construyeran exprofeso como basureros (*Ibid.*, 109).

No faltan en Costamar esos encanchados de planta circular que en Benàmer son cardiales y que en el Tossal de les Basses y en la C/ Colón de Novelda se asimilan al *Horizonte de las cerámicas peinadas*. En el caso del yacimiento de Torre la Sal, por la presencia de material característico al menos una de esas construcciones (estructura 230-483), se vincula con la fase neolítica propia de la primera mitad del V milenio cal ANE (*Ibid.*, 163), temporalidad donde cabe también el conjunto de inhumaciones primarias que, localizadas en 4 fosas, atiende la investigación del yacimiento. Al respecto de éstas, parece que los cuerpos se depositan en

posición flexionada en un lateral del hoyo, acaso excavado exprofeso y, luego tras el depósito funerario señalado por algún bloque, como ocurre en la tumba 254-507 (*Ibid.*, 133-134)<sup>260</sup>.

Como en Tossal de les Basses o en el Camí de Missena en el depósito funerario sobresalen los vasos cerámicos, como aquellos localizados en un hoyo –estructura 257/510– que acoge restos de un individuo infantil, o aquel otro de forma netamente siliforme, –estructura 310/563–, que contenía los restos de un varón adulto que se acompaña de pulseras malacológicas, de un molino manchado con ocre y de una buena presencia de fragmentos cerámicos; aunque aquí a diferencia de esas inhumaciones localizadas en el yacimiento de la Albufereta y en el de la Pobla de Duc, no puede considerarse un depósito ordenado de las vasijas enteras junto al difunto, sino más bien un ritual que implica la exposición del cadáver dispuesto sobre un lecho de cenizas, para luego cubrirse por los materiales de desecho que atiende el relleno (*Ibid.* 138-139), llegándose a inferir de los restos de fauna la posibilidad de que evidenciaran algún tipo de banquete funerario (Flors, 2010b, 182).

Por lo demás cuadro funerario propio de la fase neolítica más reciente es homólogo al que en los noventa trascendiera de Les Jovades, localizándose restos humanos sueltos en estructuras, si bien aquí pueden identificarse varios de los huesos de los individuos inhumados lo que da pie a pensar sino en inhumaciones secundarias, en inhumaciones primarias, luego alteradas (Polo y García, 400), que conservan restos del ajuar con elementos tan significativos de las necrópolis en cueva como las cuentas de collar en piedra verde o las pequeñas azuelas en piedra pulimentada (Flors –coord.–, 2010, 137).

El avance del estudio antropológico, el propio que hace inferir de los huesos la dieta o la aproximación a la fauna, malacofauna y a los materiales carpológicos y antracológicos que ofrece el yacimiento dan cuenta del carácter multidisciplinar que ha atendido un proyecto coordinado con éxito en el que creo destaca el esfuerzo que se ha puesto en la clasificación de los contenedores y de los rellenos, así como el ingente trabajo que se ha desarrollado al respecto de la clasificación y revisión de la cultura material para, entre otros aspectos, abordar la dispersión de los distintos elementos de un copioso registro, cuyo estudio acometen distintos especialistas, en el que destaca ese cántaro con decoración de un antropomorfo oculado, como una de las mejores expresiones de las creencias de las gentes agrícolas (San Feliu y Flors, 2010, 294) que habitaran la Ribera de Cabanes.

En suma, las evidencias habitacionales del Horizonte Postcardial permiten realizar algunas consideraciones sobre su diferenciación con respecto

260. Característica ésta que no parece afectar sólo a las tumbas (Flors –Coord.–, 2010, 131), destacándose incluso la presencia aislada de alguna piedra de buenas dimensiones que, interpretada como hito (*Ibid.*, 156), se localiza próxima a la mencionada tumba 254/507.

a los poblados de hoyos del Horizonte Jovades-Arenal de la Costa. Una evidente está en la planta del yacimiento, observándose en el postcardial un abigarramiento de silos conformando “graneros” u “áreas de almacenamiento” que no se observa en las planimetrías que recogen la distribución de hoyos que se observan en poblados con materiales únicamente asimilables al *Neolítico IIB* como Les Jovades o como el de Colata de Montaverner que se aborda a continuación.

Como veremos en el caso de Colata, los rellenos de los hoyos hacen considerar su asimilación más a los espacios habitacionales que al campo cultivado, mientras que los rellenos de Benàmer, prácticamente carentes de cultura material, se consideran como los del Tossal de les Basses inmediatos al área de cultivo. Suponiendo la misma funcionalidad de silo, esa diferenciación solamente puede deberse a una diferente gestión del excedente que en Costamar se supone propio de unidades familiares.

Las “áreas de influencia directa” que para los investigadores del Tossal de les Bases caracterizan las cabañas dan cuenta de lo que podría gestionar una unidad familiar, indicándose la presencia de cubetas inmediatas a las chozas de distinta morfología. Todavía no se dispone de mucha información sobre este poblado y sus estructuras, si bien parece que los hoyos más grandes se observan en el área de almacenamiento, de modo que puede pensarse que esas cubetas próximas al espacio habitado pudieran contener, acaso en vasijas, otros productos necesarios en el día a día de la habitación agrícola, o cantidades menores de grano para su consumo inmediato.

Bien separados de las viviendas, la conformación de las áreas de almacenamiento de los yacimientos postcardiales pueden invitar a considerar una persistente conducta de gestión comunal del excedente del cultivo, generando abigarradas áreas de almacén delimitadas por una empalizada a los efectos de protegerlas del tránsito del ganado o cubiertas por una estructura para salvaguardarla de la lluvia.

Esa conducta no es tan evidente en los poblados del Horizonte “Jovades-Arenal de la Costa”. En el caso de El Niuet, aunque no pueda precisarse una estricta contemporaneidad hay silos inmediatos al área que dispone la cabaña caracterizados por una forma en perfil, por más cerrada hacia la boca (Bernabeu *et alii*, 2004, Fig. 2.9), idónea para la preservación de grano, de modo que ahí sí podría hablarse de la conservación de un excedente destinado al consumo de una unidad familiar. Que no se observe la conformación de graneros en los poblados del “Horizonte Jovades-Arenal de la Costa” podría hacer pensar en una sucesión en horizontal de hechos como el que se observa en Niuet, de modo que la imagen de asignación de silos por cabañas o de “apropiación” de grano no invitaría a tanto a presumir la gestión comunal que se deduce en Benàmer, Tossal de les Basses o Costamar. Pa-

recería entonces también discutible que lo que se conserva bajo el área supuestamente techada del yacimiento de la Ribera de Cabanes pudiera reunir las características para establecer una propiedad “hereditaria”.

Como vamos a ver en la tercera parte de esta exposición, sobre ese plano disperso de estructuras que caracteriza los poblados del Horizonte “Jovades-Arenal de la Costa”, deberían dibujarse cabañas desaparecidas, y ahí en atención a la capacidad de los silos proponer diferenciaciones que pudieron hacer destacar familias, y desde ello hacer prevalecer algunas aldeas sobre otras (Bernabeu *et alii*, 2006). Una imagen que de modo nítido, al final veremos se alcanza en la Safor, donde lo excavado en la Vital proporciona una perfecta asignación de silos y cabañas (Fig. 3.41), que hacen ver más diferencias entre familias que esa estrategia común de subsistencia que se intuye en la contemplación de las plantas que proporcionan las aldeas postcardiales.

La imagen de la aldea postcardial aporta otros elementos que ahondan en su percepción comunal. La concentración de los grandes enchanchados en el Tossal de les Basses, en lo que llegan a denominar *Área de cocción* (Rosser y Fuentes, 2007, 22), resuelven un gesto alimenticio colectivo que, a tenor de la cronología cardial previa que ofrece en Benàmer, debe considerarse de larga tradición; manifestación de ninguna manera sugiere aquel hogar con vasija vinculado a la vivienda El Niuet (Fig. 3.10), donde la superficie vinculada a la cocción, sería sólo idónea para los habitantes de la cabaña.

No son las únicas diferencias entre los hábitats de ambos horizontes, si se advierte la presencia de posibles cercados o la disposición organizada o señalada de tumbas primarias en las aldeas postcardiales. Con todo, se sugiere que el “acuerdo” que guarda un colectivo para subsistir en un marco agrícola, parece más estrecho y solidario en el espacio habitacional postcardial, que en los ámbitos propios del IV y III milenio cal ANE, donde las unidades familiares parecen disponer de una asignación más particularizada de recursos.

## EL MODELO DE POBLADO CON HOYOS A PARTIR DE LA INVESTIGACIÓN EN LAS COMARCAS CENTRALES E INTERIORES VALENCIANAS. CARACTERÍSTICAS Y CRONOLOGÍA DE LAS ENTIDADES HABITACIONALES PROPIAS DEL “HORIZONTE JOVADES-ARENAL DE LA COSTA”

Tras la exposición de las novedades que en lo habitacional sustenta el Horizonte Postcardial, para comprender el avance de conocimientos que sobre los poblados con hoyos se determina en el s. XXI es necesario retomar las perspectivas que, al respecto

de esa realidad tradicionalmente vinculada a la vertiente habitacional eneolítica, se alcanzan al final del s. XX. En las comarcas centrales e interiores es donde de manera primigenia se obtienen los conocimientos que permiten considerar un modelo de aldea, que entrado el nuevo siglo se va a reconocer mejor a partir del desarrollo de un intenso programa de prospección y de nuevas excavaciones en La Vall de Albaida. Novedosas interpretaciones incidirán en las posibilidades que ofrece el registro a la hora de estimar fenómenos de desigualdad social en un desarrollo que en su cronología atiende desde c. 3600 cal ANE en atención a las fechas de Les Jovades a c. 2.100 cal ANE, estimando la datación más reciente del hábitat de El Arenal de la Costa (Tabla 3.2).

#### a) La imagen de los poblados con hoyos valencianos en el final del s. XX

Al final de la primera parte de este texto (1.3) habíamos dejado la investigación valenciana con respecto al hábitat característico de *Neolítico IIB* y *IIC-Horizonte Campaniforme* de la secuencia regional en el entorno de la celebración de las Jornadas de Arqueología de l'Alfàs del Pi, donde Joan Bernabeu Aubán (1995) traza la síntesis sobre el *origen y consolidación de las sociedades agrícolas* y se disponen los primeros artículos que, en formato multidisciplinar e insertos en medios científicos como *Saguntum...* y *Recerques...*, presentan las excavaciones realizadas en Jovades, Arenal de la Costa y Niuet (Bernabeu *et alii*, 1993 y 1994), obteniéndose una información que, en lo que afecta al yacimiento tipo que sustenta la noción de *poblado con hoyos*, en su calidad y concepto por primera vez supera las quince páginas que siete décadas antes termina de trazar Vicente Sos Baynat para Villa Filomena.

Se trata de un panorama muy distinto al que en esas fechas se dibuja en aquella imagen pecuaria de habitación semipermanente que hemos visto ofrecía el centro peninsular (Blasco ed., 1994), al resolverse desde el valle del Serpis para las tierras valencianas la ocupación estable y vinculada al cultivo agrícola de los poblados, estimándose los hoyos fundamentalmente como silos. De ello, la imagen por divulgativa más nítida, se ofrece en la exposición que en 1998 se abre en el Museo de Prehistoria de Valencia con título *L'expansió de l'Agricultura. La vall d'Alcoi fa 5.000 anys*, en cuyo catálogo (Bernabeu *et alii*, 1998) se nos presenta un concepto de territorio gestionado desde la aldea agrícola, guardando una perspectiva *focal* y *radial*, como centro desde el que se ordenan las distintas actividades, efectuándose las que necesitan de mayor inversión de trabajo para su mantenimiento y explotación, esto es las agrícolas, en sus proximidades (Fig. 3.29b). En la aldea, ahí

gráficamente representada por contadas cabañas (Fig. 3.28a), como ilustración acorde a su escasa población (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993,44), se almacena y procesa la cosecha para consumo doméstico, realizándose la mayor parte de las tareas cotidianas.

En el modelo, el poblado queda integrado por distintas comunidades domésticas referenciadas por cabañas que asocian hornos y estructuras de almacenamiento, necesarias para un sistema agrícola de rendimiento aplazado (Bernabeu, 1995, 53 y 55). En ese universo productivo, el asentamiento aprovecha siempre las mejores tierras de cultivo de manera que las más óptimas no distan más de 1 km del caserío. La densidad de estos asentamientos vendrá a depender de la disponibilidad de esas tierras propicias para instalar los huertos, de modo que puede darse una habitación dispersa o concentrada. En el caso del Serpis, donde los mejores suelos se disponen a lo largo de los cursos fluviales lo lógico es suponer que se produjera una "agrupación de asentamientos" en las tierras de ribera, de modo que los terrenos se ocuparan por grupos de casas, escasamente separadas entre sí. Se plantea que al principio (*Neolítico I*) pudiera darse una distancia relativa entre los distintos emplazamientos, si bien a lo largo del denominado *Neolítico IIB* primaria la tendencia de la agrupación de aldeas (*Ibid.*, 57).

Sin resolver ningún tipo de complejidad social más allá de la propia del universo tribal y segmentario, el espacio doméstico queda delimitado por los fosos, en la imagen del catálogo, desprovistos de esas empalizadas o elementos defensivos que tanto éxito tienen en las propuestas que, desde el materialismo histórico, se reconocen en Andalucía y que tienen su aceptación en otras imágenes divulgativas como la que, desde el Museo de los Orígenes de Madrid, se ofrece sobre un poblado en ligera elevación, como fuera el de Cantarranas<sup>261</sup>, o aquel de La Alameda que subyacía bajo el castillo homónimo (Fig. 3.28b); fosos que en la propuesta valenciana, como estructuras excavadas, delimitan los espacios domésticos y los huertos con respecto a los campos de cultivo de secano y el bosque (Bernabeu *et alii*, 1998, 23).

La imagen de la aldea que disponía la exposición del Museo de Prehistoria se basa en la planta del poblado de El Niuet y también en esa de El Arenal de la Costa editada en la revista *Alba* (Fig. 3.9), y ahora muy recientemente, en el número 5 de *MARQ. Arqueología y Museos* (Bernabeu, Orozco y Díez, 2012, Fig. 4). En la funcionalidad de los hoyos, de modo explícito recogida en el catálogo del montaje expositivo (Fig. 3.29b), se asume aquel concepto que, como contenedores de grano consignara Luis Siret para los almerienses de Aljoroque, como función acorde a la falta de grandes recipien-

261. Imagen reconocida a partir del artículo "El poblado prehistórico de Cantarranas" publicado en el Blog Dehesa de la Villa. Naturaleza Viva. Está tomada de la *Guía del Castillo de la Alameda y su entorno; Museo de los Orígenes, Ayuntamiento de Madrid*.

tes cerámicos en el registro (*Ibid.*, 27), contrastada desde la arqueología experimental y la observación etnográfica (Reynolds, 1988), con tres posibles finalidades: reserva de alimentación, intercambio o siembra (Buxó, 1997, 178-180); admitiendo también su uso como depósitos de forraje (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 43), valorando al respecto propuestas que se trazan para la Champagne Crayeuse (Villes, 1981), bien aceptadas desde el estudio de la fauna en Les Jovades, en atención a la importancia de la cabaña bovina y sus necesidades alimentarias en la temporada invernal (Martínez Valle, 1993, 146).

En la propuesta que se traza al final del s. XX los fosos no parecen determinarse previamente a ese *Neolítico IIB* (esto es, antes de un Neolítico Final de cerámicas lisas), que a ese respecto, se ejemplifica con el hábitat de El Niuet, no disponiéndose todavía de indicios en cuanto a que los enterramientos practicados en fosas resulten anteriores a aquellos campaniformes que se observan en Villa Filomena o en el Arenal de la Costa (Bernabeu, 1995, 53 y 54).

Tras la exposición de la información que ahora dispone la vertiente habitacional del horizonte postcardial puede subscribirse que en poco más de un decenio, y a partir de los datos que en que primer término avanza la investigación en La Vall d'Albaida, esa imagen va a tener que matizarse en atención a la mayor amplitud cronológica de las estructuras arqueológicas que integran la aldea y también por la mayor complejidad que la investigación aporta al modelo habitacional. En relación con las estructuras, las tumbas dispuestas en el espacio habitado alcanzan ahora una horquilla cronológica que afecta desde V milenio cal ANE hasta el campaniforme (Bernabeu, 2010); de los recintos de fosos queda abierta la posibilidad de que pudieran consignarse a lo largo de esa enorme horquilla cronológica (Bernabeu, Orozco y Díez, 2012); y de los contenedores se resuelve una conducta milenaria, que hace del silo sinónimo de una ocupación estable, como ingenio propio de sociedades con una economía de rendimiento aplazado, que permite el mantenimiento de una dieta a la vez que la reproducción del ciclo económico (García Atienzar, 2010, 44). La distribución, capacidad o propuestas de gestión no sugieren una imagen uniforme, desvelándose diferentes aspectos que deben entenderse dentro del proceso histórico propio de las comunidades agrícolas que, lejos de explicarse como estático, tampoco debe presuponerse lineal.

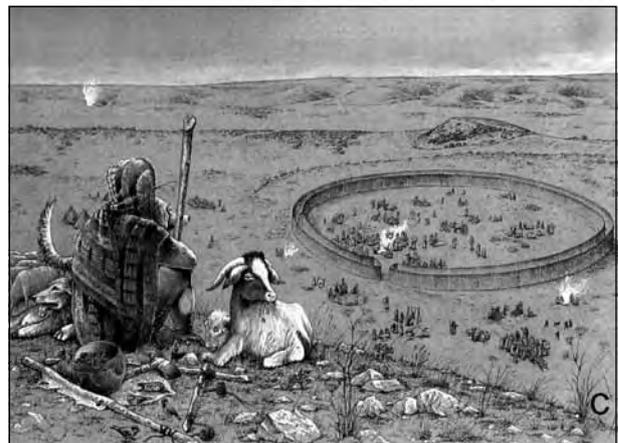
Habrá entonces que considerar las diferencias que, con respecto a ese hábitat postcardial que prefiere la agrupación de estructuras –cabañas, tumbas y silos– en un espacio dotado de una cierta organización, guardan los poblados con hoyos de la segunda mitad del IV y primera mitad del III milenio a.C., donde el ingente cúmulo de datos favorece nuevas interpretaciones que matizan esa imagen de aldea socialmente igualitaria poblada por un escaso número de habitantes.



a



b



c

Figura 3.28. a) Reconstrucción de una aldea neolítica con silos y recinto de fosos a partir de la investigación del Serpis (Bernabeu *et alii*, 1998, 22); b) Reconstrucción del poblado con fosos sobre elevación de La Alameda, Madrid (Sáez, 2010, 4 y 7); c) Reconstrucción del recinto de la Revilla del Campo de Ambrona, Soria (Rojo *et alii*, 2008, 66).

#### b) Los avances de la investigación en la Vall d'Albaida.

De la imagen aportada al final de los noventa sobre la cuenca media del Serpis es buena continuidad la que, a mediados de la primera década del siglo XXI, se logra en La Vall d'Albaida. De este modo, las actuaciones desarrolladas en esa comarca revelan una de las áreas más fructíferas para el conocimiento de los poblados con hoyos, destacándose los trabajos que, a ese respecto trazarán profesionales vinculados a la Universidad de Valencia, considerándose aquí, en primer término y sólo a efectos de redacción, las aportaciones de Josep Pascual Beneyto, autor adscrito al proceso de investigación del Arenal de la Costa, que hace del yacimiento tipo buen objeto de su vocación y estudio, partiendo de la experiencia de prospección

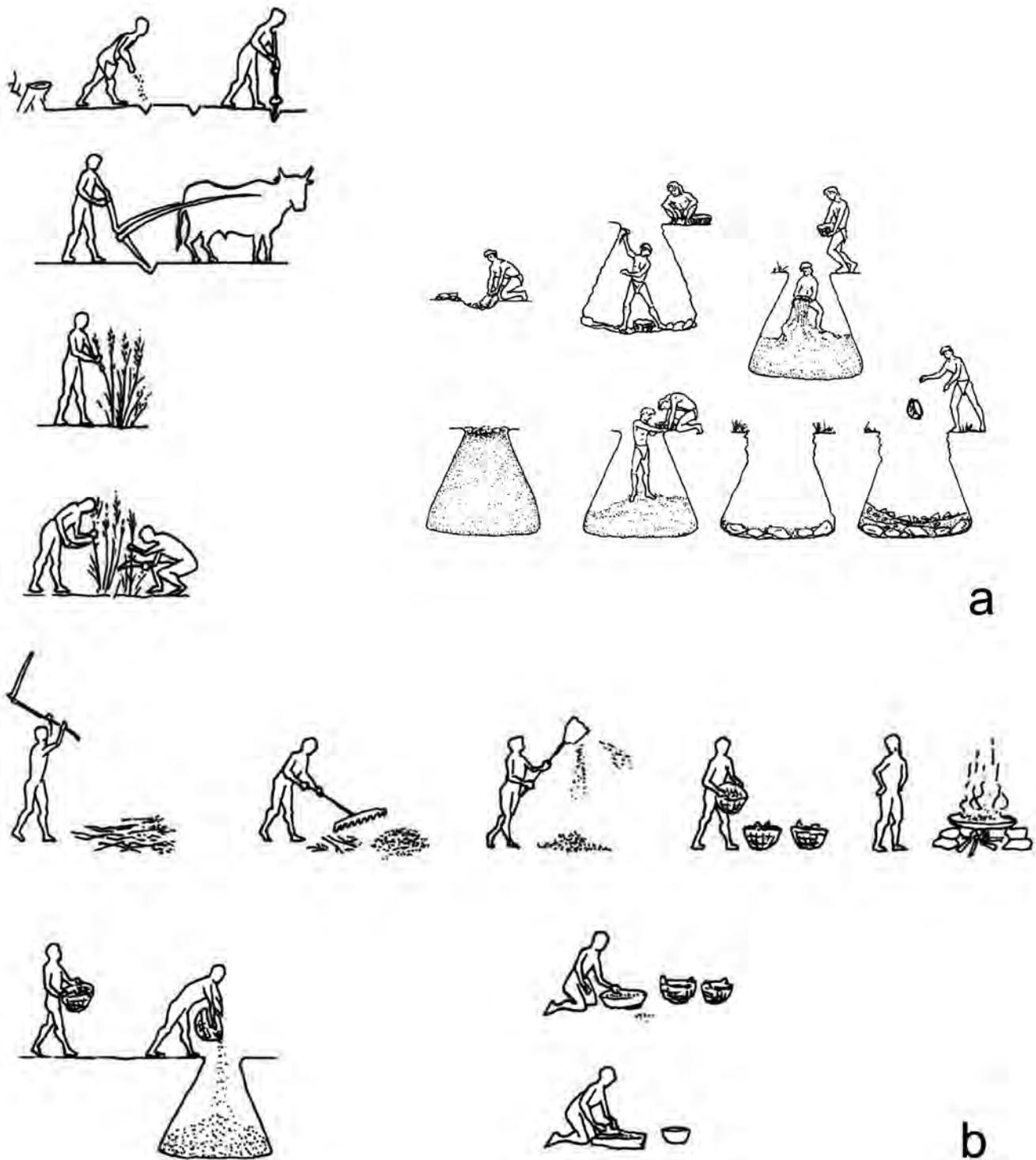


Figura 3.29: a) trabajos agrícolas –siembra, cosecha, trilla, desgranado, tostado, almacenaje y molienda–; b) proceso de construcción y abandono de un silo (Bernabeu *et alii*, 1998, 32 y 33).

sobre el terreno de la que trascienden datos que permiten identificar nuevos yacimientos con hoyos en las cabeceras de los ríos Clariano y Vinalopó<sup>262</sup> (Pascual Beneyto 1993); luego ante el peligro de su destrucción en su previsible enorme extensión (*Ibid.*,

116) sólo sondeados<sup>263</sup> y dados a conocer en un formato de artículo sucinto en *Recerques...*, como el de l'Illa y la Casa Glòria de Bocairent, donde se identifican respectivamente 12 y 2 hoyos (Pascual Beneyto, 1996; 2000 y 2010, 28-32 y 34; Ribera *et*

262. Además de otros en llano sólo identificados por la recogida superficial de materiales, como Les Dotze (Alfafara-Bocairent) al que se atribuye una cronología cardial si no epipaleolítica (Pascual Beneyto, 1993, 112); o El Rotglar (Bocairent), asimilado al *Neolítico IIB* (*Ibid.*, 119). En una publicación reciente se amplía la información reseñándose nuevas localizaciones en el área entre las que destacan Solanetes, Bancal Roig o Santa Bàrbera, también asimilados al *Neolítico IIB* (Pascual Beneyto, 2010).

*alii*, 2004, 187); a modo de anotación como El Pla, en el mismo término municipal, con la localización de 3 hoyos (Pascual, 2010, 38-39); o como el Molí Roig de Banyeres (L'Alcoià), donde se traza un panorama en formato de artículo algo más extenso, resultado de la prospección y de dos excavaciones de urgencia planteadas una década antes, para dar a conocer 9 hoyos de los que se sugiere un relleno rápido (Pascual y Ribera, 2004, 134), mencionando otros yacimientos conocidos o inéditos de l'Alcoià – Comtat y La Vall d'Albaida, y presentando un registro material asimilado al llamado *Neolítico IIB*, con contados materiales fuera de esa pauta cronológica –correspondiente a aquel *Eneolítico Inicial y Pleno* de la bibliografía tradicional valenciana–, como un brazalete de pectúnculo, posible vestigio previo; o un fragmento de campaniforme pseudoexciso, éste seguro testimonio de una mayor perduración del asentamiento (*Ibid.*, 142 y 145-146).

Si bien la planta del Arenal de la Costa (Fig. 3.9) por contener hoyos, cabaña y fosos es la más nítida y completa, las aportaciones que en el s. XXI se consiguen con la publicación de información en artículos sobre el Camí de Missena de La Pobla del Duc y Colata de Montaverner permiten ampliar el conocimiento de los poblados con hoyos en dos direcciones, la de la temporalidad de este tipo de manifestaciones que pasa de resultar la vertiente habitacional propia del “Eneolítico Inicial y Pleno”, o “Neolítico IIB/IIC”, o “III milenio” a convertirse en una realidad con una cronología que, sin dejar de ser característica, sobrepasa ese concepto; y la que atiende al método de investigación de las estructuras, como mejor herramienta para la comprensión gestión del espacio habitado.

De los yacimientos recogidos en sucintas comunicaciones a congresos, Camí de Missena<sup>264</sup> resulta principal, de modo que se convierte en uno de esos enclaves que, con su completa publicación en un marco que recogiera las otras realidades todavía

inéditas de La Vall d'Albaida<sup>265</sup>, se podría mejorar ostensiblemente el conocimiento de los poblados con hoyos que atiende una comarca donde, con toda la información aquí reunida, podrían reconocerse unos cuarenta asentamientos<sup>266</sup>.

La mejor imagen del poblado con hoyos que, en su futura y obligada monografía, debería presentar Missena radica en primera instancia en la combinación de aspectos como un buen número de “silos” y “fosas” (79 unidades)<sup>267</sup> –un rasgo característico de Jovades o Colata–, con la presencia de tres o cuatro segmentos de foso –como aquellos advertidos en El Niuet o El Arenal de la Costa–, que en su disposición, por inmediata cortada por el barranco que afecta el cauce del río Missena (Fig. 3.30), envuelven un área que integra 17 de las estructuras de almacenamiento, faltando, para completar el cuadro habitacional cabañas –similares a aquella localizada en el próximo Arenal de la Costa–, aquí supuestas inmediatas a las estructuras siliformes (Pascual, Barberá y Micó, 2005, 804-806).

Desde luego, su exhaustivo estudio debería proporcionar buenas claves por cuanto que en Missena se anota algún rasgo, por otra parte sugerido en la bibliografía comentada de la Comunidad de Madrid –*vide* El Espinillo (Baquedano *et alii*, 2000 126)– como aquel de la cierta especialización de los depósitos, de modo que los elementos óseos (útiles y fauna) no se localizan en un tercio de las estructuras. De otra parte y sin mostrar dudas, quienes anuncian el yacimiento subscriben el modelo previsto en Jovades y Colata en cuanto a la funcionalidad de los hoyos como silos y su posterior amortización; o la desaparición de las estructuras aéreas, no descartando para los fosos un amplio abanico que admite el drenaje, la función defensiva o, como novedad, un tanto innecesaria por la proximidad del cauce, su aprovechamiento como aljibes para el ganado (Pascual, Barberá y Micó, 2005, 806).

263. En el caso de la l'Illa el autor asume el compromiso de excavar cuatro silos en un área sometida a un proceso de remoción de tierras. Con el correspondiente permiso, la rápida actuación del arqueólogo permite la recuperación de indicios (Pascual Beneyto, 1996, 183). En 1999 en La Casa Glòria no pudo impedirse la pérdida de los hoyos visibles o cortados por las obras de construcción de una fábrica, pudiéndose recoger materiales y documentar tan solo dos hoyos prehistóricos (Pascual, 2000, 167). En lo que corresponde al Molí Roig el cuadro es peor, denunciándose en el texto la desaparición de unas cuarenta estructuras por el trazado de un gaseoducto en 1997 y por la ampliación de las instalaciones de una fábrica textil en 2000 (Pascual y Ribera, 2004, 131-132). Por información personal del mismo Josep Pascual sabemos de la pérdida de más estructuras en Banyeres de Mariola en los yacimientos de El Morer, la Cantonera Gil Sanç y Les Barranquetes.

264. Localizado en 2002 en las prospecciones previas al trazado de una carretera entre l'Ollería y Bélgida, se excava en la primavera de 2003 (marzo-mayo) (Pascual, Barberá y Ribera, 2005, 803).

265. Gracias a Josep Pascual sabemos de la actuación arqueológica en El Pepelillo de Agullent donde se excavaron 22 hoyos en 2008; el Barranc dels Llombos de Benissoda, donde se excavaron 7 el mismo año; o el Pla d'Aguiló de Xativa y el El Vecinill de Ontiyent, donde a principios de este siglo se excavó un hoyo en cada uno.

266. Quedan localizados en mapa que recoge el “poblamiento eneolítico” de “básicamente el III milenio” los enclaves de Les Piles, Punta de Tirirà, Punta de Morera, Vecinill-I, Arenal de la Costa, Punta de Torús, Les Dotze, L'Illa, Santa Bàrbera, Glòria-I, Cabeço de San Antoni, Rotglar, Galbis-I, Molí Roig, El Morenet, La Llobera, L'Escaig, Sifó de Fanegades, Rendaguanya, Màndola, Camí de l'Alfogàs, Beniprí, Caseta de General, L'Atarcó, El Bolot, La Font de Mahiques, El Tabaquer, El Bellusero-I, Ca Martí I, Tossal Calvari, Camí de Missena y Pla de San Antoni. Con la publicación del yacimiento de Colata de Montaverner, se amplía este “noticiero” con la mención de otros como Llovera I en Agullent o El Bolot de Alfarrasí, indicando que muchas de las referencias responden a materiales superficiales y a noticias antiguas (Gómez *et alii*, 2004, 53).

267. Las dimensiones de las estructuras varían entre 73 - 196 cm (diámetro superior), 66 - 279 cm (diámetro en la base) y 12 - 174 cm de profundidad. Presentan una sección troncocónica, troncocónica invertida y cilíndrica (Pascual, Barberá y Micó, 2005).

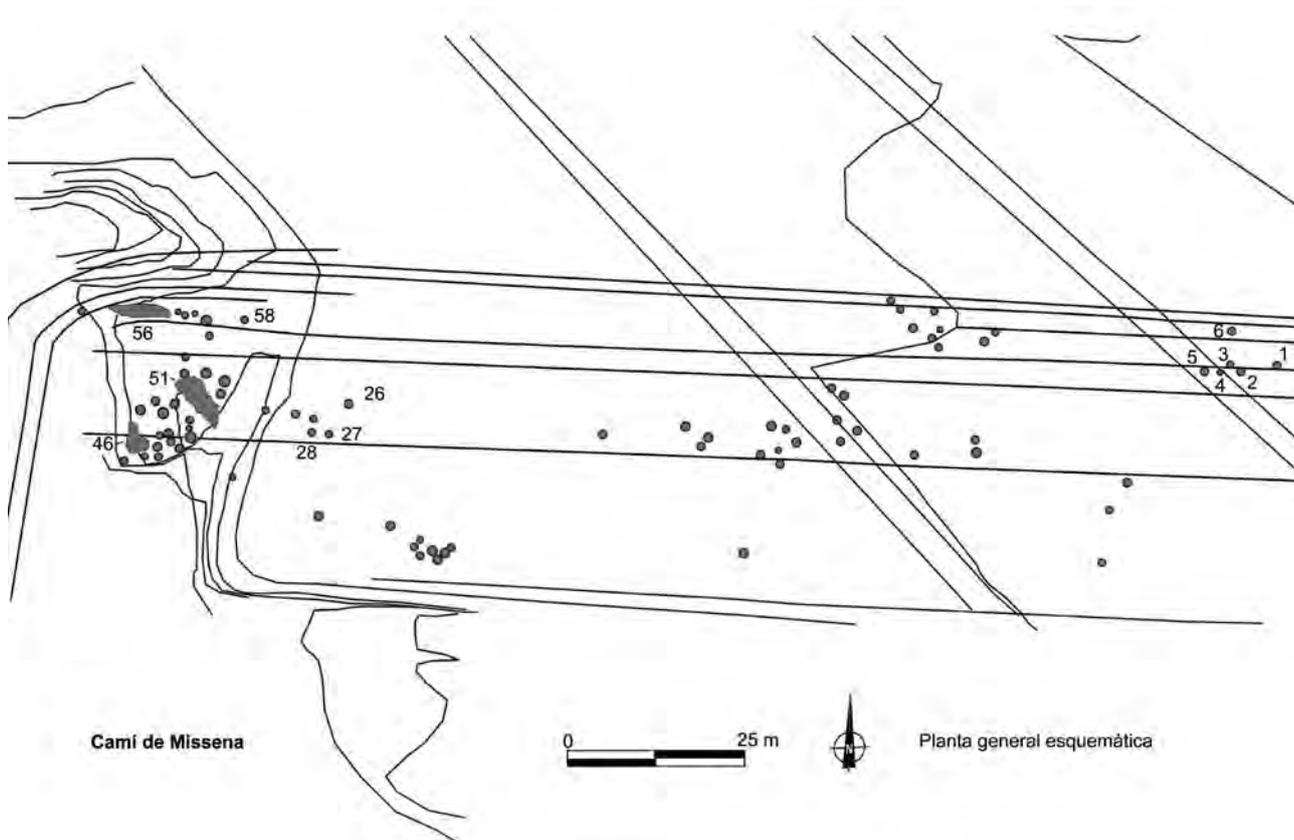


Figura 3.30. Planta general del yacimiento de Camí de Missena con los hoyos y los segmentos de foso. Imagen proporcionada por J.LI. Pascual Beneyto.

El inmenso a la vez que monótono registro material, en el que destacan los 15.000 fragmentos cerámicos recuperados, se ve enriquecido por un fragmento de ídolo oculado (*Ibid.*, 811) —una presencia antes mejor advertida en el Niuet, donde se identificó uno en el relleno del silo 3 y dos en aquel más reciente del foso o *Estrato I* (Pascual, 2009, 86)—, y un excelente conjunto lítico, en el que sobresalen los elementos de hoz y una selecta presencia de puntas de flecha (*Ibid.*, Fig. 6); útiles todos que en la publicación que pudieran generarse deberían relacionarse con las estructuras, a los efectos de las consideraciones que pudieran extraerse de su presencia dispersa o conjunta en el contexto.

También Camí de Missena fue novedoso por presentar un conjunto de materiales cerámicos impresos de instrumento, incisos o peinados que remontaban su ocupación a los horizontes epicardial o postcardial (*Ibid.*, 807) —materiales antiguos que ahí se estiman en el relleno de los fosos (Bernabeu, *et alii*, 2012, 84)—, una consideración bien consignada en caso del silo con cerámicas peinadas de Montes I, localizado en el casco urbano de Ontinyent (Ribera *et alii*, 2004, 187), y aunque menos nítida, a tener muy en cuenta en el Arenal de la Costa, como hábitat próximo donde campaniforme y peinadas (Pascual y Ribera, 1997, 31) coinciden en los rellenos de los dos anillos de fosos —estructuras BVI (Bernabeu y Guitart, 1993) y B 36 y B40 (Pas-

qual y Ribera, 1993)—; resultando buen testimonio de esa presencia temprana en el yacimiento de la Pobla del Duc el hallazgo de un enterramiento en decúbito localizado en una fosa muy poco profunda, acompañado de uno de esos cántaros, bien determinados en las cuevas redil de esos horizontes neolíticos (Soler, 2008), que dispone de una datación inédita que remonta su óbito a los mediados de la primera mitad del V milenio cal ANE (tabla 3.1)<sup>268</sup>.

Por previa, la localización de esa inhumación, pone sobre la mesa aquel comentario extraído de la bibliografía (Martínez Navarrete, 1987, 61; Bernabeu *et alii*, 2012, 84) en cuanto a la dificultad de establecer, por carentes de orden estratigráfico, una ordenación temporal de las estructuras halladas, aquí más que a ras de suelo, tras despeje de pala cavadora, siendo una exigencia a contemplar en su necesaria monografía, tratar de delimitar en el espacio (Fig. 3.23) las diferentes fases que atiende el asentamiento.

La datación de la inhumación de Missena confirma estos indicios que a efectos de investigación son los primeros de esa habitación postcardial que luego, a partir de 2007 se descubre con inimaginable entidad y que, por razones de mejor comprensión en atención a la cronología precedente, se han considerado en el apartado previo. Realmente lo que se anuncia en Missena es lo que luego se va a comprobar en Costamar, donde los hoyos que

268. Agradezco a Josep Pascual la información relativa a esta datación.

la arqueología descubre en un mismo plano horizontal responden a dos realidades diferenciadas, la propia de los horizontes neolíticos posteriores al cardial y la que atiende a los poblados del horizonte “Jovades-Arenal de la Costa”.

En los primeros años del s. XXI la investigación de Colata asume y desarrolla la imagen prevista en la exposición del Museo de Prehistoria de Valencia, al estimarse fuera “un pequeño núcleo permanente de hábitat, ocupado por varias familias que almacenaron sus cosechas en silos familiares junto a sus casas y no muy lejos de los campos de cultivo” (Gómez *et alii*, 2004, 121). La asunción es lógica por cuanto que la investigación de este yacimiento, localizado en una de las terrazas del río de Albaida, es continuidad de la antes desarrollada en Jovades, Arenal de la Costa y Niuet por el mismo Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valencia que suscribe la presentación de los datos, guardando ese formato multidisciplinar que recurre a la fórmula del artículo extenso en revista especializada, ahora muy enriquecido por el enorme cúmulo de información que trasciende de la *formación del paisaje agrario* que se traza en la Comunidad de Madrid (Díaz del Río, 2001; Gómez *et alii*, 2004, 120-121).

El esfuerzo que ahora encabezan Magdalena Gómez y Agustín Díez pone de nuevo sobre la mesa la eficacia que guardan las actuaciones arqueológicas realizadas a dictamen del marco legal que provoca la construcción contemporánea, cuando para la dirección de éstas se cuenta con perfiles de clara vocación científica que hacen del tema objeto de estudio<sup>269</sup>. Colata significa un buen referente para marcar con sello propio la investigación del s. XXI, porque avanza una metodología novedosa y ajusta la cronología, una vez que su publicación coincide con el cambio de léxico que atiende la plena incorporación de las dataciones calibradas, de modo que el concepto “poblado del III milenio” que ha hecho clásico la obra que Joan Bernabeu coordinara para Jovades y Arenal (Bernabeu *et alii*, 1993), pasa a consignarse bien en la segunda mitad del IV milenio, prolongándose su concepto hasta el primer cuarto de la segunda mitad del III milenio cal ANE., en atención a la fecha del contexto campaniforme de El Arenal de la Costa –Tabla 3.2– (*Ibid.*, 2004, 54). Nos sirve esa horquilla para distinguir un horizonte habitacional que en atención a esas dataciones es correcto denominar *Horizonte Jovades-Arenal de la Costa*, que gracias en gran medida a la información que se compila en Colata, resuelve características diferenciadas de aquella

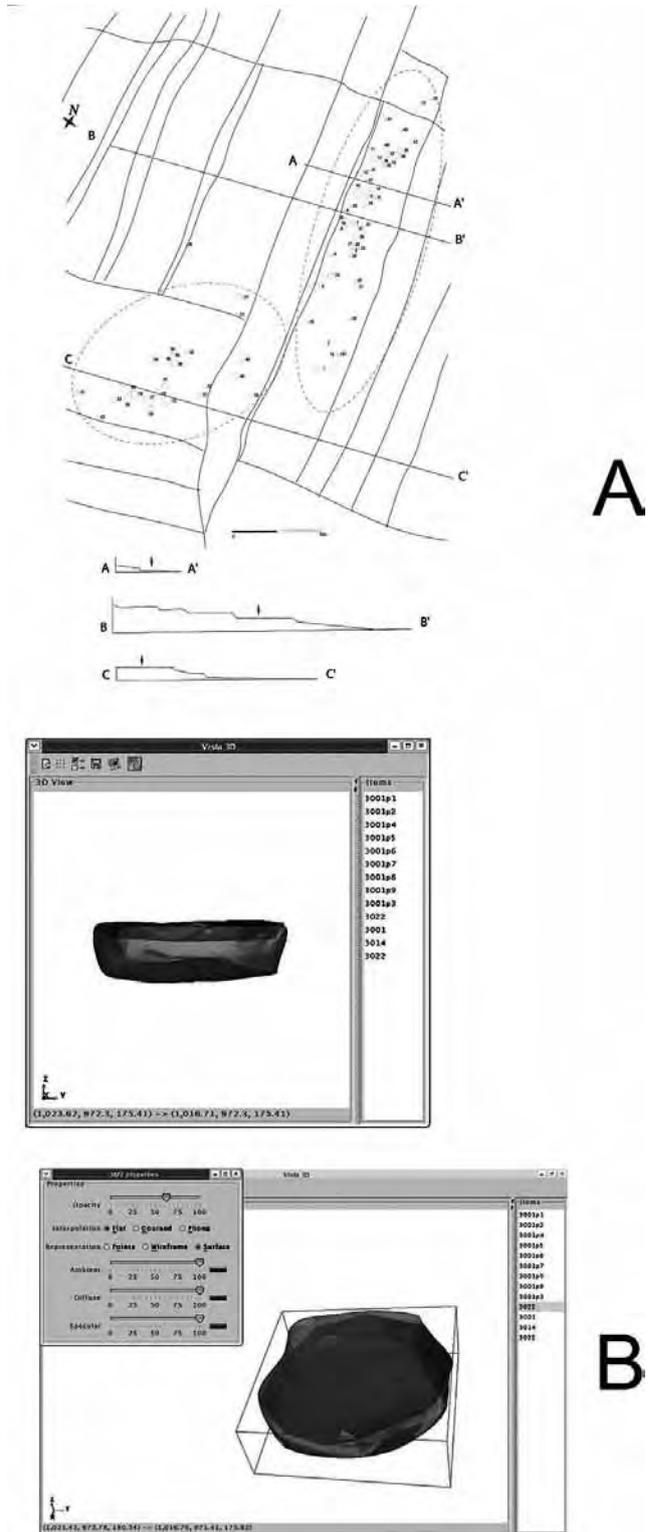


Figura 3.31. Colata A: Perfiles topográficos con indicación de los bancales donde se han hallado las estructuras; B: Reconstrucción de volumen de una estructura de Colata con el programa Sidgeipa (Gómez *et alii*, Figs. 2 y 3).

269. El yacimiento se reconocía con la denominación de Tossal Calvari (Ribera *et alii*, 2004, 187). La excavación del yacimiento se produjo de enero a mayo de 2003 resolviéndose su publicación de manera inmediata en 2004 en el nº 13 de *Recerques del Museu d'Alcoi*, ocupando 75 páginas y dando entrada a once autores especializados.

270. Los depósitos subterráneos se analizan formalmente con un método que recuerda al análisis geométrico que se aplica para las formas cerámicas para concluir que la mayor parte de las 49 estructuras documentadas tienen una planta circular y fondo convexo o plano, señalándose más casos con la boca más ancha que el fondo (sección troncocónica invertida) que viceversa (sección troncocónica) o equivalente (sección rectangular) (Gómez *et alii*, 2004 63: Cuadro 2).

realidad previa y postcardial que afecta el V y la primera mitad del IV milenio cal ANE.

Al respecto de la cronología no hay que dejar de obviar que el yacimiento de Montaverner es el primero en beneficiarse de análisis sobre muestras de vida corta, situándose las dos fechas que dispone sobre semillas de cereales hacia el final del IV milenio (Tabla 3.2) cal ANE; y en ese aire de novedad que caracteriza el cambio de siglo, en Colata es donde se aplican por vez primera y con metodología propia modelos informáticos en 3d para reconocer el volumen y forma de las estructuras<sup>270</sup>, partiendo de una excavación de perfecta metodología y afinado procedimiento de recogida de muestras mediante flotación, con resultados sólo menoscabados por esos problemas –a esta altura de redacción por recurrentes del todo familiares al lector– que no cejan en el principio de siglo, provocados por los diferentes intereses que intervienen en este tipo de excavaciones, circunstancias que impidieron la excelente aplicación de método en todos los casos, ante la premura de los plazos marcados para la intervención arqueológica (*Ibid.*, 59).

Entre las variantes interpretativas a la hora de consignar la causa del relleno –cultural, depósito de basura o accidental– los autores del trabajo, se decantan por la del vertido de desechos puntuales, o de tierras y piedras resultante de la excavación de otras estructuras, asumiendo esa interpretación clásica que hace de la amortización función secundaria del silo (*Ibid.*, 65 y 114). La observación sedimentológica, tomando en cuenta las anotaciones que trascienden al respecto del contenido de fosas amortizadas en la Plana del Penedés (Mestres, Farré y Senabre, 1998), sugieren su colmatación rápida, siendo especialmente interesante la diferente densidad de hallazgos en los hoyos, dictaminando concentraciones significativas de un registro material en el que predomina la cerámica y la fauna en contados de ellos (Gómez *et alii*, 2004 65).

El interés de Magdalena Gómez por los restos de barro cocho (*Ibid.*, 83-85) consigue las mejores evidencias de las construcciones aéreas del poblado, que con seguridad existían y también de las tapaderas, como indicio vinculado a la primera funcionalidad del agujero como silo, si bien caben otras interpretaciones para algunas estructuras negativas concretas en las que no se descarta algún tipo habitación semisubterránea que, con posibles postes y banco, sin ser similares nos recuerdan las comentadas del andaluz Polideportivo Martos; o la de otras de sección irregular que pudieran haberse destinado a almacenamiento de ese forraje (*Ibid.*, 115-116) sugerido desde la investigación de la fauna de Les Jovades. Hay también peculiaridades como la de aquel gran recipiente de barro

y argamasa observado en el interior de un hoyo que podría haber contenido alimentos (*Ibid.*, 118), un detalle que antes se observa en El Arenal de la Costa, cuando identificándose fragmentos de barro cocho en uno de los hoyos, se propone su asimilación a grandes jarras o contenedores de almacenaje (Pascual y Ribera, 1993, 51).

Los datos de Colata nos permiten observar con una lente más precisa la imagen habitacional de los poblados con hoyos característicos de esos más de mil años que cubre el *Horizonte Jovades-Arenal de la Costa* (Tabla 3.2). En lo que afecta a la gestión de los silos en primer término hay que indicar que la aplicación informática es una herramienta muy útil para el cálculo de capacidad, destacándose la concentración en planta de algunos de esos más grandes que alcanzan los 2.500 l, un tamaño reducido en comparación con aquellos de más de 4.000 l y 5.000 l de Jovades<sup>271</sup> (*Ibid.*, 117); y después hacer ver la opinión de los autores que, a diferencia de otros que sugieren su excavación cerca del campo de cultivo que, en lo que afecta al secano y en su extensión, puede no resultar tan inmediato a la aldea (Bernabeu, 1995, 58), los sitúan próximos a las posibles cabañas, teniendo en cuenta el carácter doméstico del material vertido dentro cuando éstos se amortizan.

La diferencia entre las dos dataciones de Colata obtenidas de rellenos de las estructuras más grandes sugiere una habitación a lo largo de unos tres siglos (*Ibid.*, 121) –un margen menor al de los 500 / 600 años estimado en Jovades (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 44; Bernabeu *et alii*, 2006, 108)–, por parte de unas diez generaciones que de manera paulatina irían abriendo, usando y amortizando estructuras en un paisaje que, a partir de la estimación de datos que proporcionan los análisis sedimentológico, carpológico, faunístico y antracológico, admite la ubicación de campos de cultivo en lugares precisos sin que existan datos que avalen la continuidad de esos primeros gestos neolíticos que, para abrirlos, recurren a la deforestación. Una imagen en definitiva de territorialidad y estabilidad de una economía agropecuaria muy acorde a aquellas expresiones comentadas en la parte segunda de este texto (Bellido, 1996), en cuanto a que el trabajo agrícola requiere la permanencia continuada en las inmediaciones del campo de cultivo, que lejos de resultar afines a esos modelos culturales que abogan por el movimiento de las poblaciones en el cuarto milenio cal ANE (Marques y Jiménez, 2010), podrán ser base de propuestas de jerarquización de corto recorrido que a mediados de esta década van a trazar una imagen más compleja de los poblados con hoyos (Bernabeu *et alii*, 2006).

271. En función de la capacidad se distinguen cuatro categorías de silos, pequeños: menos de 500 l, medianos: 500 - 1.500 l, grandes: 1.500-2.500 l y excepcionales: mayores de 2.500 l (Gómez *et alii*, 2004, 116).

c) El análisis de los poblados con hoyos centro meridionales al albur de propuestas de desigualdad en las sociedades segmentarias de la segunda mitad del IV milenio cal ANE

Desde la perspectiva de una ocupación prolongada y únicamente atestiguada por materiales arqueológicos acordes a las dataciones radiocarbónicas que ofrece el yacimiento de Colata de la Vall d'Albaida, donde no cabe subscribir el funcionamiento contemporáneo de todas las estructuras exhumadas (Gómez *et alii*, 2004, 121), surgen algunas consideraciones y comentarios sobre el modelo que guiara aquella exposición de *la expansión de la agricultura*, que en 1998 se realizara en el Museo de Prehistoria de Valencia, tomando en cuenta los textos de partida de su formulación, matizados en las últimas propuestas. Aunque se destaca la aldea (Fig. 3.28a), en el modelo cobra el campo cultivo todo un peso específico al instalarse el hábitat abierto en sus proximidades, cerca del curso de agua, en ocasiones interfluvio (Bernabeu *et alii*, 2012, 71). No en vano, a aquel se debe en definitiva la disposición del asentamiento, una vez que, a diferencia de propuestas trazadas para otras áreas de la Península Ibérica, se hace de la agricultura (Bernabeu, 1995) el factor clave de su desarrollo.

En lo que respecta a la demografía en los últimos años ha habido cambios de concepto que modifican la imagen de la pequeña aldea prevista en la exposición del Museo de Prehistoria de Valencia, donde el número de habitantes se estima escaso, tomando como referencia aquel cálculo de Jovades que, sirviéndose del medio millar de años previsto para su ocupación y de la planta que el yacimiento ofrecía nada más finalizar la excavación de 1991, vinculaba la realización de los dos centenares de hoyos a la habitación de 2 comunidades familiares, estimando sin muchos mimbres un número de residentes de 8 ó 16 personas, o todo lo más el doble (16-24), que podrían tener en funcionamiento simultáneo unos 4 silos o depósitos (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 44).

Un cuadro uniforme que en el siglo XXI, tras el impacto que provoca la publicación de los datos que reporta la arqueología de gestión en áreas como la de la Comunidad de Madrid, comenzará a variarse al tomarse en consideración nuevos factores en la conformación del yacimiento que obedecen a fenómenos de agregación social y de claro incremento demográfico (Bernabeu *et alii*, 2006; Bernabeu *et alii*, 2012, 80), si bien todavía, por no cuantificado, no suficientemente dimensionado.

Hay dificultades para la comprensión espacial, teniendo en cuenta que se está frente a plantas muy parciales con respecto a la que dispondrían los yacimientos de no haber sido sometidos a fenómenos de erosión desde la instalación de los poblados, o de destrucción en nuestra contemporaneidad. Dificultades para comprender la extensión y límites de los yacimientos de hoyos y también de estratigra-

fía, sino se cae en la tentación de construir teorías que se basen en el contexto arqueológico aparente que proporciona el hoyo relleno, como aquella que sostiene la "hipótesis de la reposición", y se piensa en la pérdida no sólo de todas las construcciones aéreas que pueden deducirse de la dispersión de fragmentos de barro, de materiales superficiales o de aquella amalgama de tierras y piedras que afectaba el "túmulo" de Villa Filomena, sino también en gran parte de los mismos hoyos, muchas veces desprovistos de todo su desarrollo superior. Esos condicionantes, muy acrecentados por las pérdidas de la construcción contemporánea no hacen imposible considerar que yacimientos en apariencia reducidos fueran mayores o, incluso que algunos carentes de recintos de fosos, hubieran podido tenerlos.

Muy recientemente se ha hecho constar que los yacimientos con hoyos son auténticos palimpsestos de ocupaciones que se prolongan en el tiempo con o sin solución de continuidad (Bernabeu, 2012, 84), poniendo de nuevo sobre la mesa ese problema, por otra parte detectado hace décadas, que subraya la falta de estratigrafías que atienden este tipo de contextos, donde es muy difícil establecer la secuencia de excavación de las distintas estructuras, de no ser que existan claras diferencias en los registros materiales que caracterizan sus rellenos (Martínez Navarrete, 1987, 61). Independientemente de los inconvenientes que atienden las muestras de vida larga, a este respecto, y siendo conscientes de toda la problemática que afecta a este tipo de yacimientos, de no estimarse un orden de expansión del espacio habitado, de Les Jovades puede parecer muy impreciso haber vinculado las estructuras halladas en la campaña de 1987 con una temporalidad previa -IIB1- a las de 1991 -IIB2- (Bernabeu *et alii*, 1994, 72), en atención a las dos dataciones que de ahí trascendieron (Tabla 3.2), tomadas de los rellenos de los silos más grandes, 129 y 165 (Pascual, Bernabeu y Pascual, 1993, 40-41).

Aunque en este tipo de poblados se asuma a los recintos de fosos como de delimitación de espacios habitados (Orozco *et alii*, 2008, 176), no se está todavía en condiciones de relacionar cronológicamente los fosos y las estructuras siliformes en aquellos yacimientos donde se determinan (Bernabeu, 2012, 84). A este respecto sería imprescindible disponer de un mayor número de dataciones de vida corta de los contextos principales que sostienen el modelo de poblado abierto, por ejemplo las de los restos humanos de El Arenal de la Costa; y tampoco no dejar de obviar problemas en la conjunción de materiales de distinta cronología en los fosos -caso de Arenal de la Costa y Camí de Missena- que podrían resultar de una excavación de los mismos afectando hoyos previos de menor entidad, como el que acoge el cántaro y los restos humanos de Camí de Missena (Soler, 2008, 67).

En lo que respecta a la relación de las viviendas con los fosos, pese a disponer de nuevas fechas de vida corta, la vinculación todavía no debería darse

por precisa en lo que respecta a El Niuet, donde la cabaña exhumada se descubre sobre el relleno del foso y no hay modo de comprobar su contemporaneidad con respecto a un escasamente evidenciado recinto exterior<sup>272</sup>. Incluso la imagen más nítida que al respecto ofrece Arenal de la Costa debería ponerse en reserva hasta aclarar la incógnita que atiende la coexistencia de materiales a priori de distinta cronología<sup>273</sup>, en una excavación que no se realiza en las mejores condiciones –por no parar las obras que la afectaban–, y que tiene muy alterada el área que media entre la cabaña y los fosos (Fig. 3.9c), no siendo imposible considerar la construcción de la primera cuando los fosos ya están excavados y en avanzado proceso de amortización, como tampoco sostener un gesto de mantenimiento de la delimitación del área que envuelven durante un largo periodo de tiempo, preservando su memoria, como de otra parte se sugiere para explicar la presencia de materiales campaniformes en los tramos superiores del relleno del foso localizado en l'Alt del Punxó de Muro, paquete sedimentario para el que se disponen dataciones (tablas 3.1 y 3.2) y evidencias materiales basales, propias del IV milenio cal ANE (García, Barton y Bernabeu, 2010, 85).

Con todo, hay un dato tremendamente sugestivo cuya lectura también se anota en aquellos primeros textos referidos a los poblados con hoyos de la Comunidad de Madrid, cuando como inconveniente estratigráfico se hacía constar la rareza de los cortes o intersecciones entre los hoyos<sup>274</sup> (Martínez Navarrete, 1987, 61), y ello sugiere que, aunque ahora se nos escapa habría un orden en la ocupación del asentamiento abierto, cuya disposición acaso más que intencionadamente radial podría haber estado condicionada por el paisaje, buscando la proximidad al cauce y al campo de cultivo, extensión que es la que en definitiva justifica la instalación, donde el foso, cuando existe, no siempre ocupa el área central sino que puede determinarse en un extremo de la dispersión, algo que en Camí de Missena se evidencia al observarse ahora afectado por el mismo barranco que corta el río –Fig.3.30– (Bernabeu *et alii*, 2012, 71).

Sin dejar de visualizarse, como ocurre en el caso de aquel silo nº 5 de Niuet que corta parcialmente un foso (Bernabeu *et alii*, 2004, 25), o quizá

en aquellas estructuras irregulares que se observan en Colata, acaso provocadas por reexcavación, y siempre trabajando con la hipótesis del hoyo excavado para silo y luego amortizado, en los poblados con hoyos del IV milenio cal ANE de nuestra área también son excepcionales las estructuras afectadas por la excavación de otras nuevas (Ribera *et alii*, 2004, 187), lo que da que pensar, si no que éstos hoyos están perfectamente identificados una vez amortizados –como se propusiera y acontece en tumbas del madrileño Camino de las Yeseras–, en un movimiento dirigido y conforme al orden que debe guardar un desplazamiento de muy corto alcance de una habitación, no ajena a una competencia de territorialidad con respecto a otras afines, que pretende explotar el campo de secano inmediato, aprovechar el agua que irriga el huerto y servirse del bosque (Bernabeu, 1995, 58) en un paisaje que, como bien nos aporta Colata, ya está consolidado.

Movimiento de corto recorrido, pero sin duda costoso, porque implica la destrucción y construcción de cabañas- aunque fueran tan áreas y frágiles que ahora no dejan huella-, una cierta planificación de espacios de tránsito o comunes y una excavación de los nuevos hoyos, como factor fundamental en una economía previsiva, para disponerlos inmediatos al espacio habitado y también, como despensas, por debajo del mismo. Desde el medio millar de años que distan los rellenos de los mayores silos de Jovades, de posible gestión comunal al amparo de los designios de un líder, y por ello con una ubicación específica en el espacio, o de aquellos 300 años que separan los más grandes de Colata y las diez generaciones que se estiman para su habitación, si es cierto que los silos no alcanzan en su funcionamiento un decenio, y sin dejar de lado factores de temporalidad intermedia como la acción de excavar un hoyo inmediato al amortizado por roto, podrá intuirse en clave generacional ese cambio en un territorio propio, cuya tenencia se simboliza en las necrópolis en cueva que se abren en las laderas de los valles cultivables (Soler y Roca, 2012).

Si es cierta la hipótesis de una población contenida, con esa matización también debiera considerarse no tanto el crecimiento de la aldea, aquí en cualquier caso exenta de los grandes fosos concéntricos de Gózquez (Fig. 3.18) o de esa gran área

272. En el caso de aquella del Niuet identificada a partir de un lienzo curvilíneo de muro vinculada a un hogar, ésta se construyó cuando el foso sobre el que se asienta estaba totalmente colmatado (Bernabeu *et alii*, 1994, 22), esto es, en una fecha posterior a la datación extraída del estrato I del relleno (Tabla 3.2. Beta-75223: 4.460 ± 60 bp) o a la de vida corta que recientemente trasciende de un hueso del mismo foso (Tabla 3.2. AA-72171: 4.375 ± 54 bp), resolviéndose, sólo como hipótesis, que, cuando se erigiera esta cabaña existiría otro foso en otra zona del asentamiento (Bernabeu *et alii*, 2012, 71).

273. En lo que afecta al Arenal de la Costa la fecha del sedimento de la cabaña A-II (Beta-43237: 3.890 ± 80 bp) es más acorde a la que se publica ahora de una semilla/fruto extraída de uno de los fosos (Beta-228894: 3.700 ± 40 bp), lo que podría dar una imagen si no de una construcción contemporánea, sí de la coincidencia de ambas estructuras. La coexistencia de peinadas y campaniforme en el área de la cabaña (Bernabeu y Guitart, 1993, cuadro 4.7) y en segmentos de los dos anillos de fosos (Pascual y Ribera, 1993, 41) podría resolver si no la contemporaneidad de ambas especies decorativas, una larga perduración de la delimitación del espacio. Como antes se contempla en el texto, tampoco debería descartarse que en su excavación los tramos de foso y del área de la cabaña hubieran afectado fosas o cubetas previas más pequeñas que contuvieran materiales como las peinadas, más característicos del V milenio cal ANE.

274. Algo que no ocurre en el caso de las estructuras localizadas en La Paleta (Numancia de la Sagra, Toledo) donde de 253 estructuras 65 resultan afectadas por la excavación de otras nuevas, si bien se hace ver más ese fenómeno en la Edad del Bronce que en el Neolítico al indicarse que la “hoyas” de esa fase sí aparecen aisladas (Jiménez *et alii*, 2008, 127)

comunal que se advierte en el poblado de Camino de las Yeseras, sino más bien el del yacimiento, entendiendo que la planta que la arqueología descubre –si bien en ningún caso completa– responde al movimiento del espacio habitado en el entorno del aprovechamiento agrícola (Pascual, 2003).

Si por el contrario desde un marco de crecimiento demográfico se piensa en los fenómenos de agregación social que más abajo se comentan, a falta de indicadores como los grandes recintos, habría que encontrar la clave que provoca la formación del yacimiento pensando en un número algo mayor de familias, en residentes temporales que acuden a eventos específicos como las fiestas de trabajo y las cosechas, y en la ordenación de todo un espacio habitacional que puede construirse por encima de lo amortizado, reservar áreas de encuentro, e incluso tras años y por razones de planificación de espacio vaciar estructuras sin romperlas, tomando en consideración otros usos complementarios a esos necesarios contenedores de grano limitados funcionalmente en el tiempo y sólo eficaces cuando se abren *exprofeso*. Existe entonces una ubicación de la habitabilidad inmediata al campo en valles cuya ocupación se considera plena hacia el 3.900 cal ANE (Bernabeu et alii, 2006, 111), como hecho condicionado por la producción agrícola; un factor de agotamiento del espacio que, sin ser la única causa, siempre podría condicionar el desplazamiento de la aldea a un área inmediata que guarde las mismas condiciones de ubicación; un orden en ese movimiento que construye cabañas y excava hoyos cada cierto tiempo, quizá a pocos metros de los preexistentes, desde la asunción de que los aldeanos son plenamente conscientes de la ubicación de los amortizados, no tanto por su señalización sino por su propia tradición o historia<sup>275</sup>, y finalmente, no debería desestimarse, un factor de crecimiento demográfico o de agregación social que, aunque contenido, posibilitaría que, con el tiempo el espacio habitado, en algunos se fuera extendiendo disminuyéndose la separación entre distintos grupos locales (Bernabeu et alii, 2006, 111).

De manera obvia el carácter pragmático de ese orden –no invertir tiempo en abrir hoyos deficientes para la función de silo– también pudiera cobrar un sentido ritual desde la remembranza de no afectar el legado de aquellos que preceden el disfrute del entorno y la tierra, de efemérides como aquella excepcional cosecha, o de aquel individuo cuyos restos yacen en una fosa, sino marcada sí especialmente rememorada.

En este sentido, sin separar lo doméstico y pragmático del rito en la línea que, para la Prehistoria reciente europea nos marcan autores como Richard

Bradley (2005), y sin perder esa noción de vertido de restos materiales y constructivos (Gómez et alii, 2004, 85), no dejará de ser posible intuir un significado cultural a la amortización si no de todos, sí de esos hoyos que recogen toda una concentración de hallazgos, entre los que se incluyen molinos cuyo entierro podría significar el final de un ciclo productivo; restos de animales cuando no están mordidos por los perros como ocurre en Les Jovades (Martínez Valle, 1993, 146), y pueda observarse por su posición una pauta evidentemente ritual como la del Polideportivo de Martos o la del Tossal de les Basses (Rosser y Fuentes, 2007, 29); buenos útiles como esas puntas de flecha de Missena que destacan entre otros desechos líticos nada apreciados por encontrarse en el área habitacional que se desmonta; o elementos simbólicos como los ídolos oculados de las aldeas de la Poblada del Duc o de La Alquería d'Asnar que, de no mediar algún tipo de desastre que afectara tan frágiles construcciones de habitación –incendio, derrumbe, inundación...– que provocara su pérdida y posterior vertido entre escombros, podrían haberse depositado conforme a una pauta ceremonial vinculada más que a la intención de “reponer” un paisaje ya modificado o propio en el que priva el cultivo sobre la naturaleza, en una creencia que, vinculada a la fertilidad o la fecundidad, mediante su inserción en la “tierra madre” asegurara la producción, en aquel sentido simbólico que nos trazara Enrique Llobregat que nos servía para glosar el ritual de las cuevas de inhumación múltiple (Soler y Roca, 2012, nota 8)<sup>276</sup> y que ahora nos llega suscrito en interpretaciones elaboradas desde las dos Castillas (Rojas y Villa, 1995; Rojo et alii, 2008, 397).

En esa historia que guarda la aldea-poblado que, sin perder su sentido de permanencia y territorialidad se desplaza y extiende en el valle cuya tenencia marca la cavidad de enterramiento, las estructuras especiales como los grandes contenedores o los fosos pudieron jugar un papel muy relevante. Los primeros como grandes depósitos de cereal o acaso de forraje con una gestión que supera el ámbito de lo doméstico y los fosos como elementos delimitadores de un espacio especialmente señalado por ser el primigenio, o por reservarse para la concentración y encuentro de los habitantes que poblaran un valle. Sería posible entonces darles un sentido ritual como espacio diferenciado, que a modo de lugar sacro se señala en el área del yacimiento, por agrícola, habitado.

Algo de ello trasciende de la buena investigación desarrollada en Soria, donde en el s. XXI, de manera envidiable para las excavaciones condicionadas por las obras contemporáneas, la Universi-

275. Aquí podría haber la mención de aquella estructura E 03 del hábitat de Illora que incluye materiales de distinta cronología y dataciones sobre concha que distan casi 2.000 años (Aranda et alii, 2012, 102) como posible ejemplo de reexcavación sin romperla de una estructura que, acaso por identificada, perdura en la memoria.

276. *La tierra madre, fecundada por las aguas, brinda sus frutos y la fertilidad de plantas y animales para mantener la vida de los hombres, mas luego los acoge en su interior, una vez muertos, disolviéndolos mediante el agua, de su estructura corporal, a fin de que, como se entierra la semilla y renace así, hallen el camino del renacimiento a la otra vida* (Llobregat, 1981, 164).

dad de Valladolid y el Instituto Arqueológico Alemán han ido de la mano para abordar el tema de los poblados con hoyos guardando el protocolo científico que en los noventa se afrontaba ejemplarmente en el Serpis<sup>277</sup>, que atiende a la acotación del área mediante prospección intensiva, selección de yacimientos a excavar, estudio y publicación de los primeros resultados en congresos nacionales o internacionales y culminación de los trabajos en monografías como la que atiende a la de *Paisajes en la Memoria...* (Rojo *et alii*, 2008, 442), en la que se recopila toda la información de dos poblados del Neolítico Antiguo de Ambrona: La Revilla del Campo y La Lámpara, donde tras insistir en las dificultades a la hora de separar lo ritual de lo cotidiano, y sin pretender desestimar una función primigenia de los hoyos como silos o como contenedores, se hace indicar la excavación expofeso de algunos para el desarrollo de determinados rituales y la amortización de todos, no como simples basureros, sino guardando un sentido cultural, todo ello en un espacio habitado durante un cierto tiempo donde cotidianamente se efectuarían rituales en los que los *desechos domésticos recibirían un trato formalizado y cuidadoso* (*Ibid.*, 375), a lo largo de unos 300 ó 400 años (*Ibid.*, 418).

A diferencia de los presupuestos de la “hipótesis de la reposición” expuesta al final del comentario destinado a Andalucía, en La Lámpara no sólo se reconoce sin ambages la funcionalidad del silo cuando su sección, a diferencia de una mayoría que la disponen en “U” o semicircular (*Ibid.*, 363), presenta cuello o boca estrecha (*Ibid.*, 377), sino que se hace ver la significación ritual que tendría ese uso cuando se amortiza con un enterramiento femenino (Hoyo 1) de finales del VI milenio (*Ibid.*, 83), que recoge elementos de ajuar –una lámina en sílex y un vaso por roto de manera sugestivamente pautada, intencionadamente *antropizado*– y restos del banquete funerario –una más que notable acumulación de fauna y cerámica–, dispuestos por encima del cadáver desde la metáfora de regeneración de la vida, de modo que el contenedor de grano también resulta fuente de símbolos y connotaciones ideológicas, que vinculan el ciclo del cereal con el propio de la muerte y la regeneración<sup>278</sup> (*Ibid.*, 377-393); o cuando, desde el estudio de todos los hoyos se determina aquel también, por estrecho de boca siliforme (Hoyo 3), con un relleno de especial sim-

bolismo agrícola que incluye elementos vinculados al almacenaje y procesado del cereal –fragmentos de recipientes grandes y de mala calidad, impregnados de paja de cereal–, cosecha –elementos de hoz en sílex– y procesado del grano –piedra durmiente de molino–, queriéndose guardar con todo un sentido de ofrenda para la reproducción futura de los cultivos (*Ibid.*, 394-397).

Pueden ser muchas las diferencias entre esos yacimientos sorianos con respecto a los campos de hoyos de Les Jovades, Colata o Missena, donde abundan los hoyos por su sección, aplicando los criterios consignados en La Lámpara, difícilmente desvinculables de la producción agrícola; pero en el contexto del tramo final del VI milenio cal a.C. los recintos de fosos localizados en La Revilla del Campo –datados en el 5.300 – 5.000 cal ANE (*Ibid.*, 436)–, sin ser similares a los de Camí de Missena o Arenal de Costa, entre otros rasgos, por más que excavados, estar delimitados por zanjas que no superan los 45 cm de anchura y disponer agujeros de poste en su perímetro (*Ibid.*, 435)– podrían constituir un precedente de los nuestros de La Vall d’Albaida y El Comtat vigentes en el IV (Niuet y Camí de Missena) y el III milenio cal ANE (Arenal de la Costa), en esa intención de delimitar un lugar especial dentro del espacio habitado, formando parte del paisaje ritual en el que recientemente insertábamos las necrópolis de inhumación en cueva características de la segunda mitad del IV y primera mitad del III milenio cal ANE en las comarcas centro meridionales valencianas (Soler y Roca, 2012), de modo que constituyen el sector del yacimiento donde se practican rituales periódicos, se sacrifican animales, se consume carne o se depositan cerámicas en el marco de aquellas fiestas comunales (Rojo *et alii*, 2008, 438), ofreciéndonos una sugestiva imagen donde el pastor contempla un recinto donde más que se habita se reúne (Fig. 3.28C); imagen que podríamos extrapolar al Serpis o al Albaida, siempre y cuando se reforzara la vertiente aldeana y agrícola, y por ello pudieran verse nítidamente campos y estructuras de habitación permanente –por construirse y destruirse en el mismo entorno–, como las que asisten a la propuesta de imagen de la que se vale el MARQ para explicar la vida cotidiana de aquellos pobladores del IV-III milenio cal ANE, tomando buena nota de la gestión de las cosechas en el espacio habitado (Fig. 3.32).

277. Donde hace más de una quincena de años se proponía y escribía: *La mayoría de los problemas que se plantean necesitan de un enfoque de investigación regional, con objetivos claros, límites bastante precisos y una financiación adecuada. La prospección sistemática y la excavación en extensión de asentamientos al aire libre son objetivos urgentes si queremos seguir avanzando. Y todo ello debe hacerse con la adecuada metodología que exige, cada vez más, la colaboración no sólo interdisciplinaria, sino la existencia de equipos de arqueólogos suficientemente amplios, capaces de contextualizar el conjunto de los “objetos” arqueológicos en función de los problemas que se pretenda resolver* (Bernabeu, 1995, 59).

278. Como paralelo acorde a la tumba en silo de La Lámpara se menciona aquella tumba del Neolítico Antiguo de Villa Mayor de Calatrava, Ciudad Real, donde en el transcurso de los trabajos del seguimiento del gasoducto Sevilla-Madrid se exhumaron los restos de un individuo mayor de 50 años, posible masculino. Los autores adelantan la interpretación del depósito funerario como “forma de regreso, fertilización a la Madre Tierra”, si bien no estimando la asimilación de la fosa con un depósito de grano sino argumentando similitudes con el útero materno y con la posición fetal que guardaba el muerto (Rojas y Villa, 1995, 509 y 512) que se nos antojan difíciles de percibir en el Neolítico Antiguo.



Figura 3.32. Reconstrucción de un poblado del IV-III milenio cal ANE. Sala de Prehistoria MARQ (Azuar, Olcina y Soler, 2004, 25).

Fiestas que, recordamos, hemos visto introducidas y explicitadas en la bibliografía madrileña a partir de la reinterpretación que se hacía de la estructura mayor de El Ventorro como segmento de fosos, o de esos tan grandes de Gózquez que se puede andar por dentro (Díaz del Río, 2001, Lam. 17), construidos en la primera mitad del III milenio cal ANE (Díaz del Río, 2003, 72-73), para exponer la práctica de *festines* en un espacio previamente monumentalizado, mediante la extracción de un buen volumen de sedimento, guardando una clara estrategia de relación social intercomunal (Díaz del Río, 2001, 250 y 312), y que en el marco que atiende el Serpis se han considerado para entender los fosos de El Niuet, de cronología, por excavarlos en el último cuarto del IV milenio –*circa*. 3.200 cal ANE (Bernabeu et alii, 2006, 103– y entidad intermedia con respecto a los ejemplos de La Revilla del Campo y Gózquez.

Esa perspectiva, aquí del todo apoyada en la agricultura, en la documentación de los fosos y también en el tratamiento estadístico del cálculo de volúmenes de las estructuras negativas de Colata, Missena, Arenal de la Costa y Les Jovades es la que, a mediados de la primera década s. XXI sostiene una renovadora propuesta de desarrollo del poder y de la desigualdad social, considerando dos ciclos (Bernabeu et alii, 2006) en aquel sistema igualitario que, como en los presupuestos generados en torno al sureste en los ochenta –Gilman, Ramos Millán...– encuentra su referente antropológico en las sociedades segmentarias (Bernabeu, 1993, 165; Bernabeu et alii, 1998, 20) que definiera M. Sahlins; disimetrías que pueden observarse en los campos de hoyos del IV milenio a.C. de la Vall d’Albaida y El Comtat, indicándose el desarrollo de un poder que no llegaría a consolidarse, guardando una línea de trabajo alternativa al materialismo

histórico que para el Sureste sostiene Oswaldo Arteaga, interesante para explicar la formación de diferencias en sociedades preclásicas o preestatales y el por qué estas no llegan a alcanzar la complejidad que se estima en las estratificadas propias de la Edad del Bronce<sup>279</sup> que, para algunos autores, ya vimos ejemplificadas en la Edad del Cobre en el Sureste –Los Millares (Alfredo Mederos)– y el Suroeste –Valencina de la Concepción (Francisco Nocete)–.

Partiendo del examen de los dos indicadores tradicionales de la desigualdad social: la capacidad de movilizar mano de obra y la generación y apropiación de excedentes agrícolas (Bernabeu et alii, 2006, 98), se proponen dos ciclos de existencia de desigualdades conforme a la secuencia regional establecida sobre criterios de evolución cerámica (Bernabeu, 1989, 10), ahora precisada en expresión calibrada<sup>280</sup>, atestiguados en función de la construcción de fosos: el primero del 5.400 al 4.900 cal ANE con la excavación de los monumentales (6,5 y 4) y no relacionados con el área habitada de la aldea neolítica cardial de Mas d’Is de Penàguila (*Ibid.* 104 y Bernabeu et alii, 2012, 76 y 77), fase tras la cual se produciría el cese de la actividad constructiva en el poblado, lo que se interpreta como el colapso del “mundo antiguo” (Bernabeu et alii, 2012, 78) u orden social que este hábitat significa en el territorio propio del Arte Macroesquemático (Bernabeu et alii, 2003, 48-50); y el segundo, de más interés en lo que aquí se trata, hacia el 3.200 cal ANE, a propósito de la construcción del foso de El Niuet cuyo relleno, rápido y rico en fauna, se identifica con esas fiestas de trabajo que constituyen el marco idóneo para el intercambio y para el reconocimiento de la autoridad del anfitrión que invierte en la reunión para obtener el beneficio de disponer

279. Construcción teórica asimilada a la aplicación a la arqueología de presupuestos de la Teoría del Caos, como adaptación a las ciencias sociales de sistemas no lineales propios de la termodinámica y las ciencias naturales, si bien con la matización de que al final de cada ciclo de cambio no se vuelve a la situación social inicial (Bernabeu et alii, 2006, 97-98 y 102).

280. Neolítico IA: 5.550-5.200 BC (IA1: 5.550-5.200 BC; IA2: 5.400-5.200 BC); Neolítico IB: 5.200-5.050 BC; Neolítico IC: 5.050-4.550 BC (susceptible de dividirse en dos fases: 5.050-4.900 BC y 4.900-4.550 BC) Neolítico IIA: 4.550-4.200 BC –con un vacío de información en *circa* 4.200-3.900 BC–; Neolítico IIB: 3.900-2.800 BC y Horizonte Campaniforme de Transición: 2.800-2.200 BC (Bernabeu et alii, 2006, Tabla 8.1).

mano de obra necesaria para emprender proyectos específicos (Bernabeu *et alii*, 2006, 104-105), como la excavación del mismo foso o la participación en las cosechas, en ese marco de territorialidad y competencia entre grupos locales segmentarios que ya se suponía para el llamado *Neolítico IIB* (Bernabeu, 1995, 58; Bernabeu *et alii*, 2006, 111 -112).

Se comprende entonces el foso del Niuét y la entidad de algunas estructuras de les Jovades como signos de poder y desigualdad en el marco de intensificación agrícola<sup>281</sup> que, en el seno de la economía tribal provoca la aplicación del arado, cuyas evidencias sólo inferidas de las patologías de falanges de bóvidos se localizan en contextos de *circa* 3.200 cal ANE en ambos yacimientos (Perez Ripoll, 1999, 98; Bernabeu *et alii*, 2006, 107). Desde el empleo de esa técnica de cultivo que se vale de bueyes puede explicarse el inmenso volumen de grano que contendrían los silos de Les Jovades<sup>282</sup>, inferirse el sustancial crecimiento de este mismo asentamiento y el incremento poblacional no tanto en términos regulares sino en periodos de tiempo cortos y específicos (*Ibid.*, 111 y 112). A diferencia de Colata, en Les Jovades y en El Camí de Missena el volumen de los hoyos consigna un superávit de almacenamiento, proponiendo que algunas familias tendrían más capacidad de acumulación que otras, lo que significa no sólo la existencia de diferencias de tamaño entre aldeas y granjas, sino también entre las mismas unidades familiares u hogares que las integran (*Ibid.*, 111). Los individuos preeminentes, esto es los anfitriones, como grandes hombres o jefes de linaje hereditarios, también se verían beneficiados por una situación privilegiada en las redes de intercambio en un sistema que, tomando conceptos de las denominadas *Scaled free-network* o “pequeños sistemas mundiales”, hace que aquellos prohombres mejor conectados se refuercen conforme la red crece (*Ibid.*, 2006, 108-109), lo que en la sociedad descrita significaría un papel predominante en un intercambio que afecta vínculos matrimoniales y el refuerzo del poder de convocatoria, o de lo que es lo mismo, de disposición de mano de obra y de acumulación de excedentes que le permiten figurar y ahondar

en esas relaciones de poder, tras asegurar la alimentación de los suyos y con ello el apoyo de sus seguidores, sin desestimarse que en todo ello no faltaran fenómenos de violencia, dejando ahora la puerta abierta a que la zanja de Niuét también pudiera ser sustento de una empalizada (*Ibid.*, 113).

Se escribía que el final de ese ciclo de sentido plenamente agrícola que favorece la desigualdad y un poder por otra parte fácilmente revertible de esos líderes o grandes hombres (*Ibid.*, 110), no alcanzaba la sociedad jerarquizada por agotarse o diluirse, al valorar que el Arenal de la Costa como poblado campaniforme, centrado en 2.400-2.200 cal ANE, no incluye las diferencias de volúmenes de almacenamiento observadas en las estructuras de Les Jovades y, por tanto, no permite inferir las disimetrías que se estiman en torno al 3.200 cal ANE –sino antes, en *circa* 3.500-3.400 cal ANE en atención a la cronología de uno de los grandes depósitos del yacimiento de Cocentaina (*Ibid.*, 112)–, ni reconocer el proceso descrito, intuyéndose el carácter defensivo de los fosos de una población que se considera más agregada que dispersa.

No será el momento entrar en la discusión de esta propuesta que por otra parte hemos glosado y en gran medida suscrito cuando de manera reciente hemos abordado el desarrollo del uso funerario de las cavidades, centrándonos en la Cova d'En Pardo de Planes o la Cova de la Pastora de Alcoy, cavidad ésta con indicadores de prestigio como el mayor lote de ídolos oculados que dispone la Comunidad Valenciana y un uso como necrópolis que, apoyado en una buena batería de dataciones de radiocarbono, alcanza su mejor expresión en los seis siglos que afectan el final del IV y los inicios del III milenio –*circa* 3.300/2.700 cal ANE– (Soler y Roca, 2012); de manera que ahí podría consignarse la expresión de un poder contemporáneo a esas disimetrías que, tras la aplicación de un método estadístico, se descubre afectan los silos de les Jovades. No hará falta poner sobre la mesa las dudas antedichas sobre las estructuras de Arenal de la Costa –de las que por otra parte trascienden contados silos enteros– que no son otras que las que, guardando el *ethos* científico, descubren los

281. Otra cuestión sería considerar la última razón de la desigualdad, no siendo incompatible someter esa aptitud que guardan los líderes de sobresalir mediante eventos con los que incrementan el prestigio y la clientela al debate que en los ochenta se sostenía a la hora de justificar las diferencias en el sureste. Me parece interesante recordar al respecto que, desde una perspectiva vinculada al Materialismo Dialéctico, a la hora de consignar las causas que provocan el surgimiento de la jefatura, Antonio Gilman (1987, 65-66) criticaba la versión funcionalista sustentada por Robert Chapman que hacía de los grupos o segmentos sociales los impulsores de un orden administrativo que beneficiaría la producción, para proponer que serían los ambiciosos líderes los que descubrirían las ventajas de explotar de una manera permanente a otras familias. Los bienes raíces resultantes del esfuerzo invertido por parte de agricultores serían objeto de codicia, tanto por parte de los líderes como por parte de otros grupos. Al final la mayor seguridad en lo material vendría acompañada de una pérdida en lo social, al instalarse un sistema que a Gilman le recuerda al gansterismo.

282. Suponiendo que todos los hoyos fueran silos se estima un cálculo en los 600 años de duración del poblado (c.3.600-3.000 cal ANE) de 92.925 litros por década (9.292,5 l por año), lo que implicaría en términos de regularidad la existencia de unos 152 habitantes (Bernabeu *et alii*, 2006, 208). Desarrollando las cifras consignadas por los autores se podría considerar un número de habitantes por unidad familiar superior al antes previsto. Así, se indica el almacenamiento de 2.031 l por unidad familiar lo que significa una estimación de 4,5 unidades familiares (9.292 / 2031 = 4,5), lo que, sobre una población de consumo estimada de 152 individuos, hace suponer la existencia de unos 33 individuos por unidad familiar (152 / 4,5 = 33,7), cifra que resultaría mucho mayor a la antes estimada cuando se proponía la habitación de 2 comunidades domésticas y 4 silos funcionando a la vez, con un cálculo de 8-16 individuos (o todo lo más el doble 16-24) para el yacimiento (Pascual Bernabeu y Pascual, 1993, 44).

mismos autores al valorar la cronología temprana del foso de Camí de Missena, proponiendo un compás de espera para entender mejor estos recintos y el palimpsesto de hoyos que les acompañan (Bernabeu *et alii*, 2012, 84); pero en cualquier caso en esta historia de investigación que se traza con ocasión de la puesta en valor de la colección inédita que sustenta Villa Filomena a nadie debe escapar el punto de inflexión que, al respecto de los poblados significa la elaboración de la construcción teórica publicada en el *British Archeological Reports* como propuesta elaborada a partir de la rigurosa metodología que atiende las excavaciones y prospecciones que en las últimas décadas ha venido desarrollando el Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Valencia en las cuencas de cabecera y media del Serpis con un incremento más que notable de localizaciones adscritas al denominado *Neolítico IIB* (Bernabeu *et alii*, 2008, 54), manteniendo como línea fundamental la significación agrícola de estos emplazamientos.

Con éstas aportaciones a las que se suman los intensivos trabajos de prospección que, ahora de la mano de la Universidad de Alicante, realiza Javier Molina Hernández en las cuencas de los ríos Seta y Penàguila, donde con todo se supera el medio centenar de localizaciones asimilables al *Neolítico II* con la presunción de nuevos poblados con hoyos y posibles fosos (Molina, 2003, 581 y 586), se dispone de una buena ordenación del territorio centro meridional y clásico para la definición de los hábitats con hoyos, ahora bien estructurado y comprensible, tras los trabajos que al respecto del paisaje neolítico ha trazado Gabriel García Atienzar (García Atienzar, 2009).

## LOS POBLADOS DEL “HORIZONTE JOVADES – ARENAL DE LA COSTA” EN EL TERRITORIO MERIDIONAL VALENCIANO Y TIERRAS LÍMITROFES

También el s. XXI ha significado un avance para el conocimiento de los poblados con hoyos con una cronología asimilable al Horizonte *Jovades-Arenal de la Costa* en áreas distintas a donde de manera primigenia se estudian y definen. En el apartado del Postcardial hemos considerado un ejemplo de este tipo de hábitat del IV – III milenio a.C donde los hoyos tienden a no cortarse entre sí en Costamar, si bien ahí con la dificultad de coincidir en un mismo plano con la ocupación del V milenio cal ANE. Próximo a ese hábitat de la Ribera de Cabanes, desde hace noventa años se dispone otro ejemplo con esa condición de dispersión de estructuras, recordando el plano que al respecto de la dispersión de los hoyos de Villa Filomena nos lega Francisco

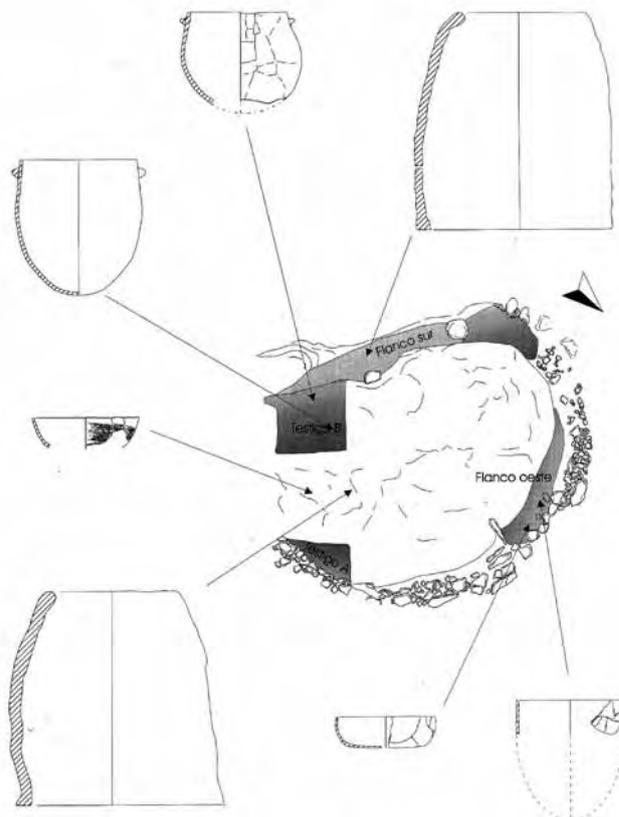


Figura 3.33. Illeta dels Banyets. Planta de la cabaña nº 3 con indicación de los contenedores de barro cocho y los recipientes cerámicos localizados (Soler y Belmonte, 2006, Fig. 14).

Esteve (Fig. 2.3). Hacia las tierras meridionales al Serpis la investigación ha sido mucho más intensa, localizándose poblados similares a los de las comarcas centro-meridionales y, conforme nos acercamos al ámbito propio de los Millares estructuras negativas más impactantes y complejas.

a) Los nuevos datos sobre el hábitat del IV-III milenio cal ANE en el Camp d'Alacant y la cuenca del Vinalopó

Por un golpe de fortuna, uno de los mejores testimonios sobre las estructuras de habitación lo ofrece la localización de un contexto doméstico en la Illeta dels Banyets de El Campello, donde todo hay que decirlo, fue una sorpresa determinar, a partir de las intervenciones realizadas por el MARQ y el Área de Arquitectura de la Diputación de Alicante en 2000-2003, que la cabaña con zócalo de barro y piedras – antes atribuida a la Edad del Bronce– que conserva el asentamiento costero, pudo habitarse en torno al tránsito del IV al III milenio cal ANE<sup>283</sup>, anotándose, de igual modo que en las aldeas con hoyos, la ausencia de grandes recipientes cerámicos y pudiéndose reconstruir *in situ* dos contenedores fijos en barro cocho, de perfil troncocónico y de 115-130 l

283. La datación (Tabla 3.1.) extraída de los carbones de uno de los testigos que quedaban de las excavaciones previas sustenta esa cronología, por otra parte del todo acorde a la del registro material recuperado, cuyo estudio informa de las tareas domésticas que se practicaron en el interior de la cabaña vinculadas a la manufactura de elementos líticos destinados a la siega y la caza y de elementos de adorno aprovechando conchas marinas (Soler y Belmonte, 2006, 60).

de capacidad, del todo afines al concepto de despensa doméstica que se infiere en Colata, por la localización de un recipiente de la misma naturaleza en uno de los hoyos (Gómez, 2006, 278), que en El Campello se construye aéreamente y no se deposita en hoyo alguno, acaso por la dureza y poca homogeneidad de la roca en la que asienta la cabaña, constituyendo un ingenio igualmente eficaz para la preservación del alimento perecedero, si se sellan o tapan a la hora de contener alimentos para su consumo a corto plazo (Soler y Belmonte, 2006, 54).

Ese concepto, la cronología y la más que probable extensión del yacimiento, ahora perdido pero en el pasado ubicado, no en un islote, sino en un cabo o punta al mar, posibilitan su asimilación si no a las aldeas con hoyos del interior de Alicante a una fórmula similar, con construcciones algo más reforzadas en atención al zócalo que delimita la estructura.

También tendré exponer en clave de hechos, ahora en ese discurso que en paralelo se traza sobre la gestión y resultado de las excavaciones, que aquí el significado de la “humilde” cabaña y de sus contenedores de barro va allá de su posible asimilación funcional a los hábitats con hoyos, una vez que se trata de la única construcción de la época que no se ha perdido tras la intervención arqueológica, sino que ahora se integra en el recorrido de un parque cultural. Aunque de partida, a principios del siglo los resultados de la investigación de El Campello se preveían muy menoscabados al actuarse sobre los restos que dejaba una intervención arqueológica previa y tras un largo proceso de abandono (Soler, 2006, 21), es evidente que sus logros se han visto muy beneficiados por actuar al margen de esa dinámica de conflicto de intereses en que se ve envuelta buena parte de la práctica arqueológica contemporánea. Será en cualquier caso un testimonio excepcional porque la acción fue en su totalidad impulsada por la administración pública, contando con el respaldo de un museo de clara vocación científica y disponiendo del tiempo justo y necesario para una excavación previa a las obras de recuperación integral de un parque arqueológico abierto en 2006, editándose -sobre la memoria de campo- la monografía que aborda la ocupación prehistórica del yacimiento tres años después de la finalización de los trabajos de excavación (Soler -Ed- 2006).

Fuera del ámbito que se conforma en las comarcas de l'Alcoià, Comtat y La Vall d'Albaida, en la primera década del siglo destaca de esos poblados la información que proporciona las excavaciones de urgencia del hábitat de La Torreta-Monastil de Elda en el valle medio del Vinalopó, poblado inmediato a ese cauce que se considera como vía de expansión de la economía neolítica (Hernández Pérez, 1997, 26).

De la ocupación de la ribera del río ya hemos expuesto lo que por ahora se reconoce de esas fases previas vinculadas al epicardial y el postcardial, debiéndose señalar ahora el incremento de los datos que corroboran una mayor densidad poblacional a partir del Neolítico Final, en atención a más de una

veintena de localizaciones (Guilabert, Jover y Fernández, 1999, 285) –como aquel fondo de cabaña de la calle Carril de Novelda vinculado al hallazgo de puntas de flecha y láminas en sílex (Hernández, 1982, 14; 2005, 50)–, de las que en el s. XXI resulta mejor expresión la de La Torreta-Monastil.

Una habitación que, por continuar en el entorno del cauce provocaría la ocupación de todas las cubetas, produciéndose, como en el modelo planteado para el Serpis, un fenómeno de agrupación de asentamientos, que en lo que afecta a la estructura social, que ahí en el final de siglo pasado se propone, resolvería la ocupación de cada una de esas unidades de relieve por distintas comunidades familiares extensas, de modo que grupos identitarios y demográficamente reducidos se irían desplazando dentro de la cubeta y en el entorno de la ribera al objeto de la puesta en explotación de nuevas tierras para el cultivo (Guilabert, Jover y Fernández, 1999, 287-287).

En su gestión como yacimiento a excavar La Torreta-Monastil deja un regusto amargo, y ello a pesar de que con lo que ahí se encuentra e investiga, guardando una colaboración científico técnica, ahora brillantemente coordinada desde la Universidad de Alicante, se logra al final de la primera década del siglo, la primera monografía (Jover -Coord-, 2010) remitida a un poblado con hoyos característico de ese *horizonte Jovades - Arenal de la Costa* que incluye Villa Filomena. Volumen de más de más de 300 páginas sobre un total de 21 estructuras, un dato que en sí mismo es demostrativo del fruto que podría sacarse a todos esos yacimientos definidos por un número muy superior de hoyos, pero publicados en un formato menor, en los que los aspectos multidisciplinarios están ausentes o menos desarrollados, no hay una descripción detallada de las estructuras y sus rellenos, ni muchas veces tampoco una buena relación de la cultural material que los caracteriza.

Sensación ambivalente porque si bien el volumen editado por el MARQ, cumpliendo con creces esas expectativas, marca y reivindica la línea de mínimos a la que deberían llegar las excavaciones de urgencia –documentación de las estructuras y estudio integral de los materiales–, de pingües resultados de mediar un marco guía entre empresas constructoras y administraciones públicas (Jover, 2010 -coord-, 12 y 30), bien leído, refiere con crudeza lo que al final del s. XX fue el proceso de destrucción y mínima excavación de lo que debía ser uno de los yacimientos con hoyos más importantes de la Comunidad Valenciana. Y ello, por varios factores, siendo primigenio el hecho de partir de un primer peritaje que delimita un área de actuación arqueológica en exceso escueta para lo que debía ser un enorme campo de hoyos, del que luego se estimará una superficie de unos 8.000 m<sup>2</sup> 284; decisivo el desencuentro entre la empresa constructora y la primera dirección facultativa de los trabajos arqueológicos; y definitivo el estrecho margen tem-

	Referencia / material	Vida	Datación bp	Etapas*	CAL BC 2σ +	CAL BC 2σ-	Prob.	CAL BC 2σ (m)	Referencia bibliográfica
1	Jovades-87 E.129 III Beta 43236. Sedimento.	Larga	4.810 ± 60	IIB1	<b>3.705</b> 3.432	<b>3.499</b> 3.379	0.911 0.089	3.542	Bernabeu <i>et alii</i> , 1993, 41; Bernabeu, 1995, 42.
2	Playa del Carabassí Beta 202433. UE 1000 (15) concha.	Larga	4.990 ± 70		<b>3.590</b>	<b>3.178</b>	1.000	3.384	Soler <i>et alii</i> , 2008, 181.
3	Jovades-87 E.129-I Beta43235. Sedimento.	Larga	4.660 ± 90	IIB1	<b>3.640</b> 3.296 3.275 3.239	<b>3.310</b> 3.284 3.265 3.105	0.865 0.007 0.006 0.122	3.372	Bernabeu <i>et alii</i> , 1993, 41; Bernabeu, 1995, 42.
4	Alt del Punxó UE 3016, nivel 12 foso AA57439. <i>Bos Taurus</i> .	Corta	4.604 ± 60	IIB1/IIB2	3.622 <b>3.522</b> 3.242	3.607 <b>3.264</b> 3.102	0.013 0.734 0.253	3.362	García, Barton y Bernabeu, 2008, 148.
5	Niuet Silo 5 n II Ubar-175. Sedimento.	Larga	4.600 ± 80	IIB1/IIB2	3.630 <b>3.534</b> 3.047	3.580 <b>3.090</b> 3.033	0.046 0.947 0.007	3.331	Bernabeu <i>et alii</i> , 1994, 25; Bernabeu, 1995, 42.
6	Niuet A n II Beta-75222. Sedimento.	Larga	4.490 ± 60	IIB2	<b>3.364</b> 2.979 2.950	<b>3.010</b> 2.960 2.942	0.982 0.013 0.005	3.153	Bernabeu <i>et alii</i> , 1994, 25.
7	Colata UE 3057 E 72 AA-59521. <i>Hordeum vul.</i>	Corta	4.463 ± 36	IIB2	<b>3.340</b> <b>3.199</b>	<b>3.202</b> <b>3.020</b>	0.497 0.503	3.180	Gómez <i>et alii</i> , 2004, 61.
8	Niuet A n I Beta-75223. Sedimento.	Larga	4.460 ± 60	IIB2	<b>3.349</b> 2.989	<b>3.006</b> 2.930	0.917 0.083	3.139	Bernabeu <i>et alii</i> , 1994, 25.
9	Illeta Testigo A. Cabaña 3 Beta-152951. Sedimento.	Larga	4.410 ± 40	IIB2	3.324 3.222 3.173 <b>3.118</b>	3.234 3.220 3.161 <b>2.913</b>	0.135 0.002 0.013 0.851	3.118	Soler y Belmonte, 2006, 49.
10	Niuet AA-72171. Hueso.	Corta	4.375 ± 54	IIB2	3.322 3.267 3.172 <b>3.116</b>	3.272 3.235 3.162 <b>2.891</b>	0.040 0.041 0.007 0.912	3.106	Bernabeu <i>et alii</i> , 2012, 82-83.
11	Jovades-91 E.165 I Beta 57293. Sedimento.	Larga	4.370 ± 60	IIB2	3.326 3.224 3.174 <b>3.120</b>	3.232 3.219 3.160 <b>2.888</b>	0.099 0.003 0.012 0.887	3.107	Bernabeu <i>et alii</i> , 1993, 41; Bernabeu, 1995, 42.
12	Colata UE 3001 E 1 AA- 59520. <i>Triticum aestivum/durum</i> .	Corta	4.335 ± 36	IIB2	3.080 <b>3.025</b>	3.069 <b>2.891</b>	0.024 <b>0.976</b>	2.985	Gómez <i>et alii</i> , 2004, 61.
13	Galanet UE 264, estructura 263 Beta 287335. <i>Hordeum vulgare</i> .	Corta	4.320 ± 40	IIB2	3079 <b>3024</b>	3071 <b>2884</b>	0.014 0.986	2.981	Inédita.
14	La Torreta UE 2 Beta 139360. Sedimento.	Larga	4270 ± 110	IIB2	3.328 3.179 <b>3.123</b> 2.512	3.217 3.158 <b>2.572</b> 2.504	0.059 0.009 0.929 0.003	2.916	Jover, 2010.
15	Niuet (Silo 6) Beta-75221. Sedimento.	Larga	4.260 ± 60	IIB2	3.076 <b>3.023</b> 2.818 2.648	3.075 <b>2.834</b> 2.663 2.636	0.001 0.611 0.380 0.008	2.856	Bernabeu <i>et alii</i> , 1994, 25.
16	Prat de Cabanes Estructura I Beta 187434. Semilla <i>Triticum</i> .	Corta	4.250 ± 40	IIB2	<b>2.926</b> 2.813 2.730 2.687	<b>2.849</b> 2.739 2.693 2.679	0.657 0.271 0.067 0.005	2.802	Guillem <i>et alii</i> , 200.

	Referencia / material	Vida	Datación bp	Etapa*	CAL BC 2σ +	CAL BC 2σ-	Prob.	CAL BC 2σ (m)	Referencia bibliográfica
17	La Vital UE 2115 Silo 70 Grupo 1 <i>Beta</i> -229794. <i>Sus sp.</i>	Corta	4.180±40	Calcolítico	2.890 <b>2.820</b>	2.832 <b>2.632</b>	0,232 0,768	2.761	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
18	La Vital UE 2194-Casa 4. Fase b. Grupo 2 <i>Beta</i> -229793. <i>Bos Taurus</i> .	Corta	4.150±50	Calcolítico	<b>2.881</b> 2.610	<b>2.617</b> 2.581	0,953 0,047	2.731	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
19	La Vital UE 2137 Hogar 102. Grupo 2 <i>Beta</i> -229792. <i>Ovis aries</i> .	Corta	4.100±50	Calcolítico	<b>2.872</b> 2.531 2.525	<b>2.565</b> 2.530 2.496	0,946 0,002 0,052	2.684	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
20	B. Beniteixir Estructura 21 <i>Beta</i> -244534. Fauna.	Corta	4.100 ± 40	IIB2	2.870 <b>2.779</b> 2.521	2.802 <b>2.567</b> 2.498	0.228 0.737 0.035	2.684	bp: inédita. Pascual Beneyto, 2010, 193.
21	La Vital UE 3144-Casa 8. Fase b Grupo 3 <i>Beta</i> -229795. <i>Sus domesticus</i>	Corta	4.070±50	Calcolítico	2.863 2.759 <b>2.709</b>	2.806 2.717 <b>2.474</b>	0,153 0,074 0,772	2.668	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
22	B. Beniteixir Estructura 13 <i>Beta</i> -244533. Humano.	Corta	4.060 ± 40	IIB2	2.852 2.744 <b>2.696</b>	2.812 2.726 <b>2.476</b>	0.107 0.024 0.869	2.664	bp: inédita. Pascual Beneyto, 2010, 193.
23	La Vital UE 2193-Foso 115 Grupo 9 AA-72170. <i>Bos Taurus</i> .	Corta	4.045 ± 52	Calcolítico	2.859 2.753 <b>2.702</b>	2.809 2.721 <b>2.467</b>	0,099 0,036 0,864	2.663	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
24	La Vital UE 2202 Casa 5 Grupo 5 <i>Beta</i> -222445. <i>Ovis aries</i> .	Corta	4.040 ± 40	Calcolítico	2.839 <b>2.677</b>	2.814 <b>2.469</b>	0,052 0,948	2.654	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
25	La Vital UE 2214 Conjunto 3 <i>Beta</i> -222444. Humano.	Corta	4.000 ± 50	Calcolítico	2.835 2.665 <b>2.639</b> 2.384	3.817 2.643 <b>2.397</b> 2.346	0,018 0,015 0,933 0,034	2.590	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
26	La Vital UE 2214 Conjunto 3 OxA-V-2360-15. Humano.	Corta	3.946 ± 28	Calcolítico	2.566 <b>2.497</b>	2.524 <b>2.344</b>	0,152 0,848	2.455	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
27	La Vital UE 3056 Conjunto 10 <i>Beta</i> -229791. Humano.	Corta	3.920±50	Calcolítico	2.568 <b>2.499</b> 2.249 2.218	2.519 <b>2.281</b> 2.231 2.212	0,075 0,901 0,019 0,005	2.390	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
28	La Vital UE 3088 Casa 7. Fase c2 Grupo 7 <i>Beta</i> -222446. <i>Bos Taurus</i> .	Corta	3.920 ± 40	Calcolítico	2.562 <b>2.493</b>	2.534 <b>2.289</b>	0,037 0,963	2.425	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
29	Arenal Costa (All) <i>Beta</i> 43257. Sedimento.	Larga	3.890 ± 80	IIC	<b>2.573</b>	<b>2.140</b>	1.000	2.356	Bernabeu <i>et alii</i> , 1993, 41; Bernabeu, 1995, 43.
30	La Vital UE 3053 Casa 7. Fase b Grupo 7 <i>Beta</i> -222447. <i>Bos Taurus</i> .	Corta	3.870± 50	Calcolítico	<b>2.471</b>	<b>2.202</b>	1.000	2.336	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
31	La Vital UE 3110 Conjunto 11 <i>Beta</i> -222443. Humano.	Corta	3.830 ± 40	Calcolítico	2.459 <b>2.411</b> 2.169	2.416 <b>2.197</b> 2.148	0,090 0,871 0,040	2.303	Pérez <i>et alii</i> , 2011, 20.
32	Arenal de la Costa <i>Beta</i> 228894. Semilla/fruto.	Corta	3.700 ± 40	IIC	<b>2.202</b>	<b>1.974</b>	1.000	2.088	Bernabeu <i>et alii</i> , 2012, 82-83.

\*Parámetros según J. Bernabeu. IIB1: 4.900-4.600 bp; IIB2:4600-4200 bp; HCT 4200-3.800 bp (BERNABEU ET ALII, 1994, 72).

Tabla 3.2. Relación de fechas sobre muestras de vida larga vinculadas a yacimientos con hoyos propios del horizonte Jovades-Arenal de la Costa -Neolítico IIB ó Neolítico Final/Calcolítico y Neolítico IIC u Horizonte Campaniforme de Transición (BERNABEU, 1995; BERNABEU ET ALII, 1993, 1994) -. Calibración conforme a la curva IntCal09.14c, con la excepción de la nº 2, calibrada conforme a la curva Marine 09 (REIMER ET ALII, 2009).

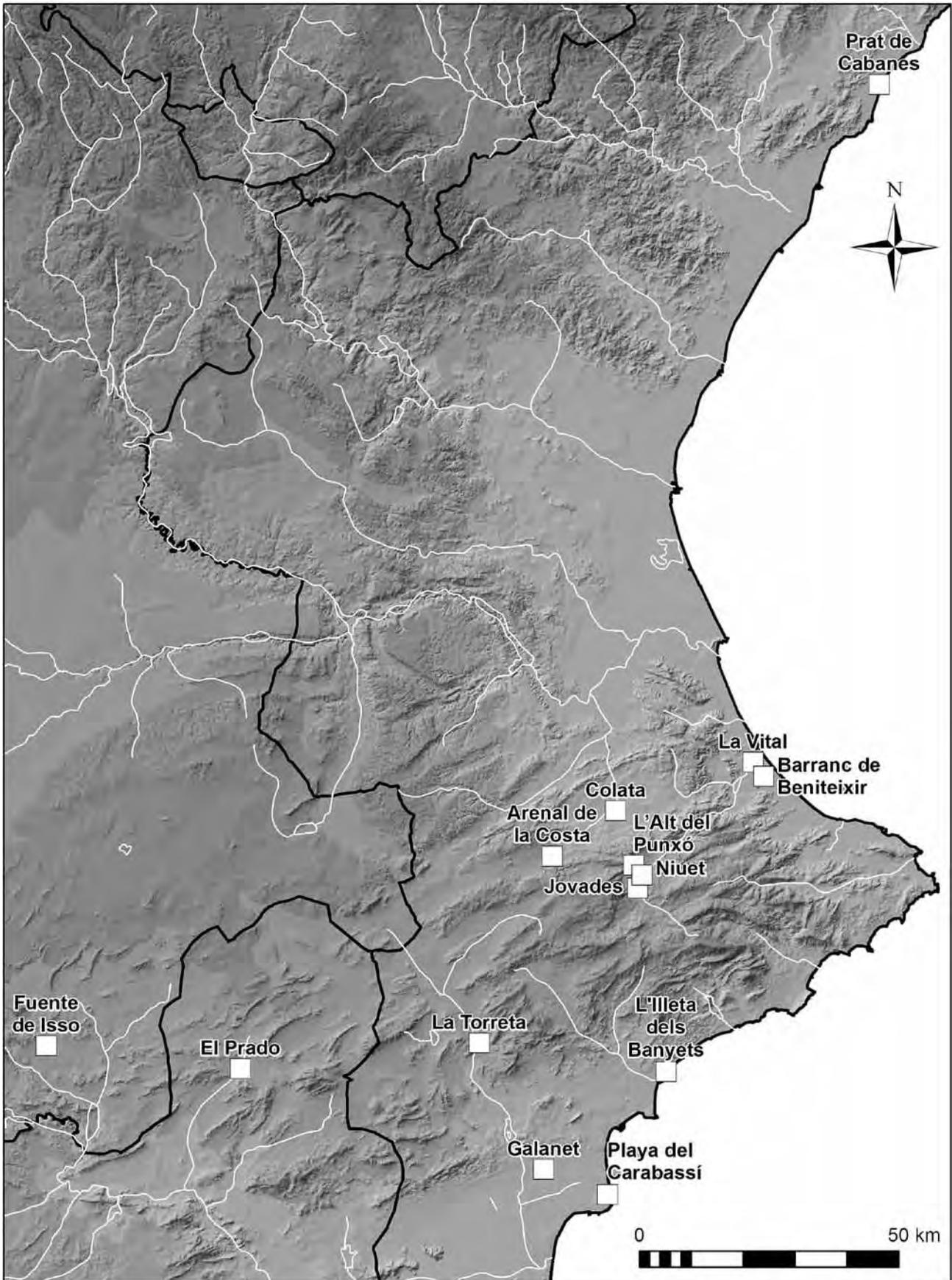


Fig. 3.34. Mapa de dispersión de los yacimientos con estructuras negativas del Horizonte "Jovades-Arenal de la Costa" que disponen de dataciones absolutas (2ª mitad del IV milenio cal ANE-III milenio cal ANE).

poral que se estima para unos trabajos que en términos de excavación arqueológica manual tan solo afectarán a unos 700 m<sup>2</sup><sup>285</sup>, motivándose con todo enormes pérdidas de información en el transcurso de obras de nuestra más inmediata contemporaneidad sobre el glacis que hacia el inicio del III milenio cal ANE dispusiera fosos, silos y cabañas en el margen derecho de la terraza más reciente del río Vinalopó, a 10 - 12 m sobre su cauce actual, provocándose, sin duda, pérdidas mayores que aquellas previas que generaran la erosión del mismo río y la realización de abancalamientos agrícolas (Jover *et alii*, 2000-2001, 27 y 30; Jover, Esquembre y Torregrosa, 2010, 41).

En total, en las excavaciones de 1999 en la parcela de La Torreta-Monastil se localizaron 16 estructuras negativas, número que se amplía a 21, cuando en 2001 y ahora muy afortunadamente, tras la realización de un buen número de sondeos mecánicos en una parcela distante 200 m de la anterior y conocida como Casa Colorá, se registran 5 que, como las antes halladas, nunca hubieran podido localizarse en función de la dispersión de material en superficie. En primera instancia de la documentación arqueológica obtenida se destacan dos ámbitos: el foso como construcción de cierta entidad –longitud 27,70 m, anchura 2,90/4,70 m y potencia máxima de 1,20 m– (Fig. 3.35 a), si bien menos ancho y profundo que el de Niuet, y un fondo de cabaña de planta oval de unos 3,20 m de diámetro (Fig. 3.35 b), cuyo material arqueológico, caracterizado por la presencia de cerámicas lisas con el borde almendrado permite proponer la asimilación del yacimiento al Calcolítico o la fase más avanzada del denominado *Neolítico IIB* (Jover *et alii*, 2000-2001, 32-33), dato previo a la vez que acorde a la temporalidad que marca la datación sobre madera de *Pinus halepensis* (Tabla 3.2), cuya expresión calibrada se inserta en los inicios del III milenio cal ANE.

Con las dificultades que atende el no haber podido documentar el yacimiento en extensión (Jover, 2010, 61), el foso de La Torreta – Monastil se ha definido como cercado (*Ibid.*, 67) de delimitación del espacio habitado en atención a la abundante presencia de restos domésticos en su relleno (*Ibid.*, 63), localizándose en su extremo un posible zóca-

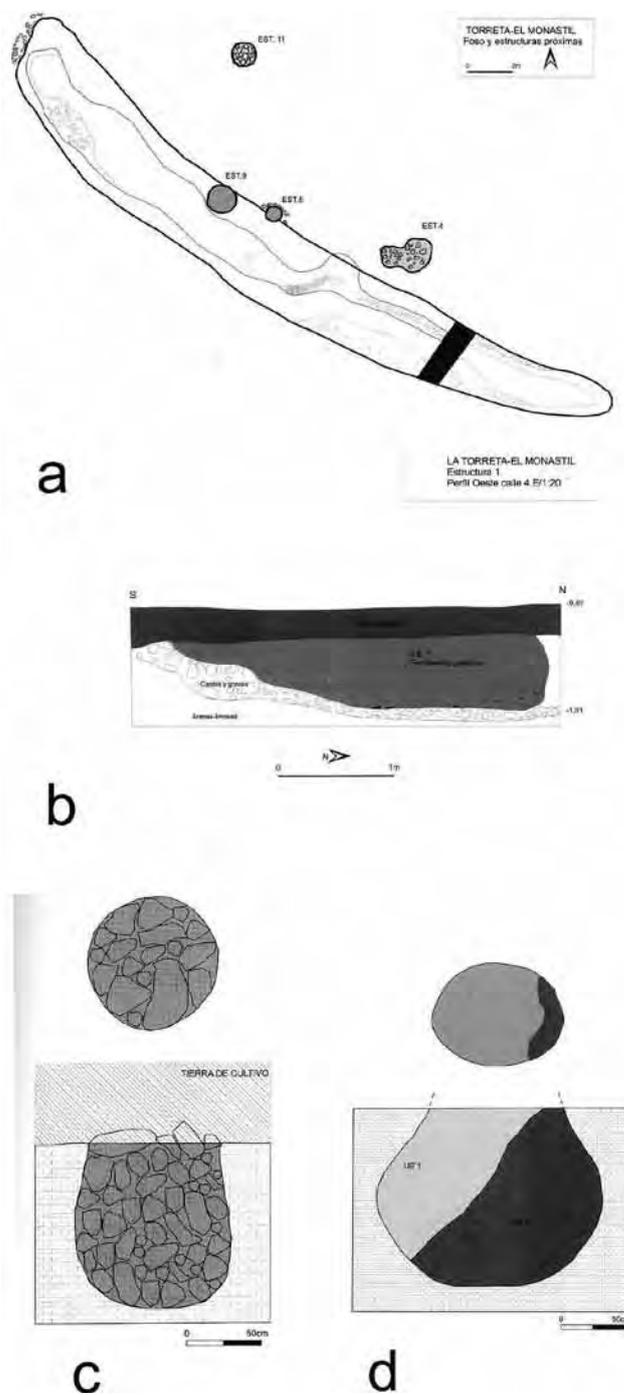


Figura 3.35. Estructuras de la Torreta-Monastil: a) planta del foso, b) sección del fondo de cabaña o estructura I, c) sección del silo o estructura 11 y c) sección del silo o estructura 12.

284. Si bien, todo hay que decirlo, sin indicios materiales en superficie que permitieran definir el área de sondeos en una zona protegida, por resultar inmediata al yacimiento importantísimo pero no prehistórico de El Monastil.

285. De marzo a abril los trabajos arqueológicos se efectuaron bajo la dirección de A. Poveda y M<sup>a</sup>.D. Soler del Museo Arqueológico Municipal de Elda. Consistieron en la realización de sondeos mecánicos en un área próxima al yacimiento ibero romano de El Monastil y de la necrópolis tardorromana homónima, objeto de protección en el Plan de Ordenación Urbana, que si bien prospectada no había dado testimonios de hallazgos prehistóricos. Los cortes de los sondeos positivos se ampliaron descubriendo las estructuras. Luego, tras una pausa motivada por la decisión de la empresa constructora de no seguir con la dirección arqueológica, y tras obtener de la Dirección General de Patrimonio el cambio de la misma, los trabajos se reanudaron el 5 de noviembre de 1999, ahora con la empresa de arqueología Arqueogestión C.B. y bajo la dirección de F.J. Jover y M.A. Esquembre, actuación que se centró en un área de 400 m<sup>2</sup> y que, por acuerdo con la Dirección General de Patrimonio, debía concluirse en un mes, plazo que se prolongó hasta el 20 de diciembre por las inclemencias del tiempo. El espacio no sondeado con posibilidad de contener estructuras se estima en 5.000 m<sup>2</sup>. En la zona donde se preveía la existencia de restos, tras la realización de los sondeos y durante la pausa de la actuación arqueológica se trazaron viales en el polígono que provocaron la pérdida de estructuras y la cubrición de las zonas excavadas, liberándose todo ese espacio para la realización de obras, salvo los 400 m<sup>2</sup> objeto de la segunda campaña, que hubo de iniciarse volviendo a descubrir el foso antes parcialmente excavado (Jover *et alii*, 2000-2001, 27; Jover, 2010, 15; Jover, Esquembre y Torregrosa, 2010, 40; Jover *et alii*, 2010, 43).

lo de muro pétreo, interpretado en clave de acceso (Jover *et alii*, 2000-2001, 32; Jover, 2010, 67). Se construyó cortando uno o quizá dos hoyos previos (estructura 5 y posiblemente la 9), documentando en su relleno un cuantioso registro que, a diferencia del de Niuet con buena presencia de fauna en su capa más profunda (Bernabeu *et alii*, 1994, 23), apenas contiene restos de animales, por otra parte del todo alterados y mordidos por cánidos (Jover, 2010, 62), y sí una buena representación de material constructivo como pellas barro con improntas de troncos, hasta tal punto que en la parte inferior llega a definir la sedimentación. Aquí la evidencia de una empalizada se ve menoscabada por no observarse otros indicios como agujeros de poste en sus inmediaciones, no siendo inverosímil que éstos u otros indicios al respecto hubieran desaparecido por los procesos de erosión que afectarían al nivel superficial de la ocupación (Jover *et alii*, 2010, 47-48).

De la posible cabaña se ha indicado que en uso podría alcanzar los 4 m; que de su techumbre y alzado devendrían el buen registro de pellas que se hallaron, algunas vinculadas a cantos calizos; y que con las actividades que en la misma se realizaran podrían relacionarse las semillas carbonizadas de cereales y olea y los fragmentos correspondientes a un molino (*Ibid.*, 50). El resto de las estructuras del yacimiento de la Torreta-Monastil se vinculan con unidades de almacenamiento, luego amortizadas, cubetas poco profundas de planta circular, algunas quizá afectadas por la pérdida de su desarrollo superior; silos tan claros en su forma como aquella estructura nº 8 (Fig. 3.35 d), donde a diferencia de lo observado en el foso o el fondo de cabaña apenas se determina material constructivo, o esa nº 11 (Fig. 3.35 c) en su amortización repleta de cantos perfectamente encajados; hoyos pequeños como el nº 14 interpretados como posibles soportes de postes y restos de estructuras mayores, como la nº 10 con una longitud mayor a los 5 m, perdida antes de poder documentarse.

En cualquier caso nos llama la atención el carácter más regular de las fosas halladas en la inmediata parcela de la Casa Colorá, donde se observa una mayor, de diámetro superior a los 2,5 m y 1 m

de profundidad, sobre un conjunto que en su anchura máxima no superan el metro, localizándose dos muy juntas (Jover *et alii*, 2010, 50-60; Jover, 2010, 66), en todo un panorama de dispersión de hoyos de esa diversa índole que sirve para estimar la existencia de un asentamiento de menos de 1 hectárea delimitado por un recinto de foso integrado por cabañas, alrededor de las cuales se ubicarían las estructuras vinculadas al almacenamiento y a la actividad, conformándose una ocupación, en opinión de Francisco Javier Jover discontinua pero recurrente de un grupo humano demográficamente contenido (Jover, 2010, 70-72).

El resto de las novedades que al respecto de los poblados con hoyos del horizonte *Jovades* – *Arenal de la Costa* ofrece el Vinalopó están ahora en curso de investigación, pudiendo adelantar de manera sucinta y por cortesía de la empresa Arpa Patrimonio S.L. referencias del cauce alto y medio en lo que afecta a las nuevas excavaciones practicadas en La Corona de Villena<sup>286</sup> y el Camino del Río de Monforte del Cid<sup>287</sup>; y en lo que respecta al Bajo Vinalopó, y ahora por gentileza de la empresa *Alebus Patrimonio Histórico S.L.*, lo que trasciende de El Galanet, yacimiento principal en esta temática del que se dispone un resumen (Jover y Torregrosa, 2010), publicado en la meritoria serie de discos compactos que viene editando el Colegio Oficial de Doctores y Licenciados de Alicante, cuya Sección de Arqueología asume el reto de recoger informes de las actuaciones arqueológicas que de manera anual autoriza la Dirección General de Patrimonio para la provincia.

Del yacimiento que se anuncia en Elche<sup>288</sup>, sólo se excava el corredor que afecta el trazado de un colector que lo cruzaba, debiendo tratarse de una extensión importante de hoyos que en origen debían llegar hasta el margen izquierdo del curso fluvial que origina el llamado Barranco de San Antón, del que las estructuras identificadas distan sólo 420 m. En el sucinto informe, anticipo de lo que seguro será una interesante e inminente monografía, se anotan particularidades como la documentación de grandes contenedores cerámicos, la parquedad de estructuras asimilables a

286. Yacimiento identificado en una prospección de 2006 con la denominación CAM 11/68 al lado del camino de Caudete a Villena (Pérez y Hernández, 2006, 98), se excava en 2007 bajo la dirección de Marco Aurelio Esquembre Bebia y Juan de Dios Boronat Soler como urgencia planteada con ocasión de las obras del Tren de Alta Velocidad del tramo Caudete-Villena. Integra 37 estructuras negativas asimiladas al Mesolítico, Neolítico postcardial y el Neolítico Final-Calcolítico. Entre éstas últimas se identifican un par de fondos de cabaña y una decena de estructuras negativas de tipo fosa, algunas susceptibles de considerarse como de almacenamiento, destacándose la presencia de un fragmento de campaniforme entre el material recuperado en los rellenos que las amortiza. Agradezco a Arpa Patrimonio y a los directores de la intervención haberme facilitado datos de la Memoria Final de la Excavación arqueológica de La Corona Nº ref 2007/1549-A.

287. A partir de la iniciativa del propio Ayuntamiento de la localidad se realiza la excavación entre 2007 y 2010 en un emplazamiento inmediato al cauce, localizándose además de hallazgos ibéricos 5 fosas pequeñas en cuyo relleno se observa cerámicas lisas, pesas de telar, molinos barquiformes y pellas de barro con improntas vegetales. Agradezco la información a Arpa Patrimonio y a los directores de la excavación Francisco Andrés Molina Mas y José Ramón Ortega Pérez.

288. Se dispone en las inmediaciones del estadio de fútbol "Martínez Valero". Realizada entre el 27 de agosto y el 7 de octubre de 2009, la excavación se plantea con motivo de la ampliación de la Ronda Sur de Elche. Se identifica mediante prospección superficial, seguida de sondeos mecánicos y el seguimiento de movimiento de tierras. La zona a excavar se dividió en 2 sectores diferenciados por el trazado del antiguo camino de Alicante, lográndose la excavación de 14.737, 51 m<sup>2</sup>. De 324 estructuras negativas identificadas se pudieron excavar 104 de las que 85 son prehistóricas, pudiéndose considerar la existencia de 43 "fosas", 30 "cubetas", 11 "silos" y un foso de "drenaje", la mayor parte de planta circular u oval y sección troncocónica, troncocónica invertida, globular o elipsoide vertical (Jover y Torregrosa, 2010).

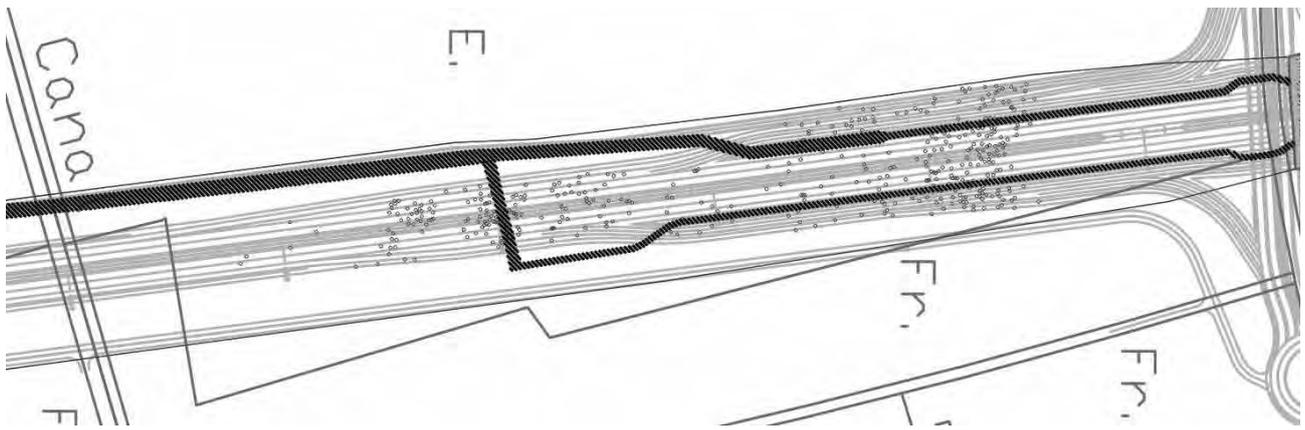


Figura 3.36. Dispersión de las estructuras del yacimiento de Galanet de Elche. Detalle del plano publicado (Jover y Torregrosa, 2010).

la noción de silo, la existencia de una fosa alargada para la que se propone una función de drenaje, o la observación de la superposición de algunas estructuras con respecto a otras, no descartándose fueran de distinta cronología, al observarse en los rellenos, además de cerámicas asimilables al *Neolítico II*, otras características del Bronce Final – Orientalizante. Por otra parte, la no observación en éstos de huesos quemados concentrados junto a carbones hace pensar que este conjunto de fosas podría estar diferenciado del espacio habitacional no identificado, que en cualquier caso conformaría con lo hallado y en primera estimación, un yacimiento de unas dos hectáreas, a tenor de la datación obtenida e inédita (Tabla 3.2)<sup>289</sup>, vigente cuando se habita la Torreta y en cualquier caso próximo a aquel de la Figuera Reona que hace sesenta años excavara Alejandro Ramos Folqués (1953) –localizando fondos de diámetro en exceso pequeño como para resultar de cabañas con muretes pétreos ahora de imposible comprobación– en el tramado urbano de la ciudad de Elche, cuya publicación ayudará a comprender en toda su potencialidad ese panorama de noticias dispersas que de ese poblamiento se disponía en el entorno del Campo de Elche (Jover *et alii*, 1997, 267-268).

Mientras que Torreta-Monastil parece responder al esquema de poblado con hoyos característico del *Horizonte Jovades-Arenal de la Costa* con algunos elementos que refuerzan la habitación evidenciados por la entidad del tramo de foso que se conserva y el denso relleno de cantos y material constructivo que podría hacer ver una empalizada, en la información que trasciende de Galanet prevalece la cubeta sobre el silo, y por la parquedad de registro de fauna en los rellenos se indica la posibilidad de que se estuviera en una zona alejada del hábitat y por lo tanto más vinculada a la tierra de cultivo, consideraciones éstas que diferencian el asentamiento del modelo que se consigna en Colata, que sólo podrán valorarse, tras la publicación de los resultados.

Sólo apuntaré que, como contenedores, las pequeñas cubetas muchas veces pueden resolver la custodia de objetos que podrían evidenciar la subsistencia cotidiana de agricultores que, desplazados de algún núcleo principal, desarrollaran alguna de las actividades del ciclo en la intermediación del campo, habiéndome llamado la atención al respecto la contemplación *in situ* de un molino en absoluto amortizado y sí cuidadosamente dispuesto en una de esas cubetas del Camino del Molino de Monforte del Cid, que aquí se han traído a colación gracias a la empresa Arpa Patrimonio.

b) Sobre los poblados con hoyos del Campo de Hellín (Albacete) y las comarcas murcianas de El Altiplano, Noroeste y Alto Guadalentín. Las tierras meridionales valencianas como ejemplo de aplicación de la teoría de los “Sistemas Mundiales”

Con cronologías propias de los inicios del III milenio cal ANE, la habitación de Galanet y Torreta resulta contemporánea a la fase plena del desarrollo de la *Cultura de los Millares* –c. 3000-2600 cal ANE (Molina y Cámara, 2008, 29)–, siendo en su materialización portadoras de una tradición en apariencia poco influenciada por aquella que, en las comarcas centro meridionales valencianas, lleva vigente varios siglos, no sólo en atención a las fechas de mediados del IV milenio cal ANE que se disponen de Les Jovades de Cocentaina (Tabla 3.2), sino también a las que sobre hueso humano proporcionan los contextos funerarios de inhumación múltiple de la Cova de la Pastora de Alcoy o la Cova d’En Pardo de Planes (Soler y Roca, 2012, 221), contemporáneos a los poblados de hoyos del valle del Serpis.

No siendo difícil encontrar similitudes en el entorno general próximo (Jover, 2010, 70), estos poblados con hoyos alcanzan diferentes matices y realidades conforme bajamos en latitud; diferencias

289. Agradezco a Eduardo López, Palmira Torregrosa y Francisco Javier Jover haber podido disponer de la datación de Galanet para este texto.

que podrían sostenerse en la influencia que en lo social debió ejercer en su periferia la expresión más septentrional la *Cultura de los Millares* (López Padilla, 2006), como realidad política que, organizada en distintas entidades territoriales controladas por emplazamientos fortificados en alto, dispone como enclaves principal para el denominado *grupo de Lorca* el yacimiento del Cabezo del Plomo de Mazarrón (Molina y Cámara, 2008, 102), un emplazamiento del Bajo Guadalentín amurallado con bastiones<sup>290</sup> (Muñoz, 1982; 1993), inmediato a una sepultura de tipo *rundgräber* que, con otras similares, debe considerarse testimonio de la vigencia de la *Cultura de Almería* en la Región de Murcia (Soler, 1996, 83). En atención a su localización inmediata a esas sepulturas circulares características de esa manifestación almeriense se ha indicado una presencia más sólida del “entramado social millarense” que sucede a aquella *Cultura de Almería* agropecuaria (Arteaga, 1992) en El Alto Guadalentín (López Padilla, 2006, 220), considerando poblados en sitios estratégicos de los que destaca aquel de El Capitán de Lorca, por quedar vinculado a una necrópolis que integra una docena de esos sepulcros característicos y situarse en la cabecera de un pasillo estratégico que, jalonado por distintos enclaves, enlaza esas tierras del Campo de Lorca con las plenamente millarenses de la depresión de Vera y Valle del Almanzora (*Ibid*; Lomba, 1999, 61), de las que Almizaraque parece resultar el poblado principal (Molina y Cámara, 2008, 102).

De manera reciente, desde la vertiente funeraria se han vuelto a poner sobre la mesa aquellas reflexiones (Soler, 1996) que en lo cultural, en atención a ítems como las puntas de flecha cruciformes o las varillas e ídolos planos en hueso vinculaban las tierras centro meridionales valencianas con la comarcas del Altiplano y Noroeste de Murcia, así como con la de El Campo de Hellín; haciéndose ver diferencias con respecto al registro funerario característico de la *cultura de Almería* (Soler y Roca, 2012, 228-237), manifestación por otra parte singularizada por la preferencia en aquella de la construcción artificial a la hora de hacer realidad el hecho de la inhumación múltiple.

Desde la perspectiva habitacional esas semejanzas se han hecho ver cuando se han abordado los yacimientos con hoyos que se observan en esas áreas territoriales, con dataciones por ahora algo más antiguas que las que arrojan las aldeas comentadas del cauce medio y bajo del Vinalopó de Torreta-Monastil y Galanet. Así, independientemente de las diferencias anotadas en el patrón de asentamiento (García Atiénzar, 2010, 55-56), se

han subrayado las semejanzas constructivas que guarda el poblado de Fuente Isso (*Ibid.*, 35-52), con los yacimientos que, desde la cuenca del Serpis, sirvieron para concebir la vertiente habitacional del *Neolítico IIB* de la secuencia regional (Bernabeu *et alii*, 1993); similitudes que también se han expuesto cuando se dan a conocer las intervenciones más recientes de El Prado de Jumilla (Jover *et alii*, ep.), o las practicadas al final del siglo pasado en los yacimientos del término de Caravaca de la Cruz de la Casa Noguera (Brotons, 2004, 229) y Molinos de Papel (Pujante, 2005, 139).

El análisis de esos yacimientos nos permite considerar los cambios que en el esquema de poblado con hoyos característico del Horizonte *Jovades – Arenal de la Costa* podrían producirse dentro de la dinámica de interrelación social que sus pobladores pudieran mantener con las gentes plenamente millarenses, siendo en ello muy provechoso valorarlos en función de su cercanía con respecto a aquel yacimiento principal del *grupo de Lorca* que se asienta en el Cabezo del Plomo. A algo más de 140 km de Mazarrón quedan Elda y Hellín, donde en los yacimientos respectivos de la Torreta-Monastil y Fuente Isso no hay nada que permita vislumbrar los efectos de esa interrelación que pudiera producirse en el III milenio cal ANE. Expuesto el primero, merece la pena comentar brevemente el segundo, del que en una síntesis reciente se han suscrito valiosos aspectos, muy útiles para la mejor comprensión de los yacimientos con hoyos valencianos.

Para esa arqueología de futuro que necesariamente deberá poner su interés en el estudio de las memorias generadas por las excavaciones de urgencia, el caso de Fuente de Isso es muy esperanzador, una vez que la monografía que recupera la excavación de urgencia, que en el yacimiento de Hellín se realizara en 1992, sirve en 2010 como mejor guía para aproximarse al poblamiento neolítico de Albacete, y aquí también, como buen paralelo para hacer más nítida la imagen del espacio habitacional que proporciona la Torreta-Monastil. En el yacimiento de Hellín, en no más de 52 m, se tuvo la suerte de distinguir un tramo de foso, silos y un fondo de cabaña vinculado a distintas estructuras, ofreciéndose un panorama donde el primero delimita, proponiéndose, en atención al sedimento basal limoso, suelto y parco en material arqueológico, sirviera de drenaje para proteger la instalación de las aguas pluviales.

Como en el yacimiento de Elda, en Fuente Isso el foso se traza cortando estructuras siliformes previas y colmatadas, disponiéndose de su relleno o *inicio de abandono* una datación –Beta 221995:

290. Definido como poblado tipo Millares (Muñoz, 1982) las dataciones que ofrece sobre concha (Muñoz, 1993, 143) resultan más antiguas. De éstas, una –SUA 1476: 4930 ± 120 -3.603(3.288)2.974 cal ANE 2 sigma, conforme a Marine 09– parece acorde a la tumba de tipo *rundgräber* que se localiza en sus proximidades (Muñoz, 1986; Lomba, 1999, 60). Independientemente de que pudiera vincularse a una manifestación septentrional de la *cultura de Almería*, hay dos factores que parecen definitivos a la hora de considerar su ocupación en el horizonte Millares: la muralla con bastiones (Muñoz, 1993, 143 y Fig.2), y el hecho de que en sus inmediaciones pudieron observarse sepulturas de tipo *tholoi*, que quedaron destrozadas por el trazado de la carretera de Bollnuevo a Mazarrón (Muñoz, 1986,17) y por la explotación de una cantera (Muñoz y Martínez, 2004, 184-185).

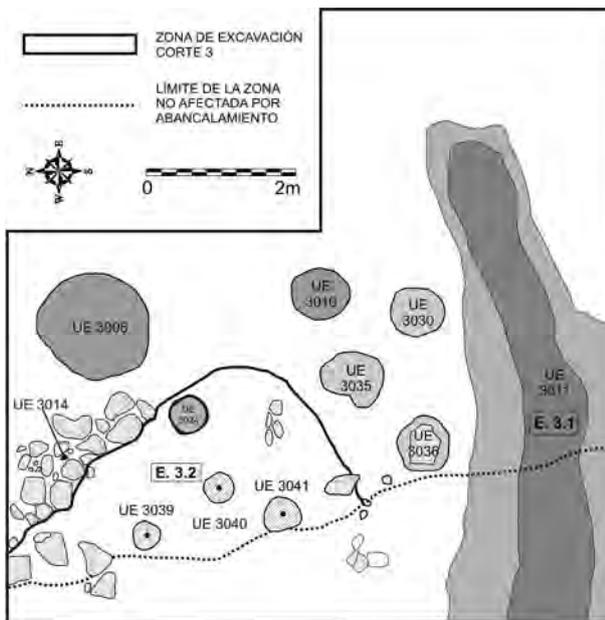


Figura 3.37. Fuente Isso. Planta del área excavada (García Atiénzar, 2010, Fig. 1.4).

3.084(2.894)2.704 cal ANE (tabla 3.3.)– que resulta unos dos siglos posterior a la que se extrae de la unidad estratigráfica que media entre dos fases de ocupación –Beta 221996: 3.327(3.116)2.905 cal ANE (tabla 3.3.)–, observadas en un fondo de cabaña oval o rectangular con las esquinas redondeadas, vinculado en su perímetro externo a un muro de mampostería a doble cara que acoge en su interior pequeños hoyos, acaso vasares o sustentos de poste y que en su exterior se vincula a otras estructuras probablemente de combustión; todo como ejemplo de la habitación recurrente de un mismo espacio doméstico, en atención a las dataciones expuestas, en su primera ocupación, si no contemporáneo, previo a la excavación del foso, como factor que introduce una cierta limitación a la expansión en horizontal que viene a generar el yacimiento, prototípico de poblado con silos, sugiriéndose una cierta fijación de la estructura habitacional, algo que, sobre todo por falta de datos, no acaba de vislumbrarse en el área valenciana.

El esquema de la cabaña de Fuente Isso recuerda en gran medida a la comentada de la Illeta dels Banyets de El Campello, donde el perímetro se refuerza con mampuestos, pudo determinarse un agujero de poste, distintos vasos cerámicos de tamaño medio y dos contenedores de barro cocho (Soler y Belmonte, 2006). Se trata de una arquitectura pétreo que, con dificultades, se hace ver en posibles (por el yacimiento de El Campello) o veraces poblados con hoyos valencianos como El Niuet, donde se indica un muro que delimitaría aquella cabaña de planta circular u ovalada vinculada a un hogar y silos externos (Bernabeu et alii,

1994, 22); o la Torreta-Monastil, donde además de la estructura de mampuestos localizada junto al foso, se señala el encuentro en el relleno de la cabaña de pellas de barro asociadas a cantos (Jover et alii, 2010, 50) que debieron formar parte de las paredes. Son ejemplos que permiten consignar la vigencia de este tipo de construcciones en los finales del IV e inicios del III milenio cal ANE<sup>291</sup> que, en la síntesis de Fuente Isso, a diferencia de esa habitación discontinua pero recurrente considerada por Jover en La Torreta, se nos hace ver más permanente la ocupación estable del espacio (García Atiénzar, 2010, 52).

Con esta nueva perspectiva podría considerarse que a partir de un cierto momento en algunos poblados pudo ponerse coto a una expansión del área del poblado motivada tanto por el crecimiento demográfico como por el movimiento o cambio de ubicación de las unidades de habitación dentro del asentamiento, procurándose entonces una imagen más consolidada por estable del hábitat. A esa conclusión también se llega en el examen que a continuación se realiza de las comarcas limítrofes murcianas, señalándose distintos casos donde se determina la sucesión estratigráfica de pisos de cabañas. De no significar una continuada permanencia, esa ordenación podría estimarse en términos de reocupación cíclica del espacio habitado, algo que también pudiera tener un significado desde valores de rememoración de la habitación previa.

Con respecto a lo que se descubre en el Vinalopó Medio empiezan a visualizarse diferencias en la inmediata comarca de El Altiplano, donde recientemente y por una actuación de urgencia se ha retomado la excavación del hábitat de El Prado de Jumilla, una potente realidad arqueológica dada a conocer en los años ochenta (Walker y Lillo, 1983), con información recogida en distintos trabajos, pero menoscabada por no disponer de una síntesis que ahondara en la descripción de estructuras, de las que trasciende una información del todo sucinta, faltando datos tan imprescindibles como una planimetría general (García Atiénzar *et alii*, ep). Su relectura invita a considerar la existencia de un foso y de fondos de cabañas que, como la de Fuente Isso, se acompañan de construcciones pétreas aéreas, también como en el caso del yacimiento de Hellín, próximas a zanjas interpretadas como de drenaje (Lillo y Walker, 1986, 178; García Atiénzar, 2010, 40 y 50).

Ese cuadro afín a la Torreta-Monastil o Fuente Isso, se complica al trascender los datos de la intervención más reciente<sup>292</sup>, donde la empresa *Arquealia S.L.* actúa de urgencia en 2009 y por primera vez en extensión en el yacimiento de Jumilla<sup>293</sup>, contando para la investigación de los resultados, con miembros del Área de Prehistoria de la Universidad de Alicante, para procurar su publicación en un foro

291. Teniendo en cuenta la fecha más reciente del relleno del foso donde asienta la construcción de la cabaña de El Niuet –AA-72171: 4.375±54 bp /3.322(3.106)2.981 cal ANE 2 sigma–, la antedicha de c. 3.100 cal ANE de la fase intermedia de la cabaña de Fuente Isso, la que dispone la cabaña de la Illeta –c.3.118 cal ANE– y la que se extrae del relleno del foso de La Torreta –c. 2.916– (tabla 3.1).

	Referencia / material	Vida	Datación bp	CAL BC 2σ +	CAL BC 2σ-	Prob.	CAL BC 2σ (m)	Referencia bibliográfica
1	C/Floridablanca Relleno silo KIA-997/UtC-7938 Carbón.	Larga	4.620 ± 35	<b>3.517</b> 3.386	<b>3.395</b> 3.341	0.711 0.289	3.429	Martínez y Ponce, 2004, 299.
2	El Prado UE 106 UH2 Beta 327660. Ovicaprino.	Corta	4.500 ± 30	<b>3.347</b>	<b>3.097</b>	1.000	3.222	Jover <i>et alii</i> 2012, 23.
3	Carril de Caldereros KIA-20890. Carbón vegetal.	Larga	4.455±43	<b>3.340</b> 2.981 2.954	<b>3.010</b> 2.957 2.936	<b>0.956</b> 0.025 0.018	3.138	Fuentes <i>et alii</i> , 2005, 73.
4	Fuente Isso –cabaña (UE 3015) Beta 221996. Bóvido.	Corta	4.400 ± 50	3.327 3.177 <b>3.122</b>	3.218 3.159 <b>2.905</b>	0.152 0.018 0.830	3.116	García Atiénzar, 2010, 53.
5	Fuente Isso – foso (UE 3038) Beta 221995. Bóvido.	Corta	4.290 ± 50	3084 <b>3028</b> 2808 2719	3065 <b>2860</b> 2756 2704	0.018 <b>0.898</b> 0.072 0.012	2.894	García Atiénzar, 2010, 53.
6	Camino de El Molino. Beta 244973. Humano.	Corta	4.260 ± 40	3.009 <b>2.936</b> 2.812 2.725	2.981 <b>2.855</b> 2.746 2.697	0.021 0.747 0.192 0.041	2.853	Lomba, 2009.
7	Poblado de La Salud / 15610. Madera carbonizada.	Larga	4.250 ± 100	3.309 3.283 3.265 <b>3.105</b> 2.522	3.300 3.276 3.240 <b>2.566</b> 2.497	0.002 0.002 0.009 0.977 0.010	2.903	Eiroa, 1990.
8	Carril de Caldereros KIA-20887. Carbón vegetal.	Larga	4.200±30	2.893 <b>2.813</b>	2.840 <b>2.678</b>	0.285 <b>0.715</b>	2.785	Fuentes <i>et alii</i> , 2005, 73.
9	Carril de Caldereros KIA-20889. Carbón vegetal.	Larga	4.105±40	2.871 2.791 <b>2.780</b> 2.516	2.801 2.790 <b>2.569</b> 2.500	0.238 0.002 <b>0.739</b> 0.021	2.685	Fuentes <i>et alii</i> , 2005, 73.
10	C/Floridablanca Relleno zanja KIA-977/UtC-7939. Carbón.	Larga	4.100 ± 35	2.866 2.775 <b>2.762</b> 2.517	2.804 2.770 <b>2.568</b> 2.499	0.228 0.004 0.744 0.024	2.682	Martínez y Ponce, 2004, 297.
11	El Prado UE 109 Beta 293368. UH3 Ovicaprino.	Corta	4.090±40	2.866 2.776 <b>2.762</b> 2.534	2.804 2.769 <b>2.563</b> 2.493	0.202 0.005 0.720 0.073	2.679	Jover <i>et alii</i> 2012, 23.
12	La Marianela UE 1027 KIA-21808. Cebada.	Corta	4050 ± 25	2.832 2.659 <b>2.633</b>	2.819 2.651 <b>2.487</b>	0.034 0.014 0.952	2.659	Verdú, 2004.
13	Camino de El Molino. Beta 244975. Humano.	Corta	3.990 ± 40	<b>2.620</b> 2.444 2.420 2.378	<b>2.451</b> 2.439 2.405 2.350	0.960 0.003 0.014 0.023	2.485	Lomba, 2009.
14	Camino de El Molino. Beta 244974. Humano.	Corta	3.950 ± 40	2.571 <b>2.503</b> 2.323	2.513 <b>2.336</b> 2.307	0.231 0.744 0.025	2.439	Lomba, 2009.

Tabla 3.3. Relación de fechas de yacimientos con hoyos del Campo de Hellín (Albacete) y las comarcas murcianas del Alto Guadalentín, El Altiplano y Noroeste, incluyendo de ésta las dataciones de la necrópolis de Camino del Molino. Calibración conforme a la curva IntCal09.14c (Reimer *et alii*, 2009).

internacional. En ese trabajo se descubre una ordenación estratigráfica que avala para la fase más reciente de ocupación del poblado la construcción

de grandes cabañas elípticas con potentes zócalos integrados por mampuestos colocados, guardando una pauta constructiva especializada, con eviden-

292. Agradezco a los autores del trabajo de El Prado presentado en Lisboa al V Congreso del Neolítico Peninsular la consulta del texto en prensa.

293. 110 m2 a modo de "tira" en paralelo a un vial que se proyectaba ampliar. Se calcula que el yacimiento de El Prado tendría una extensión de 60.000 m2 (García Atiénzar *et alii*, ep)

cias de fuego en el interior de un recinto no compartimentado. Por debajo de la estructura de esa índole mejor documentada (UH3), de cuyo relleno se dispone una datación de vida corta –*Beta 293368*: 2.866(2.679)2.493 cal ANE (tabla 3.3)–, se observa la evidencia de una construcción lúnea (UH4), que se vale de agujeros con calzos de mampostería para soportar postes perimetrales que debieron trazar un recinto elíptico. Esta construcción se vincula a la fase más antigua del poblado, para la que se sugiere una cronología de fines del último tercio del IV milenio cal ANE, ahora en atención la fecha más antigua que dispone el hábitat –*Beta 327660*: 3.347(3.222)3.097 cal ANE (tabla 3.3)–, si bien el hueso de ovicaprino que permite el análisis no guarda relación directa con la estructura de postes.

Esas cabañas circulares de agujeros de poste que todavía no se reconocen en tierras valencianas, se observan bien en las actuaciones que a finales de siglo XX y primeros años del XXI se han realizado en la comarca del Noroeste de Murcia, donde las vemos vinculadas a distintas estructuras negativas en Casa Noguera y en el no menos impresionante hábitat de Molinos de Papel, ambos en Caravaca de la Cruz, ahora ya a una distancia de unos 115 km de Mazarrón y a unos 60 km de Lorca, ciudad que contiene en su subsuelo las mayores similitudes con respecto a lo que a continuación se expone. Todo un panorama, el descubierto en los últimos años, inaudito en el concepto de poblados con silos que se tenía en la Región de Murcia, recordando al respecto aquella imagen que, al inicio del capítulo primero de este extenso artículo, referíamos del Campico de Lébor de Totana (Val Caturla, 1948), o aquella todavía más sencilla de las Amoladeras de Cabo de Palos que trascendía a mediados de los ochenta, integrando simples cubetas interpretadas como fondos de cabañas y silos (García del Toro, 1998, 303), que a nosotros tanto nos sirvieran para comprender los hallazgos neolíticos de la Playa del Carabassí de Elche (Soler y López, 2001).

En el yacimiento de Casa Noguera, ubicado en la pedanía de Archivel, con una absoluta precariedad de tiempo y medios (15 días y 1 peón), en el transcurso de una urgencia se logra en abril de 1997 la excavación de una cabaña circular de más de 7 m de diámetro exterior, posiblemente delimitada por una cincuentena de postes (sobre una evidencia de 39 hoyos), dotada de un acceso de cierta monumentalidad, en atención al mayor diámetro de los agujeros que lo delimitan. La idea que subyace en este espacio habitacional puede ser la misma que la que se define en Niuét o Fuente Isso, aunque aquí a todas luces se documenta una unidad

de módulo mayor, con elementos que descubren todo un dominio técnico<sup>294</sup>.

En su presentación Francisco Brotons Yagüe venía a asimilar la construcción de la cabaña a un Calcolítico parejo al *Neolítico IIB* (*Ibid.*, 220), indicando que el mejor paralelo para estas construcciones era aquel que se consignara en la fase precampaniforme de Almizaraque (*Ibid.*, 230), cuando se señalara, como buen antecedente de lo que ahora se descubre en El Prado, la construcción de cabañas circulares de estructuras leñosas embutidas directamente sobre las margas vírgenes, como construcciones previas a las que se proveen de zócalos y postes características de la fase II de aquel hábitat del Almería, para la que se disponía una datación sobre carbón –*UGRA-163*: 4.120±100 bp– (Delibes *et alii*, 1986, 170-171), que ahora calibrada –2.916(2.687)2.459 cal ANE 2s– no se aleja en exceso de la que data la cabaña con zócalo de El Prado.

La cronología supuesta para Casa Noguera cubre los finales del IV milenio y todo el desarrollo del III milenio cal ANE (Brotons, 2003), observándose en lo habitacional otras cabañas similares a la descrita (García y Madrid 2002, 24), o más complejas, destacando del todo aquella circular que se vincula al Calcolítico Pleno, cuyo diámetro alcanza los 9,60 m, con postes centrales y un foso de notable entidad (1,80-3 m de anchura, y más de 3 m de profundidad), que en su trazado corta hoyos previos, descubriéndose en su relleno lo que podría resultar el derrumbe de un zócalo de mampuestos (Brotons, 2003). El detalle del zócalo acerca la estructura a las cabañas de mampostería más recientes de El Prado; mientras que su aire monumental y el foso perimetral recuerdan al impactante foso que líneas adelante se comenta de Molinos de Papel, de manera que podría considerarse que, en c.2.700 cal ANE, en el llano de la comarca del Noroeste existen estructuras de una entidad hasta entonces desconocida, en absoluto equiparables a las contemporáneas de La Vital de Gandia y a las que hacia el final del milenio dispone el Arenal de la Costa.

A nadie escapa la importancia del conjunto de Archivel, cuyo estudio deberá disponer de una lectura conjunta de toda esa serie de hallazgos que, en formato de anuncio, ya lo caracterizan como yacimiento excepcional, con detalles tan idóneos para este trabajo como la determinación de semillas y revoque en las paredes de silos, muchos de ellos excavados en la roca que, ahí nadie duda, se conciben como contenedores de grano (Brotons, 2005, 242). Por lo demás, la vertiente funeraria revela la estrecha similitud que guarda el conjunto con Lorca, Molinos de Papel y el impactante enterramiento de

294. Además de las jambas de cierta monumentalidad que caracterizan el acceso, en los 40,7 m<sup>2</sup> que integra el espacio habitacional, se observan distintos hoyos vinculados al soporte de la techumbre, susceptibles de generar un espacio a modo de deambulatorio (Brotons, 2004, 219). Como en la de Fuente Isso en el interior de la cabaña también se indican posibles vasares, además de un hogar y un silo de tamaño medio, del que no se asegura su vinculación a la estructura, amortizado con el gesto claro de disponer un encancho de piedras para sellar la boca (*IBID.*, 2004, 216-222).

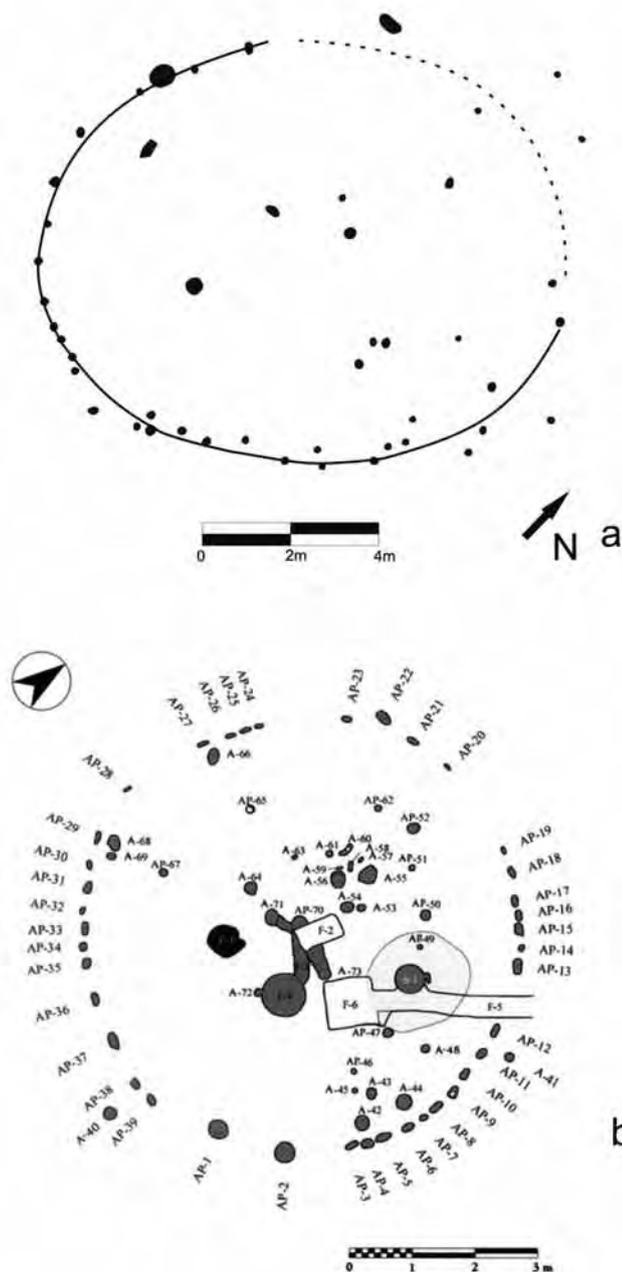


Figura 3.38. Casa Noguera cabañas de postes documentadas en las campañas de 1997 –b– y 2007 –a– (Brotons, 2004, Fig. 3 y Álvarez y Andrés, 2009, Fig. 6)

Camino del Molino, si se hace constar la previa documentación en el yacimiento de Archivel de esos enterramientos que acompañan el cadáver con perros enteros (García y Martínez, 2004, 242-243).

Finalmente, habrá que hacer constar el hallazgo en el verano 2007 de una inhumación primaria de animales y distintos enterramientos humanos múltiples, para descubrirse lo que podría traducirse en una perduración milenaria en la memoria del espacio ocupado, observándose en un silo (S9) dispues-

to en el interior de una cabaña de postes, cerámicas asimiladas al Calcolítico en su fondo, como posible gesto de amortización de una estructura que luego parece vaciarse para acoger dos fases sucesivas de enterramiento atribuidas al Bronce Medio y Final (la primera de inhumación múltiple y la más reciente individual), infrayacentes a un último uso que, con carácter previsiblemente votivo, hacen los íberos en la Edad del Hierro (Álvarez y Andrés, M., 2009).

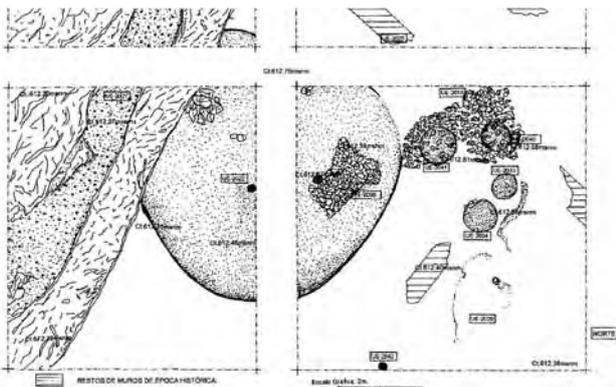
En lo que respecta a Molinos de Papel, como documento principal se dispone una memoria de la actuación arqueológica que, en distintas fases se planteó entre septiembre de 1999 y agosto de 2000, descubriéndose en la urgencia motivada por la urbanización del área, un impactante yacimiento que, enraizado en el Neolítico Final, contiene una clara fase con campaniforme, observándose silos y estructuras excavadas en la roca de distinta tipología junto a fondos de cabaña semiexcavadas y restos de fosos (Pujante, 2006, 134-135)<sup>295</sup>, al parecer dispuestas en dos áreas de poblamiento: I y II (*Ibid.*, 138).

Esa documentación se acompaña de lo que ha trascendido de una intervención practicada en diciembre de 2007, de la que se indica como dato a tener en cuenta en cuanto a la cronología del poblado, el hallazgo de una inhumación fosa con preciosos botones ebúrneos de perforación en “V” que dispone de una datación –*KIA 39854*: 3.610 ± 30 bp 2.109(1.999)1.889 cal ANE 2 sigma– que advierte de la perduración del asentamiento hasta los inicios de la Edad del Bronce (Marín, López y Juan, 2012, 163).

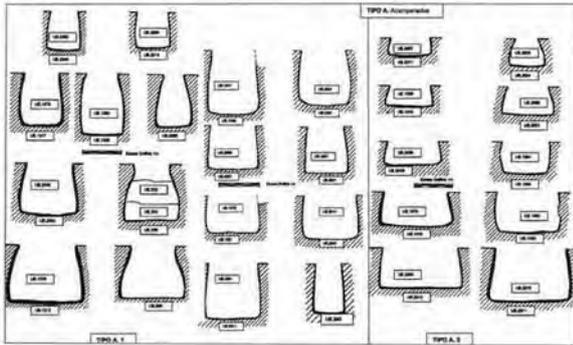
La memoria de los trabajos de campo que publica Ana Pujante ofrece una buena puesta al día sobre la funcionalidad de las diferentes estructuras, siendo especialmente interesante la lectura que establece de los silos, para los que defiende sin ambages su concepción como depósitos de grano o de otros productos perecederos (*Ibid.*, 138-146). En el yacimiento sito en el subsuelo de Caravaca se localizan 49 en la campaña de 1999-2000 (Fig. 3.39), la mayor parte afectados por una acción de roturación en su parte superior, 48 amortizados como basureros y uno reutilizado de modo casual y no programado como tumba en el Campaniforme<sup>296</sup> (*Ibid.* 140-141). Como en Casa Noguera, alguno de los silos del yacimiento presentan las paredes con revoque a base de barro o sedimento tamizado a los efectos de cerrar las irregularidades y la porosidad de la roca en la que se excavan, no observándose diferencias en lo formal<sup>297</sup> entre aquellos contados que contienen materiales asimilables al Neolítico Final/Eneolítico con respecto a una mayoría caracterizada por materiales cerámicos asimila-

295. Alcanzando la superficie de la urbanización 36.400 m<sup>2</sup>, los trabajos exigieron la realización de sondeos manuales para acotar el yacimiento en la zona norte de la urbanización. Dándose la afortunada circunstancia de que un área de esa zona se proyectara un jardín se pudo preservar para el futuro una de las partes más interesantes del yacimiento (Pujante, 2006, 135).

296. En la intervención de 2007 se localizaron 14 silos más, todos reutilizados como basureros, salvo uno que sirvió para inhumar a un perro (Marín, López y De Miguel, 2012, 160).



a



b

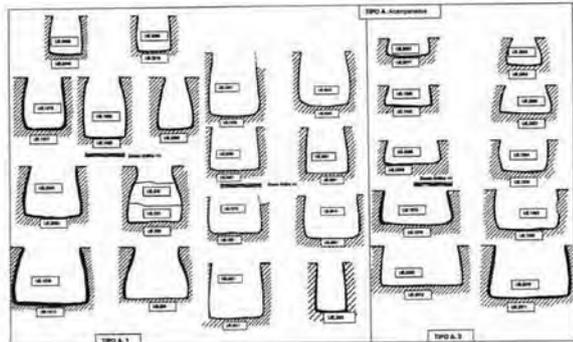


Figura 3.39. Molinos de Papel. a) Cabaña II y silos próximos; b) silos localizados en el yacimiento (Pujante, 2006, Figs. 13 y 4).

bles al Calcolítico, desarrollo temporal que puede consignarse en lo estratigráfico con la observación de la construcción de cabañas sobre silos neolíticos amortizados (*Ibid.*, 142-143), como evidencia de un gesto de desplazamiento de la habitación dentro del área que atiende el yacimiento.

No obstante lo anterior, parece que en una fase avanzada el espacio guarda una cierta organiza-

ción, llamando la atención en la zona asimilada al *Poblamiento I* –integrada por los hallazgos de los sectores A y B (*Ibid.*, 159)–, la concentración de lechos de cabañas en una zanja (sector A), que, realizada para la instalación de un colector de agua, sólo se puede documentar en su perfil, observándose dos niveles sucesivos de fondos de cabañas sobre un tercero que acoge silos previos (*Ibid.*, 159-162); o la mención que se hace de la agrupación de silos en un área excavada en extensión (sector B), donde se observan 21 labrados en la roca, algunos entre surcos que, de no resultar marcas de arado posteriores, se interpretan como zanjas realizadas para localizar el silo precintado (*Ibid.*, 2005, 156). La misma organización, zona de cabañas con silos y hogares adosados, diferenciada de un “campo” o agrupación de hoyos también parece caracterizar al otro núcleo o *Poblamiento II*<sup>298</sup>, y también en la zona que excavada en 2007 confirma la existencia de ámbitos dedicados exclusivamente al almacenamiento, ahora bien separados de un área de cabañas que no parece recoger ningún silo (Marín, López y De Miguel, 2012, 161).

Las cabañas de Molinos de Papel se rehunden en el suelo no más de 0,40 m proponiéndose un diámetro medio de unos 6 m que en algún caso puede alcanzar los 10 m. Parecen similares a aquellas de postes descritas en Casa Noguera (*Ibid.*, 146). De éstas, la *Cabaña I* (sector B) es la mejor documentada en el área asimilada al *Poblamiento I*, vinculándose a aquellas de las que sólo resta el perfil (sector A). Ofrece una estratigrafía con dos niveles<sup>299</sup>, señalándose en su interior distintos elementos que nos permiten aproximarnos al ámbito más doméstico: un hogar y una estructura interpretada como rebanco (*Ibid.*, 150). Al exterior de la *cabaña I* también se señalan hogares, uno de ellos excavado en la roca, delimitado por un contorno de piedras y con una olla prácticamente entera y afectada por el fuego (*Ibid.*, 153).

La dificultad que se tenía para interpretar algunas de las cabañas del área del *Poblamiento II* del yacimiento con las que se relacionaban acumulaciones de piedras –Fig. 3.39– (Pujante, 2005, 162), se resuelve en la intervención de diciembre de 2007, de modo que puede subscribirse que en Molinos de Papel hay una cierta varianza de soluciones constructivas a la hora de erigir las vivien-

297. Se establecen cuatro tipos de silos en el yacimiento. A: forma acampanada (diámetro de boca menor que el el máximo de sus paredes y base), distinguiendo profundos y anchos; B: cilíndricos, en su mayor parte con el diámetro de base mayor que la altura. Se considera muy probable la afectación por la roturación, asumiendo la posibilidad de que algunas de estas estructuras fueran del tipo previo. Algunas tienen revoque, precisándose la localización de molinos de piedra en sus proximidades o en su interior; C: o tipo minoritario que afecta a 2 pares de estructuras en intersección, por causas intencionales si su construcción fuera simultánea, distinguiéndose aquí un subtipo de “dobles”, conformado por un par a diferente altura, o “geminados”, integrado por otro par de estructuras comunicadas por una ventana a media altura; y D: de sección cóncava con el diámetro de la boca mayor que el resto del vaso, forma para la que se descarta su asimilación a depósitos, proponiéndose fuera apoyo de molinos o morteros para la molturación (Pujante, 2006, 143-146).

298. Donde dos cabañas, II y III, inmediatas a silos se diferencian de un espacio identificado (noroeste del sector C), donde se mencionan otros 24 silos excavados en la roca natural (Pujante, 2005, 166).

299. El infrayacente (Nivel II) asume los pisos más antiguos, pudiéndose intuir un hogar (Pujante, 2006, 152). El nivel I es más complejo, admitiéndose una unidad superior de incendio o abandono del hábitat caracterizado por cerámicas campaniformes, superpuesta a otras que parecen avalar la sucesiva ocupación del espacio (*Ibid.*, 148-149).

das, sumándose a las antedichas de postes, otras circulares de zócalo menor que nos recuerdan la identificada en la Illeta dels Banyets, junto a otras con zócalo ancho, 1,25 m (Marín, López y De Miguel, 2012, 161 y Fig. 2) que podrían ser similares a las más recientes de El Prado.

Sin duda, lo que más impacta es la entidad de las construcciones de índole defensiva que presenta el yacimiento. Vinculado al *Poblamiento I*, uno de los fosos de Molinos de Papel alcanza los 18 m y se define de tendencia rectilínea si bien formando una cierta curvatura. De la monumental estructura restan también agujeros de poste alineados en dos filas sobre un talud de 5 m de desarrollo, que en suave en pendiente enlaza la superficie que asienta el poblado con el fondo del foso o zanja —de 1,70 m de anchura y 1,40 m de profundidad— que, no se descarta, también sirviera para contener o canalizar el agua<sup>300</sup> (*Ibid.*, 156-158). Otra evidencia defensiva podría ser la estructura de mampostería que, interpretada como posible torre, se acompaña de un murete de adobes que integra agujeros de poste (Marín, López y De Miguel, 2012, 161), si bien a la vista de la cronología avanzada, y sólo disponiendo de la documentación publicada resulta imposible adentrarnos en la arquitectura propia de cada una de las fases que deben consignarse en un yacimiento que cubre desde el Neolítico Final a los primeros tiempos de la Edad del Bronce.

En lo funerario, se ha explicado la cierta parquedad de los hallazgos que atiende Molinos de Papel, con la vinculación que guarda el poblado con la impactante necrópolis de Camino del Molino (Lomba *et alii*, 2009, 156). Hay con todo, distintas inhumaciones con ajuares destacados que se asimilan al ámbito campaniforme, o como ya hemos indicado, al Bronce Antiguo, alguna de las cuales parece señalarse mediante acumulación de piedras (Pujante, 2005, 149), como rasgo que ya vimos en el Calcolítico de la Comunidad de Madrid.

Sin duda, Casa Noguera y Molinos de Papel son la misma expresión de lo que se descubre en el subsuelo de Lorca, en El Alto Guadalentín, donde sin entrar en tanto detalle diremos que se constata un impresionante poblado calcolítico, todavía muy difícil de entender por la dificultad de hallarse bajo un trazado urbano que impide su excavación en extensión, y porque a día de hoy todavía no existe una síntesis que aborde las varias campañas de excavaciones que, diferentes investigadores, técnicos y empresas, llevan acometiendo desde la última década del s. XX. Por ahora y del mismo modo que en el caso de Caravaca de la Cruz, la información de Lorca descansa en sucintos informes presentados a las *Jornadas de Patrimonio Histórico*, o ajustadas Memorias que, en formato de artículo extenso, por lo normal se ciñen a la descripción de la actuación

de campo, sin ahondar en el estudio de materiales, o en distintos aspectos que podrían sugerir una actuación multidisciplinar, como los estudios de fauna o palinología que ahí sólo se anuncian en formato de noticia, que hacen alusión a su curso o encargo. Nada por otro lado que objetar, porque a la vista de los voluminosos 15 tomos que a día de hoy integran la serie de *Memorias de Arqueología de la Región de Murcia* en su conjunto, o de los 20 volúmenes que recogen las *Jornadas de Patrimonio*, ahora muy acertadamente accesibles en la red, es claro que el esfuerzo de publicación es ímprobo, y que el coherente paso que ha dado la Dirección General de Patrimonio correspondiente, puede resultar tremendamente provechoso si ello se entiende como el primer y necesario escalón para poner el ingente, a la vez que interesantísimo, y ahora, por empezar a conocerse, imprescindible Patrimonio que se descubre a la altura de investigación que merece. En Lorca, de los contados y moderados en su tamaño silos, que trascienden del Neolítico Final localizados en 1997 en la C/Floridablanca, para los que se dispone de una datación de vida larga de mediados del IV milenio cal ANE (*KIA-997*, tabla 3.3), y por tanto próxima a la más antigua de Les Jovades, se pasa a un Calcolítico del todo diferenciado de aquel de La Torreja-Monastil de Elda, para el que el mismo yacimiento ofrece una fecha sobre carbones (*KIA-977*, tabla 3.3), centrada en la primera mitad del III milenio cal ANE.

Al respecto, puede pensarse en el ingente número de silos que proporcionan distintas intervenciones, como esa de la C/Caldereros con dataciones de finales del IV y primera mitad del III milenio (tabla 3.3), donde 56 estructuras se vinculan a partir de los análisis palinológicos a un ambiente netamente agrícola inferido de la buena representación de taxones de malas hierbas vinculadas a los cultivos (Perez Asensio, 2004), y sobre todo en el tamaño de algunos de los que se refieren como depósitos de grano, como el recientemente dado a conocer en la c/Juan esquina Leonés (Fig. 3.40), para el que se supone un diámetro máximo de 4,50 m (Pujante, 2009, 16), módulo antes ya anunciado, sirviéndose de la denominación “La Marianela” para el mismo solar, indicando que algunos silos llegarían a alcanzar 3 m de profundidad y 4,5 m de anchura en la base, proponiendo su vinculación con una gestión de un enorme excedente de grano, o con la del forraje que necesitaría la potente ganadería bovina que se descubre en el yacimiento (Verdú, 2004), consignándose un contexto que cuando se amortiza dispone de una fecha de vida corta (*KIA-21808*, tabla 3.3) contemporánea a la más reciente de la C/Floridablanca.

A esos grandes depósitos se une el testimonio de estructuras domésticas y singulares, también in-

300. Esa misma función es la que se apunta para el tramo de foso de 11 m y dimensiones menores (1 m de anchura y menos de 1 m de profundidad), que se describe en el espacio asimilado al *Poblamiento II* (Pujante, 2005, 165-166).

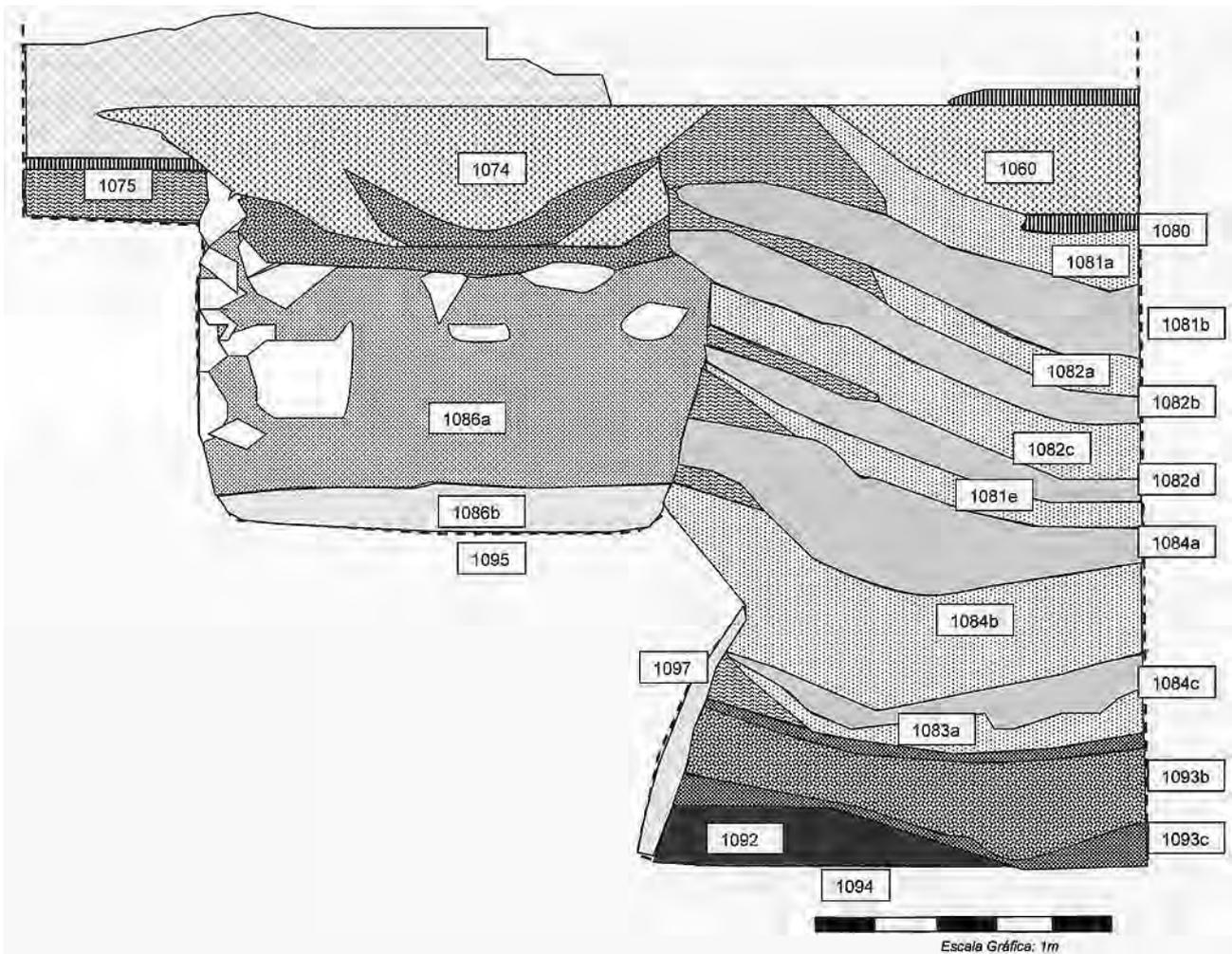


Figura 3.40. Perfil estratigráfico de los silos 1094-1095 de la excavación de la c/ Juan II esquina c/ Leonés de Lorca (Pujante, 2011, Fig. 3 ).

terpretadas desde la significación agrícola, como el horno de tostado de cereal localizado en la C/ Cava 16-17, bien evidenciado por la presencia de un recipiente y semillas tostadas, en lo que se consigna como un área de manufactura del cereal (Gallardo y Pérez, 2003, 34), y de áreas que, como en Molinos de Papel, sólo se consignan para el almacenamiento de grano como las que se observan en la C/ Corredera – Juan II, donde se indica la superposición y abigarramiento de un buen número de silos por encima de una cabaña con postes previa y atribuida al *Eneolítico Antiguo* (Chavet y Sánchez, 2006, 173); un rasgo que recuerda a aquella concentración del postcardial valenciano, si bien en un contexto que, en su expresión monumental y funeraria, advierte de un poder que no concuerda con una gestión colectiva o sometida a esos mecanismos de equilibrio social que propusiera Enric Flors para Costamar.

Panorama de impacto en lo funerario, que además de resolver inhumaciones individuales con ajuares sencillos caracterizados por elementos de mayor o menor prestigio como aquel de la C/ Corredera-Juan II con un puñal de lengüeta en cobre que conserva el empuñamiento de madera (Chavet, 2005),

o como aquel otro de la Glorieta de San Vicente, que se acompaña de una escápula pintada y un pequeño vaso cerámico, gusta por la inclusión de perros en los depósitos, a veces solos como ese del mismo yacimiento de la Glorieta con restos de 4 cánidos (García, Martínez y Ponce, 2002), y en más casos acompañando inhumaciones humanas, resolviéndose contextos increíbles como el que se intuye en aquella inhumación múltiple de la Marianela que, excavada parcialmente, proporciona restos de un anciano, un joven de 18 años y dos cánidos (Verdú, 2004), o la que también se anuncia en las *XV Jornadas de Patrimonio...* en el yacimiento sito en la c/ Corredera 46-47, que se vale de la reutilización de una “cabaña” o “silo” de 2,50 m de anchura por 0,70 m de profundidad para inhumar los cadáveres de tres personas acompañadas por un felino y 18 perros!, en su mayor parte localizados completos y enterrados guardando una secuencia que atiende a su sacrificio antes y después de los enterramientos humanos, con el sorprendente dato de mediar la desarticulación ex profeso de éstos (Ramírez, 2004).

Contextos los de Lorca, decía de enorme similitud con los de Caravaca, donde los perros, con más

de 50 individuos completos (Lomba *et alii*, 2009, 149), ocupan un lugar preferente en el registro de fauna del enorme enterramiento que se reconoce en el Cabezo del Molino, sepulcro éste descubierto en diciembre de 2007 en el transcurso de obras de construcción y no en sondeos previos, donde el gesto del promotor de viviendas que paraliza los trabajos preparatorios a la edificación, poniendo sobre aviso al Servicio de Arqueología de la Dirección General correspondiente (Lomba, López y Ramos, 2009, 205), permite la investigación de lo que ahora resulta uno de los enterramientos múltiples más impresionantes de Europa<sup>301</sup>, guardando un preciso método de documentación y una perspectiva multidisciplinar de investigación (*Ibid.*, 208-210; Lomba *et alii*, 2009, 144), de lo que parece ser la modificación prehistórica mediante piqueteado de una cavidad natural para la realización de una cámara funeraria de planta circular de 6-7 m de diámetro, suelo plano con agujeros para postes y paredes acampanadas que, nos evoca aquella de Càlig (Fig. 3.4) sólo por recordar en su forma a la propia de los silos, desprovista de su desarrollo superior por acondicionamientos agrícolas a principios del s. XX, que no afectaron un ingente depósito funerario realizado sobre un pavimento de fragmentos cerámicos de vasijas de almacenaje, valiéndose previsiblemente de una estructura lúnea que, sustentada en los agujeros mencionados, permitiera el acceso desde una supuesta apertura superior del espacio siliforme (*Ibid.*, 210-214).

Tras disponer de las primeras dataciones radiocarbónicas y de una primera aproximación antropológica en lo que respecta a la edad y sexo de 1.300 inhumados!, en primer cálculo, se ha indicado que Camino del Molino recogería la totalidad de la población calcolítica, estimada en 70-80 personas, de Molinos de Papel - donde hemos visto, se reconocen contadas tumbas – a lo largo de unos 350 años (Lomba *et alii*, 2009, 156), aspecto éste de la única procedencia de los inhumados que ahí parece se confía se podrá corroborar o rechazar en función de los resultados de los estudios de isótopos estables sobre costillas de inhumados que se han encargado (*Ibid.*, 213-215).

De Camino del Molino, también se ha destacado la parquedad del ajuar recuperado lo que, en atiende a la proporción nº de inhumados / objetos recuperados, lo que diferencia el conjunto no sólo de las cavidades de inhumación múltiple de la comarca del Noroeste y de las valencianas (Soler y

Roca, 2012), sino también de las tumbas artificiales que de manera contemporánea funcionan como necrópolis en Los Millares (Chapman, 1986). Además, y como rasgo tremendamente interesante la necrópolis parece acoger individuos por distintos motivos, pudiéndose pensar en la ejecución de alguno, como aquel maniatado de los primeros inhumados (Lomba *et alii*, 2009, 152) que nos recuerda a aquellos desgraciados descubiertos en el foso Valencina de la Concepción (Fernández y Oliva, 1986, 20), como hecho que contrasta con la cuidada posición de un buen número de restos, y desde luego con la de aquellos señalados que, coronando la secuencia, guardan una posición primaria, acompañándose de cánidos y de elementos metálicos (Lomba *et alii*, 2009, 151 y 158).

Consignar los desarrollos observados en Caravaca y Lorca, sobre una base en lo habitacional en muchos aspectos semejante a los poblados con hoyos valencianos desde la perspectiva de una intensa dinámica centro periferia, es a día de hoy, la mejor alternativa para entender no sólo ese proceso sino también el hecho de que más allá de los límites del sistema mundo que atiende los Millares o, si se quiere y como parece, la mitad meridional peninsular, los poblados con hoyos permanezcan hasta el horizonte campaniforme sin grandes modificaciones. De manera obvia, el esquema sólo es válido si se apuesta por vincular la realidad de esos Millares que se sirven de la metalurgia e integran ajuares de prestigio en tumbas monumentales de un número contenido de individuos o murallas con bastiones y fortines, si no en el sentido estatal que, en nuestro periplo andaluz, vimos afirma Alfredo Mederos, en aquel jerárquico estamental que sostiene Oswaldo Arteaga, como prolegómeno de la explotación clasista que sustenta la formación de Estado que caracteriza El Argar.

El hecho de distar unos 50 km del poblado principal del Cabezo del Plomo y la localización inmediata que guarda con respecto a El Capitán, han posibilitado interpretar el yacimiento sobre el que asienta la ciudad de Lorca dentro de la periferia de los Millares, resolviéndose como un hecho significativo la temprana ocupación y fortificación del cerro de La Salud (López Padilla, 2006, 214) –c. 2.900 cal ANE (tabla 3.3)–, como adelanto de una dinámica que, haciendo de El Argar continuidad de los Millares, en 7 u 8 siglos logrará cambiar el patrón de asentamiento de comunidades septentrionales que pueblan el Segura y El Vinalopó (*Ibid.*, 210-212

301. En este caso es del todo reseñable el compromiso que con el yacimiento asume la Región de Murcia, al buscarse desde dicho Servicio de Arqueología una fórmula de recuperación e investigación que implica a la Universidad de Murcia con la Arqueología de Empresa, en lo que resulta uno de los mayores retos de la Arqueología de Urgencias, que en lo que afecta al campo, y tras una concienzuda fase de preparación, ahí se resuelve durante unos 10 meses (febrero-noviembre de 2008), valiéndose de la aplicación de una tecnología informática de vanguardia que permite la documentación en 3d del yacimiento y la georeferenciación fotográfica de todo el contenido; y del ímprobo trabajo de una antropóloga, dos técnicos arqueólogos, estudiantes universitarios y peones, suponiendo todo ello una inversión de la que la mayor parte la asume la Región de Murcia (128.000 €), siendo muy digna de reseñar la aportación del Ayuntamiento de Caravaca (16.790 €), así como la del mismo promotor (35.000 €), que con la acción ve liberados los terrenos para la continuación de la construcción (Lomba, López y Ramos, 2009, 206-207).

y 215-216); comunidades que antes han disfrutado de los fondos de valle, horadando hoyos para aprovecharlos como contenedores.

Aunque el cambio del patrón de asentamiento que a lo largo del interludio campaniforme conducirá a la Edad del Bronce, en modo alguno significará el hecho del abandono de los hábitats en llano, sí parece significar si no el final sí la interrupción de los poblados con hoyos, recordando que este tipo de yacimiento no se anota como característico del Bronce Argárico (Pujante, 2005, 138), volviéndose a descubrir en algunos en momentos avanzados de la Edad del Bronce tal y como se anuncia en Galanet. Pero antes de su ocaso, vivirán un esplendor, de modo que algunos de éstos como Lorca y los asentamientos de Caravaca se verán sometidos a una presión, por su proximidad al sistema tributario que caracteriza el mundo millarenses, que en estos últimos años se nos revela, mostrándonos un panorama inaudito en el que caben esos grandes fosos y acaso torres con empalizadas que sólo pueden significar defensa y poderío; los enormes silos difíciles de entender si no hay acopio y tenencia de una sobreproducción; las cabañas monumentales por rodearse de fosos, o perfeccionar modelos de antaño dotándolas de puertas y deambulatorios que no son difíciles de vincular con diferencias sociales intracomunitarias; o los enterramientos con canes que, independientemente de que fueran muy útiles para el pastoreo, cuando se descubren casi alcanzando la veintena junto a restos de tan solo tres humanos, o se determinan en una tumba con miles individuos, acompañando sólo a unos pocos significados por el utillaje metálico, podrían tener que ver con el prestigio, y desde luego, en un momento violento como el que se percibe, con la coerción de unos cuantos sobre el resto.

De ese modo, podrá ser el hecho de la interacción de aquellas comunidades segmentarias agropecuarias, próximas al Guadalentín o al Argos con aquellas otras estamentales regidas por una economía *agrícola-ganadera-minero-metalúrgica* (Arteaga, 1992) que encuentran su mejor expresión en la ciudadela que se determina en Santa Fe de Mondújar, lo que hará que se transformen en modelos más jerárquicos, en los que primará la explotación; modificación del hábitat en llano cuya cronología acaso no sobrepase esos 4 siglos que se determinan en el gran sepulcro silliforme del Camino de Molino (tabla 3.3), una vez que su final, en el entorno de la horquilla 2.571-2.307 cal ANE 2 sigma, que proporciona la datación más reciente de tan ingente tumba (tabla 3.3), viene a coincidir con la cronología que atiende el ocaso de las formaciones sociales que rigen

los Millares (Molina y Cámara, 2006, 29-30); y sin que ello signifique el término de la ocupación del hábitat del poblado de Molinos de Papel con el que se vincula la enorme necrópolis, es seguro que el individuo que se inhuma con ese maravilloso conjunto de botones de marfil en los inicios del II milenio cal ANE (Marín, López y De Miguel, 2012, 163) ya vivirá una realidad totalmente distinta por imbuida en El Argar.

En el futuro, no dejará de ser interesante ahondar en las diferencias y afinidades culturales que ahora pueden intuirse en el registro funerario de las cavidades de enterramiento de las comarcas implicadas en el proceso (Soler y Roca, 2012), o en otros aspectos como la observación de determinadas soluciones constructivas, como esas cabañas de postes que por ahora no descubrimos en tierras valencianas, pese a contar con aquel lejano precedente del Mas d'Is. Pero creo que ello en ningún modo podrá explicar el proceso que hace tan diferente Casa Noguera de La Torre – Monastil. En cualquier caso, sin buscar soluciones rápidas y sin dejar de reclamar la necesidad de implementar la documentación de esos grandes yacimientos, como reto ineludible para los prehistoriadores que hagan del Neolítico y Calcolítico de la Región de Murcia y las tierras colindantes su vocación, habrá que confiar en la continuidad del desarrollo de modelos que, como el que nos brinda Juan Antonio López Padilla (2006) desde este lado de la península, permitan corroborar, criticar o enriquecer aquellas propuestas que centradas en el suroeste peninsular nos aportara Francisco Nocete al principio de la primera década del siglo, argumentado la convivencia de distintos modelos sociales en un territorio extenso del todo condicionadas o ajenas a ese enorme marco de poder que se descubre en Valencina de la Concepción<sup>302</sup>, que ya dijimos, permiten intuir una historia que en el caso de Lorca y Caravaca descubre un magnífico y entretenido capítulo.

## LAS NUEVAS PERSPECTIVAS DE INVESTIGACIÓN EN LOS POBLADOS CON HOYOS VALENCIANOS A PARTIR DE LA DETERMINACIÓN DE METALURGIA EN LA SAFOR

En lo que respecta a los poblados con hoyos, en la línea de costa, entre los hallazgos de Costamar de la Ribera de Cabanes y los de la Illeta dels Banyets de El Campello, tomando nota para el futuro de la potencialidad que ofrece La Marina Alta<sup>303</sup>, al inicio de la segunda década del s. XXI, la arqueolo-

302. Véase nota 197.

303. Al respecto es muy interesante hacer constar los hallazgos todavía inéditos de la excavación que bajo la dirección de Tomás Pedraz y José Ramón Ortega se practica Benissa, en relación con la urbanización del Plan Parcial de suelo urbanizable "El Polvorí", donde antes Joaquim Bolufer (1996) había identificado un enclave en la partida de Berdica, recogido en el Inventario de yacimientos arqueológicos,

gía prehistórica valenciana ha dado a conocer una de sus páginas más brillantes, a propósito de los hallazgos que las intervenciones de urgencia provocan en las tierras de la desembocadura del Serpis, un ámbito del que ahora también se disponen datos de enorme interés que remiten la ocupación del llano al Mesolítico y al horizonte más antiguo de la neolitización<sup>304</sup>.

De las actuaciones que, bajo ese formato de urgencia, ahí se realizan se anuncia en Piles el yacimiento del Barranc de Beniteixir<sup>305</sup>, poblado de hoyos ubicado a sólo 1,8 km de la línea de costa, del que han trascendido sucintos datos de una intervención practicada en 2006 en la que se localizan y excavan unas 70 estructuras de distinta cronología, asignándose las prehistóricas al IV-III milenio cal ANE y al Bronce Tardío – Final (Pascual Beneyto, 2010, 192-193).

La parca información que a día de hoy se conoce de Piles es suficiente para comprender en su justa medida aquellos aislados a la vez que interesantísimos testimonios que ofrecía la arqueología de los años setenta del siglo pasado, recordando aquel silo con semillas carbonizadas entre las que se identificaban bellotas ubicado en el Camp de Sant Antoni del inmediato término municipal de Oliva, al que luego se añadirían los fondos de cabaña que, de 3-4 m de anchura, se observaron en el Camí del Pla o Les Jovaes, sobre los que se hacía mención de cerámicas lisas y contadas decoradas en su relleno (Aparicio, 1992, 90-101), como expresiones de una serie de yacimientos del horizonte *Jovades-Arenal de la Costa*, también con materiales de fases ocupacionales que remontan al mesolítico, vertiente habitacional en llano de una temporalidad que hace referencia de la comarca, tras

los hallazgos de la necrópolis del Collado de Oliva (Aparicio, 2008).

En el ámbito de este trabajo los datos que marcan nuevas pautas y que son colofón del proceso de investigación que se iniciara hace 90 años en Villa Filomena son los que, desde las intervenciones de urgencia, afectan a la desembocadura del Serpis en Gandia, dándose a conocer lo que resulta ser un único e impactante yacimiento que pudiera disponer de unas 7 hectáreas (Pérez, Bernabeu y Gómez, 2011, 252), con dos denominaciones, como consecuencia de su excavación parcial por parte de dos equipos de arqueólogos distintos, ahí designados por sendas promotoras que urbanizan un polígono industrial, optando en un caso por dar el nombre de la antigua alquería de Sant Andreu<sup>306</sup>, y en otro por el de la emblemática fábrica de conservas y zumos de La Vital<sup>307</sup>, cuyas instalaciones ocuparan el solar que se interviene de manera previa a la construcción de un centro de ocio (Pérez Jordá *et alii* –coor.–, 2011, 1).

Aunque en ámbitos científicos, sobre papel escrito, trascienden primero los logros que afectan la excavación de La Vital (Bernabeu, Pérez y Molina, 2006), realizaré primero sucinto comentario de los resultados que se detallan de Sant Andreu en una comunicación suscrita por distintos autores presentada en el MARQ en noviembre de 2006 en el marco del *IV Congreso del Neolítico Peninsular* (Pascual Beneyto *et alii*, 2008), entendiéndolo que la información que se recoge en la primera noticia de La Vital es anuncio de la monografía recién editada por el Museo de Prehistoria de Valencia (Pérez Jordá *et alii* –coor.–, 2011), con cuyo comentario, por la importancia y trascendencia de lo que recoge, es obligado culminar esta extensa exposición sobre

---

paleontológicos y patrimonio etnológico de la Conselleria de Cultura y Educación y por ende en el catálogo de Bienes de Relevancia local que dispone el municipio. Reconocida la importancia del paraje por los restos de época Altoimperial romana y Medieval islámica, las actuaciones de *Arpa Patrimoni* consiguen el descubrimiento de 3 hoyos con material lítico en sílex vinculados a un área con estratos que integran cerámicas a mano y un fragmento de brazaletes en piedra caliza que testimonian una ocupación del Neolítico Final, muy alterada por la instalación de una villa romana. Datos recogidos en el "Informe preliminar P.P. Industrial sector, nº 34 "El Polvorí" Benissa (Alicante)". Agradezco a *Arpa Patrimoni* y a los directores de la actuación la información y consulta del informe.

304. En lo que respecta a la vertiente habitacional del Neolítico más antiguo, a las intervenciones de urgencia se debe el descubrimiento del poblado en llano de El Barranquet, dentro del casco urbano de la misma población de Oliva, donde sin llegar a documentar estructuras negativas antrópicas, sí se advierte por la colmatación de unas naturales, de su posible asimilación como vertedero de algún hábitat inmediato (Esquembre *et alii*, 2008), en atención a la identificación en los rellenos de una fase propia del postcardial superpuesta a otra que, en segunda revisión se atribuyen, a lo que se consigna ahora como el primer episodio de la secuencia neolítica, en atención a la observación de fragmentos cerámicos propios del Neolítico Antiguo Ligur en un contexto que dispone de dataciones sobre muestras de vida corta que remiten a los mediados del VI milenio cal ANE –*Beta 221431* : 6.510 ± 50 bp y *Beta 239379* : 6.510 ± 50 bp/ 5.560(5.486)5.367 cal ANE 2 sigma– (Bernabeu *et alii*, 2009).

305. Reconocido en 2002 por el arqueólogo de Gandia Joan Cardona Escrivá, tras la afección de 9 estructuras motivadas por una obras de desmonte, que descubren restos de época prehistórica ibérica e islámica, lo que hace se delimite un área de protección arqueológica que ha sido objeto de distintas intervenciones con el consiguiente descubrimiento de estructuras todavía inéditas (Pascual Beneyto, 2010, 192).

306. Como en el caso de Piles, en los precedentes de la intervención de "Sant Andreu" juega un papel fundamental el arqueólogo de Gandia, Joan Cardona, quien en enero de 2005 localiza una serie de estructuras en el polígono industrial de Rafalcaid durante el seguimiento de unas obras de acondicionamiento para la construcción de un almacén, poniendo en antecedentes a la Dirección Territorial de Cultura de Valencia. La excavación que dirigiera Josep Pascual afecta a una veintena de estructuras excavadas de febrero a abril de aquel año, de las que 19 son prehistóricas (Pascual Beneyto *et alii*, 2008, 59).

307. En el caso de "La Vital" la intervención se desarrolla en cuatro (1-4) sectores inmediatos a la excavación dirigida por Josep Pascual, que en la monografía que sustenta el yacimiento se refiere como sector 5. En la intervención del *Grup de Recerques Prehistòriques de la Universitat de València* se excava un número muy superior de estructuras que afectan 8 fases, desde la Edad Contemporánea hasta el Neolítico antiguo epicardial (Pérez Jordá *et alii* –coor.–, 2011, 19).

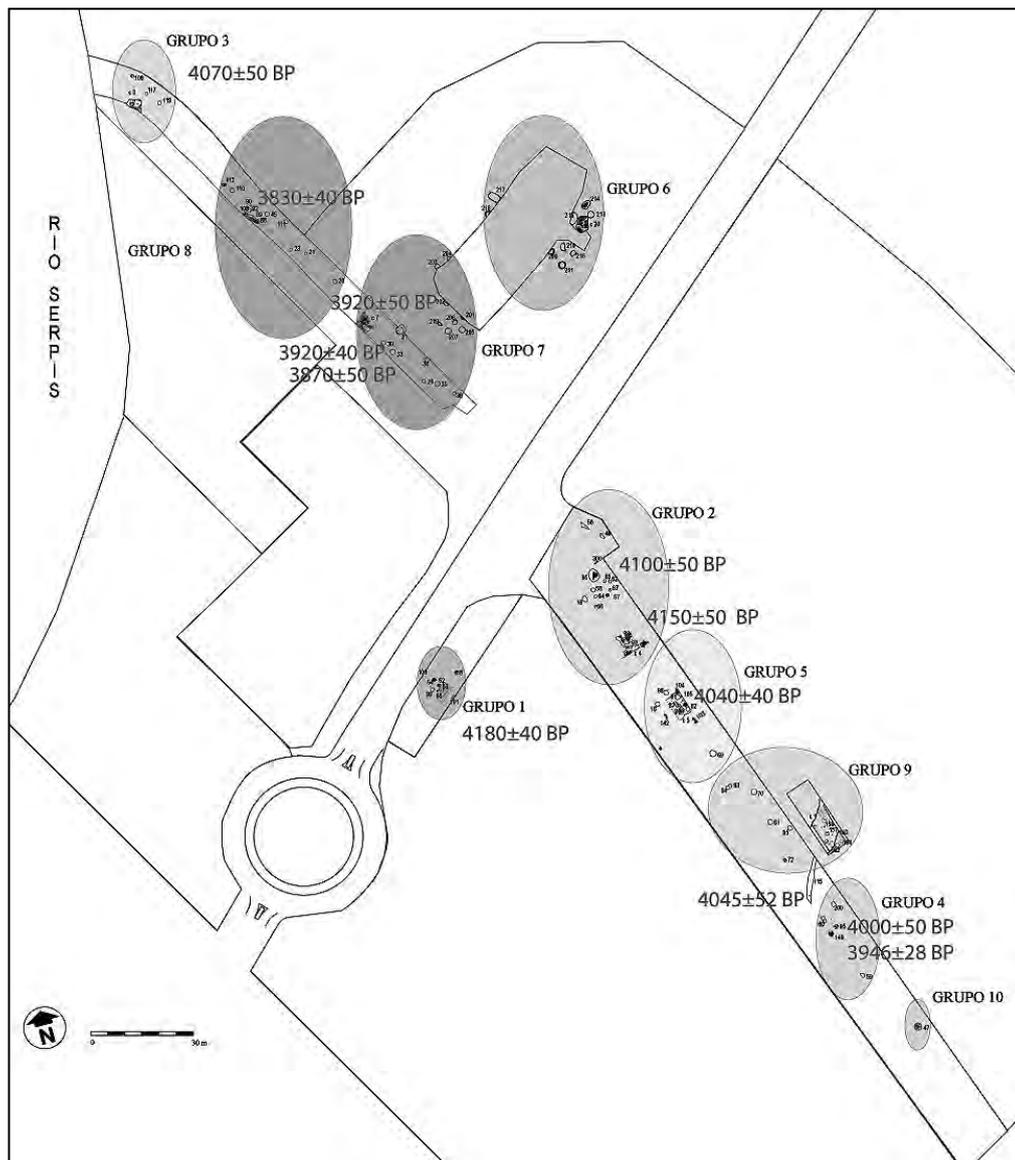


Figura 3.41. Grupos de estructuras diferenciados en La Vital con indicación de sus dataciones (Gómez, Pérez y Carrión, Fig. 4.1).

la historia de la investigación de los poblados con hoyos valencianos.

Las 17 estructuras prehistóricas que ofrece “Sant Andreu” (o sector 5 de la distribución de áreas propuesta en “La Vital”) se ven menoscabadas en su información por los trabajos agrícolas previos y por las obras de vaciado del solar, de modo que solamente pudieron documentarse 7 íntegras (Pascual Beneyto, 2008, 59-60). Referido el cuadro formal de los hoyos, en su mayor parte asimilables a la noción de silo, y descrito su relleno<sup>308</sup>, interpretado en clave de amortización rápida e integrado por desechos domésticos, se observan rasgos que luego van cobrar carta de naturaleza en la monografía de La Vital, como la utilización de un silo como tumba, cuya inhumación se acompaña de un vaso

de perfil acampanado; la agrupación de estructuras de previsible habitación; el ingente registro material cerámico, lítico y óseo; la buena presencia de una fauna en la que predominan las especies domésticas (ovino, bovino y porcino), anotándose entre otras especies el registro de algún cánido y de huesos de mamíferos marinos (*eubalaena glacialis*); y sobre todo, y como novedad en el repertorio de hallazgos que hasta ese momento caracterizan los poblados con hoyos valencianos la presencia de elementos de clara significación metalúrgica, como fragmentos de crisoles y un puñal de lengüeta de cobre (*Ibid.*, 61-68), si bien, a tenor del título de la comunicación que recoge la información, ese hecho todavía no impide la asimilación del yacimiento al final del Neolítico<sup>309</sup>.

308. Plantas circulares, secciones en su mayor parte troncocónicas o troncocónicas invertidas. Relleno homogéneo –limos y arcillas con abundantes guijarros–, en dos casos susceptible de diferenciarse varios estratos (Pascual Beneyto *et alii*, 60).

309. Aunque en las conclusiones a la hora de valorar el enterramiento que dispone el vaso acampanado se propone su asimilación al final del Calcolítico (Pascual Beneyto *et alii*, 208, 68).

Ese mismo anuncio metalúrgico se da a conocer en el apunte que de La Vital se publica en *Cota Cero*, donde se presenta un asentamiento que remonta su ocupación prehistórica al Neolítico Epicardial, ahí testimoniado en los hallazgos observados en tres fosas, suscribiendo que la mayor parte de las estructuras se sitúan entre el Calcolítico y el Campaniforme (Bernabeu, Pérez y Molina, 2006, 15). De manera obvia esa aseveración va a tener su trascendencia en la secuencia que a nivel regional se había propuesto una veintena de años atrás (Bernabeu, Guitart y Pascual, 1988), cuando se hacía notar la falta de esas evidencias como dificultad a la hora de caracterizar como horizonte cultural al Eneolítico (Bernabeu, 1986); de modo que ahora con la Vital cobra un todo un sentido la determinación de un Calcolítico que, a partir de la batería de dataciones absolutas que afecta el yacimiento de Gandía (Tabla 3.2), sitúa sus inicios en *c.*2.800 cal ANE (Bernabeu y Molina, 2011, 276).

En lo que afecta a la vertiente habitacional, La Vital ha aportado nuevas claves para entender los poblados con hoyos, al consignarse a diferencia de los emplazamientos postcardiales, distintas agrupaciones de lo que parecen ser cabañas (Fig. 3.41), algunas como la llamadas casas 4, 5, 7 ú 8 (Gómez, Pérez y Carrión, 2011, 57-71), con distintas fases de ocupación que quizá permitieran su disfrute por parte de más de una generación (Pérez, Bernabeu y Gómez, 2011, 192), y silos, conformando cada uno de esos conjuntos unidades domésticas diferenciadas, proponiéndose un modelo en el que cada una de las cabañas gestionaría su producción agropecuaria y, con esa autonomía, la acumulación del producto que en algunos casos supera de modo claro las necesidades de lo doméstico.

Las diferencias anotadas en la capacidad que alcanzan esos contenedores sirven para volver a traer a colación el modelo que antes se ha aplicado a la cuenca media del Serpis que permitía evaluar diferencias sociales en Les Jovades, en atención a la diferente capacidad de los silos (Bernabeu *et alii*, 2006), de modo que lo que ahora se atestigua en La Vital es parte de unos de esos ciclos que se observan a lo largo del IV y III milenio cal ANE, donde aquellos que destacan en la diferenciación social no son capaces de hacer perdurar esa situación de primacía en el tiempo (Bernabeu y Molina, 2011, 277).

No obstante en la Vital, pudo producirse un paso más en ese proceso de desigualdad, en atención al éxito que tuvieron los líderes a la hora de introducir una nueva tecnología, de modo que la posición privilegiada que el modelo de la diferenciación social cíclica les atribuye en la red de intercambio (Bernabeu *et alii*, 2006), ahora en la desembocadura del Serpis se ve primado, no sólo por el interés de verse frecuentados por especialistas en el canje que pudieran introducir ese campaniforme, acaso elaborado en el mismo asentamiento, mimético al detalle en su manufactura a otros ejemplares mixtos del ámbito

pirenaico (Molina y Clop, 2011, 193 y 200), sino por la introducción de la nueva tecnología metalúrgica que, en atención a las fechas, podría considerarse sincrónica a su primera detección en el Sureste. La contemporaneidad de esa técnica que ahí recepciona el metal en bruto con respecto a realidades “neolíticas” inmediatas, como la que se deja ver en Piles, hace que tome fuerza su introducción por vía marítima, significando a los líderes que acopian grano en La Vital, no sólo en las redes locales sino también en aquella suprarregional que debe afectar todo el sureste peninsular (Bernabeu y Molina, 2011, 277-278). Se concibe entonces al asentamiento de la desembocadura del Serpis como puerto de entrada hacia el interior, a la vez que nodo principal en esa red de intercambio que favorece la *circulación de objetos y personas, de ideas y creencias*, si bien haciendo ver que el asentamiento no presenta rasgos suficientes como para definirlo como un centro capaz de monopolizar esas redes a nivel regional (Molina y Orozco, 2011, 263).

Es cierto que en el asentamiento no se observan muchas más afinidades con el ámbito del sureste, no detectándose indicio alguno de construcción compleja que pudiera permitir proponer su asimilación al círculo de los Millares, ni tampoco de las que se hacen ver en los desarrollos de Lorca o Caravaca como emplazamientos de la periferia del millareño grupo de Lorca. Creo que en su acertada valoración como enclave integrado en la red suprarregional del sureste, siempre será una pena no haya podido disponerse de más información de la Illeta dels Banyets de El Campello, donde tras la aldea neolítica sí se instala una auténtica cabeza de puente de lo argárico, bien evidenciada por cisternas y tumbas que hacen del yacimiento la expresión más septentrional de esa manifestación cultural (Soler, 2006b). La implantación argárica en la Illeta puede devenir de un conocimiento previo por parte de los predecesores de El Argar en el Sureste. De relacionar por vía marítima la metalurgia que se practica en un poblado de la desembocadura del Serpis con la propia de la Cultura de los Millares, acaso la Illeta pudiera ser uno de esos enclaves de recalada que pudieron disponerse a lo largo de los más de 300 km de costa que distan entre lo que se reconoce como límite septentrional de aquella manifestación socio cultural (Cabezo del Plomo, Mazarrón) y Gandía, de los que acaso se sirvieran individuos portadores de conocimientos especializados que hicieran disfrutar del aprovechamiento de esa tecnología al poblado de La Safor. La cabaña que ahí pudimos terminar de excavar (cabaña 3) no deja de ser una construcción habitacional algo más sólida que la que se observa en los poblados del interior de Alicante, quedando caracterizada además por peculiares y medidos contenedores de almacenamiento (Fig. 3.33). La datación de vida larga que le afecta la hace previa al hecho metalúrgico, aunque siempre queda su equiparación a aquel otro fondo de cabaña descrito en los años

treinta del s. XX por Francisco Figueras Pacheco (cabaña 1), de particular interés tras los hallazgos de La Vital, que ofreciera además de una *olla eneolítica* del todo similar a la recuperada en el transcurso de la excavación de la cabaña 3, fragmentos de cobre (Soler, 2006b, 289).

En lo aéreo de las siete “casas” que han podido reconstruirse en el asentamiento de La Safor, todo lo más se identifican restos de estructuras evidenciadas por cantos, gravas o un sedimento areno-arcilloso diferenciado, que se disponen en el interior de los rebajes o en el exterior, debiendo haber conformado hogares, muretes o soportes contruidos a partir de un núcleo central de cantos. No obstante, en algún caso se llega a proponer la posible existencia de zócalos pétreos que, con ayuda de algún poste contribuirían a elevar la estructura habitacional, como ocurre en las casas 4 ó 5, donde se advierten distintas fases ocupacionales (Gómez, Pérez y Carrión, 2011, 57-68), señalándose para el caso de la casa 7 una primera fase semisubterránea, infrapuesta a una segunda donde todas las evidencias son aéreas, llegándose a intuir estructuras pétreas que compartimentan el espacio (*Ibid.*, 73).

Gracias a un riguroso sistema estadístico, en La Vital estas estructuras de habitación se han podido vincular con diferentes unidades de almacenamiento, áreas de actividad metalúrgica, lo que resta de un foso y los enterramientos que aprovechan silos (Gómez, Pérez y Carrión, 2011, 54), constituyendo 10 agrupaciones de estructuras (grupos 1-10), que ofrecen todo un cuadro habitacional que permite suponer la instalación de manera contemporánea en el asentamiento de una veintena de unidades domésticas, considerándose una población que, en valores medios, podría rondar las 9 decenas de habitantes, haciéndose indicar su posible fluctuación a lo largo de los casi 5 siglos que dura el poblado, y dando por segura una demografía mayor en la fase final del hábitat (Pérez, Bernabeu y Gómez, 2011, 252).

Evaluando los silos relacionados con los espacios habitacionales, de manera sintomática la mayor capacidad de almacenamiento viene a coincidir con buenas evidencias metalúrgicas, caso del llamado Grupo 2 que dispone la Casa 4, bien caracterizado por ese registro; o con la realidad más compleja que en el asentamiento atiende el denominado Grupo 7, en atención al número de estructuras que lo configuran, como a su diversidad, al aglutinar áreas de habitación y producción con espacios funerarios (Pérez, Gómez y Carrión, 2011, 57-61 y 71-75). A ambos grupos (4 y 7) se asignan silos que en conjunto alcanzan 22.000-25.000 l, de manera que puede decirse, ahora en atención a la buena batería de dataciones de radiocarbono que esas diferencias se anotan tanto al inicio de la ocupación del hábitat como al final (Pérez, Bernabeu y Gómez, 2011, 249), haciendo ver que la cabaña del grupo 2 (Casa 4) sería una de las más antiguas emplazamiento -2.881(2.731)2.581 cal ANE (Tabla

3.2, nº 18)— y la del grupo 7 (Casa 7), una de las más recientes -2.471(2.336)2.202 (Tabla 3.2, nº 31)—. El resto de agrupaciones de silos señaladas en La Vital alcanzan una capacidad que oscila entre los 3.000 l y los 16.000 l, coincidiendo en el tiempo con aquel Grupo 2 (casa 4) aquellos grupos 1 y 3 que reúnen estructuras que en conjunto no alcanzan los 3.000 l de capacidad (Pérez, Bernabeu y Gómez, 2011, 249).

Puestos en relación con la producción de grano, la evaluación de las capacidades de los contenedores también permite hacer ver que las diferencias sociales no fueron constantes a lo largo de la ocupación del hábitat. De este modo se indica que en la fase más antigua, los que ocuparon la Casa 4 y dispusieron de dos de los contenedores más grandes del yacimiento (nº 65: 12.235 l y nº 50: 8.185 l —Pérez *et alii* —Coor.—, cuadro 4.2), pudieron necesitar para su llenado del excedente de un buen número de familias que de manera coetánea habitarían el emplazamiento. Intensa prevalencia que al final de la secuencia no llegarían a alcanzar los privilegiados moradores de la Casa 7 teniendo en cuenta la sola disposición de una de esas grandes estructuras de almacenamiento (nº 31/147: 9.354 l — Pérez *et alii* —Coor.— 2011, cuadro 4.7).

Queda entonces La Vital muy lejos de aquel modelo igualitario y demográficamente poco poblado que al final del s. XX y al inicio de la primera del s. XXI se sostenía para los poblados con hoyos a partir de la evaluación de los datos que se hacían ejemplificar con Les Jovades, donde recordaremos llegaba a subscribirse que aquel gran contenedor con capacidad de reunir 14.000 l de grano debía responder a alguna excepcional cosecha (Pascual Benito, 2003). Acorde a los datos de la Vital resultaría aquella segunda lectura del yacimiento de Co-centina que a mediados de la primera década del s. XXI hacía ver, sin disponer en planta las cabañas que ahora aporta el poblado de La Safor, una mayor demografía y una producción que, para llenar los silos mayores de aquel emplazamiento, necesitaría reunir un número de brazos muy superior al propio del ámbito de lo doméstico; una práctica sólo posible desde dinámicas de desigualdad social (Bernabeu *et alii*, 2006).

El avance del conocimiento de la vertiente funeraria de los poblados con hoyos al filo de lo campaniforme constituye una de las aportaciones más destacadas del excelente trabajo desarrollado por el *Grup Recerques Prehistòriques de la Universitat de València*, permitiendo el conocimiento de las tumbas reivindicar la importancia que 9 décadas atrás tuvo la excavación de Villa Filomena (Bernabeu *et alii*, 2010, 211). La información publicada remite a la monografía que se comenta y a la síntesis que previamente se traza en el catálogo de la exposición *Restes de vida de mort...*, editado por la misma institución museística que publica en sus *Trabajos Varios* la monografía objeto de comentario.

Con todo se señalan 3 conjuntos funerarios a los que se añade la tumba descubierta en “Sant Andreu” dotados de ajuares metálicos<sup>310</sup>, cerámicos<sup>311</sup>, o metálicos y cerámicos<sup>312</sup> en silos que, a diferencia de lo que se indica para las inhumaciones postcardiales en fosa del Cerro de las Balsas o de Costamar sí se suponen previamente usados como contenedores (Bernabeu *et alii*, 2010, 212). La cronología de las inhumaciones, a partir de dataciones sobre muestras de los mismos huesos humanos, remite a los mediados del III milenio cal ANE y el tercer cuarto del mismo, encontrando sus paralelismos en lo que atiende a la cronología y carácter individual en aquellas inhumaciones simples que, en relación con el Campaniforme Marítimo se anuncian en los poblados de Humanejos o Camino de las Yeseras (Ríos, 2011 b, 83).

Estas tumbas quedan del todo próximas a otros contenedores amortizados, guardando por vincularse al grupo 4 una posición periférica (Gómez, Pérez y Carrión, 2011, 65), esa de varón más antigua y secundaria que hace del cráneo pieza escenográfica. Todas las demás se asocian a la Casa 7 (Grupo 7) que, por su gran silo, se considera debió destacar en lo social hacia el final de la secuencia del emplazamiento. Llama profundamente la atención que un conjunto de tumbas tan reducido como el de La Vital esté sometido a toda una varianza tanto por el tipo de depósito de restos, primaria o secundaria, por el sexo e incluso por los ajuares que acompañan las inhumaciones que sí tienen el rasgo común de ser individuales y de aprovechar silos amortizados para su inhumación.

A diferencia de la uniformidad que se intuye en el hecho funerario del postcardial del Tossal de les Basses, parece como si el rito no estuviera por pausado, consolidado, ofreciendo una imagen diversa al espejo de esa individualidad que en lo económico afecta las diferentes unidades habitacionales. La presencia de restos humanos en el poblado se ha interpretado como un hecho que hace patente los procesos de desigualdad social, dando carta de naturaleza a esas diferencias que se habían visto favorecidas por los procesos económicos y las

alianzas sociales (García y Gómez, 2012, 272). El que el hecho funerario se produzca hacia el Calcolítico podría tener que ver con el salto cualitativo que, con la práctica metalúrgica y con la implementación de la red de contactos, podrían tener esos personajes significativos que deciden la inhumación de muertos de su entorno social en los poblados al lado de las casas y dentro de silos acaso ya inservibles para ese almacenamiento que antes ha permitido la primacía.

La imagen de los enterramientos de La Vital rompe el panorama de huesos aislados que se observa tanto en el mismo asentamiento de Gandia como en Les Jovades, El Arenal de la Costa o El Foso de Marges Alts, a los que se une aquel cráneo recogido en La Ereta del Pedregal (García y Gómez, 2011, 270), dándose a entender que éstos pudieran ser restos de enterramientos desmantelados, o bien reliquias como se ha interpretado para los casos de algunos cráneos en contextos habitacionales en cueva (Delibes *et alii*, 1999; Roca de Togores y Soler, 2010, 137-138), que ubicados en contextos domésticos, de manera accidental terminarían colmatando las estructuras negativas (García y Gómez, 2011, 270).

En ese panorama de huesos dispersos que afecta los poblados con hoyos del horizonte “Jovades-Arenal de la Costa” constituyen una excepción los datos que trascienden de las inhumaciones que se descubren en silo del Barranc de Beniteixir de Piles, donde se hace constar el hallazgo de 5 estructuras, silos y fosas, con restos humanos, de las que, a propósito de la exposición *Restes de Vida restes de mort...*, se dan a conocer las de los silos nº 13 y 16<sup>313</sup>, donde como en La Vital, se observan guardando una posición en decúbito sendos individuos, acompañados, ahora a diferencia del inmediato yacimiento de Gandia, de humildes ajuares, como aquel que integra un vaso cerámico, un pecten y un canto rodado para la mujer del silo 13 que, datada en c. 2.660 cal ANE (Tabla 3.2, nº 22)<sup>314</sup>, se observa desprovista de los huesos de los pies; o el otro que recoge dos fragmentos de la parte pasiva de un molino y una punta de flecha para el individuo

310. Conjunto 3, donde se detalla la excavación de una cámara lateral en un silo sellada por un murete de cantos. Su levantamiento descubre una inhumación secundaria de un varón de 20-40 años de edad, representado por escasos restos de cráneo, mandíbula y parte de las piernas (Roca de Togores, 2011, 151), que en su disposición guardan todo un sentido escénico al centrarse el cráneo con respecto a los fragmentos mandibulares y a un ajuar metálico –hacha y punzón– (Bernabeu *et alii*, 2010, 212). Datado hacia los mediados del III milenio cal ANE –Tabla 3.2 (nº25): 2.835(2.590)2.346 y (nº26): 2.566(2.455)2.344– se vincula al Grupo 4 (García, Gómez e Iborra, 2011, 83-84).

311. Conjunto 10, donde se indica la inhumación primaria de una mujer de 20 - 25 años de edad (Roca de Togores, 2011, 154), sobre un lecho de piedras y tierra que cubre, como depósito previo y sobre la base del silo, un par de vasos boca abajo separados por un murete de piedras de un conjunto de huesos de conejo. El esqueleto guarda una posición flexionada, haciéndose acompañar de una olla junto a la cabeza, localizándose un recipiente campaniforme marítimo bien separado de sus restos (Bernabeu *et alii*, 2010, 213). Datado en el tercer cuarto del III milenio cal ANE –Tabla 3.2 (nº27): 2.568(2.390)2.212– se vincula al Grupo 8 (García, Gómez e Iborra, 2011, 85).

312. Conjunto 11, donde se indica la inhumación primaria de un hombre de 20-40 años de edad, completo en lo postcraneal, conservándose del cráneo sólo pequeños fragmentos (Roca de Togores, 2011, 154), que se acompaña de un vaso campaniforme mixto impreso cordado, un fragmento de puñal de lengüeta de cobre, un colgante de concha y una punta de flecha en sílex (Bernabeu *et alii*, 2010, 213). Datado en el tercer cuarto del III milenio cal ANE –Tabla 3.2 (nº 31): 2.459(2.303)2.148– se vincula al Grupo 8 (García, Gómez e Iborra, 2011, 87-88). Otra tumba con material cerámico y metálico es la estructura 201 que se descubre en la intervención de “Sant Andreu”, donde se refiere como 1, indicando contiene los restos de un vaso carenado con decoración acanalada o incisa (Pascual Beneyto, 2008, 61 y 61). Esta tumba se refiere en la monografía de La Vital, vinculando con la misma un puñal de lengüeta así como 9 cuentas de collar de piedra verde. Los huesos hallados remiten a fragmentos de restos craneales, no descartando que parte o el resto de esqueleto hubiera podido desaparecer por la acción de la pala mecánica que la descubre. Se vincula al grupo 7 (García, Gómez e Iborra, 2011, 88-89).

del silo 16, del que no se avanza el sexo (Pascual Beneyto, 2010, 192-193). Elementos éstos bien separados de aquellos propios del vertido que, sobre los cadáveres, terminan de colmatar las estructuras que ahí demuestran la cercanía de los contenedores funerarios al espacio habitado, al señalarse la presencia de fauna o pellas de barro.

La inclusión en el repertorio formal cerámico observado en el relleno de la estructura nº 16 de Beneteixir, de platos, fuentes y escudillas idóneas para servir y consumir alimentos, o de esos vasos semiesféricos que en el contexto de la inhumaciones en cueva los vinculábamos con un ritual que permitía beber u ofrecer agua (Soler, 2002, II, 107), hace pensar en la posibilidad de valorar la amortización, como un último gesto del ritual del enterramiento, consideración ésta que se ha hecho notar en La Vital cuando para el relleno que cubre la mujer del Conjunto 10 se indica la presencia de tres vasos hechos fragmentos que, con los otros recipientes enteros y aquellos restos de lagomorfo que identifican un mínimo de 8 piezas (Iborra y López, 2011, 115), podrían haber encontrado su sentido en algún tipo de banquete o ceremonia funeraria (García, Gómez, e Iborra, 2011, 85; García y Gómez, 2011, 273).

El hecho de que en un poblado calificado como neolítico (Pascual Beneyto, 2010, 193) aparezcan estas inhumaciones en una cronología acorde a la temporalidad que rige la ocupación del inmediato poblado calcolítico de La Vital debe tener relación con la interacción que se produjo entre miembros de una población que consiguen implementar sus conocimientos, tecnología y riqueza con respecto a otros del entorno neolítico que, por su proximidad, no debe extrañar pudieran participar si no de labores agrícolas a reclamo de aquellos, sí de una relación intergrupala que también alcanzará su eco en la ordenación de esas comunidades neolíticas tan proclives a hacer destacar individuos que en su liderazgo amorticen los riesgos que atañen la producción agrícola.

La investigación desarrollada en La Vital ofrece un conocimiento del todo inesperado al final del s. XX, documentando vestigios de unos hechos que hubieran sido muy difíciles de descubrir, de no haber mediado una actuación que en su entidad sólo consigue la excavación de urgencia. Ahora bien, puestos sobre el papel, la calidad de los datos que

desde distintas perspectivas –paleoambiente, antropología, paleodietas, fauna, malacofauna o estudios específicos sobre el material lítico, cerámico, ornamental, metalúrgico y constructivo– que atienden los 28 autores que en 300 páginas nos acercan un ejemplo principal de lo que ahora es el Calcolítico valenciano, sólo es posible si detrás de la actuación que provoca la urbanización existe una institución capaz de asumir el reto que consigue hacer de la intervención de urgencia documento científico. La valoración que se establece en cualquier caso puede ser tan satisfactoria como la que se resuelve en el Camino de las Yeseras en la Comunidad de Madrid, lo que obviamente debe poner sobre la mesa la necesidad de hacer participe a la Universidad u otras instituciones de investigación como son o debieran ser los Museos al menos aquellos proyectos de urgencia que alcancen la importancia de lo que se descubre en el transcurso de la urbanización de ese polígono de Gandia que en lo arqueológico se ve afectado por distintas intervenciones, a la vez que hacer notar, sin menoscabo del libre mercado, la necesidad de considerar figuras de coordinación que impidan la fragmentación de yacimientos, con todo lo que ello conlleva.

A ese respecto, siendo muy loable la inclusión de datos aportados por responsables de la intervención de “Sant Andreu” en la monografía de “La Vital”, hay que indicar que en el área arqueológica se ha seguido excavando, lo que todavía ha generado nuevas denominaciones recogidas en diferentes expedientes administrativos<sup>315</sup> (García Borja *et alii*, ep), quedando el ritmo de publicación de los resultados científicos sólo sometido a las posibilidades o capacidad de investigación que al respecto tengan los que asumen las diferentes excavaciones arqueológicas. Aunque en ese sentido la crisis económica pueda impedir se alcance la complejidad que reviste la gestión científica de lo excavado en Marroquíes Bajos, habrá que procurar que los frutos de las actuaciones de urgencia del s. XXI sean siempre mejores que aquellos que, recogidos en “carta arqueológica”, fueron resultado de acciones clandestinas, cuando no de actuaciones planificadas, realizadas en los setenta y ochenta del s. XX en cavidades de La Safor contemporáneas a los poblados con hoyos (Soler, 2002, I, 115-148), cuya publicación no culminó en un formato académico.

313. Cuyo buen estado de conservación motiva su restauración y la realización de un molde a instancias de la Dirección General de Patrimonio Cultural Valenciano para su instalación en el Museu Arqueològic de Gandia. La estructura 13 es un silo de perfil troncocónico de 1,8 m de diámetro en la base, 1,06 m de profundidad y 1,50 m de diámetro en la boca. De perfil similar las dimensiones de la estructura 16 son 2,09 m de diámetro interior, 1,31 m de diámetro superior y 1,35 m de profundidad (Pascual Beneyto, 2010, 192-193).

314. Agradezco a Josep Lluís Pascual Beneyto haber podido disponer de la dataciones convencionales del yacimiento del Barranc de Beneteixir.

315. Además de “Sant Andreu” o “La Vital”, en el área se ha intervenido en “Sancho Llop”, una excavación de la que todavía no se disponen datos y en el “Acceso Sur Gandia”. Los investigadores de esta intervención asumen el topónimo La Vital, siendo inminente la publicación de hallazgos que remiten al Bronce Final (García Borja *et alii*, ep). Agradezco a Pau García Borja la remisión del artículo antes de su publicación en *Saguntum*.

## SOBRE LO QUE RESTA DE VILLA FILOMENA A NUEVE DÉCADAS DE SU EXCAVACIÓN

Tras la exposición del proceso de investigación que al respecto de los poblados con hoyos comenzara hace 90 años, tomando como referencia de inicio el ingente esfuerzo de Vicente Sos Baynat para poner orden en la nefasta excavación que se desarrollara en una finca privada en el verano 1922, extraer datos de la misma, hacer acopio de los datos para publicar de manera inmediata, breve a la vez que interesantísima información del yacimiento de Vila-real y tratar de realizar una Memoria de todos los trabajos, ahora sabemos sólo impedida por el trágico desarrollo de todo lo que sobrevino después, cabe la recapitulación final del yacimiento de Villa Filomena, reunidas y estudiadas las colecciones materiales que lo sustentan y recuperada preciosa información inédita.

Expuestas al detalle las vicisitudes de la excavación en *Releyendo a Villa Filomena*, disponiendo de la relación de objetos en el corpus que a continuación se traza, de una aproximación a su geografía y de los aportes del bloque de estudios que distintos especialistas suscriben sobre el registro antropológico, arqueozoológico, cerámico, óseo, ornamental y lítico, a modo de epílogo pueden traerse aspectos de interés sobre la ocupación de aquel enclave del que, en atención a las dataciones de esa inhumación de La Vital que integra el recipiente mixto cordado –Conjunto 11: tabla 3.2 (nº 31): 2.459(2.303)2.148–, o la otra previa que acoge el recipiente campaniforme marítimo –Conjunto 10: tabla 3.2 (nº27): 2.568(2.390)2.212–, podrá estimarse se practicaron inhumaciones con recipientes campaniformes en el entorno de c.2.400-2.300 cal ANE; horquilla que, como ya hemos indicado en el último apartado de *Releyendo...* viene a coincidir con la datación de los cordados que se infiere de su relación formal con aquel exótico recipiente –inciso, si bien de estilo marítimo lineal– localizado junto a marítimos puros en la fase III del túmulo de la Sima Miño de Medinaceli –ca. 2.400-2.300 Cal ANE (Rojo, Garrido y García, 2006, 135)–, y que resulta coherente con las que se avanzan de inhumaciones con campaniforme marítimo del hábitat madrileño de Humanejos de Parla<sup>316</sup>, o las que sostienen las primeras tumbas individuales de Camino de las Yeseras de San Fernando de Henares<sup>317</sup>.

El que la ocupación fuera previa es una hipótesis factible a la vista de la opinión manifestada por los distintos especialistas que aquí abordan la cerámica, el adorno, el hueso y el sílex, quienes señalan una coherencia del material localizado en

los silos con registros propios del IV-III milenio cal ANE, si bien dando cuenta de algunos significativos elementos acordes en lo cronológico a la presencia de cerámica campaniforme internacional. Que fuera posterior es un hecho que se desprende de la serie vascular localizada en el torrente, donde al testimonio del campaniforme inciso se suman distintos elementos como los vasos carenados, uno de ellos con un motivo en espiga para el que Amparo Barrachina encuentra similitudes con otros tarraconenses vinculados a temas decorativos característicos del final del III y los inicios del II milenio cal ANE, que hacen ver la presencia de gentes en el asentamiento más allá del ámbito cronológico previsto para el campaniforme internacional, alcanzando el Bronce Antiguo. De ser correcto el razonamiento de Francisco Esteve, antes del desmonte de 1917, estos materiales habrían sido suprayacentes a los 38 silos que podrían estimarse en el yacimiento, formando parte de estructuras pétreas que incluirían un enterramiento, acaso también en silo, de las que, sólo el testimonio de los lugareños, hizo ver un túmulo.

Centrándome en los silos, de modo general podría decirse que Villa Filomena es continuación de esa habitación que en Castellón y al respecto de los poblados de hoyos se determina en la fase más reciente de Costamar/Prat de Cabanes, a la vez que precedente de aquella ocupación que en el interior se hace ver en el Mas de Sanç de Albocasser, donde en 2000 se descubrieron 14 fosas, la mayor parte poco profundas, con escasos materiales que hacen interpretar la superficie excavada como un área marginal de un asentamiento a caballo entre el Bronce Antiguo y Pleno (Fernández *et alii*, 2004), expresión de hábitat con hoyos que, a diferencia de lo que en el sureste marca el contemporáneo y meridional mundo argárico, permanece y se desarrolla en el milenio cal ANE, como bien se atestigua en el poblado de Minferri de Juneda (Lleida), donde se asiste a todo un desarrollo de estructuras negativas que permite inferir cabañas, hogares y silos (Alonso y López, 2000 282-294), o en el del alto de la Loma del Lomo de Guadalajara, donde se anota un potente uso funerario en un asentamiento (Valiente, 2003, 118) del que se estiman fases previas atribuidas al tránsito del IV al III milenio a.C., si bien como en el hábitat del Bronce de Mas de Sanç, parece primar la cubeta sobre el silo, al observarse hoyos más anchos que profundos, ahí interpretados como “chozos de pastor” (*Ibid.*, 11 y 120).

Expresión septentrional de los poblados con hoyos del País Valenciano, Villa Filomena también encuentra referentes y similitudes al oeste y al norte. Al occidente en todo el desarrollo observado en la Comunidad de Madrid donde hemos visto poblados con hoyos y en ellos tumbas individuales campa-

316. *Ua 40217*: 3.781 ± 36 bp 2.338(2.191)2.045 cal BC 2s y *Ua 40218*: 3.825 ± 37 bp: 2.457(2.301)2.145 cal ANE 2s (Ríos, 2011 b, 83). Calibradas conforme a Intcal 09.

317. *Ua 40216*: 3.833 ± 35 bp: 2.458(2.305)2.152 (Ríos, 2011b, 83). Calibrada conforme a Intcal 09.

niformes vinculadas al horizonte marítimo; y con respecto al norte si se valora al hábitat de Vila-real como manifestación meridional de los datos que se derivan de toda una tradición de investigación, todavía no sintetizada, que al respecto de los poblados con hoyos, encuentra primeros referentes en aquellas estructuras de la Bóvila Madurell de Sant Quirze del Vallés que, vinculadas a la *Cultura de los sepulcros de fosa*, fueron denominadas “fuegos”, resultando hoyos de perfil troncocónico con un relleno (Llongueras, Marcet y Petit, 1982, 174) que ahora se interpretaría como característico de una amortización.

Ahora, las estructuras de almacenaje excavadas en el suelo alcanzan en el Noreste peninsular una larga secuencia, sobresaliendo de los primeros compases del Neolítico aquellas que se hacen ver en el impactante yacimiento de la Caserna de Sant Pau, donde de manera reciente y en formato multidisciplinar se recuperan datos de una intervención practicada hace una veintena de años, ofreciéndose preciosa información en una acción que en última instancia busca la dinamización de la Prehistoria que cubre la ciudad de Barcelona (Molist, Vicente y Farré, 2008, 15). Ahí se descubren esas estructuras circulares de combustión a base de cantos con las que se equiparan las cardiales de Benàmer, los silos de almacenaje con materiales de derribo que arrojan dataciones de vida corta de la segunda mitad del VI milenio cal ANE (*Ibid.*, 18-21), y los enterramientos individuales en fosas postcardiales de la primera mitad del V milenio cal ANE que, acompañadas de recipientes cerámicos (Chambon, 2008), recuerdan a las de Costamar o el Tossal de les Basses, todo lo que hace ver pautas de identificación que afectan la fachada costera centro nororiental peninsular en las primeras fases del Neolítico. También en la Depresión Prelitoral destaca la documentación que desde hace una década se dispone de la Plana del Penedés, localizándose distintos yacimientos de hoyos, algunos con registros que, cubriendo la secuencia neolítica, desde la fase antigua a la final, alcanzan la Edad del Bronce y/o la del Hierro, como el Mas d'En Boixos de Pacs de Penedés o el Pujolet de Moja de Olèrdola/Vilafranca del Penedès (Mestres, Farré, y Senabre, 1998, 12-15).

No obstante esas similitudes, a partir de las notas de Vicente Sos comentadas en *Releyendo a Villa Filomena*, la única morfología de sección acampanada o troncocónica que guardan las estructuras que se describen en su informe (Sos, 1924, 50) *–(...) difieren algún tanto en capacidad, en profundidad y en el tamaño de sus aberturas; pero no hay más que un tipo único, puesto que todas ellas tienen una entrada de forma circular (...), que luego a medida que va penetrando la cavidad va agrandándose cada vez más (...)*– y el tamaño de la boca *–(...) un metro de diámetro en las más pequeñas (...)*– o la altura de algunas *–(...) la profundidad es de unos tres metros poco más o menos*

*(...)*– nos sitúa frente a silos de distintos tamaños, y de ellos algunos grandes, indicándose además la proximidad que guardan algunas de las estructuras *–(...) están situadas unas junto a otras y en algún caso tan próximas que se comunican interiormente (...)*–, rasgos todos que se hacen ver en aquellas que, de manera agrupada y con distintos tamaños, recién se desvelan en ese poblado de Gandia que, siguiendo la línea de costa en dirección meridional, dista unos 135 km del de La Plana Baixa, y que como éste se ubica en el tramo final de un río principal, compartiendo con el del paraje de Vila-real la presencia de cerámica campaniforme impreso mixto cordado. No será el único rasgo común que en lo vascular guardan ambos yacimientos, si se recuerda la presencia en Villa Filomena de vasos con hombro para los que, desde el estudio de la cerámica inédita, señala Amparo Barrachina similitudes en los contextos andaluces; forma que en el yacimiento de Vila-real vemos asociada a esos motivos acanalados (Fig. 8.7) que tanto le llamaran la atención a Francisco Esteve (Fig. Esteve 27bis), que en el mismo formato se nos presenta en los registros cerámicos de “La Vital” y “Sant Andreu” (Molina y Clop, 2011, 188 y Fig. 14.8: 262; Pascual Beneyto *et alii*, 2008, 62 y Lam. 4).

En lo funerario se refuerza esa identidad, al poder corroborar ahora, gracias a la documentación de cuentas de collar guardando una posición primaria (Fig. 2.5), que alguna de las inhumaciones de Villa Filomena mantendría un orden anatómico, lo que por otra parte se deduce de la referencia de aquella que en los primeros días agosto de 1922 se descubre en un *pozo de tierra que contenía un cadáver humano y fragmentos de cerámica* (Sos, 1922, 396), que seguro se acompañaría de fauna, si se presta atención a la mención expresa de la misma en relación al “pozo” en el listado que dispone el Apéndice documental. Como ya he apuntado en *Releyendo...*, es posible que esta inhumación fuera la misma que Vicente Sos describe con una posición del esqueleto flexionado en decúbito lateral *–cadáver en situación encogida y recostado con uno de los brazos doblado de manera que llegaba la mano cerca de la cara y con el otro brazo tendido casi paralelamente al cuerpo–*. Además de ese enterramiento primario hay otro doble y secundario de individuos que, sin guardar posición anatómica, conservan la identidad *–(...) en una misma fosa aparecieron dos cadáveres dispuestos uno al lado de otro pero con visible desorden (...)*–, dando constancia de otros huesos sueltos *–enteros o fragmentados en alguna de las fosas–* (Sos, 1924, 50). Con esos datos, del total de 6 cráneos cuya información nos recupera aquí Consuelo Roca de Togores, a partir de los dibujos y fotos de Vicente Sos, tres se adscribirían a una segura fórmula de inhumación primaria o doble y secundaria, mientras que los otros tres de no ser testimonio de inhumaciones similares, podrían referir depósitos especiales como aquel de La Vital que dispone un cráneo

aislado en la cámara lateral de un silo, o resultar esas reliquias que a propósito de ese yacimiento se valoran cuando se estiman huesos sueltos (García y Gómez, 2011, 279). Por otra parte, la presencia de losas en los silos de enterramiento de Villa Filomena de *regular tamaño*, por debajo de la abertura o al fondo, podría también advertir de una acomodación del espacio, como se anota en esas tumbas de La Vital que a base de cantos resuelven divisiones y pisos en el espacio del silo amortizado. Sin descartarlo, no leo en el texto de Sos algo que invite a considerar que las tumbas estuvieran señaladas por piedras (García y Gómez, 2011, 269), una vez que el túmulo que las cubriera se rememoraba con una entidad muy superior a ese concepto.

De lo funerario de Villa Filomena también hay rasgos que la aproximan a esa expresión más cercana que se observa en la fase más reciente de Costamar, donde vimos que el cúmulo de huesos daba pie a la consideración de inhumaciones secundarias o a primarias, luego alteradas, que conservan cuentas de collar en piedra verde o pequeñas azuelas (Polo y García, 400; Flors –coord–, 2010, 137), como conjuntos que en Villa Filomena alcanzan un nivel superior a la vista del alto número de elementos ornamentales, cuya calidad aquí pone de manifiesto Virginia Barciela dando a entender que algunas cuentas podrían haberse realizado valiéndose de un instrumental metálico, y al buen testimonio de pequeñas piezas pulimentadas en sillimanita que se anotan en el registro.

Inmediata al yacimiento, a la otra orilla del mismo cauce se abre la Cova del Riu Millars de Almassora que pudo acoger entre 7 y 11 individuos entre niños y adultos, acompañados de un escaso ajuar en el que, sin observarse campaniforme, se detalla una punta de flecha de aletas agudas, un colgante y un centenar de cuentas de collar (Olaria, 1990-91; Soler, 2002, I, 75-76), como expresión de ornamento luego trasladada al hábitat, en una cavidad que, acaso durante una temporalidad previa pero inmediata a la de las inhumaciones silo, pudo hacer necrópolis segregada del asentamiento de Vila-real.

El que en Villa Filomena pudieran haber habido enterramientos rituales de animales como los “especiales” que se detallan en La Vital (García, Gómez e Iborra, 2011, 93-96; García y Gómez, 2011, 274 y Fig. 21.4) es un hecho del todo verosímil, observando la entidad de los restos que dispusiera el abogado Nebot en la estantería de su gabinete (Figs. 7.10 y 7.11), que la experta mirada de Miguel Benito los asimila a ovejas, cabras, cérvidos, cánidos y suidos, descubriendo cráneos, mandíbulas, clavijas o cornamentas, como explicación que el mismo investigador del MARQ propone, cuando al repasar la lista del inventario de Vicente Sos (tabla 7.1), señala agrupaciones faunísticas de origen paleo-cultural que aquel experto en Ciencias señalara en 1924 como procedentes de algunos enterramientos del poblado.

Las estructuras amortizadas debieron disponerse inmediatas al espacio habitado en Villa Filomena. El carácter revuelto de los rellenos los describe el mismo Vicente Sos cuando apunta que mezclados con la tierra *sin ordenación ni arreglo alguno se han encontrado* los restos materiales, antropológicos y de fauna que se relacionan en su informe (Sos, 1924, 50). Entre los mismos se resolverían materiales amortizados de uso doméstico como hace ver aquí Juan López Padilla, cuando anota el desgaste de la serie de punzones óseos o la observación en uno de ellos de la dentellada de un cánido; o como se sugiere de la observación de la industria lítica pulimentada por parte de Javier Molina y Laura Sirvent, cuando se hace ver la fragmentación del utillaje de buen tamaño; y también restos consumidos, como se desprende de las afecciones ígneas que se detallan en la osamenta del registro de fauna (tabla 7.1).

La vinculación de los rellenos de los silos a los espacios domésticos hace presentir las cabañas que dispondría Villa Filomena, algunas de las cuales quizá pudieran haber dispuesto de elementos aéreos, basales e integrados en aquella acumulación de materiales pétreos que, a partir de la referencia de los vecinos se consignara como “túmulo”. En ese aspecto también La Vital sirve de apoyo, si se recuerda esas propuestas de muretes, hogares, soportes e incluso zócalos que ahí se estiman (Gómez, Pérez y Carrión, 2011), debiendo ser conscientes que en la nivelación del terreno que sufriera Villa Filomena todo ello, de existir, pudo perderse, siendo verosímil que los fondos que de menos potencia debieron caracterizar las cabañas y otras estructuras menores de hogares, también se vieran afectados en el desmonte, no observándose lo que restara en el transcurso de una excavación carente de método.

Bien ubicado, el asentamiento dispuesto junto al cauce del tramo final del Millars debió disponer de un potencial biótico similar al que en la desembocadura Serpis disfrutara La Vital, donde en el paisaje prehistórico se señala una zona ideal para la agricultura, cuya intensidad se infiere del buen tamaño de los contenedores, y cuya práctica ya ha provocado en el medio el retroceso de las formaciones forestales en beneficio de lo arbustivo (Carrión, Carmona y Ruiz, 2011). Bosques que, en cualquier caso, se hacen notar en el asentamiento Vila-real en atención a la presencia de ciervos, ardillas, conejos y mustélidos que nos descubre Miguel Benito en un registro faunístico preciosamente conservado en las anotaciones, dibujos y documentación de Vicente Sos, que acompaña las especies propias del medio antropizado, de las que, en la cabaña ganadera, destacan los ovicápridos. De la geografía que disfruta Villa Filomena nos da aquí referencia Enrique Montón, ofreciendo una sugestiva imagen que centra el hábitat prehistórico dispuesto junto al curso fluvial que corta el glacis que conforma la Plana de Castelló y sus contrafuertes montañosos

(Fig. 5.1). En su estudio se percibe la potencialidad biótica que tendría la zona de marjales y lagunas que día de hoy todavía testimonia su delta, guardando Villa Filomena una posición estratégica, por disponerse al borde de la llanura donde el encajamiento da esa ubicación dominante que, libre de la urbanización actual haría que, cuando un solitario Francisco Esteve se asomara en los años de la Posguerra a la terraza, se refiriera a aquel como *alter amb sitges*.

En esa posición Villa Filomena fue ocupada por gentes que fueron capaces de acumular excedentes, y por ello destacar en una red de contactos que les permitió recibir en su manufactura o concepto, septentrionales cerámicas campaniformes cordadas y aquellas otras afines que, por combinar la cuerda y el puntillado, se perciben mixtas junto a otras, como esas impresas de uñas que también se reconocen en el ámbito de lo cordado en el lejano asentamiento portugués de Porto Torrão (Arnaud, 1993, Fig. 8: 4 y 5). La semejanza que Villa Filomena guarda con La Vital invita a sugerir un mayor alcance de la vía marítima que en el asentamiento de Gandia podría explicar la introducción de la metalurgia desde el Sureste, comunicación que, por otro lado puede intuirse en su tramo meridional en la disposición del hábitat de la Illeta de El Campello, no perdiendo de vista al respecto la distribución mayoritariamente costera de elementos de filiación almeriense como las puntas en sílex de base cóncava, tomando nota de su presencia en ámbitos de cuevas de inhumación múltiple próximas a la línea de costa como, de norte a sur, son la Covacha de Ribera de Cullera, la Cova del Barranc del Nano de Real de Gandia, la Cova de la Bernarda de Palma de Gandia, el Abric de la Campaneta de Murla, o la Cova del Barranc del Migdia de Xàbia (Soler, 2002, I, 103, 118, 137, 193 y 194; Soler *et alii*, 2013), disponiéndose de manera muy reciente de este último conjunto dataciones absolutas (Bolufer *et alii*, 2013) muy afines a la temporalidad de los hechos funerarios que se perciben en La Vital, que por otro lado hacen ver el carácter si no particular de lo que acontece en el poblado de Gandia, sí de su medida incidencia en un entorno donde continuó el rito de la inhumación múltiple en cueva.

El buen tamaño de los silos, y los buenos ajuares que acompañaran las inhumaciones de Villa Filomena, la hacen más próxima al asentamiento de La Vital que al de Beneteixir de Piles, intuyéndose relaciones de diferenciación social como las que pudieron determinarse en ese enclave de Gandia, testimoniadas por inhumaciones en cuyos ajuares debió reunirse el mayor conjunto de vasos campaniformes del horizonte antiguo que a día de hoy se reconoce en el País Valenciano. La geografía del litoral que media entre las desembocaduras del Serpis y el Millars no hace difícil proponer una relación costera entre Villa Filomena y la Vital, si bien hay rasgos en el registro que no sostienen la equivalencia de ambos emplazamientos como la que

atiende la falta de cordados puros en el de La Safor o la ausencia de elementos metálicos en el de La Plana. Por otra parte la presencia de campaniforme solo cordado en un punto intermedio como la Cova Merinel de Bugarra (Aparicio, 1991) descubre la importancia que en todo ese tránsito pudo jugar la cuenca del Turia.

Será una cuestión de futuro, resolver si al asentamiento de La Plana llegó la práctica metalúrgica que ahora se descubre en el de La Safor, algo que, pese a que puedan invocarse pérdidas en el método de excavación, no se percibe en Villa Filomena, donde elementos como puñales de lengüeta no habrían pasado desapercibidos a sus afanosos excavadores. Las páginas que esperan a un revalidado Calcolítico Valenciano serán las que descubran la caracterización cultural del componente arqueológico en muchos aspectos todavía ignoto en el entorno del Millars, actuaciones que deberán incidir sobre el mismo paraje de Villa Filomena, donde todavía pudieran quedar restos del asentamiento con campaniforme, ahora preventivamente considerados en el área de protección que afecta el yacimiento (Fig. 3.42).

Vestigios que de conservarse, si bien estarán de seguro afectados, contendrán una información que debería extraerse en condiciones óptimas, de manera que todavía pudiera disponerse una segunda oportunidad para comprender una Villa Filomena, que aquí también se ha estimado como paradigma de una deficiente gestión, como buen aviso en definitiva de la precariedad que en muchos aspectos, y sin desmerecer el esfuerzo de administraciones y técnicos, todavía afecta a nuestra arqueología cuando se mide frente a los plazos y exigencias de las realizaciones urbanísticas y de viales de nuestra contemporaneidad. Ahora que la crisis económica ha introducido un compás de espera en esas obras que marcan el conocimiento de los poblados con hoyos sería un buen momento para reflexionar, afinar el instrumento legal, estimular la relación entre técnicos y profesionales de distintas autonomías, promover programas de investigación de lo hallado y no publicado, procurar partidas que aseguraran distintos aspectos de las intervenciones de urgencia, generar figuras de coordinación científica cuando la actuación se realiza en paralelo a otras en el mismo yacimiento, someter a un riguroso control de calidad los proyectos y memorias, procurando la reunión de éstas con los materiales que les corresponda, potenciar aquellos proyectos que se vean respaldados por programas científicos de largo recorrido, fomentar la edición de memorias científicas, o hacer partícipes a los museos como entidades que no deben consignarse como meros receptores de todo ese ingente y desconocido patrimonio que en lo esencial debe tratar de publicarse.

\* \* \*

En compañía de Arturo Oliver pude recorrer con Eva Flores el pasado 7 de diciembre de 2012 el pa-

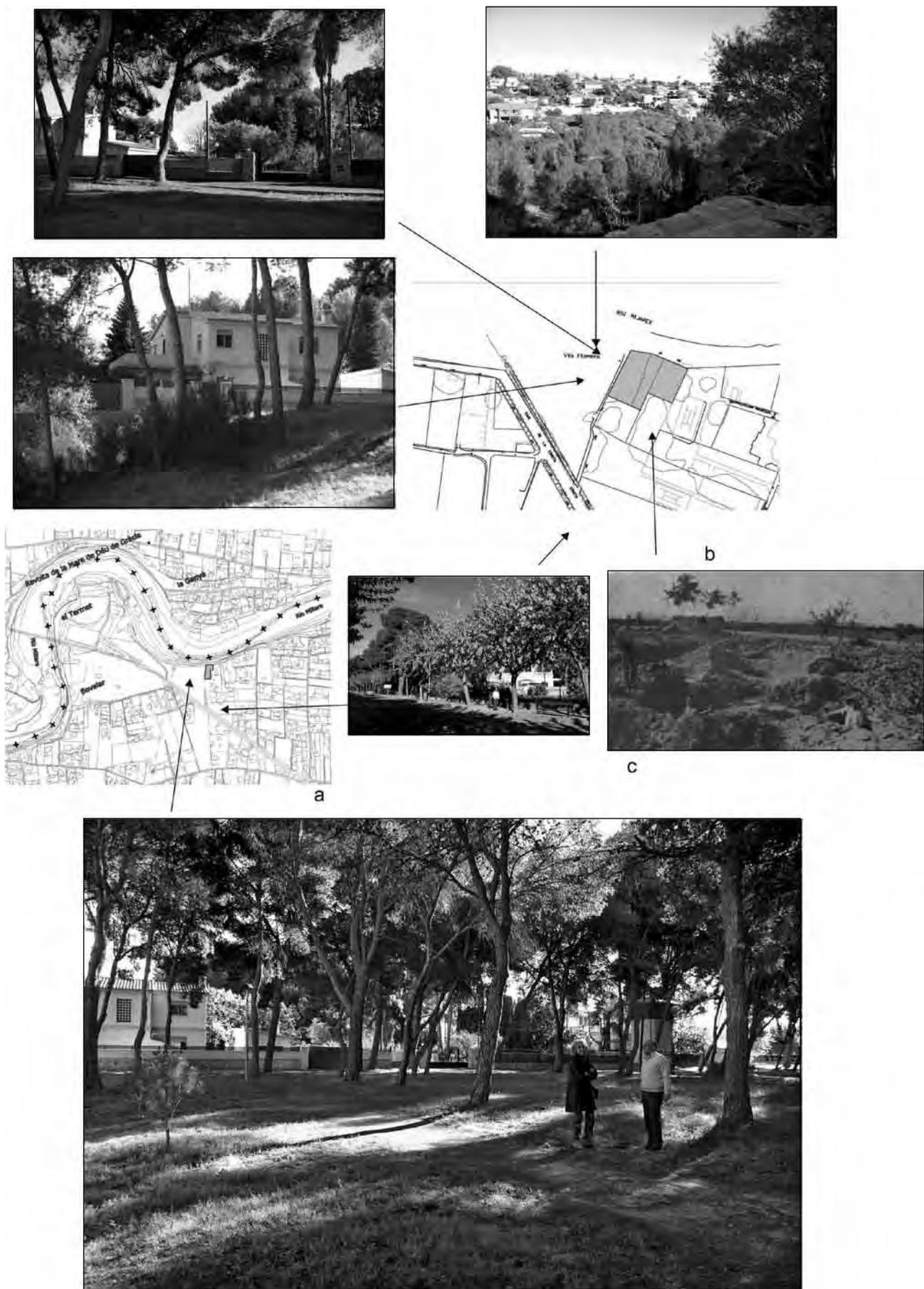


Figura 3.42. Reportaje fotográfico (6-12-2012) de los alrededores del yacimiento de Villa Filomena y su relación con respecto al plano parcelario de Vila-real (a y b), donde se destaca en amarillo la construcción superpuesta a aquel yacimiento fotografiado en 1922 por Vicente Sos Baynat (c).

raje en lo que fue una de las visitas más relajadas a un yacimiento arqueológico que recuerdo. En el transcurso de una intensa conversación referida al emblemático yacimiento de La Plana y a toda la historia que soporta, anoté desde la sorpresa e interés de mi compañera de vida y viaje las dificultades que hay para intuir la presencia de una aldea prehistórica en el subsuelo de un entorno residencial, y lo idóneo que sería la instalación de carteles que hicieran perdurar la memoria de aquellos habitantes prehistóricos que, gracias a la tenacidad de Vicente Sos y Francisco Esteve, han pervivido hasta la actualidad haciendo del enclave de Vila-real un referente de la investigación prehistórica valenciana en lo internacional. Relajada excursión porque lo único que hicimos tras bajar del auto fue fotografiar el entorno residencial de casas de nueva planta y otras contemporáneas a aquella de Villa Filomena, para luego vincular las imágenes con el plano del

catastro (Fig. 3.42) sin conseguir identificar con precisión aquella vista que Vicente Sos tomara en el verano de 1922 por la parcelación que ahora afecta el territorio. Agradable paseo en cualquier caso, por el parque inmediato al cauce que consigue la plantación de buenos pinos, de seguro realizada tras todo lo que ahí aconteció, que acaso y de igual modo que los árboles de los espacios ajardinados de las fincas colindantes ahonden sus raíces entre hoyos llenos de restos prehistóricos. Pensando en esa posibilidad, en nuestro andar llegamos al *Ermitori de la Verge de Gracia*, cuyo exterior recorrimos, bajando luego la escalinata que lleva desde la terraza que asienta el parque al fondo del cauce del Millars, cuyo trazado deducimos, aprovecharía algún torrente a aquel paralelo y de menor incidencia, que en 1917 quiso cubrirse para ajardinar el chalet de Villa Filomena, iniciándose sin pretenderlo todo un largo y problemático proceso de conocimiento.

Mutxamel, marzo de 2013





## **REGISTRO MATERIAL**

